



ELLOS

Noe Casado

Lectulandia

Imanol ha decidido regresar a su pueblo tras un desengaño y, por una de esas carambolas del destino, acaba siendo el alcalde.

Donatien es un pintor de poco éxito que se ve obligado a aceptar un empleo como profesor en una academia de bellas artes para sobrevivir, aunque el trabajo le parece despreciable.

Marc, un comercial que le es infiel a su esposa, no tiene remordimientos por ello, pero en el fondo sabe que tarde o temprano deberá asumir las consecuencias.

William, un veinteañero que decide pasar un verano diferente, alejado de su entorno familiar antes de aceptar su herencia.

Ellos narra en primera persona la historia de estos cuatro hombres, repletos de defectos, pero absolutamente irresistibles.

¿Con cuál de ellos te quedas?

Lectulandia

Noe Casado

Ellos

ePub r1.0

Titivillus 06-09-2018

Título original: *Ellos*
Noe Casado, 2017

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

El alcalde

Disimulo el undécimo bostezo, mientras el jefe de la oposición continúa su perorata. Qué hombre, por Dios, lo que le gusta marear la perdiz.

Bueno, llamar jefe de la oposición a mi primo Salvador quizá resulta excesivo, pero es lo que tiene la política en un pueblo de apenas quinientos habitantes. Que todos nos conocemos y además somos familia. También miro de reojo a la secretaria, Eulalia, que, a punto de jubilarse, pone cara de «¿Por qué a mí?».

La comprendo muy bien, pues yo pienso lo mismo, sin embargo, aguanto el chaparrón en forma de discurso pensando qué puedo hacer, una vez acabe el pleno, para olvidarme de la política municipal.

La cuestión que debatimos es si debemos o no remodelar la entrada principal al pueblo, pues son muchos los que se quejan de que a determinadas horas se producen embotellamientos, porque bajo el paraguas del *boom* inmobiliario se construyeron, a mi juicio, demasiadas urbanizaciones.

Según mi criterio, y el de muchos vecinos, es una oportunidad única, ya que además están desdoblando la vieja carretera nacional y a más de uno lo va a venir Dios a ver, porque le van a pagar un buen dinero por unas tierras que valen muy poco.

—... Y por todo lo expuesto anteriormente, es un despilfarro —concluye por fin mi primo.

Suspiro aliviado cuando lo veo sentarse en el banco de la oposición, pero mi contento dura lo mismo que el agua en un cesto.

—Claro, como tu empresa de construcción ha quebrado... —le suelta con cara de enfado uno de los vecinos afectados a mi primo por oponerse.

Me río entre dientes, porque tiene cierta guasa que Salvador se niegue en redondo a ampliar la carretera, cuando él ha sido el principal promotor del desarrollo urbanístico, por no mencionar que todo ocurrió mientras mi tío, su padre, ocupaba el sillón de alcalde.

—Y como tú no vives en el pueblo —lo acusa otra mujer.

Desde luego, con personas así, que dicen en voz alta lo que yo no puedo, es más fácil aguantar el tirón.

—Te recuerdo que la Unión Europea nos financia hasta el ochenta por ciento del presupuesto —le indica Eulalia con una sonrisa amable de mujer madura a la que consideras como una madre y por tanto no le rebates nada.

—Pero el resto debe salir de las arcas municipales —se obstina Salvador—. Y no están precisamente para tirar cohetes.

—Porque tu padre las dejó temblando —le espeta Silvano, el dueño de la cantina, que no se calla ni debajo del agua.

Y mientras discuten, yo soporto semejante tedio sentado en el sillón de alcalde, mirando de reojo la hora y deseando que esto acabe cuanto antes para poder largarme ya, que como sigamos así nos dan las uvas y esta tarde hay partido de Champions.

A veces me pregunto cómo yo, con un ático de lujo en la capital, un trabajo bien remunerado como químico en una empresa de cosméticos, una novia de quitar el hipo, buenos amigos y demás parafernalia que se considera éxito social, he acabado en el pueblo de mis abuelos, ejerciendo de alcalde, rodeado de vecinos curiosos, ávidos por enterarse de cada cosa que haces, y primos que no aceptan una derrota electoral.

Y la respuesta es quizá estúpida, nostálgica y quijotesca.

Hubo un día en que el universo, el karma o a saber qué, se alineó en mi contra y decidí mandarlo todo a la mierda. Pillé a la «novia ideal» follando con uno de los que consideraba buenos amigos, en mi ático de lujo, más en concreto en mi colchón ergonómico antiestrés. Y no se acabó ahí la conspiración galáctica, no, todavía quedaba «lo mejor»: mi ex dejó las cuentas bancarias temblando, pues para Candy no existía el concepto «comparar precios». Y por si fuera poco, el que decía llamarse mi amigo terminó convirtiéndose en mi jefe, sin dejar de tirarse a mi novia, claro.

Ante esa papeleta, hice la maleta, pedí el finiquito y me vine al pueblo. Podía haberme limitado a tomarme un año sabático y vivir de mi liquidación hasta encontrar otro trabajo. Pero no. En una de esas reuniones familiares que deberían evitarse a toda costa, acabé discutiendo con mi primo Salvador y aceptando una ridícula apuesta a ver cuál de los dos ganaba las elecciones. Nuestro abuelo, Balbino, zorreras mayor del reino, se echó a reír y hasta nos acicateó para que la competición fuera más entretenida.

A mis padres no les hizo mucha gracia, pues conocían mi estado anímico, pero a mis tíos les dio por descojonarse, ya que yo nunca había mostrado el más mínimo interés por esos asuntos. Lo cierto es que sus risas también estaban motivadas porque me consideraban un adversario de pacotilla y ni siquiera se planteaban que yo pudiera ganarle a mi primo, máxime cuando el alcalde en aquel momento era su padre.

Lo cierto es que algo debía de llevar yo en el ADN, porque Balbino López de Vicuña, mi abuelo, fue alcalde durante treinta años en esa época en la que los cargos se elegían a dedo y por lo general siempre recaían en el cacique del pueblo. Y no sólo por ser el cacique, sino también porque se había molestado en granjearse la amistad de quienes vivían allí y de hacer favores a los que en principio no dependían de él. Si al final se había retirado de alcalde fue porque mi abuela enfermó y él lo dejó todo por cuidarla. Eso sí, que ya no fuera el alcalde no significaba que no estuviera al tanto de todo lo que ocurría a su alrededor y se las ingenió para que mi tío fuera el siguiente en dirigir el ayuntamiento. Sin embargo, Salvador padre destrozó todo su legado en tan sólo cuatro años; todo un récord que muchos en el pueblo no le habían

perdonado.

De ahí que al abuelo le ilusionase tanto que dos nietos suyos se pelearan por la alcaldía, amén de que el puesto siguiera (como si de un cargo vitalicio se tratase) en la familia. En el caso de Salvador estaba cantado, ya que, como he dicho, su padre había sido alcalde antes, pero en el mío no resultaba tan claro, pues mi padre se marchó del pueblo aprovechando que iba a hacer la mili y ya no le vieron el pelo más que durante el verano; encontró trabajo en una oficina bancaria y se casó con una chica de ciudad, mi madre, rompiendo así años de endogamia.

Los comienzos no fueron buenos, pero luego las aguas volvieron a su cauce y ahora el gran señor feudal, como a veces yo llamo en broma a mi abuelo, vive de las rentas (muy generosas) que sus propiedades le dan cada año y de paso se entretiene.

—Pido la palabra —dice Salva y me echo a temblar.

—Páralo, que tu primo tiene cuerda para rato —me dice Eulalia en voz baja y yo asiento.

Le dejo dos minutos para que no se note demasiado que aburre con sus repeticiones, hasta que hace una pequeña pausa para beber.

—Salvador, por favor. Ve acabando —digo en tono amable.

Él, al verse interrumpido, me dedica una mirada de advertencia muy parecida a la mía, pues a pesar de no coincidir en cuanto a ideas políticas, tenemos rasgos similares.

—Es mi obligación explicarles a los contribuyentes en qué se va a gastar su dinero —replica todo pomposo el jefe de la oposición.

Mira a los ediles. Somos siete, tres contra cuatro, y doy por hecho que va a aprobarse la cuestión, pero aun así hago que se vote, por guardar las formas.

—Vamos a votar a mano alzada, ¿de acuerdo? —dice la secretaria con su tono de abuela feliz que no engaña a nadie.

—Mejor no —protesta Salvador sólo por llevar la contraria.

—No vamos a perder más tiempo con este asunto —le advierte Eulalia sacando su genio—. ¿Votos a favor? —Se levantan varias manos y ella hace el recuento—. Muy bien, cinco síes.

Miro la cara de mi primo, que es un poema. Uno de sus concejales, Calixto, también ha votado sí. Lo hace, claro está, porque es el que más dinero va a ganar con la expropiación de terrenos.

—¿En contra? —pregunta la secretaria y, como era de esperar, levantan la mano mi primo y el único edil obediente—. Muy bien, queda reflejado en el acta. Cinco a favor, dos en contra, cero abstenciones. Se levanta la sesión.

—¿Y si alguien impugna el pleno? —interrumpe Salvador, haciendo resoplar a Eulalia.

—Pues que lo haga. Pero otro día. A mí déjame tranquila, que es tarde y ya han empezado la partida de julepe sin mí —le contesta toda ufana.

—Se levanta la sesión —digo, para que todo el mundo abandone su asiento y

despeje el salón de plenos.

Recojo los documentos técnicos que se han mostrado durante la sesión para llevarlos al despacho y me encargo de apagar las luces. No he terminado de sentarme tras el escritorio y ya tengo enfrente a mi querido primo dando por culo.

—Imanol, joder, piensa un poco más en la familia —me recrimina, tomando asiento cuando ni siquiera se lo he ofrecido.

—¿Perdona? —respondo sin hacerle mucho caso.

—Las tierras del abuelo que lindan con las de Calixto se van a quedar fuera de las expropiaciones —me dice.

—¿Y?

—¿Cómo que «y»? Joder, tío, que para eso eres el alcalde. Si la carretera no pasa por donde está proyectada y se desvía un poco, podemos deshacernos de esas tierras.

—Escucha, al abuelo no le hace falta más dinero. —Mi primo me mira mal, pero prosigo—: Tiene el riñón bien cubierto y, no te preocupes, que te dará un buen pellizco.

—No pareces de la familia —me acusa por enésima vez.

—La familia, la familia, joder, esto parece *El Padrino* —me quejo mientras cierra todos los cajones del escritorio con llave—. Tengo que irme. Así que...

—Todo esto te lo tomas como un juego —me reprende él y yo me encojo de hombros.

Tiene razón, pero ni loco lo voy a admitir, que luego, a la primera oportunidad, lo usaría en mi contra.

Le invito con un gesto a abandonar el despacho que hasta no hace mucho era de su padre y, cómo no, obedece renuente. Sigue sin entender que las cosas han cambiado y que mangonear al antojo de uno ya no es posible. Me despido de él y por fin puedo dirigirme a mi casa.

Bueno, en realidad es la casa de mis padres. La reformaron y sólo la utilizan en verano, pero a mí me vino de perlas cuando abandoné la ciudad y otras cosas que prefiero no recordar. He quedado con Jacinto, el hijo de Silvano, el dueño de la cantina, para ver el fútbol. A los dos nos gusta tirarnos en el sofá y disfrutar de un buen partido. Por una de esas extrañas coincidencias, no somos parientes, aunque estuvimos a punto, ya que su hermana y yo tonteamos en la adolescencia. Quien dice tontear, dice ir al pajar (porque, a pesar de todos los adelantos técnicos, las modas y demás asuntos, en el campo hay tradiciones que merece la pena conservar) y darse un buen revolcón. Al final ella se fue a la universidad (era dos años mayor que yo) y no teníamos una relación de esas en las que forma parte de la ecuación «Te esperaré». Mi buen amigo Jacinto sospecha que hice con su hermana algo más que bailar en las fiestas del pueblo y tocarle el culo, pero no dice nada y nos llevamos bien.

Ella también mantiene silencio y, cuando coincidimos en el pueblo, nos echamos un baile, nos reímos y recordamos lo tontorrones que éramos de adolescentes, pero todo de buen rollo. Sabe que le tengo mucho cariño y el sentimiento es recíproco.

—¿Qué tal te ha ido el pleno? —me pregunta Jacinto nada más entrar, mostrándome un *pack* de seis cervezas etiqueta negra de esas que sólo disfrutas con buena compañía.

—Con mi primo, imagínatelo.

Él hace como que lo recorre un escalofrío y niega con la cabeza.

—No se rinde. Lo sé, es cabezota hasta decir basta.

—Y sigue sin aceptar la derrota —suspiro.

—En el pueblo no le tienen mucho aprecio. Joder, es que tu tío no hizo una a derechas —me recuerda mi amigo.

—Olvidémonos de Salvador, líos de alcaldes y disfrutemos del partido.

—¿Y Rafa? —pregunto, porque el tercer integrante del grupo aún no ha dado señales de vida.

—Habrá tenido lío en el cuartelillo —me responde Jacinto y justo un minuto después vemos al aludido entrar sonriente con otro *pack* de seis cervezas.

En los pueblos nadie cierra la puerta con llave, a no ser que tenga un primo curioso, por eso mi amigo ha entrado sin llamar.

—¿Me echabais de menos? —nos pregunta Rafa, que aún viste el uniforme de guardia civil.

—¿Nos vas a hacer un control de alcoholemia? —bromea Jacinto.

—Calla, que tú me rompes el alcoholímetro, desgraciado —le responde el otro de buen humor.

—¿Qué tal el apasionante mundo de la Benemérita? —le pregunto, mientras busco el mando a distancia para poner el canal de deportes.

Vivo en un pueblo, pero no renuncio a los placeres tecnológicos ni muerto.

—Hoy ha estado tranquilo, nada reseñable —murmura Rafa encogiéndose de hombros—. Como tiene que ser.

—Amén —contestamos Jacinto y yo a coro.

—¿Viene Ramón? —pregunta Jacinto.

—Mi cuñado es un gilipollas —responde Rafa—. Y no tiene huevos para escaparse un rato.

—Bueno, es que tu hermana es de cuidado... —contesto riéndome y Jacinto hace lo mismo.

Rafa se encoge de hombros.

—Que le den —sentencia luego.

Nos acomodamos en el sofá, ponemos los pies en la mesita de centro y abrimos nuestro primer botellín. Si nos pasamos bebiendo, Jacinto vive a trescientos metros de mi casa, no hay nada de lo que preocuparse. Y Rafa... pues es la autoridad.

Ni que decir tiene que los móviles están prohibidos.

Estos son los pequeños placeres por los que merece la pena vivir en el medio rural.

Hoy es un día tranquilo, luce el sol, estamos a finales de mayo y disfruto de un paseo por el campo acompañado de los dos perros labradores, *Sol y Luna* (mi abuelo nunca fue muy original eligiendo nombres).

Me encanta caminar así, en soledad. A veces reflexiono sobre algunos asuntos y me ayuda a aclarar las ideas, otras simplemente divago. El caso es que disfrutar de la soledad es otro lujo que sólo en el campo uno se puede permitir.

Además, no siempre es bueno encerrarse a correr en una máquina de gimnasio. Nada mejor que ponerse en forma disfrutando del entorno y de muchos de los caminos que de niño, junto a los amigos, recorría en bicicleta durante el verano. O, cuando ya tuve edad, con el primer coche, para ir a las fiestas de un pueblo vecino.

Miro el reloj y me doy cuenta de que debería ir acercándome al ayuntamiento, pues hoy llega el técnico de la empresa constructora, así como el tasador, para empezar el proceso de expropiación. Voy a casa de mi abuelo para dejar a los perros, ducharme y cambiarme de ropa. De paso lo saludo y charlo con él. No mucho, pues no quiero que me aburra con lo que a buen seguro mi primo le habrá contado. Empezando por lo de «Imanol no sirve para el puesto».

—Ha llamado Candela —dice mi abuelo, justo cuando estoy a punto de escaparme.

Candela. Mi ex. A la que le gusta el apelativo Candy. No digo más.

—¿Y la has mandado a paseo?

—Hombre, la moza aún se interesa por ti. Digo yo que podrías darle una oportunidad —comenta esperanzado. Le gustaría que volviese con ella, pues, según su opinión, es una chica mona.

Él cree que discutimos por cosas estúpidas y no lo voy a sacar de su error porque no me conviene. También es cierto que para la generación de mi abuelo es muy difícil entender que un hombre rechace a una mujer y más aún cuando esa mujer está bien buena, porque será una arpía, pero una arpía de buen ver.

Además, él opina que Candy es fácil de llevar, dulce (sólo ha conocido la parte buena) y para mi abuelo eso es fundamental en una mujer. No comprende a las que se consideran independientes. Para él es una desgracia. Yo le he explicado alguna vez que son las mejores, porque no dan tanto por saco, pero él erre que erre.

—No hay oportunidades que valgan. Y dile que no llame aquí —digo, sin disimular el hastío que me produce el tema.

—Imanol, hijo, que es una señorita de toma pan y moja. Deberías contestar cuando te llama al aparatito ese que vale tantos duros —replica refiriéndose a mi iPhone, como si el euro no se hubiera implantado.

—Tengo que dejarte. Anda, dales agua a los perros. Luego hablamos.

Me marchó y no puedo evitar sonreír al ver su cara. Niega con la cabeza y sé lo que piensa, aparte de que se me va a pasar el arroz por supuesto, pues, según él, un hombre de treinta y cinco debería tener ya prole como para garantizar la continuidad del apellido. Aunque yo eso se lo dejo a mi primo, si consigue que alguna se case con

él. Difícil, pero no imposible.

Llego al ayuntamiento y me encuentro a Honorio, que es a la vez alguacil, jefe de mantenimiento, cartero, pregonero y el que lleva el pendón en la procesión, dado que es el soltero de mayor edad. A sus cincuenta y dos años ya no se casa.

—Alcalde, que te están esperando —es su saludo al verme aparecer, luego mueve las cejas.

—¿Qué pasa, Honorio? —inquiero, pues su gesto me parece sospechoso.

El muy bribón se ríe y sigue moviendo las cejas.

A saber qué será, porque en este pueblo a veces hacen dos montañas con medio grano de arena.

—¿Es usted Imanol López de Vicuña? —pregunta una voz femenina y suave a mi espalda, desconcertándome, pues no recuerdo a ninguna vecina con ese timbre de voz.

Me vuelvo con las llaves del despacho en la mano y entonces entiendo el gesto del alguacil. Para ellos, ver una mujer de este calibre debe de ser raro, de ahí su comportamiento. Lo cierto es que para mí en los últimos tiempos también, pues apenas voy a la capital a no ser que tenga alguna que otra cita con viejas amigas para pasar un rato y nada más; ni loco las invito a venir, que cualquiera aguanta después el cotilleo.

—¿Es usted el alcalde o no? —insiste la mujer ante mi silencio, pero oye, tiene que entenderlo, soy un hombre, he de repasarla de arriba abajo.

Puntuación de notable bajo, aunque sin esa gabardina puede que le suba un punto. Peinado convencional, maquillaje un tanto clásico, piernas aceptables. La falda un pelín larga, y unos tacones que para una noche loca estarían de miedo, pero para andar por el campo va a ser que no.

—¿Está sordo?

—Perdone, ¿qué me decía? —murmuro, pues no puedo hacer dos cosas a la vez. Escanear y responder son funciones incompatibles.

—Pregunto por el alcalde. Ese señor tan simpático de ahí fuera —debe de referirse a Honorio—, me ha dicho que le espere aquí y llevo más de diez minutos.

Se nota que no vive en el campo. Diez minutos son ridículos. Aquí no nos regimos por un horario tan estricto, pero como me pone cara de haber comido acelgas durante toda una semana, no se lo explico.

—Soy el alcalde. ¿Con quién tengo el gusto de hablar? —Recupero mis modales más exquisitos y noto que se sorprende cuando le tiendo la mano.

Ella también me está haciendo una radiografía. De acuerdo, ya no visto trajes hechos a medida ni llevo corbatas elegidas por mi ex (tenía mucha mano en eso de combinar, todo hay que decirlo). Desde que me trasladé al pueblo, suelo elegir vaqueros (eso sí, de marca, nada de textil producido en masa a bajo coste), que combino con las camisas que antes utilizaba, pero llevadas de manera informal. Puños vueltos y sin corbata. Cómodo a la par que elegante.

—Grace Valladares, encantada.

Me estrecha la mano de forma seca, profesional. Debe de hacerlo unas cuantas veces a lo largo del día, de ahí su actitud distante. Un mero trámite de cortesía.

—¿Y en qué puedo ayudarla? —pregunto solícito, aunque me reservo un as en la manga, es decir, no mover un dedo.

—Me envía la empresa constructora, soy la encargada de tasar los terrenos expropiados —me explica toda profesionalidad.

Me cruzo de brazos y sonrío. Como no tenga cuidado, a esta los del pueblo se la meriendan en un santiamén.

—Muy bien. ¿Y qué necesita?

—Su colaboración, por supuesto.

—¿Mi colaboración?

—Antes de entrevistarme con los afectados, quisiera ver el plano del catastro y cotejarlo con los que me ha facilitado la empresa. También desearía ver los recibos emitidos por el ayuntamiento durante los últimos cinco años para comprobar si el valor catastral se ajusta a las peticiones de los propietarios.

—¿Algo más? —pregunto con cierta ironía, porque esta mujer no sabe dónde se está metiendo.

Para empezar, aquí rige una especie de ley tácita sobre el valor de las cosas. Es decir, no se ajustan a la realidad. Sé que es injusto y que más de uno quiere aprovechar la situación para vender tierras de secano a precio de regadío. También sé que otros, empezando por mi abuelo, no pagan de modo proporcional ni por las hectáreas que tienen ni por la situación de sus fincas y que los nuevos vecinos que han comprado la casa hace poco pagan mucho más comparado con los de toda la vida.

—De momento no, gracias —murmura, sacando una tablet de su bolso.

La miro de reojo, no es de las baratas ni tampoco una imitación. Es lo que tiene haber salido con una mujer obsesionada por el lujo, que al final aprendes más de lo que quisieras.

—¿Cuándo cree que podrá darme esos documentos? —insiste ella.

—Vayamos a mi despacho...

Abro la puerta y le cedo el paso. Por suerte, está todo ordenado, aunque el mobiliario es de cuando mi abuelo era alcalde, por lo que el ordenador portátil desentona como el que más.

Le indico con un gesto que se acomode y yo hago lo mismo tras el escritorio.

—Aquí tiene la lista de los propietarios afectados —dice, pasándome un folio.

Podría decirle que no me hace falta, pues sé muy bien a quién le va a tocar la lotería si el proyecto sale adelante, pero soy el alcalde y finjo seriedad.

Abro el programa de gestión del ayuntamiento y aprovecho para estudiar a la mujer un poco más. Guarda las formas, no intenta dar conversación sobre temas absurdos, no se muerde las uñas, ni el labio. No se toca el pelo. No sonrío... Es un

robot.

No me queda otra que llegar a esa conclusión, porque no se entiende tanta compostura.

—¿Desea tomar algo? —le pregunto y ella niega con la cabeza.

Mejor, porque no disponemos ni de una triste cafetera y tendría que llevarla a la cantina de Silvano; aunque... joder, qué tentación meterla en un sitio tan pintoresco.

Tecleo en mi ordenador con rapidez, algo que parece sorprenderla. No obstante, me doy cuenta de que siendo eficiente tendré menos oportunidades de observarla y lo cierto es que resulta un estímulo nuevo aquí en el pueblo.

Decido darle la información con cuentagotas, así que imprimo sólo las referencias catastrales donde figuran las superficies, pero no el valor. Para que se vaya entreteniéndolo.

Cuando acaba la impresora y se lo entrego, ella, que no ha dicho ni mu durante todo el proceso, mira los papeles por encima y frunce el cejo. Menos mal, un gesto humano.

—Para el resto de los datos habrá que esperar a la secretaria —me disculpo, antes de que me pida explicaciones.

—¿Y cuándo estará ella? —inquire, disimulando su malestar.

La comprendo, a todos los de ciudad les molesta que las cosas no se hagan en el acto.

—Viene una vez a la semana, los miércoles —miento a medias, ya que Eulalia vive en el pueblo y puede acercarse en cualquier momento, pero sí es cierto que por norma sólo los miércoles está en su puesto. Por no mencionar que yo puedo hacerlo.

—Vaya contrariedad... —murmura e intuyo lo que piensa. Que somos unos incompetentes, porque es jueves y le toca esperar una semana.

Miro la hora y ella se da cuenta que no llevo un reloj barato. Disimula de nuevo, eso sí, muy bien, y yo decido tentarla un poco.

—Si lo desea, podemos ir a la cantina, allí puede encontrarse con algunos vecinos afectados y hablar con ellos —ofrezco todo solícito.

Por su expresión deduzco que no le hace mucha gracia. Sonrío, un gesto amable para que se confíe. Joder, si con la tontería me estoy animando. Ya ni me acuerdo de la última vez que flirteé de este modo. Espero no haberme quedado oxidado.

—En otro momento —dice al fin, incorporándose—. Buenos días.

Y me deja allí, interesado, muy interesado, por saber cómo una mujer puede comportarse de una forma tan fría.

Ya saldré de dudas a no mucho tardar, pues tiene que seguir contando conmigo, me recuerdo, y como no tengo otra cosa mejor que hacer, me voy solo a la cantina.

Seguro que ya se ha corrido la voz y están especulando sobre la forastera. A ver de qué ha sido capaz la imaginación popular. Mientras los escucho, me tomo el vermut y hago tiempo hasta la hora de comer.

La oportunidad de verla de nuevo se presenta antes de lo que yo esperaba y en el lugar más insospechado: la casa de mi abuelo.

¿Cómo se las ha arreglado este hombre para atraerla hasta su guarida?

Algún día haré un estudio sobre sus habilidades, porque a la hora de comer me encuentro a Grace Valladares como su invitada de honor.

La cara de ella es sin duda similar a la mía y ambos nos damos cuenta de la encerrona, pero como pasa siempre con las personas mayores, estas disponen de inmunidad a la hora de enredar y, por lo tanto, Grace y yo sonreímos y fingimos que estamos encantados.

—Señor López de Vicuña, no se tenía que haber molestado —dice ella, sentándose a su derecha.

—Tutéame, por favor —le pide el «zorro» sonriendo y a mí no me queda más remedio que admirar su destreza para salirse con la suya.

Aún no sé con exactitud qué pretende invitándola, pero seguro que no es por mera cortesía.

Qué hombre, pienso, con un deje de admiración.

Ella le formula preguntas educadas, poco comprometedoras. Una buena forma de mantener viva la conversación durante la comida. Yo apenas intervengo. Algún que otro monosílabo cuando me preguntan, porque parezco el convidado de piedra.

—¿Qué te traes entre manos? —le susurro al abuelo cuando ella se disculpa para ir al aseo.

—Imanol, hijo...

—Abuelo...

—¡No sé qué os pasa ahora a los hombres! —se queja—. ¿Tú la has mirado bien?

—Al grano —insisto, sin dejarme liar.

Pues claro que la he mirado bien, de arriba abajo. De derecha a izquierda. Si hasta le he puesto nota.

—Aparte de creer que ya es hora de que te eches novia formal...

Le pongo cara de no sigas por ahí.

—Da igual —continúa él—, de esa mujer dependen muchas decisiones y si la tienes entretenida...

Entrecierro los ojos.

—No.

—¿Qué te cuesta? Si fuera fea, entendería tus reparos, pero así todos salimos beneficiados —aduce, convencido de que está actuando de forma correcta.

—A nosotros no nos afectan sus decisiones, porque tus tierras no están señaladas —le recuerdo.

—Lo sé —dice sonriendo—. Pero si yo muevo los hilos para que algunos saquen mayor beneficio...

—Te deberán unos cuantos favores —completo yo la frase por él.

—Por no mencionar que, si todo sale bien, los vecinos no se mostrarán muy

reacios cuando venda la parcela que queda al otro lado de la autopista y construyan allí un área de servicio.

—¡Joder! —exclamo sorprendido—. ¿Cuándo me lo ibas a decir?

—Para ser alcalde, qué poco te enteras de lo que ocurre a tu alrededor. —Es un soniquete que me suelta a la menor oportunidad—. A tu primo tampoco le he dicho nada, porque ya sabes que en cuanto bebe dos tintos lo cacarea todo.

—Prefiero seguir en la ignorancia —refunfuño, porque así no hay manera de ser un alcalde honrado.

—Si yo tuviera treinta años menos —reflexiona él y sé que no es un farol.

—Déjalo ya, abuelo.

—Mírala bien y recapacita.

Grace vuelve y tanto mi abuelo como yo sonreímos con cara de no haber roto un plato ni de ser unos conspiradores de tomo y lomo.

—Y dime, querida, ¿todos los días vas y vienes de la capital? —le pregunta a Grace, ella asiente y yo me ocupo de servir el café. Por supuesto, no me pierdo nada de lo que se dice—. ¿Y por qué no te alojas por aquí? Te ahorrarías tiempo.

—¿Hay algún hotel en el pueblo? —inquire y mi abuelo niega con la cabeza.

—No, mujer, cuando digo aquí me refiero en esta casa. Vivo solo y me sobran habitaciones.

No escupo el café de milagro.

Qué hábil es. Primero lanza el anzuelo, es decir, crea el problema, para después ofrecer la solución.

No me gustan sus artes sibilinas, pero he de reconocer que es el mejor.

—Señor López de Vicuña no...

—Tranquila, soy un hombre moderno —aduce mi abuelo, convencido de ello, y yo tengo que disimular la tos—. Aquí puedes instalar una oficina, venir a la hora que quieras... ya me entiendes.

Yo, que no salgo de mi asombro, permanezco callado.

—Es muy amable, Balbino, de verdad, pero mis cosas las tengo en...

—No te preocupes por eso, Imanol tiene que ir esta tarde a hacer unos recados a la capital y puede llevarte.

¿Qué recados?

—Puedo ir en mi coche —dice ella y me doy cuenta de que no se ha negado en redondo a instalarse aquí. Joder, si al final la va a convencer.

—Nada, nada, mujer, que aquí estamos para lo que haga falta —sentencia mi «cacique» favorito. Y cuando ya no puede dejarme más pasmado, añade—: Por cierto, Imanol, llévate el Cadillac. Hace un mes que no lo muevo de la cochera y necesita hacer unos kilómetros.

—¿El Cadillac? —repito sin salir de mi estupefacción.

Mi abuelo cuida, como si fuera un hijo, su modelo 62 convertible de la marca original de 1955, en color oro, que no le deja conducir a nadie a no ser que sea un

caso de extrema gravedad. Ni siquiera lo alquila para bodas, pese a las generosas ofertas que le han hecho varias empresas especializadas. Él apenas puede conducir, así que, como mucho, le da una vuelta por los alrededores del pueblo.

Y ese es sólo uno de los doce vehículos de colección que posee... Por un coche como el Cadillac, yo sí estaría dispuesto a pelearme con mi primo.

—Sí, hijo, sí. Me da tanta pena no poder disfrutarlo —continúa, poniendo cara de viejecito triste y, claro, le funciona, pues Grace le sonríe—. No se hable más, voy a por las llaves.

Yo sé que están en la caja fuerte de su despacho, lo que me dará algunos minutos para disculparme con Grace e inventar una excusa para sacarla de este embrollo, pero mi abuelo regresa al minuto y medio con las llaves en la mano, lo que indica que el muy pillo lo tenía todo orquestado.

Me las entrega y, si bien no estoy de acuerdo con sus estrategias manipuladoras, las acepto, pues conducir el Cadillac es un sueño.

—Tengo que coger unas carpetas de mi coche —dice ella.

—Tranquila, mujer. Ahora pasa a buscarte mi nieto, ¿verdad, Imanol?

—Sí, por supuesto —respondo, con las llaves en la mano.

Grace nos deja a solas y veo una oportunidad de oro para hablar con él.

—¿Qué pretendes con toda esta pantomima? —le espeto nada más quedarnos a solas.

—Empujarte un poco, que como seductor no tienes futuro —me suelta riéndose—. Anda, no seas tonto y llévala en el coche a dar una vuelta. Aprovecha la coyuntura.

—Te he explicado unas mil veces que las mujeres de ahora, las sensatas, no se dejan impresionar por un coche caro, una cuenta corriente abultada y cenas en restaurantes de lujo —le recuerdo—. Porque, por si no te has dado cuenta, ellas son capaces de conseguir todo eso por sí mismas.

—¡Pamplinas! ¿Y dónde queda la caballerosidad? ¿La seducción? ¿El flirteo?

—No tiene nada que ver una cosa con la otra —insisto, convencido de ello. Desde luego si Grace se me pone a tiro al ver el coche, puede que me la lleve al pajar, pero ni hablar de salir con ella.

—Imanol, hijo, las mujeres son todas iguales. Creen que no nos necesitan, pero te digo yo que hasta la más radical puede cambiar de opinión. Todas buscan un hombre.

—Las lesbianas no —replico y pone mala cara, pues para mi abuelo eso es sencillamente un tema inasumible. Me río al ver su expresión y añado para mortificarlo un poco—: Por no mencionar el significativo avance y diversidad en la industria de juguetes para adultos.

—No me lo recuerdes... —refunfuña—. Sustituir a un hombre hecho y derecho por un cacho de plástico.

—Pues a ellas les encanta —canturreo y pone cara de que, si de él dependiera, los juguetes eróticos quedarían prohibidos por ley.

—Esto va de mal en peor, primero mujeres que no quieren acostarse con hombres... ¿qué será lo próximo?

—Una mujer presidenta del gobierno —le respondo.

—Anda, vete, que me sube la tensión con tus ocurrencias.

Me despido de él riéndome ante su cara de asco y me acerco al garaje para sacar el coche. Lo encuentro limpio y brillante y con el depósito lleno. Un alivio, pues el vehículo es una pasada, pero traga lo indecible.

Grace me espera junto a su modesto Honda Civic y a su favor he de decir que primero me mira a mí para después admirar el Cadillac. Lógico, nadie se queda indiferente ante un vehículo semejante.

Se sube con cuidado, deja su bolso y su maletín en el asiento trasero y, como no parece que vaya a llover, bajo la capota. De camino a la carretera general saludo a unos cuantos, que nos miran con una mezcla de curiosidad y suspicacia. Ya sé que a la hora de la cena, o antes incluso, voy a ser la comidilla en la cantina, pero joder, chica guapa y coche clásico es una combinación irresistible.

Grace continúa en silencio. Intuyo lo que piensa acerca de los ancianos manipuladores y los nietos obedientes, así que me veo obligado a decir:

—Escucha, si quieres le digo a mi abuelo que te ha surgido un imprevisto y no puedes quedarte en su casa. Una especie de emergencia familiar —sugiero en tono amable, dando a entender que no estoy de acuerdo con las maniobras de ese viejo zorro.

—La verdad es que quedarme en el pueblo me ahorraría mucho tiempo cada día —responde sin quitarse las gafas de sol.

—Como prefieras entonces —contesto y ella se limita a darme su dirección.

El trayecto, a pesar de que no cruzamos más palabras y de que vamos a una velocidad moderada, porque, no nos engañemos, si llevas un coche como este es para disfrutar, no para correr, no se me hace tan incómodo como yo pensaba.

Al llegar a su calle, debido a las dimensiones del coche, me cuesta encontrar aparcamiento, pero al final lo consigo.

—En una hora estaré lista —me dice, bajándose.

—Te espero aquí pues —respondo, a pesar de que, siguiendo las recomendaciones de mi abuelo, debería acompañarla a casa (con todo lo que eso puede implicar), pero prefiero no hacerlo, sería muy descarado.

—¿No tenías recados que hacer? —me recuerda con cierta ironía.

Mierda.

—Sí, es verdad.

Para no quedar más en evidencia, y a pesar de que no tengo nada que hacer, arranco de nuevo y manibro para marcharme. Decido ir a un centro comercial cercano y así aprovechar el tiempo para hacer acopio de mercancías, ya que esta noche tengo partida con los chicos. Con el maletero bien surtido de cervezas y otras necesidades líquidas, acabo sentado en una cafetería y miro el reloj sin otra cosa en

mente que hacer tiempo. Aprovecho para darle vueltas a todo este lío en el que me he visto inmerso por culpa de mi abuelo.

¿De verdad piensa que una mujer como Grace va a dejarse influir por unas cuantas atenciones materiales? Porque, por mucho que él lo haya insinuado, llevármela a la cama para que se muestre más acorde con las pretensiones de los propietarios ya sería rizar el rizo. Joder, si me acuesto con alguna es por el simple hecho de pasar un buen rato. Además, no sé si yo llegaría a funcionar con tanta presión.

Entre una cosa y otra se me ha pasado el tiempo y, tras abonar la consumición, me voy en busca de Grace. Cuando llego frente a su portal ella ya está allí, esperándome con una maleta de ruedas, pero no se parece en nada a la mujer que he conocido antes. En su lugar veo a otra vestida con vaqueros y sudadera, zapatillas de deporte y el pelo recogido. Todo un cambio.

La ayudo a guardar el equipaje en el maletero y ella arquea una ceja al ver lo que llevo. Por suerte, no dice ni pío. En ese momento se me ocurre una idea un tanto retorcida, para vengarme de mi abuelo.

—Toma. —Le entrego las llaves—. Conduce tú.

—¿Seguro?

Muevo la cabeza afirmativamente y al acomodarme en el lado del copiloto siento una malsana satisfacción, pues cuando alguien le vaya con el cuento al señor Balbino López de Vicuña, a este le va a dar un patatús, ya que, según su criterio, las mujeres no deberían conducir, no al menos habiendo un varón disponible. Y mucho menos un clásico de 1955.

—¿Cómo que no está? —pregunto frunciendo el cejo, cuando Demetria, la asistente de mi abuelo, me informa de que él se ha marchado a media tarde para visitar a su hermana Marisol—. Ha dicho que vuelve la semana que viene.

—Joder...

Grace, a mi lado, no entiende nada, pero yo por desgracia sí. Marisol vive en la costa, a unos ochocientos kilómetros para ser exactos.

A ver cómo se lo explico yo ahora.

—Imanol, tengo que irme.

—Espera, deja que ella se instale, como habíamos quedado —le pido a Demetria.

—¿Y cómo va a quedarse sola en este caserón? —replica la mujer, negando con la cabeza—. Tu abuelo me ha dado la semana libre.

—Pero... —balbuceo como un idiota.

—Que se quede en tu casa —sugiere y entonces me doy perfecta cuenta del alcance de las maniobras de cierto anciano—. Tienes cuatro habitaciones y nadie se va a escandalizar.

Bueno, eso habría que verlo. En el pueblo, siendo ambos solteros, el sector

conservador y cotilla se lo va a pasar en grande.

Miro a Grace de reojo. Su cara es un poema. La mía también.

—Está bien —termino diciendo, porque no me queda alternativa y está anocheciendo.

Ella sigue en silencio mientras camina a mi lado de camino a mi casa. No hay mucha distancia, así que en cinco minutos llegamos.

—Pasa —le digo, encendiendo las luces del recibidor.

—Oye, esto es surrealista. Mejor cojo el coche y me vuelvo a casa —sugiere.

—Ante todo, quiero pedirte disculpas. Y luego, es tarde, estarás cansada. Quédate a pasar la noche. Mañana haz lo que prefieras.

—Humm... De acuerdo —accede no muy convencida.

Le muestro el dormitorio de invitados. El más alejado del mío, para evitar suspicacias. Tiene aseo propio y mi madre lo ha decorado con gusto y sencillez. Veo que Grace lo examina y, para que se ponga cómoda, abandono la estancia, pensando en la manera de vengarme.

—¿Hay alguien en casa? —pregunta una voz conocida.

—Mierda —maldigo al encontrarme con Jacinto, que ya viene preparado para nuestra noche de chicos. Trae dos bandejas de comida y, como hay confianza, las lleva al salón.

Pero la tragedia no es completa, porque no he terminado de saludar a Jacinto cuando aparece Rafa, vestido con su uniforme y con cara de malas pulgas.

—¿Qué ha pasado? —inquire Jacinto al verlo.

—Que se va a la mierda nuestra noche de partida, eso es lo que pasa —responde—. El tonto del culo de mi cuñado, que se raja. Otra vez.

—Tu hermana, que no lo suelta ni a sol ni a sombra —replico riéndome.

—Vaya porquería de cuadrilla. Eso pasa por no seguir las normas —se queja Jacinto y añade—: Cuatro miembros, sólo hombres y ¡solteros!

Nos echamos a reír ante el comentario.

—Pues a ver qué hacemos, porque para jugar al subastado necesitamos a otro.

Y justo en ese momento aparece Grace. Nos mira a los tres como si fuéramos extraterrestres. Me doy cuenta de que he tenido tan poca delicadeza que ni siquiera le he hablado de la cena. Cojonudo, a saber qué pensará ahora de mí.

Rafa, que para algo es el representante de la autoridad, se acerca a ella y suelta:

—Tú eres la que trae loco a medio pueblo... y por lo que veo el alcalde está incluido en el grupo.

Grace sonrío y le da dos besos.

Genial, también se me han olvidado los modales de anfitrión.

Y claro, Jacinto, que se la come con los ojos, no pierde ripio y va a por sus dos besos. Ella se presenta, le sonrío y los conquista, porque los dos tontos lucen sendas sonrisas.

—¿Sabes jugar al subastado? —le pregunta Jacinto de repente.

Rafa y yo nos miramos. Él, así, con la tontería, va a romper una de las normas de la cuadrilla.

Grace asiente. Rafa y yo nos miramos de nuevo como diciendo «Esto no puede ser bueno». Y yo, antes de que me llamen maleducado, le pregunto si quiere tomar algo.

—Una cerveza de esas —responde ella señalando mi botellín.

Me sorprende, pues yo esperaba algo así como un refresco bajo en calorías o pijadas similares.

—Pues nada, Rafa y yo juntos. Tú con ella —organiza Jacinto y yo frunzo el cejo, pues normalmente siempre juego con el guardia civil de pareja.

Miro a mis amigos, los «conspiradores», y ambos ponen cara de no haber roto un plato. Joder, ya verás como al final se lía parda, pues esos dos, en cuestión de juegos de cartas, son cien por cien incompatibles.

Nos sentamos a la mesa y Jacinto coge los naipes y empieza a barajar. Tiene a Grace a su derecha y no deja de sonreírle. Reparte para ver quién tiene la carta más alta y resulta ser él mismo.

—No vale hacer señas —nos recuerda Rafa y después me mira—. Si quieres guiñarle un ojo, esperas a que nos vayamos.

—Ja, ja, ja —le espeto, ordenando las cartas a medida que las van repartiendo.

—Tú hablas —le dice Jacinto a Grace, mirándola.

Ella me mira a mí, quizá esperando a que yo diga algo, pero no puedo. Además, esos dos idiotas nos están vigilando como halcones.

—Setenta —dice Grace y yo pienso, «Menos mal» porque a mí me han tocado unas cartas horribles.

—Ochenta —responde Rafa.

—Paso —digo yo.

—Noventa —la provoca Jacinto.

—Ciento diez —recoge el guante Grace, orgullosa y sin parpadear, y yo miro otra vez mis cartas. Más vale que ella las tenga buenas, porque yo poco o nada voy a poder ayudarla.

—Muy bien, ¿a qué?

—A copas.

Rafa apunta y comenzamos a jugar. Como Grace es mano es la primera y nos deja alucinando, me incluyo, cuando les da un buen repaso. Yo no puedo echarle ni un triunfo, pero bueno, se las está apañando bien.

Tanto a Rafa como a Jacinto se les va borrando la sonrisa a medida que avanza la partida, pues no sé si por cuestión de suerte o porque se nos da de puta madre, estamos arrasando. Al final, tras una buena paliza, ellos se rinden y empezamos a cenar.

—¿Dónde aprendiste a jugar así? —le pregunta Rafa, que, a pesar de haber perdido, está de buen humor. Algo raro, porque siempre se ofusca un poco cuando no

gana.

—En la universidad —responde ella, dando buena cuenta de la empanada que ha traído Jacinto—. Así me sacaba unos eurillos para irme de copas. También jugábamos al mus, al póquer...

—Entonces, supongo que nada de strip póquer, porque nos dejas en gayumbos. Grace asiente divertida y bebe a morro con total confianza.

—Oye, por mí no te preocupes. Yo me quedo en gayumbos sin jugar a las cartas —apostilla Jacinto y ella se atraganta riéndose.

Me detengo a tiempo antes de darle unas palmaditas en la espalda y advierto con la mirada a mis colegas para que se porten bien.

—Gracias por la oferta —consigue decir Grace sin dejar de sonreír.

—De nada, a mandar —replica Jacinto contento y pasándose por el forro mi advertencia, aunque, ¿por qué me molesta que coqueteen con ella? Al fin y al cabo, aquí somos todos solteros.

Yo, a pesar de que mi abuelo haya intentado convencerme, no estoy dispuesto a hacer nada pese a que verla así, más desinhibida, relajada y sin el «uniforme» de trabajo, podría llegar a animarme.

—¿Todos sois de aquí, del pueblo? —la oigo preguntar, sacándome de mis cavilaciones.

—Todos menos este —responde Jacinto señalándome—. Él es el «señorito». —Yo tuerzo el gesto ante su descripción—. El que vive en la capital. El listo que todo lo sabe. El que fue a la universidad.

Rafa asiente divertido.

—Oye, que siempre he pasado los veranos aquí —me defiendo.

Mis amigos resoplan.

—Por eso lo digo. Era el típico niño pijo al que todas las mozas miraban cuando pasaba las vacaciones aquí —apostilla Jacinto, sin duda dando muestras de su envidia.

Miro de reajo a Grace, se lo está pasando en grande.

—Porque a vosotros os tenían muy vistos —replico riéndome.

—Ya, claro... —tercia Rafa—. Por eso me levantaste a mi primera novia.

—Pero ¿tu primera novia no fue mi hermana? —interviene Jacinto, pero al mirarnos se da cuenta de que los dos hemos tenido más que palabras con su hermana.

Vaya sainete se está montando...

—Oye, que yo no me la llevé al pajar como este —me acusa Rafa y casi escupo la cerveza.

Grace se ríe con disimulo y no es para menos ante nuestra conversación.

—¿Todavía se hace eso? —pregunta, para relajar un poco el ambiente y que Jacinto no se líe a puñetazos defendiendo el honor de su familia.

—¿El qué, lo de ir al pajar o lo de liarse con la hermana de tu mejor amigo? —refunfuña el hermano ultrajado.

—Lo primero —murmura Grace en respuesta—. Es que pensaba que eso ya no se estilaba.

—Pero ¡¿qué dices, mujer?! —exclama Rafa, negando con la cabeza—. Es una tradición que no puede perderse por nada del mundo.

—Lástima que cada vez queden menos pajares —se lamenta Jacinto con cara triste—. Aunque tu abuelo tiene todavía uno bien grande junto a la cochera.

—Sí, lo tiene —confirmo, sin pensar en las posibilidades que eso entraña.

—¿Nunca te has dado un revolcón rural? —le pregunta el guardia civil.

—Soy una chica de ciudad. Los veranos los pasaba en la piscina, en el parque...

—No sabes lo que te has perdido... —dice con pena mi amigo.

Jacinto y yo asentimos.

—Alcalde, tienes que hacer algo, esta pobre chica no puede volver a la capital sin experimentar una noche en el pajar —dice entonces Rafa, al que debería darle dos collejas para que cierre la boca.

—¿Y por qué yo? —pregunto, mirándola a ella. Su reacción, desde luego, me interesa y mucho.

—Porque... —titubea Jacinto.

—Porque sí, joder —remata Rafa—. Además, desde que Candy te dejó...

—Yo la dejé a ella —lo corrijo.

—Da igual, el resultado es el mismo. —Rafa se acerca a Grace y se pone en plan cotilla para añadir—: El alcalde es un chico de ciudad, pero tiene su lado rústico, por eso ha vuelto al pueblo.

—Por eso y porque la petarda de Candy le puso unos cuernos como una catedral con su mejor amigo —remata el otro conspirador, dejándome en evidencia.

—Gracias —mascullo ante el despliegue informativo que esos dos traidores están llevando a cabo.

No sé qué va a pensar esta mujer de mí, porque entre las evidentes muestras de manipulación de mi abuelo y los comentarios para nada acertados de mis colegas, creará que soy poco menos que un gilipollas que folla menos que el chófer del Papa en Semana Santa.

—Yo te llevaría sin dudar —prosigue Rafa—, pero mi familia no tiene pajar disponible.

—¡Ni la mía! —tercia con rapidez Jacinto.

—¿Y qué pasa con la trastienda de la cantina? —le pregunto a este con sarcasmo—. También puede valer.

—Eh, que estoy aquí —dice Grace, sin parecer muy molesta—. Que al final os lo vais a jugar a los dados y digo yo que primero tiene que apetecerme a mí ir al dichoso pajar. Segundo, en caso de desearlo, podré opinar sobre el candidato, y tercero...

—¡Bobadas! —la interrumpe Rafa—. Aquí todos tenemos pelos en el sobaco y sabemos qué se cuece.

Joder, si ya lo sabía yo. Estos dos han elaborado una teoría, errónea por supuesto,

y ahora nos han emparejado.

—Y somos amigos, nos respetamos —apostilla Jacinto.

A buen entendedor...

Al final los dos conspiradores se marchan, lo que significa que ya no tengo que soportar sus tonterías. Grace me ayuda a recoger las cuatro cosillas de la cena en silencio, mientras, sólo alguna que otra mirada de soslayo.

Apago la luz de la cocina y ella camina delante de mí, pero se detiene en la escalera cuando llega al primer escalón. Se da la vuelta y me mira con cara de ocultar algo.

Esto no es buena señal, pues yo pensaba darle las buenas noches y listo. Cada mochuelo a su olivo. Sin embargo, ella no tiene pinta de querer irse a dormir tan pronto. Mal asunto.

—¿Qué ocurre? —inquiero con cautela para salir de dudas. A lo mejor sólo necesita toallas limpias y no las encuentra en su cuarto de baño.

—¿De verdad te pusieron los cuernos o es una chufla de tus colegas?

Tuerzo el gesto. ¿Por qué a las mujeres les gustan tanto estos temas?

¿Son imaginaciones mías o disfruta con la posibilidad de que sea cierto?

Pues no vamos a tenerla en ascuas.

—Sí, pero aunque me jodió, ni me deprimí ni hice locuras. —Venirme al pueblo y ser alcalde no sé si cuenta.

—Ajá.

Ese «ajá» ha sonado raro, así que añado, para que no elucubre o le entre el síndrome de madre superiora e intente consolarme:

—Ni tampoco odio a las mujeres. ¿Contenta?

No he podido evitar ser sarcástico.

—Entonces... ¿por qué te parecía tan desagradable la idea de llevarme al pajar?

—¿Cómo dices? —pregunto perplejo, porque ¿está flirteando conmigo o voy muy borracho?

Grace acorta distancias. Sí, voy un poco pedo, pero no tanto como para no ver las señales. Por mi cabeza pasa una espinosa cuestión, ¿dónde tengo la copia de la llave del pajar? Y entonces me acuerdo de que se puede pasar desde el garaje, pero que en el llavero del Cadillac hay un duplicado.

—Quiero ir.

—¿Adónde? —pregunto suspicaz.

—Al pajar.

—Eso me parecía haber oído —murmuro, sin saber si alegrarme o, por el contrario, enfadarme.

—Ahora, si es posible —remata ella, dejándome más confuso aún.

—¿Ahora? —repito, mirando el reloj—. Es casi medianoche.

Grace asiente sin dejar de mirarme. Entonces me digo «¿Tú estás tonto o qué? Joder, que te lo está sirviendo en bandeja. ¿Desde cuándo se rechaza un polvo con una tía atractiva?».

«¿Desde que tu abuelo te ha metido pájaros en la cabeza?», me respondo.

Vaya disyuntiva...

Portarse como un caballero y negarle a la dama su deseo, lo que sin duda la enfadará, o, por el contrario, ser un canalla interesado y satisfacer a la chica. Lo que incluye no decepcionarla.

—Espérame aquí —murmuro, no muy convencido, porque a lo mejor meto la pata (y quizá nada más) hasta el fondo.

Lo que ella no sabe es que eso de ir al pajar está muy bien, pero conlleva seguir unas pautas logísticas elementales. A uno le gustan ciertas comodidades y, aunque esté en el pueblo, no voy a renunciar a ellas llevado por las prisas.

En este caso, tengo que recoger las llaves y buscar una manta donde tumbarnos para que después no nos pique todo el cuerpo. Follar en el granero es muy bucólico, pero tiene sus inconvenientes. Y cómo olvidar el aspecto del sexo seguro.

No tardo mucho en encontrar una manta adecuada y en el último segundo me doy cuenta de que puedo ser un caballero y al mismo tiempo tirármela sin contemplaciones, así que también saco del armario una prenda de abrigo.

Equipado como procede, regreso junto a Grace y le entrego una de mis sudaderas, que el relente de la noche es muy traicionero. Y sin más dilaciones, le hago una seña para que me siga.

Quizá esperaba que todo fuera una broma y que al final ella se arrepintiera, pero no, ahí está, a la espera de disfrutar de su primera aventura erótico-rural conmigo.

Espero que la presión no me juegue una mala pasada.

Desde mi casa al pajar apenas se tardan cinco minutos. A estas horas no nos cruzaremos con nadie (confío en ello). Caminamos en silencio y sin tocarnos. Extraño, pues por lo general en estos menesteres se muestra un poco más de entusiasmo entre la pareja.

Recuerdo la última vez que hice algo similar y acabó como el rosario de la aurora, como no podía ser de otro modo. Tras convencer a Candy de que hiciéramos una visita al pajar, me montó un buen pollo porque, según ella, aquello era antihigiénico. La muy petarda...

Menos mal que Grace, así *a priori*, no tiene pinta de ser muy remilgada, pues me estoy animando y siento cierto cosquilleo que espero vaya a más.

Me gustaría saber qué piensa, pero mejor no pregunto. Espero que sea una mezcla de curiosidad y ganas de pasarlo bien, porque no me apetece hacer el camino de vuelta a casa (por muy corto que sea) empalmado y de mal humor, para acabar apañándomelas yo solo en mi dormitorio y con una extraña en el cuarto de invitados.

—Adelante —le digo tras desbloquear la cerradura.

—Gracias —murmura educada.

Demasiado para mi gusto, parece que vayamos a una recepción de postín en vez de al pajar a echar un polvo.

Maldito Rafa. Jodido Jacinto.

Tenemos que pasar por delante de la colección de vehículos y me siento tentado de follármela sobre el capó de alguno de ellos, pero como le he prometido algo más rústico, me sacrifico y la llevo hasta el granero.

Grace se fija en los coches. Lo entiendo, desde niño, a mí siempre se me ha caído la baba con ellos.

No voy a encender las luces porque alertaríamos a la población, así que voy hasta la ventana del fondo y abro los pequeños postigos de madera, de esa manera entra un poco de luz, suficiente para lo que nos proponemos.

Ella permanece de pie, quieta junto a la entrada. No me mira, está pendiente de todo cuanto la rodea.

—Mi abuelo tiene una colección de aperos, arados y otras herramientas antiguas de agricultura —le explico acercándome para guiarla; no quiero que tropiece con nada y tengamos un disgusto.

Sigo sin estar convencido, no porque no me apetezca tirármela, sino porque no la veo yo muy entusiasmada. Todo se desarrolla con demasiada frialdad. Ni siquiera la he besado.

Nos miramos frente a frente. ¿Qué hago? Puedo extender la manta en el rincón donde están amontonadas las pacas, encender la gloria y pedirle que venga. También puedo regresar a casa y acabar con esto. O bien adoptar una actitud un poco primitiva, cogerla de los pelos y que sea lo que tenga que ser. Pero me da a mí que para esto último tendría que haber un poco más de confianza; no a todas les gusta el rollo brutote. Si lo sabré yo...

Entonces, cuando estoy a punto de desistir, cuando creo que la situación no puede ser ya más ridícula, Grace se pega a mí, me agarra del cuello, respira, me toca despacio y, sin decir una sola palabra, me besa.

Joder y cómo me besa.

Me empuja contra la puerta al tiempo que enreda una mano en mi cabello y tira ligeramente de él.

Tardo más de la cuenta en reaccionar. Muy bien, me ha pillado desprevenido, pero sé lo que tengo que hacer. Muevo una mano hasta posarla en su trasero y de ese modo pegarla más a mi cuerpo. Me estoy animando, y muy deprisa, y ella lo nota, pues adelanta una mano y la coloca sobre mi bragueta.

Presiona un poco, lo justo para volverme loco. Se aparta. Vuelve a tocarme. Está jugando conmigo y yo encantado de que lo haga. La beso otra vez, ahora con más decisión, mordiéndole incluso el labio inferior, y Grace gime con sus labios pegados a los míos.

—Guau... —musita y, sin soltarme el pelo, desliza su boca por mi cuello arañándome con los dientes.

—Grace...

Con la otra mano sigue tentándome. Gruño encantado y adelanto las caderas, que me toque a placer, no voy a poner ningún reparo. Tira de mi camiseta para sacarla de los pantalones, lo cual me encanta. Siento su mano fría sobre el pecho y el contraste me excita.

Yo no pierdo el tiempo. Busco por debajo de su sudadera el cierre del sostén, del que pienso deshacerme a la mayor brevedad posible, pero para mi sorpresa, sólo encuentro una espalda suave, caliente, sin rastro de obstáculos.

Se arquea. Vuelve a gemir. Y yo no puedo hacer otra cosa que pellizcarle un pezón hasta conseguir que grite. Ya me importa muy poco si alguien al pasar nos oye. No voy a contenerme y espero que ella tampoco.

—Humm —murmura, sin dejar de tocarme y yo sin soltar su pezón, el cual, por cierto, me encantaría chupar.

Aumento la presión de mis dedos y Grace jadea con mayor intensidad. Por un momento creo que le hago daño, sin embargo, por cómo reacciona, intuyo que desea más agresividad. Perfecto.

Vuelvo a besarla y ella responde con igual ímpetu. Excelente, porque mi erección empieza a pedirme un poco más de movimiento. Así que me las apaño para separarme de la puerta e ir caminando hacia delante, empujándola incluso para poder tumbarla sobre la paja.

A trompicones, porque ninguno de los dos somos capaces de parar un segundo, llegamos hasta las pacas. Miro alrededor, no sé dónde narices he puesto la dichosa manta.

—Espera un segundo —le pido entre jadeos.

—¿Qué pasa? —inquire, sorprendida por el frenazo en seco que acabo de dar al apartarme.

Miro frenético intentando localizar la puta manta y, claro, con la luz tan escasa que entra de fuera va a ser difícil. Así que saco el móvil. Como siempre pasa, tardo más de la cuenta en encontrar la aplicación de la linterna.

—Pero ¿qué haces?

No respondo y cuando por fin tengo luz suficiente, hago un barrido por la zona. Manda huevos, me la llevo al pajar al más puro estilo rural, arcaico incluso, por seguir la tradición, y tengo que sacar el iPhone. Para darme de tortas.

—¿Qué estás buscando? —pregunta extrañada.

—¡Joder, ahí está! —exclamo aliviado y camino con rapidez hasta coger la manta, que, sin perder un segundo, extiendo en el suelo—. ¿Por dónde íbamos?

Grace me sonrío y yo guardo el móvil, no sin antes apagarlo, por si acaso a alguien... Jacinto o Rafa, les da por tocar los cojones y me llaman.

Antes de que se enfríe el ambiente, la agarro de la cintura y la beso y volvemos a conectar en el acto. Grace besa muy bien y eso me enciende, lo mismo que sus gemidos, que se mezclan con los míos. No nos limitamos a unir nuestros labios, las

manos de ambos comienzan a actuar otra vez, tocando, arañando, apretando, desnudando y, sin darme cuenta, me encuentro con los pantalones desabrochados y medio recostado en una de las pacas, mientras ella me masturba sin dejar de morderme los labios.

Le bajo el pantalón elástico que lleva (una bendición, porque no hay nada más incómodo que desnudar a una mujer que lleva vaqueros ajustados) lo suficiente como para acariciarla por encima del tanga. Nada más rozar su sexo, aun estando de por medio la fina tela, gime y me aprieta la polla con más fuerza.

—Grace... —jadeo, porque no se limita a meneármela.

Su curiosa y hábil mano se desliza entre mis muslos en una especie de aviso, antes de llegar a la zona cero y agarrarme las pelotas, provocándome una revolución interna muy difícil de controlar. Así que, en pos de una noche memorable, pongo todo mi empeño en acariciarla y en no adelantar acontecimientos.

Le bajo el tanga y de este modo tengo acceso completo a su sexo. Con la yema del dedo le acaricio los labios vaginales y noto su excitación.

—¿Más? —pregunto en un susurro y ella asiente.

Yo también sé jugar y retraso unos segundos lo que necesita, sólo por el simple placer de comprobar lo mojada que está.

El volumen de sus gemidos aumenta cuando la penetro con un par de dedos, poniendo especial cuidado en sólo rozarle el clítoris y de esa forma dejar algo para el momento cumbre.

—¿Dónde tienes los condones? —me pregunta, justo cuando he conseguido levantarle la camiseta y alcanzar un pezón para chupárselo.

Se arquea buscando mayor contacto y no la defraudo. Ella me tira del pelo, yo la muerdo y tan contentos. Y todo sin dejar de masturbarla con los dedos.

—En el bolsillo trasero del pantalón —respondo, sin apenas separar los labios de su piel.

Me priva de mi entretenimiento al apartarse para buscar los malditos preservativos. Con las prisas sólo he cogido dos y ahora me pregunto si van a ser suficientes.

A ella no parece que le preocupe ese detalle y rasga un envoltorio con los dientes. Me dan ganas de aplaudir, pues muestra seguridad y experiencia en estos menesteres, no obstante, me callo, porque podría malinterpretar mis palabras. No lo entiendo, pero a muchas mujeres, decirles que son hábiles en temas de sexo es como llamarlas putas. Una estupidez.

Mientras me quito la camiseta, ella se ocupa de mis pantalones vaqueros. Nos quedamos de pie, frente a frente, desnudos. No nos importa, no al menos a mí, que haga frío. Ni lo noto. Grace me pone una mano en el pecho y, clavándome las uñas, va deslizándola hacia abajo hasta sujetar mi erección.

Un pequeño tirón que me hace sisear. Después se humedece la palma de la mano y recorre mi polla para, acto seguido, colocarme el condón sin titubeos.

La beso, joder, cómo la beso. Hacía una barbaridad que no tenía oportunidad de estar con una mujer como Grace. Ha sido toda una revelación.

Caemos sobre la manta. Jadeamos y nos frotamos con descaro. Sin dejar de besarnos y sin poder dejar las manos quietas. Entonces me doy cuenta de que no hay suficiente paja en el suelo y que será muy incómodo para ella, por lo que me las ingenio para quedar debajo.

—Humm —ronronea al tenerme a su entera disposición.

—Lo mismo digo... —añado en tono sugerente y alzo las manos para abarcar ese precioso par de tetas.

Grace se mueve sobre mí. Me agarra la polla y se deja caer encima.

—Sí... —sisea encantada y yo la acompaño con un «Joder, qué gusto».

Comienza a balancearse despacio, provocándome. No deja de mirarme y de arañarme el pecho. Cuando se inclina para lamer mis labios, aprovecho para besarla a conciencia y embestir desde abajo. Su jadeo es desde luego prometedor. Continúo arqueando las caderas y ella me aprieta en su interior.

—Qué bueno... —musito, encantado con el devenir de los acontecimientos, porque ni en mis más optimistas previsiones lo podría haber imaginado—. Sigue...

Grace acelera, sus caderas adquieren un ritmo frenético. Ella lo está haciendo todo y yo me lo estoy pasando de puta madre. Noto la suavidad de la manta en mi espalda, pero más suave es su piel. No puedo dejar de tocarla, cualquier punto de su cuerpo al que tengo acceso y ella... Sus respuestas hacen que todavía sea más excitante.

—No pensaba parar —me replica con voz sugerente y se pone erguida, a lo amazona, montándome con un vaivén inigualable.

Clavo los pies en el suelo y le pongo una mano en el trasero. Se lo acaricio con suavidad, aunque estoy tentado de darle un buen azote, pero me contengo, porque es un poco pronto para tomarme ciertas licencias. Pero... maldita sea, ha hecho eso otra vez. Cada vez que tensa sus músculos, me aprieta de tal manera que debo respirar hondo para no correrme y dejarla a medias, pero como siga con esa presión (que me encanta y me tortura a la vez), no aguantaré mucho.

Al final mi mano va por libre y sí le doy un buen azote. El sonido reverbera y tanto sus gemidos como los míos se vuelven más intensos. Me temo que si alguien pasa cerca nos oirá desde la calle, algo que en estos momentos me importa bien poco, sólo puedo pensar en la mujer con la que estoy follando.

—Estoy a punto —suspira, montándome con tal desenfreno que me tiene a sus pies.

En este momento podría darle cualquier cosa que me pidiera, joder, vaya si se la daría.

—Y yo —gruño y, como sé que a nada que me descuide la adelanto, coloco una mano entre sus piernas y con el pulgar le presiono el clítoris, para que de esa forma obtenga mayor estimulación.

Gime más alto, se contonea, me clava las uñas hasta hacerme daño, un dolor que es bienvenido. Cuando se inclina hacia delante, me muerde el labio inferior y murmura algo que no llego a comprender del todo. Mi nombre y poco más.

Y eso resulta definitivo...

La rodeo con los brazos. Me gustaría quedarme un buen rato así, aún en su interior, relajarme y disfrutar de los minutos postcoitales de este modo, pero la seguridad manda y no me queda más remedio que moverme para salir de ella y deshacerme del condón. Por suerte, Grace no se molesta y me ayuda en este trance tan poco erótico.

Se aparta y echo enseguida de menos su contacto. Se pone en pie, lo que me permite tener una excelente visión de su cuerpo, gracias a la escasa luz que se filtra, y logra excitarme de nuevo.

—Es tarde, será mejor que volvamos a casa —dice y por el tono salta a la vista que no queda ni rastro de la mujer pasional, desinhibida y excitante a la que acabo de follarme.

Comienza a vestirse en silencio y yo hago lo mismo.

La noche de desenfreno sexual se ha acabado. Lo recojo todo lo mejor que puedo, incluido el preservativo usado y el que pensaba que iba a usar.

—¿Lista? —le pregunto en tono neutro. Yo también sé comportarme con frialdad.

A medida que nos acercamos a la puerta, me doy cuenta de que es lo mejor. Un polvo y sanseacabó. No hace falta más. Ni palabras bonitas, ni sonrisas ni gestos cariñosos. A casita y a dormir como un bebé.

Cierro con llave y me la guardo en el bolsillo. Ni un alma por la calle. Grace camina a mi lado. O me ignora o a saber qué está pensando. Pero de repente se detiene y alza la vista. ¿Está mirando el cielo?

Me paso la mano por el pelo, sin entender absolutamente nada. ¿Qué pretende a las tantas ahí parada?

—Es... increíble —murmura y levanto la vista igual que ella, intentando comprender qué le parece tan increíble.

—¿Qué ocurre?

—Se ven las estrellas —responde y me da la impresión de que, por alguna razón que seguramente no me explicará, ver el cielo estrellado le parece magnífico.

—Sí, bueno, es lo normal —comento y me encojo de hombros. No obstante, caigo en la cuenta de por qué a ella le parece tan extraordinario.

—En la ciudad no se tiene oportunidad de disfrutar de algo semejante. La luz artificial...

—Cuando vine a vivir aquí, tras muchos años en la capital, sentí algo parecido —murmuro a su lado.

Tengo la tentación de cogerle la mano, de establecer algún contacto, pero no lo hago. Si ella quiere, aquí me tiene.

No lo hace. Reanuda la marcha, protegiéndose del frío de la noche con mi

sudadera. Ni me mira. Extraña mujer, contradictoria.

Tampoco debería preocuparme.

Cuatro días más tarde, la situación sigue igual. Vivo con una mujer a la que veo a primera hora de la mañana y poco más. Cada uno duerme en su habitación y apenas nos cruzamos durante el resto de la jornada.

Los del pueblo están moscas, pues no dejan de especular sobre el motivo de que se aloje en mi casa, cuando se supone que las tierras de mi familia no entran en las que van a expropiarse. De ahí que en la cantina le den a la sin hueso con más brío del acostumbrado.

De camino al ayuntamiento, saludo a quienes me encuentro a mi paso, pero opto por no detenerme a charlar con nadie. Hoy tengo pleno y a pesar de que el orden del día es en apariencia rutinario, no me fío.

Salvador, mi primo y jefe de la oposición, no está, eso no significa que no haya dejado instrucciones para tocarme la moral. Lo cierto es que mi abuelo se ha encargado, y no sé por qué, de llevárselo de viaje. Esa al menos es la excusa que me dio cuando por fin pude hablar con él por teléfono. Dijo que necesitaba un chófer y, claro, me eché a reír, porque hasta la fecha siempre había contado consigo mismo y nunca había recurrido a mi primo para tal menester. De todas formas, agradezco no tener a Salvador cerca, porque así me ahorro un dolor de cabeza.

Nada más poner un pie en mi oficina, Eulalia me acorralla, adopta el papel de madre regañona y me mira con severidad. Hasta me apunta con el dedo.

—No sé qué te traes entre manos, pero te va a explotar en la cara —me suelta en tono duro.

—Nos están esperando... —alego para escaquearme.

—Yo creía que las mañas de tu abuelo habían quedado olvidadas, pero no. Ahí estás tú, dispuesto a perpetuar sus triquiñuelas —me reprocha.

—Eulalia, por favor —mascullo ofendido, ya que me está tratando como si tuviera quince años y me hubiera pillado en una trastada o tras haberle mirado demasiado tiempo el culo a alguna chica—. No me compare.

—¡Pamplinas! —exclama ella sin dejar de señalarme—. Esa chica está en tu casa y, por mucho que te esfuerces en parecer un santo, no lo eres. ¿O te crees que me chupo el dedo?

—Vamos a llegar tarde.

—¡Imanol López de Vicuña, ni se te ocurra dejarme con la palabra en la boca! —me advierte—. Más vale que te comportes como un caballero con esa mujer.

—¿Y no cree que a lo mejor ella no quiere que me comporte como tal? —replico sólo para provocarla, ya que me jode bastante que dé por hecho que yo me aprovecho de la situación, cuando resulta que, desde la noche del pajar, no he vuelto a tocarla. No por falta de ganas, por supuesto, pero da igual el motivo. Mi comportamiento ha

sido impecable.

—Eres un picaflor, como tu abuelo —me acusa.

—¿Un picaflor?

—Eso he dicho, sólo que él tenía más gracia.

Esbozo una sonrisa.

Es mi oportunidad para resarcirme de sus infundadas (o no) acusaciones.

—¿Le tiró los tejos, Eulalia? —inquiero, adoptando un tono pícaro.

—¡Un poco de respeto! —me espeta—. Que yo era amiga íntima de tu abuela.

Como si eso hubiese sido un impedimento, pues, según la teoría de don Balbino, como lo siguen llamando muchos, las mujeres (todas sin excepción) son susceptibles de ser seducidas y la propia debe hacer lo de siempre, oír, ver y callar. De ahí que no comprenda mi actitud hacia las damas, porque, de acuerdo, me acuesto con ellas y las olvido, pero no las engaño.

—A mí no me la das. Te haces el tonto, pero no hay más que mirarte.

—Joder... —mascullo, porque intuyo un buen sermón.

—¡No interrumpas! Siempre vas hecho un pincel, sigues teniendo ese aire de chico de ciudad que aquí las vuelve locas. Sé que vas todos los meses a la capital y que te arreglas el pelo y te haces esas cosas raras en un centro de estética. Tu ropa es de marca y también sé que has tenido tus cosillas con varias mozas del pueblo, pero que ninguna te echa el lazo.

—¡Eulalia! ¿Me está metiendo ficha? —pregunto en broma, riéndome.

—Bah, no seas tonto —dice y me da una colleja—. Como dicen ahora, eres un tío cañón.

—¿Ah, sí?

—Pues sí —me confirma sin rastro de vergüenza, lo cual me encanta—. Pero hay que dejar paso a las nuevas generaciones, yo ya he vivido lo mío —añade pícaro.

Me encanta esta mujer. Le doy un abrazo, un beso en la mejilla y le ofrezco el brazo.

—Ande, vamos a la sala de plenos...

Nada más acomodarme en el sillón, soy consciente de la hostilidad reinante. Los presentes me miran con cara de pocos amigos. Inspiro y me mentalizo para lo peor, porque a buen seguro me van a poner a caer de un burro.

Y todo por culpa de Grace, lo que tiene bemoles, ya que sólo sufro los daños colaterales sin catar el beneficio.

—Silencio, por favor —pido a los congregados, que me fulminan con la mirada.

Eulalia lee el orden del día. Al principio permanecen callados, porque ella sólo hace referencia a asuntos cotidianos, pero en cuanto toca el tema de las tierras, se arma la de Dios es Cristo.

—¡A ver si espabilas, alcalde! —me grita uno.

Creo que se trata de Bernardino, uno de los arrendatarios de mi abuelo, pero entre tanta algarabía no estoy seguro.

—¡El alcalde no tiene huevos! —grita otro.

Esta vez sé quién es, Raimundo, que hasta hace un año dirigía la cooperativa, pero ahora que está jubilado se aburre y viene a tocar las narices.

Qué pena que ya no haya obras para que vaya a supervisarlas, pienso resignado.

—¡Hay que echar a esa mujer del pueblo! —añade un tercero.

—¡Y al alcalde con ella, por calzonazos! —se suma Nazario, como no podía ser de otro modo, pues es íntimo de mi primo.

—Vale ya de estupideces —los regaña Eulalia—. Os tengo dicho que antes de hablar debéis pedir la palabra. A ver, tú, Cristóbal, ¿qué quieres decir?

—Aquí, el niño rico —me señala—, en vez de mirar por el bien del pueblo, se dedica a jugar a las casitas. Y debe hacerlo de pena, porque esa bruja nos está apretando las tuercas.

Un punto para Grace, aunque me joda admitirlo, pues es toda una profesional.

Lo de «jugar a las casitas» me ha llegado al alma, es un insulto en toda regla, pero si se lo rebato sé que será peor, porque entonces el tema de discusión del pleno sería lo que hago y dejo de hacer en mi intimidad y no me apetece.

—Debería darte vergüenza —interviene Hipólito, el pastor, refiriéndose a mí—. ¿No podías camelarla y tenerla contenta?

La tentación de ponerme a la defensiva es muy grande, pero me contengo.

—Si alguno no está de acuerdo con las tasaciones, puede plantear una reclamación ante la empresa —les digo en tono sereno y se oye un resoplido unánime.

—Este chico es tonto... —protesta Bernardino—. Y todo por dejar que las mujeres hagan trabajos de hombre.

—¡Por supuesto! Si hubiera venido un hombre, como está *mandao*, nos lo hubiéramos llevado de copas y de... bares, como se ha hecho toda la vida, y arreglado —lo secunda el bruto de Hipólito, que, de existir el título de cliente del mes en el club de carretera Samba, lo ganaría doce veces al año.

—No entra en mis competencias interferir en las decisiones de una empresa privada —explico, pero sé muy bien que es como darse de cabezazos contra la pared. No lo van a entender ni hartos de vino.

—De momento, el alcalde ha hecho todo lo posible por retrasar la entrega de información —me defiende Eulalia y esa noticia parece aplacarlos un poco—. Pero como bien sabéis, no podemos hacerlo indefinidamente.

—Como alcalde, no puedo involucrarme, pero sí daros consejo.

—¡Métete los consejos por donde te quepan! —exclama Raimundo y todos le ríen la gracia.

—Para los que estáis en desacuerdo —prosigo como si nada, en un acto de contención sin precedentes—, os aconsejo que busquéis un profesional independiente que valore los terrenos y después negociáis hasta llegar a un acuerdo.

—¿Y cuántos duros vale eso? —pregunta Cristóbal, que es más agarrado que un

pasamanos.

—Pedid presupuesto —suelta Eulalia—. Que lo queréis todo gratis.

—¿Y por qué no lo paga el ayuntamiento? —sugiere el de antes.

—Porque no hay terrenos públicos afectados —respondo, cansado de este debate.

—¿Y por qué tu familia no se ha pronunciado? —insiste Cristóbal, al que le encanta hacerle la pelota a mi abuelo.

—Como bien sabéis, ninguna de las propiedades de mi familia está en la lista, así que nos quedamos al margen —explico y dejo de prestar atención, porque me ha parecido ver a Grace al final de la sala. Joder, sólo falta que haya oído lo que me ha dicho antes Eulalia.

—¡Eso es muy raro! —protesta Silvano, el padre de Jacinto—. ¡Tu abuelo siempre está al quite!

Maldita sea, pienso. Son desconfiados y no los culpo.

Por suerte, Eulalia los pone a todos en su sitio y los manda para casa. Muchos se van refunfuñando por lo bajo, aunque lo de hacer consultas los ha apaciguado.

De camino a casa de mi abuelo para sacar a los perros, recibo unas cuantas miradas reprobatorias. Así da gusto, me digo en silencio. Menos mal que aquí no hay encuestas de popularidad. Los hombres creen que no soy capaz de contentar a una dama para que se muestre benévola, algo ridículo hoy en día, pues las mujeres ya no piensan como las de antes y saben separar su vida profesional de la personal. Además, imagino que Grace se habrá esforzado mucho para llegar donde está y que no va a tirarlo por la borda por el simple hecho de echar un polvo, por muy bueno que sea ese polvo, que no tengo por qué restarme méritos.

La otra mitad del pueblo, la población femenina en su mayoría, como Eulalia, me consideran un picaflor, capaz de llevarme al huerto a una mujer para engatusarla, y de ese modo, Grace queda automáticamente incluida en la categoría de ligera de cascos. Otra cosa absurda. Si ella se folla a uno o a quinientos, eso da igual, pero claro, ciertas mentes de este pueblo no lo entenderían.

Sea como sea, yo soy el malo de la película.

Cojonudo.

Me doy un buen paseo por el campo acompañado de *Sol* y de *Luna*, que corren a sus anchas por los sembrados. Yo, mientras, tengo la oportunidad de relajarme y, a ser posible, de no pensar en nada, sólo contemplar lo que me rodea y caminar sin prisas, sin mirar el reloj.

Es uno de los privilegios de vivir en el campo.

Con la mente despejada, dejo a los perros en su caseta, relleno el comedero y les pongo agua limpia. También les reviso las patas para comprobar que no se les haya quedado alguna espiga seca que pueda clavárseles y hacerles una herida. Al acercarme a mi casa, me encuentro a Jacinto con cara de pocos amigos.

—Un día de estos, cojo el petate y me largo —dice, entrando tras de mí.

—¿Un mal día? —pregunto, interesado de verdad en sus problemas. Somos

amigos desde críos.

—Asqueroso.

—Bienvenido al club.

—¿Te apetece comer con un cocinero frustrado?

—Dirás excelente chef —lo corrijo y destapa la fuente de cristal que ha traído.

—Mi madre me tiene hasta los cojones. No quiere que se sepa que soy yo quien prepara las tapas y las cazuelitas de la cantina.

—Supongo que es porque ella cocina de puta pena —murmuro poniendo la mesa, ya que al ver el rosbif que Jacinto ha traído se me hace la boca agua.

Abro también mi vinoteca y saco una botella de Ribera del Duero para acompañar.

—Aparte de eso, cree que es de sarasas y que así no me echaré novia. Prefiere que siga labrando las tierras. Ni hablar de ir a un curso de cocina.

—Pero te has apuntado, ¿verdad?

—Pues sí, ya veré cómo me lo monto. —Da un sorbo a su copa de vino y asiente—. Excelente elección. Y ahora, cuéntame, ¿qué te traes con la hija del diablo?

—¿Así la llaman?

—Ya sabes cómo son, les gusta ponerle nombre artístico a todo hijo de vecino —dice y se encoge de hombros—. Pero lo que importa es lo que ocurre aquí, en esta casa. —Mueve las cejas—. ¿Hay o no hay tema?

Tuerzo el gesto y niego con la cabeza.

—Siento desilusionarte.

—¡No me jodas! ¿Nada de nada? —Vuelvo a negar—. Pues no me lo explico, porque el otro día, cenando, parecía interesada. En fin, una pena, porque está de buen ver y no parece tonta.

—Pues mira tú a ver si tienes más suerte que yo —le digo y después le doy el primer bocado al rosbif. Tengo que cerrar los ojos ante el placer que experimento—. Joder, esto está de muerte.

—Gracias. Lástima que tú seas el único que lo aprecia, porque Rafa tiene el paladar en el culo. —Nos reímos ante ese comentario, porque es bien cierto. A la hora de comer, Rafa se conforma con cualquier cosa.

Tras comer como dioses, pasamos una sobremesa agradable, charlando y tomando un licor casero hecho por Demetria, que tiene una mano para el Pacharán que ya quisieran muchos. Así pues, con una buena copa en la mano, el estómago lleno y buena compañía, paso la tarde de puta madre, olvidándome de vecinos tocapelotas y de mujeres distantes.

—Esto de sustituir el sexo por la buena comida va a empezar a ser más habitual de lo que pensaba —murmura Jacinto y yo me contengo para no vaciarle la copa encima.

Nadie como él para animar el ambiente.

—Espero que ese cuestionable dicho jamás se haga realidad.

—Tú espera y verás —añade él resignado.

Esta noche hemos tenido sesión de fútbol y Grace se nos ha unido. Los muy cabrones de mis colegas (sí, son unos cabrones de mucho cuidado) se las han ingeniado para que ella y yo estuviéramos bien apretujados, pues en mi sofá de tres plazas nos hemos sentado los cuatro. Y cuando ella, con toda lógica, ha dicho que ya se sentaba en la butaca, Rafa se ha apresurado a explicarle que desde allí se ve muy mal la pantalla, cuando normalmente es él quien se apoltrona en ese butacón para que Jacinto y yo nos repantinguemos a gusto.

De nuevo he podido ver a una Grace divertida, integrada con mis colegas y soportando con estoicismo sus pullas, porque hay que ver lo cabrones que son estos dos a la hora de joderme. Claro que, a cambio, ha obtenido información sobre mí, porque los dos conspiradores no se han reservado nada.

El colmo ha sido cuando Jacinto, animado por las cervezas igual que el resto (yo incluido), ha sacado el tema de los ligues. Rafa, al que le gusta exagerar una barbaridad, ha empezado contando sus hazañas como don Juan. De los tres, desde luego, es el que más triunfa.

—Es que el uniforme pone mucho —ha dicho ella, corroborando la teoría de mi amigo.

Jacinto y yo hemos puesto los ojos en blanco.

—¿Y por qué a las tías les preocupa tanto el aspecto físico? —ha preguntado Jacinto, que es el que peor gusto tiene combinando la ropa.

Grace le ha explicado los motivos con toda paciencia y Rafa y yo hemos pegado la oreja, porque de estas cosas siempre se aprende. Ni Jacinto ni nosotros la hemos interrumpido y al final Rafa ha exclamado:

—¿Ves como bañarse todos los días no es malo?

Por supuesto, eso nos ha hecho reír a carcajadas a los cuatro.

También, gracias al desparpajo de mis compinches, he sabido que su verdadero nombre es Graciela, pero como suena a culebrón, prefiere que la llamen Grace.

Y, claro, Jacinto no ha podido resistirse y ha recordado a mi ex, Candy, y entonces hemos entrado en un debate de por qué la gente no acepta su nombre tal como es, sin variaciones.

Ahora, tumbado solo en mi habitación, mientras repaso la velada, intento conciliar las dos caras de Grace. Con mis colegas es cercana, simpática y hasta diría que buena persona, pero conmigo, cuando se cruza por las mañanas en el desayuno, es toda formalidad.

O le gusto mucho o me odia.

¿Tan malo fui en el pajar?

No lo comprendo.

Tampoco debería darle más vueltas, ya que está de paso. Follamos un día, fue

genial (aunque, a mi entender, habría sido mejor repetir) y punto final. ¿Por qué le doy más importancia de la que tiene?

Aparte de una pequeña estocada a mi orgullo —joder, que te rechace una mujer a la que en principio no has ofendido, escuece, para qué negarlo—, no tendría por qué pasar de ser una más. Ha habido y habrá (eso espero y que lo de la lapidaria frase de Jacinto sobre la comida no sea cierta) más mujeres que me interesen y con las que espero disfrutar entre las sábanas.

Me doy cuenta de que con estos pensamientos contradictorios me he empalmado y como no tengo otra cosa mejor que hacer, utilizo mi mano para entretenerme.

Una forma como otra de conciliar el sueño.

* * *

Me noto raro...

Está amaneciendo. Algo no es normal. Noto que hay alguien a mi lado y mi cabeza dice que eso es imposible. Hace mucho que duermo solo. En concreto, desde que dejé a Candy no he vuelto a dormir con ninguna mujer. De ahí que me sienta raro.

Suelo acostarme desnudo, es lo mejor para descansar, aunque mientras convivía con mi ex me vi obligado a usar ropa interior, pues ella pensaba que era más higiénico. Obedecí por no discutir. Ella, por supuesto, utilizaba lencería carísima, que se supone que debía ponerme cachondo, y por supuesto lo lograba, sólo que, cuando quería quitársela, Candy protestaba por si se rompía.

No sé por qué sigo acordándome de ella cuando es a otra a la que me gustaría desnudar.

Poco a poco voy siendo consciente y entonces me doy cuenta de un hecho relevante: en efecto, no estoy solo en la cama. Y es preocupante, pues estoy seguro de que anoche no me traje a ninguna mujer a casa.

¿Cómo hacerlo teniendo otra bajo el mismo techo?

De acuerdo, Grace y yo no tenemos nada, pero me parece un poco surrealista follarme a una estando ella dos habitaciones más allá.

Abro un ojo y me quedo pasmado. Todavía debo de estar bajo los efectos del alcohol, pienso; no obstante, sé que no es así, que no son imaginaciones, porque una mano (que no es la mía) descansa sobre mi ombligo. O un poco más abajo, para ser exactos.

Para ser más exactos, esa mano no descansa. Se mueve arriba y abajo. Se acerca peligrosamente a mi entrepierna y eso hace que me ponga muy tenso. Vuelvo a abrir un ojo. Joder, es Grace la que está enroscada a mi lado, bien pegada a mi cuerpo y desnuda.

Levanto la sábana (no quiero perderme un solo detalle) y sí, una mano femenina se acerca a mi polla, que, como no podía ser de otro modo, se prepara para darle la

bienvenida en posición de firmes.

Respiro. No sé a qué juega, aparte de a volverme loco. La miro, tiene los ojos cerrados. Me da la impresión de que sigue dormida, o al menos en un estado de duermevela muy oportuno.

¿Qué hago ahora?

¿Despertarla y exigirle una explicación?

¿Obviar lo que puede ocurrir?

¿Comprobar si en la mesilla de noche hay condones, por lo que pueda pasar?

Al final cierro los ojos. Que suceda lo que deba suceder.

Fingir que sigues dormido cuando tienes a una mujer desnuda al lado es complicado. Eso lo sabemos todos nosotros, no así ellas, pues Grace, como muchas, juega con fuego. Estoy tentado de ponerme encima y follármela sin contemplaciones. Sin embargo, mi cuerpo permanece a la espera, como si intuyera algo bueno.

Grace murmura algo y se pega más a mí. Jo... der... qué tortura.

Pero eso no es nada, pues esa dichosa mano baja un poco más y más y más, pasando de largo mi erección, pero agarrándome las pelotas.

Tengo que hacer algo.

O no. A lo mejor sólo tengo que disfrutar.

Pero no se conforma con agarrármelas. Como si eso ya de por sí no fuera lo bastante provocativo, comienza a acariciarme. Disimulo un jadeo, pero el siguiente me va a delatar. A ver quién es el guapo que se contiene en una situación como esta.

—Humm —ronronea ella, justo junto a mi oído.

Respiro. Vuelvo a respirar.

Noto más presión sobre mis testículos y, no contenta con ello, me agarra la polla desde la base y también aprieta. Gruño, pues ya me es imposible controlarme.

Eso parece espolearla y empieza a masturbarme, y nada de hacerlo despacio, me la sacude con brío. Pero si ya pienso que no puede sorprenderme más, me doy cuenta de lo equivocado que estoy, pues Grace se las apaña para arrastrarse sinuosamente, frotándose contra mi cuerpo.

—Joder... —siseo, cuando sus dientes comienzan a mordisquearme el pecho.

Se ceba con las tetillas.

Me hace daño, sin embargo, no quiero detenerla.

Enredo una mano en su melena suelta y despeinada (tan diferente del recogido que lleva cada día) y, sin más, le tiro del pelo. Me doy cuenta de lo bruto que he sido, pero disfruto cuando ella responde jadeante sin detener su recorrido.

Cuando se las ingenia para que mi polla quede atrapada entre sus tetas, creo que soy de nuevo un imberbe de diecisiete años que se corre nada más ver a una mujer desnuda.

—¿Ya te has despertado? —inquire con aire burlón.

Como me ha pillado y a mi edad no voy a mentir, replico:

—Espero que merezca la pena...

—Tranquilo... que aún queda lo mejor —musita y no encuentro aire suficiente que llevarme a los pulmones.

Grace continúa su asalto con descaro, con seguridad y a mí me tiene loco perdido.

Intuyo... no, qué cojones, sé lo que viene a continuación. Sé dónde va a estar su boca y si bien no es la primera mamada que me hacen (espero que tampoco sea la última) como si lo fuera.

Pero ella no me lo está poniendo fácil, se recrea atormentándome, apresando mi erección entre sus pechos y dejando que su lengua sólo me toque, y de forma muy somera, la punta.

—Graciela... —gimo su nombre completo.

Vale, a lo mejor me he arriesgado a que me deje a medias, pero por suerte eso no ocurre y ella, para mi alivio (o no, según se mire), por fin termina de colocarse de tal forma que acoge mi polla por completo en su boca.

—¿Sí? —ronronea.

En mi archivo de imágenes picantes preferidas, va a quedar para siempre la de ella chupándomela, con los ojos entreabiertos y a cuatro patas.

—Nada... —acierto a decir con la garganta seca.

—Si no te gusta... —me provoca, lamiéndose los labios.

—Me gusta. Mucho. Créeme.

Cualquiera dice lo contrario, pienso y me incorporo sobre los codos para verlo todo bien.

Está desatada y me encanta. Le aparto el pelo para tener una vista privilegiada y eso que me está costando Dios y ayuda mantener los ojos abiertos.

Grace hace maravillas con la lengua. No se limita a meterse mi polla en la boca, lo que ya de por sí sería la hostia, además recorre la punta, presiona e incluso me araña con los dientes y todo mientras con una mano me acaricia entre las piernas, por debajo de las pelotas, acercándose, no sé si intencionadamente o no, a mi retaguardia.

Me encanta que sea tan arriesgada, aunque nunca habría pensado que lo fuera. Vuelve a rozarme «ahí» y me doy cuenta de que no es un descuido. Muy bien, si quiere jugar fuerte, perfecto. A estas alturas no me voy a asustar.

Confieso que en su momento me opuse a ello, pero en la universidad uno siempre se desmadra más de la cuenta y cuando lo probé por primera vez supongo que estaba demasiado pedo como para apreciarlo, después tuve un lío con una estudiante de intercambio y, oye, aprendí a disfrutar de algo que en principio me asustaba, así que...

Sólo tengo que espolearla un poco, ver hasta dónde es capaz de llegar. Le tiro del pelo y me las apañó para meter una pierna entre las suyas. Le tiro con más fuerza para que se recueste y así, al estar tumbada boca abajo, puedo estimular su sexo con mi muslo.

Gime bien fuerte, al igual que yo, y entonces me dejo caer hacia atrás y quedo a su entera disposición, con la confianza de que va a ser épico.

Y lo es. Grace se encarga de ello.

No se aparta, jugando con un dedo en mi culo y haciendo presión con sus labios en mi pene hasta que gruño, me arqueo y termino por correrme en su boca.

—Buen chico. —Remata la faena dándome unas palmaditas en el muslo.

Aún intento normalizar mi respiración, cuando ella gatea hacia arriba, se acomoda a mi lado, suelta un ligero suspiro y me deja pasmado al ver cómo cierra los ojos. Como si estuviera satisfecha.

—¿Vas a dormir? —le pregunto perplejo en voz baja y ella asiente.

Ni hablar, me digo.

Estiro el brazo y, a tientas, localizo los condones. Sin moverme demasiado para no alertarla, me pongo uno (tardo más de la cuenta, pues con una mano es más complicado) y cuando estoy preparado para la acción, me vuelvo y la tumbo boca arriba.

—¿Qué haces? —susurra molesta porque la haya movido.

—Follar —respondo sin andarme con zarandajas.

Para que no me replique o se largue, voy directo a su boca y la beso con verdaderas ganas. Joder si lo hago, porque lo que acaba de hacerme es para caer de rodillas ante ella y declararme su más ferviente siervo.

Aunque tampoco quiero que me vea como un hombre débil al que puede manejar a su antojo; al menos de momento. Ahora me conformaré con echar un buen polvo.

Besándola como si me fuera la vida en ello, la inmovilizo bajo mi cuerpo y le agarro las muñecas. Todo un despliegue clásico de sometimiento, que desde luego funciona, pues Grace gime y se contonea respondiendo de una manera que me encanta.

—Se podría decir que ahora, tras la primera descarga —arquea una ceja ante mis palabras—, voy a poder tenerte un buen rato entretenida.

—¿De verdad? —pregunta mimosa.

—Espera y verás...

—Hazlo ya —exige.

Niego con la cabeza.

—Verás, tengo una duda —murmuro y le muerdo el labio al tiempo que adelanto las caderas, sólo para que sea muy consciente de que la tengo bien dura—. Si yo hubiera entrado en tu dormitorio, sin ser invitado, con nocturnidad y alevosía...

Me agarro el pene con una mano y presiono. Ella jadea y eleva las caderas, ansiosa de que la penetre. Yo retrocedo y vuelve a jaderar.

—... Me cuelo en tu cama —continúo— y sin decir hola ni nada, me meto entre tus piernas y... —me clavo en su interior, ahora sí, con brusquedad, y ella grita.

—¿Quién ha dicho que no serías bien recibido?

Frunzo el cejo y me retiro.

—¿Esperabas acaso que me metiera en tu cama? —pregunto atónito.

—Esperaba que fueras un poco más lanzado.

—¿Sin ser invitado? —insisto, porque no me ha quedado del todo claro.

—Sí. Y ahora, por favor, fóllame.

Sigo sin verlo muy claro, así que, pese a tenerla a tiro, no obedezco y eso que mi polla pide acción.

—Vamos a ver, esto no me cuadra...

—Oye, creo que la otra noche en el pajar pudiste comprender cómo pienso. Sé que no quieres nada serio y eso me parece perfecto. Yo tampoco.

—¿Y por qué carajo te has mostrado tan fría?

—No puedo permitirme el lujo de que me vean tontear con el alcalde, que piensen que soy la típica tonta del culo que sucumbe en cuanto ve un tipo guapo.

—Gracias por lo de guapo —murmuro entendiéndola, aunque me joda. La beso y adelanto las caderas. Gimo en su boca y ella hace lo mismo—. Respecto a tu culo... —empujo con fuerza, mucha fuerza—, se me ocurren unas cuantas cosas que hacer con él.

Para que se haga una ligera idea, le meto una mano debajo del trasero y busco la separación de sus nalgas. Presiono justo en su ano y eso me permite clavarme más en ella.

Grace sigue con los brazos por encima de la cabeza, las piernas dobladas y la pelvis arqueada, saliendo al encuentro de cada una de mis embestidas, lo que hace que todo sea más intenso y que la cama traquetee de forma increíble.

—Joder, qué placer follarte así... —jadeo, entre empujón y empujón.

—¿Mejor que en el pajar? —me provoca.

—Digamos que es... diferente.

Me sonrío y se relame. Le meto un poco más el dedo por detrás y grita. Grita bien fuerte, al tiempo que me muerde el hombro.

Gruño y me vuelvo loco embistiendo, hasta sentir cómo toda la tensión se acumula en mis pelotas. Grace se encarga de darme el toque de gracia apretando sus músculos internos y apresándome entre sus piernas.

—Más fuerte, alcalde —me pide y detecto un deje guasón.

Es la primera vez que una mujer utiliza mi puesto para provocarme.

¿Será esto la erótica del poder?

—De acuerdo. Prepárate para gritar como una loca bien follada.

Empujo sin descanso, resoplando por el esfuerzo. Ella mantiene una mano en alto, agarrada al cabecero, sin embargo, con la otra toca diferentes partes de mi cuerpo, incluido mi trasero, donde clava las uñas sin piedad.

—Estoy a punto —murmura, lamiéndome la oreja.

Noto cómo arquea todo su cuerpo y el momento exacto en que alcanza el clímax. Me quedo embelesado observándola. Me comprime con tal fuerza que apenas tengo que empujar un par de veces más y me corro jadeando y clavándole los dientes en el

hombro.

Decir que ha sido una pasada es quedarme muy corto.

—Te invito a desayunar —digo, apartándome de ella de mala gana.

Grace se estira en la cama. Mantiene la sonrisa y yo me quedo sentado mirándola embobado. Me doy cuenta de que, si no me ando con cuidado, podría implicarme más de lo prudente. Como bien ha dicho ella, está de paso, esto es temporal, así que nada más que sexo; buen sexo.

Puedo hacerlo, aunque debo esforzarme. Mi lado racional me advierte que Grace es una mujer por la que valdría la pena hacer otro tipo de esfuerzo.

—De acuerdo, pero...

—Tranquila, ni loco te llevo a la cantina —comento, adelantándome a sus palabras.

Supongo que las razones por las que yo no deseo que me vean con ella en público son muy similares a las suyas.

—¿Entonces?

—Vamos a darnos una ducha y después pasamos por el garaje de mi abuelo y elegimos un coche. Ya decidiremos luego dónde quieres que te invite a desayunar.

Se levanta de la cama y camina desnuda hasta la puerta. Yo me quedo tumbado, sin apartar la vista de su cuerpo, con ganas de más, pero de vez en cuando hasta puedo ser un caballero, pese a que no sé cuándo voy a volver a tener la oportunidad de estar con ella.

Se detiene y sin mirarme ronronea:

—Ven a frotarme la espalda.

Cojo un condón y salto de la cama.

Tal como hemos acordado, de cara a la galería no somos más que dos personas que por circunstancias viven bajo el mismo techo. Ella continúa con su trabajo (enfurecer a medio pueblo) y yo con el mío (intentar calmar a la gente descontenta).

Invento un sinfín de excusas para no facilitarle el trabajo. Y siento mucho mentirle. En especial cuando por la noche sé que voy a perder la cabeza entre sus piernas o cuando ella se sitúa entre las mías.

Este doble juego es tan peligroso como excitante. Soy consciente de que debería pararlo, pero como pasa siempre, una vez comenzado es difícil hacerlo. Hay momentos en los que me avergüenzo, ya que mi comportamiento es ese que siempre he criticado. De saberlo, mi abuelo estaría orgulloso de mí, no obstante no me parece el camino a seguir y menos cuando creo que Grace sospecha. ¿Cómo no va a hacerlo, cuando mis excusas son cada vez más peregrinas?

Los ordenadores se pueden bloquear, pero ¿todos los días? Los documentos pueden traspapelarse, pero ¿sólo los de los afectados? Pueden existir variaciones en los datos de las superficies, pero ¿tan grandes? Podemos ser algo descuidados a la

hora de guardar documentos importantes, pero ¿tan descuidados? Claro que en un edificio antiguo hay ratones, y más si estamos en el campo, pero ¿tanto les gusta a los ratones comer papel?

Yo sé que Grace se juega el trabajo y sobre todo su prestigio y, la verdad, no me gustaría nada que acabara teniendo problemas con sus jefes. Sin embargo, tengo que morderme la lengua, pues casi a diario me encuentro vecinos en mi despacho echando pestes de ella.

Pestes a las que no debo responder e incluso fingir que estoy de acuerdo. Tanto ejercicio de hipocresía me va a producir dolor de estómago y todo para que algunos consigan vender sus tierras y ganar cuatro duros más. Si de verdad las tasaciones fueran tan injustas o alguno de esos propietarios tuviera problemas económicos serios, hasta podría solidarizarme con ellos, sin embargo, sé que para todos es cuestión de avaricia, nada más.

Y yo estoy en medio de todo, yo que odio los conflictos, que acepté este cargo sólo por joder a mi primo Salva, soy un cabrón tan egoísta o más por callar.

Mis amigos también tienen la mosca detrás de la oreja, en especial cuando a veces me ponen al día sobre las bobadas que oyen en la cantina o los ataques directos a mi persona. Ellos no lo hacen con malicia, pero intentan que no me complique la vida. Y yo no me enfado como debería, porque tras pasar la noche con una mujer capaz de hacerme perder el sentido, dejarme exhausto y muy pero que muy satisfecho, casi nada puede agriarme el carácter.

Sólo soy consciente del embrollo en el que estoy metido cuando me quedo solo, bien en el despacho de la alcaldía o bien en casa.

Por increíble que parezca, sigo manteniendo la cita semanal con Jacinto y Rafa. Nuestra noche de chicos a la que Grace se une como si fuera uno más. Yo la observo en silencio. Intento que no se me note mucho, pero a veces dejo de escuchar la conversación que mantiene con mis dos amigos y me centro sólo en ella. Da gusto verla, no se achanta ante las pullas ni tampoco se sonroja cuando oye comentarios subidos de tono e incluso groseros, porque Jacinto es un poco bruto y, como ya ha cogido confianza, no se corta.

Me río entre dientes con los consejos que les da sobre ligar con chicas o cuando se ponen a hablar abiertamente de sexo. Posturas, técnicas y demás detalles que sonrojarían a muchas, pero a Grace no.

Empiezo a cogerle cariño, si esa es una buena definición del asunto.

Dentro de una semana se marcha, entregará su informe y se acabó.

Ha habido momentos en los que he considerado la idea de seguir viéndola, al fin y al cabo, sólo nos separan unos kilómetros, una distancia asumible. Pero he preferido ser cauto y no estropear el clima de entendimiento que hemos logrado.

También porque ella no ha insinuado nada y soy precavido. O como dirían algunos: un gilipollas. No obstante, me concentro en disfrutar del tiempo que estamos juntos.

—Y ahora seguirás con el cuento de que no te gusta, no la deseas y no te la vas a tirar... —canturrea Rafa, aprovechando que ella ha ido al servicio—. Por más que no sueltes prenda, aquí hay tomate.

—Dios da bragas a quien no tiene culo —lo secunda Jacinto y se encarga de traer otra ronda de cervezas.

Esa noche se ha superado a sí mismo al servirnos un rodaballo al horno con salsa a base de vino blanco de Rueda, que nos ha dejado extasiados.

—Dejadlo ya —les pido resoplando y negando con la cabeza.

—Se te acaba el tiempo... —me pincha el cocinero frustrado y Rafa se ríe.

—Debería habérmela ligado yo —concluye Jacinto.

Levanto mi botellín de cerveza en un brindis burlón y doy un buen trago. Morderme la lengua empieza a ser un ejercicio diario.

Cuando mis amigos se marchan y Grace sube a su dormitorio, me quedo un buen rato sentado, solo en el salón de mi casa, pensando qué demonios hacer. No me refiero a esta noche, pues sin duda el camino a seguir es sencillo y placentero. Lo que me tiene preocupado es ella y mi comportamiento ridículo, sabiendo como sé que no vamos a llegar a nada.

No necesito girar la cabeza para saber que Grace se acerca. Camina descalza. Me he dado cuenta de que lo hace siempre que estamos en casa.

Se acerca y se sienta sobre mis rodillas. Sólo lleva una camiseta amplia y unas bragas. Nos miramos en silencio. Algo me dice que ahora es el momento de hablar. La noto receptiva. Rodeo su cintura con un brazo mientras sujeto mi cerveza con la otra mano.

—Enseguida acabo —murmuro.

—Oye, no todas las noches tenemos que follar —replica en voz baja, incluso cariñosa.

—¿No? Pues yo creía que era lo único que buscabas al acostarte conmigo.

Mi comentario la molesta. No tanto por las palabras como por el tono agrio que he utilizado. Se marcha y me deja de nuevo a solas, sumido en mis disquisiciones. Me doy cuenta de que he perdido una oportunidad única, y no sólo eso, también la he cagado, pues intuyo que a partir de ahora se va a poner a la defensiva.

Me acabo la cerveza y, tras cerrar la puerta y apagar las luces, me meto en el baño. Mientras me cepillo los dientes pienso qué quiero hacer y qué debería hacer. Como no podría ser de otro modo, gana la batalla mi lado irresponsable y me dirijo a su dormitorio.

Encuentro la puerta entornada. Ella está sentada en la cama, leyendo en su tablet. Como sospechaba, ni una media sonrisa ni un amago de invitación a quedarme. Me siento estúpido al empezar a desnudarme. Estúpido y con poca o ninguna capacidad para ver las cosas como son.

Esto tiene todos los visos de ser una despedida.

Sin nada encima, me acerco a la cama y aparto la sábana con la que se cubre las

rodillas dobladas. Cojo la tablet y la dejo sobre la mesilla, antes de colocarme frente a ella y agarrarle los tobillos para abrirle las piernas. Permanece apoyada en el cabecero y yo deslizo las manos hacia arriba hasta poder tirar del elástico de las bragas y comenzar a bajárselas.

Grace inspira un par de veces. Fija sus ojos en los míos, mientras mis manos recorren el interior de sus muslos. Se humedece los labios. No voy a besarla, no al menos en la boca. Inclinandome, acerco los labios a su rodilla y ese punto es el inicio de un lento, aunque firme, avance hacia su sexo.

Estoy de rodillas ante ella. Excitado y encantado al percibir su tensión. La beso justo donde debería estar el vello púbico y percibo cómo se va excitando. Podría ser perverso, pero decido que no merece la pena demorarlo más. Inspiro un par de veces, ella contiene el aliento y mis labios presionan un poco más, al tiempo que dejan un rastro húmedo y empiezan a saborearla.

Esto es lo que desea de mí, muy bien.

Contiene un jadeo cuando paso la primera vez la punta de la lengua por su clítoris. Vuelvo a hacerlo, quiero oírla gemir, gritar y hasta suplicar. Quiero sentir cómo se corre en mi boca.

Alzo un instante la mirada, ella no se pierde detalle. Tiene los labios entreabiertos. Su respiración es cada vez más agitada. Me encanta.

Me concentro en lamerla, en recorrer cada recoveco con la lengua. Presionando cuando lo considero oportuno, pero no mucho. Deseo provocarle un orgasmo intenso y para ello nada mejor que hacer ciertas paradas en el camino.

Utilizo los dedos. La penetro con ellos, despacio, acariciando cada terminación nerviosa. Grace gime y mueve las caderas, busca mayor contacto. Lógico. Le doy un mordisquito en la pierna para que se esté quieta.

—Imanol... —suplica, y oírla me excita, pero debo dejar de lado mis propios intereses para proporcionarle el mayor placer posible.

Está a punto, sin embargo, creo que puedo mejorarlo.

Añado un segundo dedo y me vuelvo más agresivo con la lengua. Sus fluidos son abundantes y eso me proporciona una lubricación extra para ir un poco más allá.

Coloco el meñique un poco más abajo y presiono. Grace coge aire con brusquedad. Tensa las piernas. Yo no dejo de lamer, de succionar y de saborearla.

—Voy a correrme —musita y de reojo veo que aprieta los puños.

Le meto un poco más el dedo por detrás, sin dejar de masturbarla por delante. Cada vez se mueve más impaciente. Sus gemidos son desesperados y le tiemblan las piernas.

—Estás tan cerca... —susurro, apartándome lo imprescindible de su cuerpo.

Levanto un instante la mirada. Joder... no sólo me tiene de rodillas físicamente.

Cambio un poco la postura, intentando aliviar, aunque sea de forma somera, mi propia tensión; el continuo roce de mi polla con la sábana me está desesperando.

—Imanol... —dice exigente y no pierdo el tiempo.

Con la punta de la lengua recorro una vez más todo su sexo hasta llegar al punto exacto donde darle el toque de gracia. Y ocurre. Grace se derrite. Suspira de una manera que la delata y acto seguido estira las piernas.

Sé que, después de llegar al clímax, a algunas mujeres no les gusta que sigan tocándolas y Grace es una de ellas. Me di cuenta la segunda vez que follamos. Cuando se apartó e intentó disimular una pequeña molestia.

Le doy un beso en el muslo y me incorporo. Ella va normalizando su respiración y comprendo que no pinto nada en este dormitorio, pese a que la tengo bien dura y que para coger el sueño voy a tener que hacer trabajos manuales.

—¿Adónde crees que vas? —pregunta en voz baja.

Se mueve hasta quedar de rodillas en la cama y mueve el dedo índice indicándome que me acerque. Pero si bien en otro instante me habría animado sin vacilar un segundo, ahora niego con la cabeza.

—No estoy de humor —respondo, esbozando una sonrisa triste.

Estoy siendo estúpido, lo sé. Ridículo incluso.

—Oye, no sé qué te pasa hoy, pero al menos ten la delicadeza de no hacerte el interesante —me suelta.

—Como tú has dicho, no todos los días tenemos que follar. Buenas noches.

Hoy tengo pleno extraordinario y todo porque el jefe de la oposición ha vuelto con ganas de jarana, es decir, de tocarme los cojones.

El muy idiota de Salvador me ha sonreído y se ha mostrado amable cuando hemos coincidido en casa del abuelo. Hasta me ha comentado que está pensando en venirse a vivir al pueblo para estar más cerca de sus votantes y yo he tenido que hacer grandes esfuerzos para no descojonarme de risa. Pero más allá de la estupidez, he sabido leer entre líneas: algo se propone y si no quiero que me pille fuera de juego, más vale que me ponga las pilas.

En estos instantes, mientras yo soporto una vez más las quejas de mis convecinos sobre lo que van a cobrar por sus tierras (que conste que a mí me parece un precio generoso, pero ya se sabe que en los pueblos no se cambia un duro por otro por si acaso te engañan), Grace está en mi casa, sola, recogiendo sus cosas. Se marcha.

No hemos hablado ni tampoco hemos vuelto a acostarnos. Ella ha compartido techo conmigo, pero poco más. Un «Buenos días» por la mañana y gracias. Como si no hubiera ocurrido nada. De nuevo en la casilla de salida.

Cambio una vez más de postura en el sillón. Empiezo a vislumbrar la técnica de mi primo. Una de cal y otra de arena. Primero amabilidad, esperando que me confíe, para después cambiar a una actitud de lo más guerrera. No me ha dado un respiro desde que se ha visto rodeado de gente dispuesta a escucharlo y, de paso, machacarme. Antes de entrar al salón de plenos, he tenido que aguantar en mi despacho al menos a cuatro tipos enfurruñados y todo porque no han podido sacar la

tajada que esperaban.

—¡Alcalde dimisión! —grita una señora y estiro el cuello para ver de quién se trata.

Es Adelfa, la mujer de Cristóbal. Nunca he contado con su simpatía, así que no me extraño de su manifiesta antipatía.

—Debemos buscar un buen abogado y demandar a la compañía —propone mi primo, hinchándose como un pavo.

—Pues muy bien, que cada uno se busque un abogado y andando, que es tarde —suelta Eulalia, poniéndose en pie y señalando la puerta.

—Deberíamos poner una demanda conjunta, yo conozco a un letrado que...

—Corta el rollo —lo interrumpe la secretaria y mi primo frunce el cejo—. El ayuntamiento no va a poner un céntimo, así que venga, que tengo que apagar las luces.

Al final los ha mandado a tomar por saco. Claro que ellos se han despachado a gusto conmigo con comentarios tipo «Con tu abuelo esto no pasaba», «El niño rico sólo juega a ser alcalde» y «Así nos va, con un incompetente como este».

Mi cabeza está en otra parte, eso es evidente, ya que todo ha sucedido a mi alrededor sin que yo fuera capaz de decir ni una frase coherente. Me he limitado a monosílabos y algún que otro gesto. Soy consciente de que mis explicaciones servirían de bien poco, así que he optado por ahorrármelas. No obstante, las miradas acusatorias están a la orden del día.

Desde luego, con este asunto van a tener munición para un año por lo menos y cuando ya me he mentalizado para soportar el chaparrón, el jefe de la oposición, mi primo, se pone en pie y suelta:

—El alcalde ha hecho todo lo que ha estado en su mano, no le demos más vueltas al asunto.

¿A qué viene semejante cambio de parecer?

¿Me estoy volviendo loco?

¿He perdido facultades?

—Joder... —silbo por lo bajo, pues su defensa hace que todos sospechen aún más de mí.

Y sus miradas así me lo confirman. Los que todavía no han abandonado la sala se quedan callados, pues intuyen que algo se está cocinando, dado que en todo el tiempo que llevo como alcalde, mi primo nunca me ha echado un cable. Y aún resulta más extraño después del sainete que me ha montado delante de todos.

Eulalia me mira frunciendo el cejo. Lógico, mi primo el bocazas va a meter la pata, lo presiento.

—¡Algo tramas! —lo acusa (yo también lo haría) Bernardino, que está a la que salta.

—¡Esta familia nunca ha sido trigo limpio! —se anima Hipólito.

Miro de reojo a Cristóbal, que finge estar entretenido con la hoja parroquial,

porque hasta el cura del pueblo ha venido a ver qué sucede.

A mí todo esto empieza a desesperarme. Quiero salir de aquí pitando e irme a casa. Una manera de atormentarme como otra cualquiera, pues Grace no iba a cambiar de opinión y quedarse. Quizá quiero estar seguro, ver con mis propios ojos cómo se marcha.

La discusión sigue delante de mis narices y no aguanto más.

—Hay que saber conformarse —le espeta Salva a un vecino cabreado.

—¡Claro, como tu abuelo tiene el riñón bien cubierto! —grita alguien.

—Imanol tiene razón, no podemos gastar dinero en pleitos...

—¡Algo escondes, Salvador!

—No escondo nada, sólo puedo adelantaros que el pueblo tendrá en breve una nueva inyección económica, todos saldremos ganando.

De repente se hace el silencio general.

Yo niego con la cabeza, ahora sí que se va a liar la de Dios es Cristo.

—¡Si ya me lo barruntaba yo! —grita Genaro, que a pesar de haber pillado un buen pellizco es de los que no se conforma—. Eso de que tu familia no iba a sacar rédito era muy extraño.

—Salvador, a mi despacho. ¡Ya! —intervengo, poniéndome en pie.

Mi primo se cruza de brazos, negándose a obedecer.

Esto es imposible de manejar. Él envalentonado, los vecinos exaltados y yo con la cabeza en otra parte.

—¿Qué estáis ocultando? —pregunta Hipólito y muchos de los presentes murmuran preocupados.

—Nada —mascullo.

—¡Ja! —exclaman unos cuantos.

—Mi familia únicamente piensa en el futuro del pueblo —se defiende Salvador.

—Joder... —digo entre dientes, deseando tener un calcetín sucio para taponar la boca.

—Tarde o temprano se va a hacer pública la noticia...

Antes de que se arme la marimorena, abandono el salón de plenos dejándolo a él solo ante las fieras. Por bocazas, que se las apañe.

—¿Adónde crees que vas? —me detiene la secretaria, que ha salido tras de mí.

—A casa. Tengo cosas mejores que hacer.

—Tienes que entrar ahí y arreglarlo, Imanol, eres el alcalde —me dice Eulalia en tono duro.

—Dimito.

No sé por qué he dicho semejante cosa, pues a buen seguro Eulalia no lo reflejará en el acta. Me trae sin cuidado. Con tal de librarme de ellos, digo lo que sea.

Me encamino hacia casa. No echo a correr pero casi.

Al entrar no oigo nada, aunque sé que Grace está, pues su Honda Civic sigue aparcado fuera.

Tras pasar por la cocina y coger una cerveza bien fría de la nevera, me quedo en el recibidor, apoyado en el marco de la puerta, esperándola.

Sigo sin tener nada claro qué debo decirle.

Ella no se hace de rogar. Enseguida aparece arrastrando su maleta, con su aspecto profesional. Creo que no esperaba encontrarse conmigo y así tener que despedirse. No la culpo, ambos hemos jugado al gato y al ratón.

Grace mira su reloj y luego por fin se digna mirarme a mí.

—Es tarde, quiero llegar pronto a casa.

—Muy bien —murmuro, intentando mostrarme indiferente—. Sólo un consejo... ten cuidado. No has hecho muchos amigos aquí en el pueblo.

—Gracias, lo tendré en cuenta —dice en voz baja.

Es muy consciente de lo que pasa, pero también lo es de que a ambos eso no nos preocupa. El motivo por el que seguimos aquí, mirándonos como dos pasmarotes incapaces de reaccionar, es otro.

Parece que ya está todo dicho. Ahora sólo falta despedirse. Quizá un beso en la mejilla. Un «Te llamaré», que siempre queda bien, o un «Ya nos veremos» y listo.

Ella agarra el tirador de su maleta y avanza hacia la puerta. Pasa por delante de mí y apenas me mira medio segundo.

¿Me está evitando o tiene unas ganas locas de largarse?

En un arrebato de gilipollez, porque no puede denominarse de otra manera, estiro el brazo y le cojo la muñeca, deteniéndola.

Grace inspira, pero sigue sin mirarme.

—¿No vas a despedirte? —pregunto en tono bajo, casi enfadado ante su, espero que aparente, indiferencia.

—Adiós —replica, aunque no intenta soltarse.

—¿Sólo adiós?

Entonces se da la vuelta y por fin se digna mirarme a los ojos. Todo un adelanto.

—¿Y qué quieres oír? ¿Un sinfín de buenas palabras, tan tópicas como vacías de contenido? —me espeta sin parpadear.

De nuevo el silencio. Las miradas. La respiración contenida. Y, al menos por mi parte, el cabreo por no saber manejar la situación, o por no echarle huevos al asunto.

—Preferiría algo más educado si no te importa —contesto.

—¿Educado?

—Convencional si lo prefieres —sugiero, consciente de que estoy metiendo la pata hasta el fondo, pero sin agallas para rectificar.

—Muy bien, ahí va. —Hace una pausa para inspirar—. Convencional es que una chica venga a trabajar y la tomen por tonta. Convencional es que, a esa misma chica, el guaperas del pueblo le tire los tejos creyendo que de ese modo ella no se dará cuenta de que quieren tomarle el pelo. Convencional es cuando a una la engañan y le

torpedean su trabajo, sólo para que el alcalde del pueblo quede bien ante sus vecinos.

Ahora es mi turno de coger aire.

Ella sonríe, sin duda contenta, pues ha dado en el clavo.

Me paso la mano por el pelo. Esto es una cagada en toda regla. No obstante, creo que al menos debo contestar. Que tenga razón no significa que yo tenga que callar y con ello otorgar.

—¿Y acostarse con el alcalde para no tener que recurrir a los cauces habituales, sin duda más lentos? —replico y oculto mi satisfacción al ver su cara de asombro ante lo que ha sonado como una acusación en toda regla.

—¿Que yo...?

Me encojo de hombros. He conseguido darle la vuelta a la tortilla. Al menos de momento. Sé que mi réplica no tiene mucho fundamento, pero una vez que lo pienso, puede que no ande tan descaminado.

—Bueno, ¿se te ocurre alguna explicación mejor de lo que ha ocurrido entre nosotros? Porque a mí no. —Su cara de perplejidad no tiene precio—. No titubeaste mucho a la hora de meterte en mi casa.

—¡Serás cabrón! —exclama, porque he dicho «casa», pero ambos sabemos que quería decir «cama».

Sí, soy un poco cabrón, lo admito, sin embargo, es tal mi frustración que estoy dispuesto a hacer cualquier cosa por retenerla, aun a costa de cabrearla y perderla para siempre.

—Cabrón o no, es la realidad. —Y con un alarde de chulería que no suele ser mi estilo, añado—: Guapa.

Noto cómo Grace se contiene para no darme un bofetón. Me lo estoy ganando a pulso, soy consciente de ello.

—Mira, mejor dejémoslo aquí —sentencia.

—¿Por qué? ¿Porque te jode que te digan la verdad? ¿Sólo tú puedes lanzar acusaciones?

—¿Me vas a negar que entre tu secretaria y tú os habéis ocupado de boicotear mi trabajo, de no darme información?

Entonces me doy cuenta de que sí, que era ella a quien vi en el pleno, camuflada entre los asistentes.

—De acuerdo, admito que no fui del todo honesto, pero tú, en vez de recriminármelo, te las ingeniaste para tenerme contento y de ese modo vencer cualquier obstáculo.

—Eso es mentira y lo sabes. Al final pedí los documentos que necesitaba a la oficina provincial del catastro. Tu colaboración no era necesaria —asevera y la última frase, por el tono empleado, dice a las claras que si acabamos follando fue por placer.

—Entonces, ¿por qué...? —insisto y sí, definitivamente me estoy comportando como un hijo de la gran puta, pero es lo que tiene el orgullo, que hace que el tío más sensato termine siendo un cantamañanas.

—Mira, no tengo tiempo ni ganas de decir lo que pienso. Así que, «señor alcalde», váyase usted a la mierda.

Agarra su maleta y, sin más, abre la puerta y se marcha, dejándome con la palabra en la boca.

—Me he lucido... —admito en voz baja.

A la hora de la cena recibo una llamada de mi primo. Por lo visto el «patriarca» ha vuelto y quiere vernos. Genial. En vez de juntarme con mis colegas, beber cerveza y hablar de banalidades o que ellos me pinchen para poder mandarlos a paseo, tengo que ir a casa del abuelo, donde lo más probable es que me calienten la cabeza.

—Hola, primo —me saluda Salvador, que ya está sentado a la mesa, con cara de pocos amigos.

Intuyo que ya le han puesto las pilas, por bocazas.

—Hola —murmuro en respuesta y me acerco al abuelo para darle un abrazo.

Es un cacique, conspirador y metomentodo, pero le quiero y en el fondo lo admiro. Y aunque continuará metiéndose en mi vida, como en la de toda la familia, hay que reconocerle una gran habilidad para ello.

Eso sí, yo me he hecho una firme promesa: no volver a recurrir a sus artimañas para salirme con la mía. Primero, porque no las comparto, y segundo, porque se me da de pena.

—Vaya, si es el alcalde «en funciones» —comenta él, riéndose, y yo tuerzo del gesto—. Anda, siéntate, que tenemos mucho de qué hablar.

—Me lo suponía —digo.

Demetria nos sirve la cena y mi abuelo espera a que ella se retire para hablar. Una costumbre muy arraigada y que respeta siempre; según él no se habla de cosas importantes delante del servicio ni de las mujeres.

—Vaya dos patas para un banco que tengo por nietos —nos dice, mirándonos alternativamente a uno y a otro—. Tú, Salvador, en vez de apoyar a Imanol para que todo funcione, te dedicas a ponerle la zancadilla.

—Eso no es cierto. Yo sólo miro por el bien de nuestra familia —se defiende mi primo con énfasis, aunque todos sabemos que no es cierto.

Resoplo y mi abuelo me advierte con la mirada que no va a tolerar una pelea de niños.

—Y tú —me señala con el dedo—, sólo tenías que ocuparte de tener a la moza contenta. ¿Tan difícil era eso?

—Escucha, las cosas ya no funcionan de ese modo —contesto tranquilo.

Ahora el que resopla es Salvador.

—Tendría que haberme ocupado yo de la mujer —dice.

No le doy en todos los dientes de milagro. Aparte del hecho de que se refieren a ella como si fuera un ser sin voz ni voto, ahora, tras haberla sentido, tras haberla

tocado, la idea de que mi primo se interese por ella me repatea.

—Tú no sirves para eso —le espeta mi abuelo—. Eres demasiado bruto.

Salvador da un respingo ante tan elocuentes palabras.

—Yo... —titubea y me mira en busca de apoyo, sin embargo, prefiero no opinar.

—Ocúpate de mantener el pico cerrado y de echarte novia formal, que a este paso no pescas a una ni pagando.

—He conocido a una...

—Mientras no sea una pelandusca como la anterior, que sólo quería sacarte el dinero y colocarte a sus dos críos, me conformo —sentencia mi abuelo.

Me río con disimulo. Mi primo tiene mala suerte con las mujeres. Bueno, yo también, pero en su caso fue mucho más escandaloso y público, ya que se trajo al pueblo a una que se pasaba el día diciéndole «papito lindo» y luego resulta que estaba casada y con dos churumbeles.

—A él también le salió mal la jugada —señala Salva mirándome.

Menos mal que no le conté los detalles de mi ruptura con Candy, porque, de haberlo hecho, me los restregaría por la cara a la menor oportunidad.

—Tienes razón, los dos sois un desastre con las mujeres —admite mi abuelo con pesar—. Pero para eso estoy yo.

—Abuelo, no puedes arreglar nuestra vida sentimental —le digo amable, mientras disfruto del arroz con leche que nos ha preparado Demetria.

—Puedo y voy a hacerlo —replica con firmeza.

—¿Y qué quieres que hagamos? —pregunta Salva, que parece loco por pillar.

—Imanol, has desperdiciado una ocasión única. A esa mujer sólo tenías que engatusarla, lograr que se mostrara más proclive a favorecer al pueblo. Y no creo que fuera ningún sacrificio llevártela al huerto.

—La verdad es que estaba bien buena —apunta mi primo, solícito.

—¿Ves cómo eres un bruto? A las damas no se les dice que están «bien buenas» ni memeces de las que soltáis los hombres de ahora —lo corrige mi abuelo—. Se las piropea, se les hacen obsequios, se les dicen galanterías... como se ha hecho toda la vida. ¡Que se están perdiendo las buenas costumbres, leñe! —exclama convencido.

Me abstengo de comentarle que eso ya no funciona así, pues entraríamos en un debate ridículo y yo lo que quiero es refugiarme en mi casa, beber, lamerme las heridas y, una vez borracho, darme de cabezazos contra la pared.

—Sea como sea —prosigue—, lo importante es arreglar este asunto. Tú, Salvador, procura mantener el pico cerrado y no causarle problemas a tu primo. Respecto a los terrenos que vamos a vender, ni una palabra.

—¿Se va a ejecutar el proyecto? —inquire Salvador animado.

—¿Dónde crees que he estado estos días, alma de cántaro? —le responde el abuelo.

—Visitando a la tía Marisol, yo mismo te acompañé —contesta satisfecho.

—Y negociando con la empresa inversora, mientras tú te dedicabas a cacarear con

mi hermana —rebate él.

—Genio y figura —murmuro con un deje de admiración.

—No lo dudes, Imanol —dice orgulloso—. Por eso es importante que te dejes de bobadas y de dimisiones.

—Las noticias vuelan... —comento encogiéndome de hombros, pero no me extraña, la red informativa sigue funcionando a la perfección.

—¿Qué noticias? —inquire mi primo.

—Nada relevante —responde mi abuelo, zanjando el tema—. Vas a seguir siendo el alcalde.

—No es algo que me apetezca, la verdad —admito y me doy cuenta de que nunca me ha entusiasmado ese puesto.

—Pamplinas. Te necesito ahí.

—Me lo pensaré —digo, sin tener la más mínima intención de reflexionar sobre ello, pues lo que de verdad me tiene loco es haber dejado escapar a Grace y encima de una forma tan extraña.

—Pues vete a casa y piensa un poco —me ordena él—. Seguro que allí encuentras el camino a seguir.

Salvador frunce el cejo, pero en cuanto el abuelo le habla de reflotar su constructora, le cambia el semblante.

Es hora de dejarlos maquinando a su aire. Así que me despido del abuelo con afecto y de mi primo con un gesto.

—Hazle caso a don Balbino —me suelta Demetria desde la cocina, cuando me acerco a decirle adiós.

Eso quiere decir que escucha todo lo que se habla, algo que ya sospechábamos, pero preferimos no comentar. Además, la mujer lleva muchos años en la casa y es discreta. Cuando le conviene, claro.

Ha refrescado un poco, aunque no me importa. Con las manos en los bolsillos, me acerco hasta el cuartelillo a ver si Rafa está libre y así compartimos un rato de confidencias y risas. No estoy yo para muchos saraos, pero al menos con un amigo cerca no empiezo a pensar en estupideces tales como coger el coche a estas horas e ir a buscar a Grace.

—Lo siento tío, hoy estoy de guardia —me informa Rafa con pesar—. Pero si te apetece, puedes quedarte a pasar la noche conmigo.

—¿Aquí? ¡No me jodas! —exclamo, señalando el cuarto de dimensiones reducidas donde tiene la oficina.

—Pues tú te lo pierdes —replica él riéndose—. Anda, vete a casa y deja de dar por culo a los colegas. Que no quiero escuchar tus lamentos de mal de amores.

—Vaya amigo tengo...

—¿Te cuento yo mis penas? ¿No, verdad? Pues andando, que eres un hombre hecho y derecho.

—Tú no sueles tener problemas con las mujeres —digo y él asiente.

—Porque soy más espabilado que tú, por eso.

—¿Y por qué piensas que es mal de amores? —inquiero burlón y un poco jodido, pues ha dado en el clavo.

—No hay más que verte, hombre. Y eso te pasa por tener líos de faldas. Lo mejor es echar el polvo y adiós muy buenas. Que te lo he dicho miles de veces, que ellas son más listas y nos enredan.

—Un día tus teorías acerca de las mujeres se te van a volver en contra y yo estaré ahí para reírme en tu cara —respondo.

—Bueno, puede —admite reflexivo—. Aunque mientras me funcione, disgustos que me ahorro.

Me despido de Rafa y me voy a casa. Iría a buscar a Jacinto, pero este se ha marchado unos días, así que me deprimiré solo.

Maldita sea, ni cuando pillé en la cama a Candy con el otro me sentí tan mal.

Desde luego, cosas en las que pensar sí tengo. Ya veremos qué se me pasa por la cabeza cuando me haya tomado un par de cervezas.

Abro la puerta y me sorprende ver la luz encendida, pues estoy casi seguro de que las he apagado todas al marcharme. No obstante, ya dudo de mí mismo, pues tengo la cabeza en otra parte.

Supongo que, como pasa con todo, en unos días recuperaré la normalidad. O quizá deba empezar a recuperarla mañana mismo llamando a una amiga y echando un polvo de esos que tanto le gustan a Rafa, sin compromiso, sólo follar.

Desde luego, la teoría es cojonuda y que conste que yo también la he aplicado durante años; a excepción de mi relación/tropiezo con Candy, con la que me sometí a las normas de la monogamia a lo tonto y mira luego cómo resultó todo.

Salgo de la cocina con mi cerveza bien fría en la mano y me doy cuenta de que no sólo la luz del recibidor estaba encendida, también la de mi dormitorio. Qué raro.

Me acerco con la intención de apagarla y luego tirarme en el sofá y punto.

Doy un paso y otro hasta entrar.

—Buenas noches...

* * *

—¿Qué haces tú aquí? —pregunto con una mezcla de sorpresa y satisfacción, aunque prefiero que no se me note demasiado.

—Aclarar un par de asuntos que, en mi opinión, no han quedado lo bastante explicados.

—No estoy para estupideces —replico.

La miro de arriba abajo. Viste de manera informal, vaqueros y camiseta. Lleva el pelo suelto y apenas se ha maquillado. Su bolso está encima de la cama. No sé qué pretende, aparte de desconcertarme, claro.

Camina hasta quedar frente a mí y me coge la botella de cerveza. Da un buen

trago y me la devuelve. No se aparta. No tengo claro si es buena señal.

—Cuando me follo a un tío... —Hace una pausa y se humedece los labios. Peligro. Trago saliva—... Lo hago por placer. Porque me apetece. Porque estoy cachonda —añade en un tono bajo y susurrante.

¿Y cómo respondo yo a esto?

—Me parece muy bien —murmuro sin dejar de mirarla.

—Cuando me apetece follar, no me ando con bobadas. Busco a un hombre y listo —prosigue y no sé cómo interpretarlo.

Está cerca, tan cerca que puedo notar su respiración. Estoy desconcertado. ¿Por qué ha vuelto? ¿Para echármelo todo en cara? ¿Para ponerme en el disparador? ¿Para excitarme y después dejarme con las ganas?

—Tu caso, aunque te empeñes en creer lo contrario, no ha sido diferente —añade burlona.

—Si no he entendido mal, quieres decir que yo estaba a mano —comento.

—Eso parece.

—Pues lo estás arreglando —mascullo.

No sé qué resulta más ofensivo, pensar que se ha acostado conmigo por interés o porque no había nadie más a mano.

—¿Te molesta escuchar la verdad? —me provoca, acercándose todavía más.

—Depende —susurro y me siento un pelín acorralado, pues yo mismo, con mis vacilaciones he ayudado a que ella se crezca.

Yo la acusé de oportunista (por decirlo de una manera fina) y ella me dice que me ha utilizado para su placer. Bueno, podríamos considerarlo un empate técnico, además intuyo que a lo mejor no está tan molesta como parece.

Me vuelve a quitar el botellín, pero esta vez, tras dar de nuevo un buen trago, no me lo devuelve. Lo deja sobre el escritorio y retoma la posición frente a frente.

Desde luego, nadie podría acusarla de cobarde. Los tiene bien puestos.

—Y has venido a última hora de la noche a decírmelo en persona.

—Sí —contesta, humedeciéndose los labios.

—¿Nada más? —la provoco.

—Depende —me espeta con aire de guasa y yo arqueo una ceja—. Depende de si te va a molestar que me aproveche un poco más de ti.

Inspiro profundamente. Joder, me lo está poniendo muy fácil. Y también sé que esto ya no es un juego de ver quién da más fuerte o quién está más a mano para un apaño. De querer haber echado un polvo sin más, estoy seguro de que tendría un centenar de tíos que podrían ocuparse de ello. Pero no, está aquí, en mi casa, frente a mí.

Esto tiene que significar algo.

A la mierda la prudencia.

—¿Sólo un poco? —la provoco y sonrío.

No le doy tiempo a replicar. No quiero perder el tiempo hablando. Me lanzo,

literalmente, a por ella. Le rodeo la cintura y, al más puro estilo dominante (hay que hacer de todo en esta vida), la pego a mi cuerpo mientras con la otra mano la sujeto de la nuca.

La beso o avasallo su boca, según se mire, y no me limito a eso. La voy empujando hasta que topamos con la cama. Mis manos no pueden estarse quietas y ya tengo una posada sobre su culo y la otra colándose bajo su camiseta. Grace gime y ahora es ella quien busca mis labios, y eso me encanta. Fuerzo un poco más la situación hasta hacerla caer conmigo encima.

—Qué agresivo —ronronea, revolviéndose bajo mi peso.

—Y aún no has visto nada —respondo en el mismo tono, levantándole la camiseta para ver su estupendo par de tetas.

—A lo mejor hasta me atas y todo —prosigue y yo arqueo una ceja.

—Podría sí, pero hoy, con las prisas, se me ha olvidado traer unas cuerdas del garaje —contesto, desabrochándole el botón de los vaqueros.

No tengo nada en contra de los pantalones ajustados, es más, me excitan, hacen que se puedan apreciar bien las curvas. Como todos, disfruto de ver un buen trasero en movimiento y se me dispara la imaginación, como no podía ser de otro modo. No obstante, cuando llega el momento de la verdad, en las distancias cortas, es un auténtico desafío desnudar a una mujer que lleva pantalones sin parecer torpe.

Cuando ya había superado el cursillo de cierres de sujetador (la práctica hace al maestro), los diseñadores, o quienesquiera que sea, nos vuelven a poner a prueba con los malditos pantalones ajustados.

—Pues acuérdate la próxima vez —ronronea Grace y, a pesar de estar excitado, con mi capacidad de raciocinio bajo mínimos, me doy cuenta de que sus palabras implican continuidad.

Mis manos se detienen un segundo y, dejando entreabierta la bragueta, alzo la vista para ver si se está burlando o lo dice en serio. No lo de las cuerdas, sino lo de repetir.

Bueno, lo de las cuerdas también.

—¿O prefieres que las traiga yo? —inquire mirándome.

Inspiro y sonrío.

—O puede que te folle en el garaje y listo —contesto y ella sonrío.

—Me parece buena idea.

Me concentro en lo que tengo entre manos y, con más o menos gracia, voy deslizándome hacia abajo sus vaqueros. Trago saliva al ver ese tentador tanga azul que parece llevar escrito «Cómeme». Nada más lanzar por los aires sus pantalones, me inclino para rozar con la nariz el borde y, como me he puesto en plan bruto, agarro el elástico con los dientes y tiro. Sería un placer romperlo, pero el tejido parece resistente y aprecio sobremanera mi dentadura.

—Humm, ¿hoy vas a follarme a lo troglodita, alcalde?

—Lo más probable —murmuro en respuesta.

Con la punta de la lengua, dejo un rastro húmedo delineando el contorno del tanga. Grace respira cada vez más agitada y mis manos se ocupan de desenvolver el regalo. Fuera ropa interior. Ella misma se encarga de la camiseta y por fin la tengo desnuda ante mis ojos.

Me incorporo un instante para mirarla bien. Jo-der, no se me ocurre otra cosa.

Grace echa los brazos hacia atrás, arquea la espalda y cierra los ojos. Aparte de «joder» hay otra palabra que también me viene a la cabeza: «per-fec-ta».

—Desnúdate —me exige sonriendo.

—¿No puedo mirarte? —replico mientras obedezco.

¿Cómo no voy a hacerlo?

Me bajo de la cama y comienzo a desabotonarme la camisa, sin apartar la vista de ella, por supuesto.

—Puedes mirarme cuanto quieras... —dice con voz sensual y se contonea—. Pero a mí también me gusta hacerlo, así que... desnúdate con gracia.

Es mi turno de sonreír y, oye, no sé si tengo futuro como *boy*, pero Grace se encarga de animarme y de tararear. No reconozco la melodía, pero poco me importa. Me quito la camisa con movimientos bruscos y rápidos y se la tiro encima, para después ir a por los pantalones. Un alivio, pues llevo empalmado un buen rato.

Grace silba y mueve las cejas mirando mi entrepierna. Me doy la vuelta.

—¡Oh, por favor, cuantas posibilidades tiene ese culo, alcalde! —me vitorea.

Vuelvo a mirarla.

—¿Te estás cachondeando? —pregunto, aparentando seriedad.

—¿Yo? ¡No! Nunca hago bromas cuando veo un culo como el tuyo. ¿Puedo tocar?

—Todo lo que quieras...

Mando los bóxers a paseo y me echo sobre ella. Me recibe con las piernas abiertas y eso me encanta. La beso con ganas, con fuerza, al tiempo que deslizo una mano entre nuestros cuerpos hasta situarla entre sus muslos. Encontrarla suave, mojada y caliente no me sorprende, y le meto dos dedos. Ella jadea y le muerdo el labio antes de volver a besarla.

—Pero ¿qué tenemos aquí? —pregunta con retintín agarrándome la polla y comenzando a meneármela, ahora es mi turno de gemir.

Durante un buen rato nos dedicamos a besarnos, tocarnos, gemir y susurrar palabras picantes. La temperatura está alcanzando niveles peligrosos. Estoy a punto de explotar y no me apetece correrme en sus manos. Llamadlo estupidez, pero me gustaría follármela de forma más clásica.

—No me disgusta lo que te traes entre manos... —Me da un buen tirón en la polla, dejándome sin aliento, y de paso presiona sobre mis pelotas—. Sin embargo, creo que ya es hora de encajar las piezas.

Grace se ríe ante mi eufemismo, eso sí, sin dejar de masturbarme con verdadero arte.

—Como dicen los Estopa —prosigo—, «tú eres mi puzzle y yo soy un pieza^[1]».

Estiro la mano hacia la mesita de noche y agarro un condón, ella me lo arrebató y, en vez de abrir el envase, lo tira a saber dónde. Yo arqueo una ceja.

—Encajemos las piezas... —musita, mordiéndose el labio.

Y, claro, yo que soy un tipo obediente, no pongo ninguna objeción.

—¿Por qué has vuelto? —me arriesgo a preguntar tras la tercera ronda.

Por fin hemos sido capaces de apagar la luz, taparnos con la manta y abrazarnos sin otro objetivo que descansar. Ya veremos cuánto dura, pues entre sentir su tentador cuerpo caliente bien pegado al mío y mi polla, que parece no relajarse con nada, va a resultar complicado dormir.

La abrazo desde atrás y aguardo una respuesta. Espero que sea prometedora.

—Supongo que ha sido una combinación adversa de factores —contesta y frunzo el cejo. Es una respuesta cuando menos confusa.

—¿Perdón?

Se vuelve en mis brazos para quedar cara a cara. No hay mucha luz, pero sí la suficiente como para que pueda verle la expresión.

—Verás... yo estaba convencida de que lo mejor era largarme cuanto antes de este pueblo. Por un lado, no he hecho lo que se dice amigos y además había tenido mis más y mis menos con el alcalde.

Me río, porque escuchar cómo pronuncia la palabra «alcalde», con esa connotación provocativa, me excita.

—Así que he arrancado el coche —continúa— y he enfilado la carretera sin mirar atrás. Pero... —hace una pausa y me da un beso—... he tenido un encontronazo con la autoridad.

—¿Con la autoridad?

—Me ha parado un guapísimo guardia civil... —dice soñadora—. Y no he podido resistirme. —Arqueo una ceja—. A colaborar, quiero decir.

—Ah.

—Sin embargo, el guapísimo guardia civil no debía de tener un buen día, porque se ha obstinado en registrar mi equipaje, comprobar cada documento del coche, el carné de conducir, medir la anchura de los neumáticos... ¡se ha puesto de un quisquilloso! —Esto último lo dice fingiendo ser una cabeza hueca de cuidado.

—¿Y tú qué has hecho?

—Explicarle que soy una ciudadana ejemplar, por supuesto, y colaborar, pero —niega con la cabeza— no me ha creído.

—¿Te ha puesto la mano encima?

—Quería colocarme las esposas, pero yo lo he convencido para que no lo hiciera.

—Cuando lo pille por banda... —murmuro, aunque en el fondo tendré que agradecerle a Rafa su intervención. Ah, y pedirle las esposas, que no se me olvide.

—Y me ha llevado al cuartelillo.

—Cabrón... —Y pensar que yo he ido por allí y el muy puñetero me ha invitado a pasar con él la noche cuando sabía que ella estaba de vuelta.

—Me ha retenido hasta que apareciera el juez de paz.

Cierro los ojos. En el pueblo ese cargo lo ostenta mi queridísimo abuelo. Si es que nada de esto debería sorprenderme.

«Seguro que allí encuentras el camino a seguir», me ha dicho él al despedirnos.

—No hace falta que me cuentes el resto —le indico y ella me acaricia la mejilla.

A esto sólo se le puede añadir una cosa: un beso de película.

—Humm. Señor alcalde, besa usted divinamente.

Nos besuqueamos como dos ansiosos, como si no hubiéramos follado a lo grande tres veces, con preliminares y todo.

—Y más cosas que sé hacer... —replico, sonando sugerente.

—Con tal de que una noche de estas me lleve usted de nuevo al pajar, me conformo.

Hay que ver cómo son las cosas.

Estiro el brazo y rodeo el respaldo de la silla. De ese modo puedo tocarla. Grace está a mi lado, riéndose del último chiste verde que Rafa nos ha contado. Yo sonrío, pero estoy más pendiente de ella.

Estamos sentados alrededor de la mesa, tras disfrutar de una fabulosa comida al aire libre. Las risas están garantizadas, así como la buena comida, ya que Jacinto se ha encargado de ello, y, lo más novedoso, acompañado de su novia. Sí, nuestro chico se nos ha echado novia. Tanto Rafa como yo no le creímos cuando nos lo contó y le exigimos pruebas. Y a pesar de habernos burlado de él (somos amigos, hay confianza), ahora está aquí con ella, Irene. La ha conocido en la escuela de hostelería, donde, mira por dónde, entre plato y plato nuestro amigo ha ligado.

A todos nos alegró (a su familia no) que por fin se decidiera a hacer el curso y si bien le ha supuesto un enfrentamiento con sus padres, ahora está donde quería y encima con novia.

—Rafa, córtate un poco, tío, que hay damas presentes —lo regaña Jacinto, un poco avergonzado ante Irene.

—No pasa nada —dice ella con cierta timidez.

—Te acostumbrarás —interviene Grace a mi lado, sin dejar de sonreír.

Me dedica una mirada extraña, no más de unos segundos antes de volver a prestar atención a la conversación. Yo aprovecho para tocarla, con disimulo, claro, pero aunque sea una caricia superficial, significa mucho para ambos. Le acaricio la nuca por debajo del pelo. En apariencia nadie nota nada, sin embargo, a los dos cualquier contacto nos enciende.

Miro a mis amigos. Ahora el único soltero es Rafa, pero me da a mí que no

tardará mucho en emparejarse, ya que, según ha dejado caer, hay una mujer que le roba un poco el sueño y eso es importante, pues a un soltero convencido como él (y como yo hasta no hace mucho) le viene bien aceptar que no es tan malo echarse novia.

Mi mano no puede estarse quieta y se desliza hacia los lados. El respaldo de la silla limita mucho mis movimientos, pero algo es algo. No es que sea un tipo empalagoso, que se pasa el día sobando a su chica, sin embargo, es un pequeño roce que me parece perfecto.

—Me estás poniendo nerviosa —me susurra ella sin perder la sonrisa.

—Bien —afirmo satisfecho sin dejar de acariciarla.

Quizá mi necesidad se deba a que mañana Grace se marcha de viaje. Por trabajo. Es algo que he aceptado desde el principio y a lo que nunca me opondré. Ella decidió trasladarse a vivir conmigo, qué menos que apoyarla incondicionalmente.

Por supuesto, hay días que se me hacen más cuesta arriba, pues sé que al volver a casa no la encontraré, pero si lo pienso con detenimiento me doy cuenta de que estar separados también nos beneficia.

Grace no tiene que sentirse culpable al marcharse, lleva a cabo su trabajo confiada y eso hace que, al regresar, las cosas entre nosotros sean más intensas. Echarnos de menos, si lo analizo con objetividad, nos está viniendo bien.

Por supuesto, intentamos compensar sus ausencias con conversaciones telefónicas interesantes, tiernas, picantes o lo que surja.

—Graciela, ¿cuándo vas a hacer del alcalde un hombre decente? —le pregunta Rafa, sirviendo el café. Es un poco manazas, pero se lo pasamos por alto. Utiliza su nombre real sólo para provocarla.

—¿Y tú cuándo me vas a prestar las esposas que me prometiste? —le replica ella toda ufana.

—Ahora mismo voy a buscarlas —dice Rafa sonriendo—. Y ahora responde...

—No quiero un hombre decente a mi lado —contesta sonriendo.

—¿Alguna pregunta más? —intervengo orgulloso ante las réplicas de Grace.

El resto de la tarde la pasamos reunidos, charlando, compartiendo anécdotas, disfrutando de las viandas y de los licores. Del tiempo veraniego y la tranquilidad que sólo la vida rural ofrece y yo pienso que a lo mejor debo ir comprando un anillo de compromiso para sorprender a Grace. Puedo ser un tipo muy indecente cuando me lo propongo, pero eso no quita que me case con ella.

Sí, definitivamente es una idea cojonuda (gracias, Rafa). Mañana iré a comprarlo y, puesto que Grace estará de viaje, no tengo más que presentarme en su hotel y sorprenderla.

El artista

Aceptar un puesto como profesor suplente no era, ni en mis más pesimistas previsiones, algo que hubiera contemplado. Pero tenía que ganarme la vida de algún modo, porque lo de vender cuadros no bastaba.

Había llegado a París hacía ya tres años, a principios de 1976, dispuesto a vivir de mi arte y de exponer en alguna galería con suficiente prestigio como para empezar una carrera digna, y lo único que había logrado era malvivir en una buhardilla desde la que se veía la ciudad, bueno, sus tejados, y pasar frío en invierno porque apenas podía comprar carbón. Claro que pintaba, bonitos y aburridos lienzos que intentaba venderles a los turistas por unos pocos francos que ni siquiera cubrían los gastos de material.

Por eso, cuando un amigo me propuso dar clases de Pintura en una academia, acepté y me sentí igual que una prostituta. O peor incluso.

En la academia tenía a mi cargo dos clases de quince alumnos cada día. La mediocridad imperaba, ya que todos, sin excepción, incluido el resto de profesores, pensaban que el talento y la creatividad podían aprenderse. Yo, por supuesto, me mordía la lengua respecto a ese dogma, pues aquel sueldo me permitía pagar el alquiler a tiempo y comer medianamente bien, además de poder seguir pintando.

Miré a Dorine, la modelo de aquellos días. Una vecina dispuesta a todo, algo mayor que yo, aburrída y sin mucha clase, pero con un marido que le proporcionaba dinero y estabilidad. A mí todo eso me traía sin cuidado, con tal de que se desnudase y posara para mí. El problema era que, tras cada sesión, se empeñaba en seguir desnuda y yo, la verdad, hacía tiempo que ni me excitaba. Así que para seguir contando con su presencia como modelo (no me podía permitir pagar una) y que de vez en cuando trajera comida, hacía un esfuerzo y me acostaba con ella.

—Estás más callado de lo habitual, que ya es mucho decir —comentó girando sobre sí misma hasta quedar boca abajo, jorobando la pose en la que yo la había dejado.

—Estoy pintando, me concentro, nada más —murmuré cierta indiferencia; no me apetecía discutir—. Dorine, por favor, ponte como antes.

—Donatien, llevo aquí dos horas, necesito descansar —ronroneó, retorciéndose sobre la áspera sábana, en un pobre intento de reclamar mi atención y lograr excitarme, algo bastante complicado, ya que tras nuestros primeros encuentros se había perdido la novedad.

Tenía que aprovechar la luz del mediodía y si ella se empeñaba en ponérmelo difícil, no avanzaba con el cuadro. Algo que, por supuesto, me desesperaba. Mis

ganas de pintar se encontraban ya bajo mínimos y si encima debía soportar a una modelo díscola, me era del todo imposible.

—Dejémoslo pues —suspiré, limpiándome las manos en el pantalón de trabajo.

Dorine se puso en pie, desdeñando la bata que le ofrecía, y caminó con la evidente intención de acercarse a mí. Yo busqué algo con lo que cubrirme el torso y me puse rápidamente una camiseta un tanto mohosa.

Ella no se dio por aludida y se detuvo frente a mí sonriendo y metiendo una mano bajo mi ropa, buscando el contacto, pero la aparté. Dorine frunció el cejo, sin duda contrariada.

—¿Problemas? —murmuró, sin abandonar su tono sugerente.

Desde luego no se rendía con facilidad.

Me reí sin ganas.

—Elegante manera de decirlo —respondí con ironía, mientras iba en busca de algo de beber.

Ella me había traído vino y, a falta de algo mejor, me serví un vaso. Estábamos a principios de mayo y el calor empezaba a apretar, en especial en aquella buhardilla que, si bien disponía de suficientes metros cuadrados para vivir y tener el estudio, era un horno debido a la insuficiente ventilación.

—Vives aquí, en esta casa insalubre, porque te gusta —me espetó Dorine, mientras me miraba con disimulo la entrepierna para comprobar si verla desnuda me excitaba, lo que no era el caso.

—¡Me apasiona! —exclamé burlón, brindando a su salud.

—Si hubieras tenido éxito, si alguna galería hubiera decidido exponer tu obra y por consiguiente vender tus cuadros y obtener dinero, no lo apreciarías. ¿Y sabes por qué?

—Ilústrame, *madame* —dije, aún con el tono burlón del que difícilmente me desharía, ya que odiaba las conversaciones de ese tipo.

—Porque disfrutas compadeciéndote de ti mismo. Piensas que debes ser pobre, dar pena, así tus lienzos serán más valorados. Crees en toda esa mierda del artista incomprendido, bohemio y muerto de hambre.

—Dorine, no me jodas —le advertí, rellenándome el vaso—. No me apetece escuchar las teorías de alguien que vive a costa de un marido rico.

—¿Y? ¿Qué tiene de malo?

—Que te incapacita para darle lecciones de moral a nadie, y menos a mí.

—Vas a cumplir treinta dentro de nada y, como sigas así, a los cuarenta continuarás malviviendo, porque pintores con talento, como tú, los hay a patadas; no tienes más que darte un paseo por las calles del centro para verlo.

—Gracias por la parte que me toca. Y haz el favor de vestirte.

—Hace calor —replicó ella, sacudiendo su melena oscura.

Me dio la impresión de que aún no había perdido la esperanza de acostarse conmigo. Y consideré la posibilidad de aceptar su oferta, así por lo menos se largaría

contenta.

—Lo sé —murmuré, apurando el vaso y secándome el sudor de la frente con el borde de la camiseta. Encendí un cigarrillo a ver si conseguía quitármela de encima. Era uno de mis muchos vicios a los que no estaba dispuesto a renunciar.

—Venga, Donatien, sé realista. Aprovecha los pocos momentos de placer que te ofrece la vida y sigue adelante. Ahora tienes ingresos dándoles clase a esos cuatro pardillos que piensan igual que tú, que tienen talento.

Torcí el gesto, aquello era ánimo y lo demás tonterías.

Ella me quitó el vaso y comprobó que no había dejado ni una gota. Arqueó una ceja. No era ningún secreto que en más de una ocasión bebía hasta caer en un sopor, inducido por el alcohol. Algunos días todo se me hacía demasiado cuesta arriba. Entre el desánimo de ver que mi carrera, lejos de avanzar se había estancado, y tener que fingir que dar clase me apasionaba, no encontraba otra forma de soportarme a mí mismo que beber.

—Deja ya la pose de artista atormentado y ven aquí —ronroneó Dorine, recostándose en el colchón donde poco antes estaba posando.

Lamenté no haber tomado más vino y estar borracho, así podría fingir que no se me levantaba y listo.

Avancé hacia allá sin muchas ganas y, cuando llegué a su altura, ella levantó las manos para alcanzar mi entrepierna. Me sobó por encima del pantalón y yo empecé a desnudarme sin apenas mirarla. Después me acosté y la dejé que hiciera el resto. Dorine siempre disfrutaba montándome, imponiéndose sobre mí y yo, para qué negarlo, lo aceptaba sin oponer demasiada resistencia, ya que, al no estar muy animado, así evitaba esforzarme. Atrás quedaron los días en que me la follaba a lo salvaje, atándola, azotándola o tirándole del pelo. Cualquier cosa para complacerla, pero ahora ya no.

Como ya imaginaba, nada más tenerme a su disposición comenzó a acariciarme y mi cuerpo respondió, porque, joder, empezaba a detestarla, pero su boca obraba milagros, eso no se podía negar.

En cuanto me tuvo dispuesto, se subió encima y no perdió el tiempo.

Yo cerré los ojos, toqué aquí y allá para que pensara que al menos me involucraba un poco y me limité, tal como ella había dicho, a disfrutar aquellos efímeros momentos de placer, porque ratos de agobio tenía más que suficientes.

Cuando Dorine cayó sobre mí, empapada de sudor y al parecer satisfecha, aguanté unos minutos; no quería mostrarme excesivamente desapasionado y, además, la necesitaba al día siguiente en las clases, para que hiciera de modelo, ya que tampoco me cobraba nada por ello.

A ella le gustaba posar desnuda, ser admirada, aunque en realidad los estudiantes estaban nerviosos al tener delante un cuerpo femenino sin nada encima y un profesor, yo, a su alrededor vigilando sus progresos.

Un nuevo día de hastío por delante. Eso pensaba yo al entrar en el aula, donde los alumnos ya me esperaban. Murmuraron un «Buenos días, *monsieur* Herriot» y apenas me miraron, no sé si por respeto o por temor. Me acordé de cuando era yo el que estudiaba Bellas Artes y soportaba los consejos de profesores a los que, como a mí, sólo les interesaba cobrar un sueldo.

Les di también los buenos días, tampoco era cuestión de ser maleducado. Los miré y vi dos caras nuevas.

Una joven morena, que parecía tensa, nerviosa y expectante, y que cuando cruzó la mirada con la mía la desvió. Y también observé al otro novato. Un rubiales sonriente, quizá emocionado por la idea de tener delante a una mujer desnuda, pues no le quitaba ojo a Dorine, que, aún cubierta con la bata, esperaba junto a la puerta a que yo le hiciera una señal.

La miré y disimulé mi disgusto al ver que se había maquillado, ya que prefería, y así se lo había indicado millones de veces, que los alumnos pintaran piel limpia, sin artificios. No se trataba únicamente de reproducir formas, colores, expresiones. Un pintor no sólo debe ver lo evidente, lo que todos observan, por eso no quería artificios como maquillajes o luz que no fuera natural.

Le hice una señal a Dorine para que se acomodara en el diván, un tanto ajado tras años de servicio, y ella, sin perder la sonrisa, caminó contoneándose en exceso, lo que para un público mayoritariamente masculino, podía ser contraproducente.

—Dorine, por favor, recuéstate dando la espalda —le pedí con amabilidad.

Ella me miró extrañada, pues disfrutaba observando a los alumnos, sin duda, le servía para elevar su autoestima. No se me había pasado por alto ese detalle.

—Estira el brazo y apoya la cabeza en él, como si estuvieras dormida —añadí.

—Como ordene, *monsieur* Herriot —susurró insinuante, algo que me molestaba, pues no había que ser muy espabilado para intuir que entre ella y yo no sólo había una relación laboral.

Por fortuna, nadie se percató de su tono, pues enseguida empecé a darles instrucciones. Todos me escuchaban con atención, a excepción del rubio, que se comía a Dorine con los ojos.

Me sentía un poco ridículo repitiendo aquellas indicaciones desfasadas, que a mí me inculcaron y que después, a medida que avanzaba en mi trabajo, me di cuenta de que no servían para nada, pues por muchas instrucciones que se dieran, había gente que nunca podría pintar.

¡Hay quienes incluso se atrevían a escribir tratados, paso a paso, sobre técnicas pictóricas! Eso sí que era osadía, como si la creatividad tuviera un manual de uso.

La mañana iba avanzando, miré el reloj y abandoné mi incómoda silla para pasear entre los alumnos y ver sus progresos. Nada más acercarme al primero, la palabra que me vino a la cabeza fue «deprimente».

El chico le ponía voluntad, pero para pintar hacía falta algo más. La fotografía ya había ocupado hacía mucho el espacio de la pintura como medio para retratar. Si los

alumnos se limitaban a copiar, de nada serviría explicarles que debían esforzarse por ver más allá de lo evidente.

No le dije nada y seguí deambulando por la clase. Había quienes avanzaban bastante bien, incluso sus trazos parecían prometedores, sin embargo, no me suscitaban ninguna emoción. Quizá porque mi carácter agriado de aquellos días y mi desprecio por la docencia no me permitía ser optimista respecto a lo que aquellos chicos y chicas hacían.

Tuve la tentación de arrebatarse el carboncillo a alguno y dibujar sobre sus trazos, pero proseguí mi inspección. Pocas novedades, nada relevante hasta que llegué junto al caballete del chico nuevo.

—¿Qué opina, *monsieur* Herriot? —preguntó él con cierta altanería.

Observé el lienzo con atención. Podía ser sincero y decirle que aquello era una mierda, que, igual que yo, como mucho podría ganarse la vida pintando paisajes típicos de París para los turistas americanos.

—Trazos un tanto básicos —murmuré, recurriendo a una fórmula más o menos cortés—. Toscos incluso.

—Puedo mejorarlo —afirmó el chico con un aire de seguridad que daba miedo.

—No lo dudo —dije, sin querer sacarlo de su error.

Miré con disimulo el reloj de pared y le sonreí sin ganas al chaval, que tampoco merecía una ración extra de cinismo, ya tendría por sí mismo tiempo de averiguar la verdad.

Me acerqué a la nueva alumna. Tenía curiosidad por ver qué había hecho, aunque no albergaba demasiadas esperanzas de encontrar algo novedoso, algo que me despertase del letargo.

Y su trabajo me sorprendió, pero no por ofrecerme creatividad, o al menos indicios de esta, sino porque no había dibujado nada. Ni una línea. Sujetaba el carboncillo en la mano y tenía los dedos manchados, pero no había hecho ni un trazo.

—Señorita... ¿ha decidido usted perder el tiempo por algún motivo de peso? —pregunté con cierto aire impertinente, pues si algo detestaba, aparte de impartir clases, era ver a alumnos que ocupaban una plaza por el simple hecho de que tenían dinero para pagarla y no porque aquello les gustase.

Miré de reojo al otro novato, cuyo trabajo no me había impresionado, pero por lo menos había tenido el arrojo de intentarlo. La chica no.

—¿Perder el tiempo? —preguntó ella a su vez, en un tono tan educado y suave que eso sí me llamó la atención, aunque para mal, pues delataba que, en efecto, yo tenía razón: era una estudiante adinerada, decidida a hacerme perder el tiempo.

Llevaba una bata blanca, pero estaba seguro de que debajo vestía ropa cara.

—Eso o alguna indisposición que ha sabido disimular y que le impide trabajar.

Dorine giró la cabeza, sin duda, intrigada por la conversación.

—Me encuentro bien, gracias *monsieur* Herriot —respondió la alumna en el mismo tono bien modulado y detecté cierto acento británico.

—¿Entonces?

—Sencillamente, no me apasiona lo que veo —afirmó y yo arqueé una ceja.

—Explíquese mejor.

—Hay cientos, miles de cuadros en los que posan mujeres desnudas, con sugerentes gasas, collares de perlas, en escenarios costumbristas, otros elegantes...

Medité esas palabras antes de hablar. Eran una provocación en toda regla.

—Aquí pretendemos conocer la técnica, señorita, después vendrá el resto.

—Los museos están llenos de cuadros bien pintados, excelentes obras que todos admiramos —prosiguió y me di cuenta de que sus reflexiones se acercaban bastante a las mías, aunque yo no podía manifestarlas en público si quería conservar mi trabajo —. Por no mencionar las colecciones privadas —añadió.

—Si, como usted dice, ya está todo hecho, ¿por qué molestarse en venir a clases de Pintura? ¿Por qué no se limita a visitar esos museos y admirar las obras expuestas?

—Buena pregunta, *monsieur* Herriot.

—No me ha respondido —dije sonriendo de medio lado.

La joven apartó un instante la mirada y la dirigió hacia Dorine, que había abandonado la postura inicial para, supuse, no torcerse el cuello observándonos.

—¿Siente ella algo cuando posa? —inquirió la alumna, señalándola.

Joder... había dado en el clavo.

Tras la clase, que di por concluida sin responder a la pregunta, ya que para hacerlo habría tenido que confesar mis propias dudas, esperé a que todos se hubieran marchado y me acerqué a Dorine, que me miraba furibunda por no haber salido en su defensa.

—*Monsieur* Herriot —me soltó con retintín.

—Dorine, por favor, acaba de vestirte que he de cerrar —le dije paciente.

—¿Cómo has tenido la cachaza de callarte cuando esa niñata me ha criticado? —preguntó, atándose el nudo de la bata con demasiada fuerza.

—Sólo ha expresado su opinión. Estaba en su derecho. No le des más vueltas.

—¿Y desde cuándo eres tan tolerante y dejas que tus alumnos te tomen por el pito del sereno? —inquirió con ironía, porque me conocía demasiado bien y, por desgracia, me había oído despotricar borracho en más de una ocasión sobre las tendencias artísticas, la profesión, el timo que eran las clases y demás palabras de desahogo que uno suelta cuando el alcohol está por medio.

—Dejémoslo, ¿de acuerdo? —le pedí, resoplando ante su insistencia.

—Te he estado observando, ¿sabes?

—Ya me he dado cuenta —murmuré, cruzándome de brazos.

No era del todo mentira; a Dorine no se le escapaba nada.

—Has disfrutado —dijo y me sonó a acusación.

Cómo me conocía...

—Es normal que hable con mis alumnos —me defendí, con ganas de largarme cuanto antes.

Todavía podía llegar a casa y aprovechar la luz. No sabía por qué, pero me apetecía pintar, y eso, teniendo en cuenta mi apatía de los últimos tiempos, podía considerarse buena señal.

—Nunca te involucras. A esa pequeña zorra sólo le interesaba llamar tu atención y, por lo que veo, lo ha conseguido.

—No exageres.

—¿Sabes? Que te den por culo, *monsieur* Herriot —estalló, acercándose a mí y abofeteándome—. Sé que follas conmigo para tenerme contenta, que me toleras porque te salgo gratis y además te doy de comer. Pero por lo menos podrías tener la decencia de fingir que te intereso.

—Y si lo sabes, ¿por qué sigues viniendo? —repliqué, cansado de aguantar su histeria.

Una de las razones por las que a mis veintinueve años todavía no me había planteado casarme era para no aguantar ese tipo de cosas.

—Porque follas bien, por eso —respondió ella riéndose.

—Primero me das un bofetón y después alabas mis dotes amatorias. No hay quien te entienda.

—Ni a ti tampoco —me espetó Dorine—. Pero no te preocupes. Hombres con una buena polla los hay a patadas y seguramente sin tantos traumas ni alardes de artista como tú.

—Me halagas... —dije burlón.

—Y te conservas bien, Donatien. Eres guapo, posees ese aire canalla que atrae a las mujeres. Un bonito envoltorio, aunque por dentro estás amargado, roto, no vales nada.

—Dorine, deja el psicoanálisis, que se te da de pena —intervine.

—Pero llegará un momento en que tu atractivo físico irá a menos. Toda esa vida desordenada que llevas te pasará factura. Perderás pelo, echarás barriga —dijo, regodeándose en mis futuras desgracias— y entonces las mujeres mirarán hacia otro lado. Tus ojos ya no las conquistarán y te morirás aquí, solo, arruinado...

—Ya estoy arruinado —apunté por si no lo sabía.

—En la miseria —corrigió—. Y, la verdad, no me apetece ser arrastrada por ti.

—¿Puedo considerar esto como un adiós? —pregunté y creo que ella captó mi tono esperanzado de que la despedida fuera real.

—Sí, *monsieur* Herriot.

Se fue, moviendo las caderas con arte. No se podía negar que tenía un cuerpo interesante, pero había muchos cuerpos interesantes que retratar o con los que disfrutar entre sábanas revueltas.

Bueno, había perdido una amante, aunque no me importaba mucho, la verdad, una modelo, ahí la cosa cambiaba un poco, y tiempo discutiendo, y eso sí que me

molestaba.

Al salir a la calle me palpé los bolsillos y me di cuenta de que me había olvidado el tabaco en la sala de pintura, así que volví sobre mis pasos y caminé directo hacia mi mesa, donde encontré el paquete. Habría encendido un pitillo allí mismo, aunque estaba prohibido, pero no quería ganarme miradas de desaprobación, así que sólo saqué un cigarrillo y me lo coloqué en los labios, ansioso por fumármelo cuanto antes.

Al dar media vuelta, vi que había alguien sentado delante de uno de los caballetes, la alumna nueva para ser exactos. Me aclaré la garganta y me detuve frente a ella.

—Disculpe, la clase ha terminado hace un buen rato.

—Lo sé, pero ha sido tan interesante lo que ha ocurrido después...

Torcí el gesto.

—No puede estar aquí —le recordé con amabilidad, porque tampoco era cuestión de echarla a patadas.

Ella se puso en pie y comenzó a desabotonarse la bata de trabajo. No sé por qué me quedé mirándola, o, más en concreto, sus manos.

—Ya me marcho —murmuró, dejando su bata doblada sobre el taburete.

Esperé a que lo hiciera, salí yo también y cerré la puerta. Esa chica había escuchado toda mi conversación con Dorine, algo que me dejaba en muy mal lugar. Dudaba que fuera por ahí chismorreando, no obstante, mi autoridad y credibilidad como profesor quedaba dañada, al menos ante ella.

En la calle, fumándome el cigarrillo, esperé a que saliera para poder darle una explicación. Era absurdo, lo sabía, yo rara vez me justificaba ante nadie a no ser que fuera necesario, pero incluso así aguardé para hacerlo ante ella.

Me acabé el pitillo y me pareció raro que la chica aún no hubiera abandonado la escuela. Podía haberse acercado a los aseos, pero ya había pasado demasiado tiempo. Quizá, después de todo, sí fuera una alumna chismosa y hubiese ido con el cuento a la dirección.

Maldije y me pasé la mano por el pelo, ya de por sí alborotado, mientras dudaba si dejarlo correr o entrar y averiguar qué había hecho aquella niñata.

Me encaminé hacia el despacho de secretaría de mala hostia, pues dependiendo de cómo se interpretasen mis palabras podía verme de patitas en la calle y tener que ganarme de nuevo la vida pintando para los turistas paisajes archiconocidos de París.

—Le repito, señorita, que nos es imposible devolverle el importe de la matrícula —decía la secretaria con su tono desapasionado de siempre.

—Señora, no lo entiende —contestó la alumna—. Creía que este curso podría ayudarme, sin embargo, tras la primera clase me he dado cuenta de que no será así.

Vaya, alguien con un poco de criterio. Era extraño, ya que el ego del supuesto artista siempre los impulsaba a tirar hacia delante, valiese o no la pena.

—Mire, puede presentar un escrito o, si lo prefiere, venderle la plaza a otro

alumno —le explicó la secretaria con paciencia.

Yo continuaba allí, pegado a la puerta y espiando una conversación ajena. Tendría que haber dado media vuelta e irme, no obstante, continué escuchando lo que no me incumbía.

—Eso es imposible. Necesito el dinero, de verdad.

Fruncí el cejo. ¿Me había equivocado en mi valoración?

No tenía pinta de ser una muerta de hambre con aspiraciones artísticas (una de tantos), que necesitaba hasta el último franco para sobrevivir.

Algo no cuadraba, pues, como había podido comprobar, su ropa era elegante, su tono educado y hasta me había fijado en el discreto, pero refinado, colgante que llevaba.

—Lo sentimos, pero no es nuestra política. Buenas tardes.

Oí el chasquido de la puerta. Era el momento de abandonar mi breve carrera como espía, sin embargo, me quedé allí de pie, con las manos en los bolsillos, esperando a que la joven saliera del despacho.

Ella lo hizo y luego se encaminó hacia la salida con la cabeza gacha, ni siquiera había reparado en mi presencia, y yo, por alguna estúpida razón que no me supe explicar, la seguí.

Se detuvo en la puerta principal, se volvió y me miró.

—¿Me está siguiendo o es que llevo un agujero en la media?

Fue oír la mencionar las medias y desvié la mirada hacia ese punto.

—La estoy siguiendo —dije en tono irónico.

Ella llevaba un elegante vestido azul, el pelo recogido y un bolso. Yo a su lado parecía un pordiosero, con mi traje arrugado, la corbata floja y el pelo alborotado.

—¿Por algún motivo especial o es que quiere darme una clase extra?

Sonreí, además de arrogante era ingeniosa.

—Creo que por hoy ya ha tenido suficientes extras, ¿no le parece? —respondí, refiriéndome a mi reveladora conversación con Dorine, que ella, no sé si voluntariamente o no, había escuchado.

—Entonces, explíqueme, si puede, por qué me sigue —exigió saber.

—He oído que quiere abandonar el curso —murmuré.

—Y yo que se ha quedado sin modelo —replicó.

Oí pasos. No me apetecía que alguien nos viera allí charlando. Las relaciones, incluso las inocuas, como era el caso, entre un profesor y una alumna, podían ser objeto de crítica y sacarse de contexto.

Ella también se percató y se volvió con la intención de marcharse. Pero yo no podía dejar aquella conversación a medias. Me había intrigado, así que caminé hasta ponerme a su altura y, en un alarde de imprudencia, le agarré la muñeca.

—Déjeme en paz. —Inspiró y tiró de su brazo para soltarse, pero yo me mantuve firme, así que la joven añadió entre dientes—: Por favor.

La situación se complicaba, nos iban a pillar, y no sólo hablando, con lo que el

chismorreo sería imparable. No me lo podía permitir. No sé por qué, quizá por orgullo, pues por lo general las mujeres no me rechazaban y los alumnos menos, tiré de ella y fuimos hacia una calle lateral.

—Venga conmigo, por favor.

No me detuve y caminé con ella por la acera llevándola casi a rastras. Lo mejor sería meternos en una cafetería, pero no quería arriesgarme a que me armara un jaleo delante de extraños, por no mencionar que en aquella zona los precios eran elevados y mi bolsillo no estaba para gastos de ese calibre.

Me dirigí a mi estudio, que no estaba muy lejos, diez minutos caminando deprisa. Ella no dejó de tirar, de intentar frenarme y de protestar, claro, pero no cedí, aunque llamamos la atención de varios transeúntes, que debieron de pensar que se trataba de una típica riña de pareja y no intervinieron. Por fin me detuve frente al portal y, sin dejarla ir, busqué nervioso las llaves.

—¡Ya está bien! ¡Haga el favor de soltarme de inmediato! —gritó la joven y la portera se asomó al oír los gritos.

—¿Qué ocurre, Donatien? ¿Qué escándalo es este? —preguntó la señora Vipond, a la que sonreí para suavizar la situación, pues nunca me había tenido mucha simpatía.

Habíamos tenido nuestros más y nuestros menos, ya que yo no siempre había sido puntual a la hora de pagar el alquiler y ella, como fiel servidora del dueño, se encargaba de la recaudación, de informarle de las idas y venidas de los arrendatarios y, sobre todo, de procurar que no hubiera escándalos.

—No se preocupe, señora Vipond, es sólo una riña de pareja —dije, para que nos dejara pasar.

Recurrir a eso enfadaría a la chica, pero me evitaría dar más explicaciones.

—Sé lista y aléjate de este perdedor antes de que te engañe, como hace con todas —le dijo la portera.

—Gracias, señora Vipond —respondí con sarcasmo.

—Llame a la policía, por favor —intervino mi exalumna, tensa, viendo una salida.

—No digas bobadas, «cariño» —dije yo.

Tiré de ella y, una vez lejos del oído de la portera, me advertió:

—¡No sé qué tipo de broma es esta, pero se acabó! ¡De ninguna manera voy a acompañarlo a su casa!

—Muy bien, hablemos aquí entonces —accedí y ella pareció relajarse.

Saqué el paquete de tabaco, le ofrecí y cogió uno.

Supuse que íbamos a fumar el cigarrillo de la paz.

En silencio, evaluándonos el uno al otro y fumando, nos quedamos en la escalera, pese a que yo habría preferido estar a salvo de posibles miradas indiscretas dentro de

mi estudio.

—No he podido evitar oír la conversación —empecé yo—. No parece necesitar dinero —añadí, señalando su atuendo—. ¿A qué se debe tanto interés por recuperar el importe de la matrícula?

—Yo tampoco he podido evitar oír su conversación. ¿Siempre trata así de mal a las modelos?

No pude evitar sonreír. Era rápida.

—Está sacando de contexto lo que ha oído —me defendí y me di cuenta de que hacerlo no servía de nada.

—Y usted se está metiendo donde no lo llaman —replicó e hizo amago de marcharse, lo cual yo impedí, ya que, con acierto, me había situado un par de escalones por debajo de ella—. Me importa muy poco lo que usted se traiga entre manos con las modelos o con las porteras.

Di un respingo; tener un desliz con Dorine podía considerarse lógico, pero con la señora Vipond... Habría que emborracharse bien, porque la buena mujer rondaba los sesenta y estaba más seca que una uva pasa.

—Para empezar, podemos tutearnos, ¿te parece? —contesté, pues me aburría una conversación tan formal, y más teniendo en cuenta que ella andaría por los veinticinco como mucho.

—Como quieras —convino y sonreí como un gilipollas—. Y ahora, si eres tan amable...

—Explícame por qué te has apuntado a un curso de Pintura y tiras la toalla tras la primera clase —insistí, porque aunque eso debería importarme bien poco, ya se había convertido en una cuestión de orgullo.

—Quizá... —adoptó una actitud altiva y me miró como si fuera un don nadie (que lo era) para rematar la frase—: Quizá porque el profesor no motiva a sus alumnos ni puede aportarme nada interesante.

Disimulé mi sonrisa. Tenía más razón que un santo.

—Puedes pedir un cambio de clase —sugerí amable y observé su expresión.

Hizo una mueca que podía interpretarse como que no toda la culpa era del maestro, había algo más.

—He respondido a tu pregunta. ¿Puedo irme ya?

Podía, claro que sí, sin embargo, continuaba intrigándome y negué con la cabeza. Ella resopló, eso sí, con moderación. Un detalle más sobre su más que probable esmerada educación.

—Aún no me has dicho por qué necesitas recuperar el dinero —le recordé.

—Odio despilfarrar —respondió sin parpadear.

Asentí.

—¿Tú no tienes ninguna pregunta que hacerme?

—Sí, pero lo más probable es que no me gusten las respuestas. Buenos días —me espetó y de nuevo impedí su marcha.

—¿Necesitas dinero? —solté a bocajarro.

—No. —Y por la rapidez con que contestó intuí que mentía.

En ese momento se me ocurrió una estupidez, una idea tan absurda que debí desecharla de inmediato y olvidar toda aquella surrealista conversación. Pero antes de que mi lado racional entrara en funcionamiento, solté mi barbaridad:

—Me he quedado sin modelo en la escuela. No pagan mucho, pero podrías apañarte.

Ella abrió los ojos como platos, sin duda sorprendida, pero no tanto como yo, que estaba metiéndome en un jardín lleno de espinas. Era una desconocida, ni siquiera sabía su nombre, por el amor de Dios, ¿es que no podía abandonar por una vez los tópicos bohemios y comportarme con normalidad?

Lo de la musa aparecida de la nada era un concepto ya muy desgastado, además, aquella chica no tenía un cuerpo espectacular. No era fea ni desagradable, pero tampoco poseía ninguno de esos rasgos físicos que hipnotizan a primera vista.

—¿Me tomas el pelo? ¿Posar para ti? —se burló—. ¿A cambio de qué? No tienes pinta de ser muy famoso.

Joder, qué ínfulas.

—Ni tú de atraer la mirada de un artista, pero aunque la escuela no pague demasiado, en vista de las circunstancias... —lo dejé caer pese a que a lo mejor me confundía por completo y no era más que otra niña mimada.

Achicó los ojos, había dado de pleno en su orgullo. Bien sabía yo que a ninguna mujer le gustaba que se cuestionase su apariencia.

Se lo estaba pensando, o al menos eso parecía, pues ni me había mandado a paseo ni insultado. Saqué otro cigarrillo y de nuevo le ofrecí a ella primero, pese a que mi reserva de tabaco iba menguando. Aceptó. Dejamos que el humo nos relajara un poco. Continuábamos en la escalera y todavía nadie nos había interrumpido, pero podía ocurrir en cualquier momento, así que opté por ser prudente, al menos en eso.

—Si me acompañas —señalé hacia arriba—, en vez de seguir manteniendo esta interesante charla aquí, hasta podría ofrecerte algo de beber y una silla.

Sin decir nada, ella comenzó a subir, mostrándome su retaguardia. Bastante convencional por cierto, nada reseñable. Como mucho, unas piernas bien torneadas pero poco visibles. Para ser una chica joven, vestía de forma muy conservadora.

Una vez dentro, lamenté el estado caótico de la buhardilla. Hacía ya bastante que la señora Vipond se negaba a hacer la limpieza. No sólo por razones económicas, pues, según ella, no quería poner un pie en un lugar inmoral como aquel. Alguna que otra vez (más bien pocas) Dorine se ocupaba de ello, pero en vista de cómo había acabado nuestra relación, me hice a la idea de que a no mucho tardar sería yo quien tendría que hacerme cargo de tan desagradable tarea, porque pagarle a alguien para ello quedaba fuera de mi presupuesto.

No me disculpé por el desorden y la joven aceptó sentarse en uno de los taburetes donde posaban las mujeres a las que había intentado pintar, o, como en el caso de mi

última amante, intentaban seducirme.

Serví lo único que me quedaba, vino, y le di el vaso. Ella estaba pendiente de todo. A su favor diré que no mostró desagrado ni hizo aspavientos debido al desorden. Eso sí, adoptó una pose refinada.

Mientras la chica daba el primer sorbo, pensé que quizá ese podía ser el motivo de que siguiera haciendo el gilipollas en vez de olvidarme del asunto, que no acostumbraba a estar rodeado de personas tan educadas, porque si tomaba como ejemplo a Dorine... tenía dinero, pero desde luego ni pizca de estilo.

—¿No vas a preguntarme cuál es la oferta? —dije, frente a ella pero manteniendo las distancias.

—No —contestó—. Intuyo que estará mal remunerada.

—Así es —le confirmé, pues no tenía sentido mentir al respecto.

Ella se levantó y comenzó a pasearse. Algunas de mis obras estaba apiladas de mala manera y cubiertas con sábanas viejas. En el caballete, un lienzo lleno de borrones y partido por la mitad (fruto de un arrebató), y en el suelo miles de cuartillas desperdigadas, con bocetos que nunca conseguía concretar.

—Por lo que veo, vives y trabajas aquí —comentó sin mirarme, parada delante de mi cama deshecha.

No hacía falta responder a eso, prefería explicarle el otro asunto.

—Tendrías que posar tres días a la semana en la academia, de la forma que yo estime conveniente. También aquí, para mí, en privado.

Sólo inspiró. Ni se negó ni preguntó nada más.

—De acuerdo —aceptó y recogió su bolso.

—¿Dónde vives? —le pregunté, pues necesitaba ponerme en contacto con ella.

—Vendré a la hora que me indiques —contestó, esquivando la respuesta.

—¿Y si necesito localizarte con urgencia?

—¿Te despiertas de madrugada con unas ganas tremendas de crear? —adujo con ironía.

Joder, pues sí, aunque hacía tiempo que no me ocurría.

—Podría ser —respondí provocador.

—¿Tus anteriores modelos dormían aquí?

Quedaba implícito que dormir significaba algo más.

—No todas —mentí.

Sonrió por primera vez y yo parpadeé. Me sorprendió, y mucho, pues durante toda nuestra conversación ni siquiera había hecho un amago de sonrisa. Nada.

—¿A qué hora debo presentarme mañana, *monsieur* Herriot?

Hice una mueca, su repentino tono formal era evidente, pero entonces decidí probar suerte. Una especie de presentimiento, absurdo quizá, hizo que lanzara una pregunta:

—¿No tienes dónde quedarte, verdad?

La chica no se derrumbó ni desvió la mirada.

—Hasta mañana, sí —admitió sin ambages.

Arqueé una ceja y ella me tendió la mano, dando a entender que cerrábamos un trato.

—No me lo has preguntado, pero por si te interesa, me llamo Audrey.

Debí de perder el poco sentido común que alguna vez creí tener cuando le ofrecí mi casa para quedarse. Visto desde el punto de vista económico resultaba una transacción como otra cualquiera. Un intercambio de bienes y servicios. Yo me ahorraaba pagarle a una modelo, a tiempo completo, y ella los gastos de hospedaje.

No es que me hiciera especial gracia compartir el que consideraba mi espacio vital con otra persona, algo que nunca antes había ocurrido, ya que mis encuentros y desencuentros con las mujeres se regían por unas normas no escritas y la principal era huir de la intimidad que implica la convivencia.

Audrey se instaló al día siguiente y me quedé de piedra al ver que venía acompañada de un elegante botones que llevaba su maleta. Un dato inquietante. Por la placa que lucía el tipo, supe que ella se había alojado en un hotel de postín, algo que resultaba paradójico.

No hice preguntas, aunque sí me quedé con las ganas.

Como un tonto, lo primero que hice fue ordenar la buhardilla, pues, por alguna razón absurda, quería que ella dispusiera de un espacio propio así como de intimidad.

Cuando alquilé la estancia, lo hice, aparte de por el precio, porque era diáfana y por la iluminación. Había situado la zona de trabajo bajo las dos claraboyas, dejando la zona de vivienda en la parte más oscura. A Dorine fue a quien se le ocurrió colocar dos biombos para separar las dos zonas, algo que a mí, al vivir solo, me traía sin cuidado, pero que ahora, al cambiar las circunstancias, me venía de perlas.

Despejé una cama individual que había arrinconado y donde amontonaba ropa, y después utilicé los biombos para ocultarla. Hasta me sentí satisfecho de mi talento como decorador.

A Audrey pareció darle lo mismo, pues, tras despedirse del botones y darle una propina, dejó la maleta sin más, indiferente a todo, lo cual no dejaba de ser extraño, dado que venía de un hotel de lujo.

La primera noche yo sabía que no iba a pegar ojo, y así fue. Di mil vueltas en la cama, mientras que a ella ni la oí respirar. Me molestaba todo, incluida la ropa; siempre dormía desnudo, pero por si acaso, en esa ocasión me puse unos calzoncillos. Desesperado, insomne y fumando un cigarrillo tras otro, aguanté las horas a oscuras y en silencio, cuando, por una de esas casualidades de la vida, lo que me apetecía era dibujar.

Caminé con cuidado hasta la zona donde una pequeña y antiquísima encimera con un triste hornillo encima hacía las veces de cocina y me serví café. Ya que estaba desvelado, al menos tendría la cabeza despejada para pensar. Pensar qué coño estaba

haciendo y qué iba a hacer a partir de ese momento.

Audrey tenía toda la pinta de estar de paso, y eso debería tranquilizarme. Sin embargo, no era así, cosa que me fastidiaba bastante. Me sentía como el jodido buen samaritano y había metido en mi casa a una mujer de la que sólo sabía el nombre.

A bohemio e iluso no me ganaba nadie.

Volví a la cama y me dejé caer en ella. De haber estado solo, como cada noche, nada me habría impedido buscar algún tipo de alivio, por ejemplo, con mi mano, porque, y seguía sin explicármelo, me había excitado. Algo totalmente fuera de lugar y muy contraproducente, dado que la posibilidad de masturbarme quedaba descartada.

Aun así, finalmente conseguí conciliar el sueño, quizá debido al cansancio. Por desgracia apenas pude dormir cuatro horas, sin duda insuficientes para afrontar el día que tenía por delante. Cuando abrí los ojos, vi a Audrey moverse en silencio hacia la cocina. Llevaba puesta una bata bastante elegante, aunque clásica, sin florituras. Yo estaba acostumbrado a ropa femenina sugerente y llamativa, nada que ver con aquella prenda.

Miró la cafetera como si fuera un artefacto explosivo. Me coloqué de lado para observarla mejor. Se mordió el labio, frunció el cejo y al final cogió la cafetera del asa, poniendo una cara rara...

Sonreí sin poder evitarlo.

Después suspiró y se quedó con los brazos cruzados, apoyada en la encimera.

Entonces me di cuenta del problema: no tenía la más remota idea de cómo preparar café.

Podía ser malo y fingir que no la había visto, pero terminé levantándome y acercándome a ella. En silencio, y consciente de que no me quitaba ojo, llené el depósito, coloqué el café en el cacillo y cerré la cafetera con bastante rapidez; tras encender el hornillo, la dejé en el fuego.

Audrey me miró de arriba abajo. Joder, con las prisas no me había puesto unos pantalones ni unas zapatillas. Me encogí de hombros, el primer día y ya tenía que cambiar mis hábitos.

—Buenos días —dijo en un murmullo y me dio la impresión de que estaba más cohibida de lo que cabría esperar.

—Buenos días. Bonita bata —respondí, sin perder el buen humor.

Me fui caminando tranquilamente hasta el cuarto de baño, pues bien sabía yo que me daba tiempo a hacer mis cosas antes de que el café estuviera listo.

Y así fue.

Luego me ocupé de servirlo, mientras ella memorizaba, o al menos eso me pareció, la ubicación de cada utensilio. Después nos sentamos a la desvencijada mesa, frente a frente.

Lo cierto es que aquel brebaje que preparaba cada mañana no era gran cosa. Yo estaba acostumbrado, aunque imaginé que a Audrey no le gustaría. Sin embargo, no

puso mala cara ni lo criticó. Y allí permanecimos un buen rato, yo sólo con los calzoncillos puestos y ella con su discreta bata. Si me hubiera puesto a psicoanalizarme, ¿qué conclusión habría sacado?

Ella me miraba de reojo, no sé si incómoda ante mi presencia o por el simple hecho de estar allí, en un ambiente tan doméstico. El caso es que no terminaba de relajarse y había que hacer algo para lograrlo. Así que recurrí al único tema que teníamos en común.

—Esta tarde es tu primera clase como modelo —dije en tono amable y noté un leve indicio de nerviosismo por su parte.

Apuré mi café. Si de algo puedo presumir es de fijarme en detalles que, aunque imperceptibles para muchos, son una excelente forma de conocer a las personas.

—Sí, lo sé —admitió.

—¿Te incomoda? —pregunté, pues no merecía la pena dar rodeos al respecto.

—Puede —respondió y eso me dejó intranquilo.

—Escucha, no quiero que, llegada la hora, me dejes plantado porque te entran remordimientos o tienes prejuicios sobre la desnudez. Míralo por el lado objetivo, estás trabajando; los alumnos no van a ver a una mujer desnuda desde el punto de vista sexual —afirmé no muy convencido, pues no todos los alumnos reaccionaban igual, a los novatos les costaba mucho más no excitarse.

—Ya veo que para ti es sencillo —señaló mi torso desnudo.

Fruncí el cejo, aquello no iba bien.

—¿Qué te preocupa? —pregunté y me di cuenta de que era la primera vez que formulaba algo así, porque, hasta la fecha, todas las mujeres que se habían desnudado en mi clase lo hacían sin titubear.

—Nada —susurró y se puso en pie, sin duda decidida a no hablar más del tema.

Pero yo intervine de nuevo, cortándole la retirada y acorralándola contra la encimera.

—No me vengas con «nada» y tonterías similares, ¿de acuerdo? No estás obligada a hacer nada. Joder, esto no es un campo de concentración. Sin embargo, te agradecería que, si te has comprometido, cumplieras tu parte al menos hasta que te encuentre una sustituta —concluí en tono duro, acercándome demasiado a ella.

—¿Insinúas que no cumplo mi palabra? —replicó ofendida e intentó separarse, lo cual no le permití.

—Prefiero asegurarme —aduje con cierta cautela—, pero también entiendo que no sea fácil para ti.

—Lo superaré —replicó y, por supuesto, no me quedé convencido.

Fruncí el cejo de nuevo y fui a vestirme, no porque me apeteciera, sino porque tal vez así ella se relajaría; no quería estar discutiendo el primer día. Me puse lo primero que pillé limpio de la estantería que utilizaba como armario y, mientras lo hacía, se me ocurrió una idea tan disparatada como peligrosa.

Fui en su busca y atravesé la pared invisible que separaba su cama del resto. La

sorprendí a medio vestir, sentada en la cama, subiéndose las medias y en combinación.

—¿Qué haces? —exclamó, cubriéndose con lo que tenía más a mano, la bata.

Entonces supe que se moría de vergüenza y que mostrarse desnuda iba a ser todo un desafío.

Suspiré, no quería comportarme como un cabrón insensible, pero no sé si lo conseguí.

—¿Te has desnudado alguna vez delante de un hombre?

Abrió los ojos como platos.

—Eso no es asunto tuyo —respondió muy digna.

—¿Sí o no? —insistí sin claudicar.

Su respuesta era importante y ambos lo sabíamos.

—Sí —masculló entre dientes y de nuevo apareció su pose más altiva.

—Perfecto, porque esto se podría decir que es lo mismo. Seducir, en este caso no sólo a un hombre, sino a varios con inquietudes artísticas.

—Antes has dicho que no existe connotación sexual —me recordó.

—Siempre existe, sólo que un artista no la sitúa en el primer puesto de sus prioridades porque prefiere fijarse en otros aspectos —expliqué, recurriendo a una verdad a medias.

—Gracias por la información —contestó tirante—. ¿Puedo vestirme ya?

—No —dije y se quedó más perpleja aún—. Acompáñame.

La agarré de la muñeca y tiré de ella (empezaba a pensar que eso se transformaría en una costumbre) hasta la zona de trabajo.

—¡Ya está bien! —protestó Audrey cuando la solté junto al colchón que hacía las veces de cama, diván o lo que hiciera falta, justo debajo de una de las claraboyas.

—Desnúdate.

—¿Perdón?

—Te quiero ver desnuda. Ahora —exigí sin titubear.

—No —contestó cruzando los brazos.

—Estás despedida —repliqué, mirándola fijamente.

No iba a permitir que me hiciera perder más tiempo. Ya había demostrado demasiada paciencia con ella, mucha más que con cualquiera de las otras mujeres con las que había trabajado en el pasado.

Abrió los ojos como platos. Yo no iba a echarme atrás, pues, de hacerlo, nunca me tomaría en serio. De acuerdo, mi comportamiento no era muy educado y podía habérselo pedido añadiendo un «por favor», sin embargo, me dejé llevar por una especie de impaciencia.

—Si te da vergüenza desnudarte ante mí, ¿qué harás esta tarde?

—Pero...

—Recoge tus cosas —añadí, al ver que no movía un músculo.

Di media vuelta, no tenía sentido seguir allí discutiendo. Ya vería la manera de encontrarle una sustituta para la tarde.

—De acuerdo —murmuró tensa.

Me volví para observarla. Me daba la espalda. O mi tono había resultado definitivo o Audrey estaba muy necesitada para haber pasado de la obstinación a la obediencia en tan corto espacio de tiempo.

Pensé dejarla unos instantes a solas, pero en cambio me quedé allí, quieto como un pasmarote, viendo cómo la anodina bata resbalaba de su cuerpo y quedaba arrugada a sus pies. No entendí mi propia reacción, pues sus movimientos distaban mucho de ser seductores, más bien eran desapasionados, mecánicos. Sólo faltaba la combinación. Tragué saliva y como no quería parecer un estudiante novato de los que se empalmaban en clase, fui hasta la mesa de trabajo y agarré lo primero que vi: un cuaderno bastante ajado y un par de carboncillos.

Audrey se quedó desnuda dándome la espalda. Con el pelo recogido en una cola y, tal como había imaginado, un cuerpo sin nada que destacase en especial. Agradable a la vista y poco más; sin embargo, me había excitado.

—¿Cómo debo ponerme? —inquirió, sacándome de mis divagaciones.

Dejé mis útiles en el suelo y caminé despacio hacia ella. Tenso, muy tenso, pues iba a tocarla. Todo me parecía tan ridículo que yo mismo me reprendí. Había hecho aquello docenas de veces sin reaccionar de ese modo. Incluso con mujeres a las que la noche anterior me había follado sin contemplaciones.

«Quizá esa es la cuestión —me dijo una vocecilla—, a esta no la has tocado todavía».

—Acuéstate boca arriba —acerté a decir, tras aclararme la garganta.

—¿Así? —preguntó ella, adoptando una postura muy similar a la de una momia egipcia.

Negué con la cabeza. Me puse de rodillas a su lado y Audrey me miró, puede que intranquila. Yo esboqué una sonrisa que no sé si sirvió de algo.

—Cierra los ojos —le indiqué—. Y cúbrete los con el brazo. Como si te acabaras de despertar.

Estaba improvisando, pues no sabía a ciencia cierta en qué postura colocarla, pero si algo había aprendido con las modelos novatas era que esconder la cara ayudaba bastante, se sentían menos expuestas.

Ella respiró profundamente y obedeció. No puede evitar fijarme en que se le habían endurecido los pezones, algo que no sabía cómo interpretar. ¿Estaría también excitada? ¿Miedo? ¿Frío? Preferí no preguntar.

—Vuélvete un poco hacia mí —proseguí en tono suave—, no del todo; quiero que adoptes en todo momento una postura natural, nada forzada. Dobla la rodilla derecha. —Como ella dudaba, lo hice yo mismo rozándole la piel.

Me quedé unos instantes observándola de cerca. Concentrado en cada detalle de

su cuerpo. No me pasó desapercibido su abundante vello púbico, donde posé mis ojos más segundos de los recomendables.

—Tiene que parecer que acabas de despertarte, pero no del todo —susurré, concentrándome en no tocarla, porque parecía que mis manos empezaban a tener vida propia.

Audrey murmuró algo y se movió siguiendo mis indicaciones, con movimientos muy controlados, demasiado moderados para mi gusto.

Torcí el gesto. Debía de existir una forma de que se mostrara más desinhibida, menos rígida. Como una mujer que ha pasado toda la noche en una cama y no durmiendo precisamente.

—Imagina que la noche anterior la has pasado en brazos de tu amante —musité y ella apartó el brazo para mirarme casi horrorizada.

Me encogí de hombros, no tenía por qué disculparme.

—¿Cómo dices? —preguntó alarmada, pegando uno de esos grititos femeninos que quieren denotar indignación, pero que en realidad son de curiosidad.

—Apenas has dormido un par de horas —proseguí como si entrara en trance—. Las piernas, por ejemplo, aún te tiemblan. No puedes parar de sonreír, aunque hace ya un buen rato que tu amante ha abandonado el lecho.

—No sigas... —me pidió, no tan molesta como quería hacer creer.

—En tu cabeza no deja de sonar la melodía que anoche bailaste para él... —añadí y hasta yo, poco amigo de las cursilerías, que evitaba siempre, estaba metiéndome en la historia.

—¿Bailaba desnuda? —inquirió ella, con un deje de ironía.

—¡Por supuesto! —exclamé sonriendo.

—Me lo temía —masculló.

—Si quieres seducir a un hombre, es lo mínimo —le dije.

Entonces me puse en pie dejándola allí, tumbada en una pose más cercana a la que buscaba, y me moví con rapidez.

Entre mi desorden, localicé un tocadiscos y abrí la tapa. Levanté el brazo y lo posé con suavidad. El sonido inconfundible de la aguja arañando el vinilo dio paso a las primeras notas de *Quand on n'a que l'amour*^[2]. Me acerqué de nuevo a ella. No se había movido.

Era uno de mis discos preferidos, quizá algo deprimente y excesivamente nostálgico, pero la voz desgarrada de Jacques Brel me ayudaba a concentrarme, incluso a no sentirme tan desgraciado, pese a que muchos días todo se me presentaba cuesta arriba.

—Bien, ¿lo sientes? —pregunté en voz baja y Audrey asintió—. Pues quédate así, no pienses, mantén los ojos cerrados. Escucha la música.

—De acuerdo —aceptó, respirando hondo.

Sonreí y retrocedí hasta mi taburete. Debía centrarme, nada de prestar atención a mis instintos, concentrados de cintura para abajo. Cerré los ojos un segundo y

después busqué la primera hoja en blanco. Mi mano temblaba un poco y el primer trazo fue brusco, incluso tosco. Miré a aquella joven, recorrí todo su cuerpo con la vista, preguntándome si aquel sería su aspecto real tras pasar la noche en brazos de un hombre o si era la mejor interpretando instrucciones. Daba igual, había conseguido que una mujer, en principio normal, adquiriese una especie de aura especial.

Audrey parecía haber entrado en trance y yo también. Dejé de pensar en cómo sería chupar aquellos pezones erectos o si su vello púbico sería suave al tacto. Abandoné cualquier tentación sexual para centrarme en el papel en blanco.

Una semana más tarde, todo parecía ir más o menos bien. La relación con Audrey se había normalizado. Ella había entendido que no podía cambiar mis costumbres ni reorganizar mi entorno vital y yo a cambio le cedía un espacio privado.

Tuve que convencer a la portera, previo reajuste del alquiler, de que no era necesario informar al dueño, ya que la estancia de Audrey sería temporal.

Con ese aspecto solucionado, pensé que ya no surgirían más inconvenientes. No al menos por mi parte, pues había sabido controlar mis impulsos y aprovechar toda aquella energía para pintar, porque, curiosamente, no me apetecía otra cosa. Ella, comprensiva, no se molestaba cuando yo, en uno de mis arrebatos, me levantaba al amanecer y me ponía a pintar o a hacer bocetos. No tenía por qué tratarse de algo definitivo, pero lo importante era dibujar, dejar que lo que en mi cabeza sólo eran ideas inconexas, fuera tomando forma.

Pero una mañana, cuando más concentrado estaba en mis bocetos, Audrey me dejó ojiplático al levantarse de su cama, caminar hasta el viejo tocadiscos y, sin decir nada, ponerlo en marcha para después volver a acostarse. Se paseó delante de mis narices, eso sí, con un sencillo camisón y descalza.

Daba igual qué música hubiese puesto, lo relevante de aquel hecho había sido su actitud.

Una actitud que, por otro lado, me iba gustando cada vez más. Aparte de ser una chica educada, había ido suavizando el trato; ya no se mostraba tan desconfiada como los primeros días, lo que facilitaba la conversación entre ambos, pese a que evitábamos los asuntos personales.

Tampoco hacía ningún comentario sobre mi trabajo. Por supuesto, lo observaba, pero no expresaba en voz alta su opinión. No era que yo la necesitara, pero me habría gustado saberla, en especial cuando eran partes de su cuerpo las que dibujaba. Por otro lado, ese cuerpo me resultaba cada día más familiar y atractivo. Algo que me confundía e inquietaba a partes igual, pues Audrey no se me insinuaba, ni mucho menos utilizaba sus encantos para llamar mi atención. Todo lo contrario. Cuando acaba una sesión, se cubría con rapidez y yo, acostumbrado al descarado de Dorine, no podía evitar preguntarme cómo era posible que no fuera consciente del atractivo que sus curvas podían tener.

Ni que decir tiene que yo mantenía el control, gracias tal vez a que ella era tan discreta, pues estaba seguro de que con otra mujer ya habría follado.

Quien no parecía tener tantos escrúpulos era uno de mis alumnos, el rubio que llegó a la vez que Audrey. Se llamaba Victor y disimulaba poco o nada su interés por la modelo. Yo, como profesor, debía controlar esos impulsos dentro del horario lectivo, pero nada podía hacer después. Ciertamente que si ella deseaba verse a solas con el tipo, no existía ningún impedimento, aunque, según mi experiencia, no había nada mejor para estropear el ambiente.

Una tarde, tras la clase, pude comprobar de primera mano cómo Victor desplegaba sus dotes de seducción con Audrey y cómo ella le paraba los pies.

Estaba muy feo escuchar conversaciones ajenas, pero, por alguna razón, me quedé allí en silencio, atento a lo que decían.

—Conozco un café teatro que te encantará, seguro —decía él recurriendo a un tópico.

Pese a la falta de originalidad, me di cuenta de que yo, en su momento, también había usado esas artimañas.

—Entre semana prefiero no salir —respondió Audrey educada, aunque le noté cierta predisposición a aceptar, sin duda, halagada por la invitación.

—Puedo recogerte un viernes. Por mí no hay problema. ¿Vives con tus padres?

—No. Ya no.

—Ah, estupendo.

«Gilipollas», pensé. Victor debió de pensar que, como muchas jóvenes, ella compartía piso con alguna amiga y eso facilitaba sus intenciones.

En ese instante podía haber hecho acto de presencia y ver qué cara ponían ambos, sin embargo, opté por no intervenir, pues ¿qué me importaba a mí lo que hiciera Audrey? O, dicho de otro modo, ¿debería importarme?

Porque, aunque fuera lo más inexplicable del mundo, me sentía responsable de ella. ¿O quizá no era esa la palabra? El caso es que la idea de verla salir con otro me escocía pese a que poco o nada pudiese hacer.

—Entonces dame la dirección —pidió Victor entusiasmado.

—Mejor no —respondió ella y me gustó que lo hiciera en un tono tan firme—. Podemos quedar aquí, en la academia.

—De acuerdo —aceptó él y de reojo vi cómo se inclinaba para darle un beso en la mejilla.

Desde luego no perdía el tiempo.

Así que los siguientes días fueron un tanto raros. Si bien ambos convivíamos como siempre, yo me mostraba más callado de lo habitual. Por suerte, disponía de una excelente colección de discos con los que llenar el silencio mientras pintaba y, por supuesto, controlar las ganas de tocarla.

Me había familiarizado con cada curva de su cuerpo, con cada detalle, como por ejemplo las areolas de sus pezones. Una tontería, pero que no podía evitar recordar. O

sus disimulados suspiros cuando pasaban los minutos y debía aguantar quieta para no molestarme.

Seguíamos sin compartir confidencias, viviendo juntos sin molestarnos y cumpliendo cada uno nuestra parte del contrato tácito. Audrey ya no apartaba la mirada cuando me veía pasear casi desnudo por la buhardilla de camino al baño. Ella había aprendido a preparar una cafetera sin quemarse y cada uno se entretenía a su manera.

Y llegó aquel viernes en el que me habría gustado encontrar una excusa convincente para lograr que se quedara en casa, pero consciente de que era meterme en un terreno vedado, me refugié en la música, el humor cambiante de artista y en el tabaco para no impedir que saliera.

Eso sí, tuve que ver cómo se arreglaba, con un vestido sencillo que marcaba sus curvas (curvas que ya no me eran tan indiferentes) y sus habituales medias conservadoras. Ese día se dejó el pelo suelto (del que me hubiera gustado conocer la textura) y apenas se maquilló. Audrey era una mujer sencilla en sus gustos, discreta.

Se despidió de mí con un sencillo gesto y yo fingí una sonrisa indiferente cuando se cerró la puerta. Apenas era media tarde y me quedaban varias horas por delante para intentar no pensar en ella.

Recurrí al alcohol barato, a un cigarrillo y a Michel Fugain, para que aquello no acabara siendo excesivamente deprimente. Con las primeras notas de *Une belle histoire*^[3], cerré los ojos tirado en la cama e intenté convencerme de que Audrey era sólo un paréntesis.

Cuando la puerta se abrió, yo me encontraba sumido en el sopor propio de quien había bebido, y mucho. La buhardilla estaba en silencio, pues hacía ya un buen rato que el disco había terminado y yo, indiferente, ni siquiera me había molestado en levantarme a darle la vuelta.

Audrey no encendió la luz, pero se fue directa al tocadiscos para apagarlo. Supuse que el ruido seco de la aguja al llegar al final la irritaba. Después pasó por el cuarto de baño y todo sin decir una sola palabra. Desde mi cama, como un ave nocturna al acecho, yo era consciente de todos sus movimientos.

Cuando comenzó a desnudarse tras el biombo, imaginé cómo iba dejando prenda a prenda en la silla junto a la cama. Inspiré, porque la estimulación sensorial a la que estaba sometido, más la imaginación, que se me disparaba, provocaban un efecto en cierto modo previsible en mi cuerpo. Estaba empalmado y ya hacía unos cuantos días que, debido a la compañía, no podía ocuparme yo mismo del asunto ni buscar con quién hacerlo.

—No me he acostado con él, duerme tranquilo —susurró ella, dejándome confuso aunque esperanzado.

¿Por qué me había confesado eso? ¿Qué necesidad tenía de mencionármelo?

—No tienes por qué darme explicaciones.

—La verdad es que no —respondió.

La situación empezaba a ser surrealista, pues hablábamos cada uno desde nuestra cama, en voz baja y a oscuras.

—¿Y por qué no te has acostado con él?

Oí cómo cambiaba de postura en la cama. No estaba muy seguro de querer saber la respuesta.

—¿Esperabas que lo hiciera? —murmuró finalmente, cuando ya daba por hecho que la conversación había acabado.

Me molestó, no tanto por lo que insinuaba como por el tono. Decidí dejar las cosas claras.

—Escucha, Audrey, eres mayor de edad. Si quieres acostarte con un tipo no es de mi incumbencia. No voy a juzgar si es decente o no y menos aún te voy a reprender por ello. Es tu vida, lo que yo opine no importa.

—Donatien, ¿y qué opinas al respecto?

—Joder... —mascullé, porque me daba la impresión de estar frente a un abogado dispuesto a llevarme a su terreno, o, lo que era peor, un psicoanalista ansioso por estudiar e interpretar mis palabras.

—Buenas noches —zanjé tras mi exabrupto.

El estado de semiinconsciencia en el que me hallaba al regresar ella se había disipado por completo. Me sentía más despierto que nunca y además excitado como no lo estaba desde hacía mucho.

Por no mencionar la frustración que suponía ni siquiera poder masturbarme.

Así que a la mañana siguiente, sábado, sin perspectivas de nada interesante, yo andaba de un humor de perros. El desayuno fue silencioso. Hasta que Audrey, no sé si por provocarme o para agradarme, preguntó:

—¿Hoy me necesitas?

—Sí —contesté, antes de pensar si realmente me apetecía pintar.

—Muy bien —convino y antes de que pudiera añadir nada más se dirigió a la zona de trabajo, se desnudó e inquirió—: ¿La misma postura de los últimos días?

—Sí —mascullé enfadado y apuré mi café antes de encender un cigarrillo e ir hacia el taburete.

Empecé a pintar sin pensar en poner un disco que hiciese más ameno todo aquello. Audrey posó sin vacilar. Cada vez se mostraba más segura de sí misma. Algo que agradecer, pero que mi humor cambiante no tuvo en cuenta.

Mi mano sostenía el carboncillo cuando en realidad lo que deseaba era sostener otra cosa, por ejemplo, uno de sus pechos. Aunque intuía que no iba a ser suficiente, pues también ansiaba saborearlo, tentarlo con la punta de la lengua hasta tenerlo entre mis labios y endurecerlo, tirar de su pezón... Cualquier cosa, porque ya no podía más.

—¿Qué ocurre? —preguntó, al ver que no hacía ni siquiera amago de dibujar.

—No me gusta esa pose —dije, frunciendo el cejo, y me acerqué a ella.

Lo cierto era que me traía sin cuidado la postura, no obstante, algo tenía que decir para justificar mi ceño.

—¿Estás molesto por algo?

Negué con la cabeza, mientras procuraba no mirarla a la cara, pues sólo quería colocarla de una manera que me resultara atractiva y así poder concentrarme en los pinceles y olvidar mi malestar.

—Donatien, te he preguntado si...

—Ya lo sé, disculpa, pero...

Me quedé arrodillado junto a ella, que me miraba sin entender. Ya no intentaba cubrirse con los brazos, como los primeros días, ni disimular. Me sostenía la mirada sin parpadear.

Yo más gilipollas no podía ser, desde luego, a mi edad y dudando. Para darme de cabezazos contra la pared.

—Vuélvete, muéstrame la espalda —le dije y ella obedeció.

Regresé a mi sitio y de nuevo la misma sensación de agobio, de incomodidad. La diferencia era que ella no me veía.

Hice unos garabatos con la esperanza de coger ritmo y dejarme llevar por la inercia. Sin embargo, no fue así. Mi incapacidad manifiesta para dibujar aunque sólo fueran unos trazos, seguía presente y yo desesperado.

—¿Qué tal lo pasaste anoche? —pregunté por hablar de algo.

—Creía que no te importaba —respondió Audrey, mirándome un instante por encima del hombro.

—Sólo era por darte conversación —alegué aparentando indiferencia, aunque no sé si lo conseguí.

—¿Te acuestas con todas tus modelos?

—¿Perdón? —dije, porque me había pillado por sorpresa.

—Sólo era por hablar de algo —me imitó seria, aunque no me pasó desapercibido el matiz provocativo.

Acabé sonriendo de medio lado. Por fin una conversación un tanto personal. Podía ser sincero y así ver su reacción, o podía mentir. En cualquier caso, se disipó un poco el ambiente enrarecido pese a que yo seguía sin pintar.

—Sí, me acuesto con todas —mentí con descaro.

—Es bueno saberlo —contestó como si no la afectara.

—¿No quieres saber por qué? —insistí.

—Muy bien, ¿por qué?

Su pregunta, quizá condicionada, me la tomé como una especie de señal, o al menos fue la excusa que me di a mí mismo para justificar que dejara caer al suelo los útiles de pintura sin ni siquiera haber realizado un mísero bosquejo y me acercara a ella.

Audrey advirtió mi presencia y se volvió un poco. Frunció el cejo y yo me

arrodillé junto al colchón. Mis ojos se fueron un instante a sus pechos, más en concreto a sus pezones. El sol que entraba por la claraboya daba de lleno en ellos, pero aun así los tenía tiesos. Ella se percató de mi mirada, pero no dijo nada, sólo inspiró.

—Hay quien afirma que un artista no pinta lo que se ve, lo evidente... —musité y puse la mano sobre su cadera, acariciándola con el dorso—. No tiene sentido pintar lo que una fotografía puede hacer...

—¿Y qué ves en mí? —inquirió en un susurro.

—Secretos...

—Todos los tenemos —dijo a la defensiva.

—Pero a mí me gustaría descubrir los tuyos —aduje, cada vez más convencido.

—¿Eso te ayudaría a pintar?

—Es probable —admití, sin dejar de acariciarle esa pequeña porción de piel—. Hay expresiones que sólo se pueden ver cuando se comparte intimidad. Gestos que se almacenan en la memoria y que influyen a la hora de trazar un retrato, que condicionan el estado de ánimo.

—Tiene sentido —dijo, sonriendo débilmente.

Se incorporó hasta quedar sentada y así mirarnos frente a frente. Llevaba el pelo suelto, tal como siempre le pedía cuando posaba para mí.

—Mucho sentido —corroboré, inclinándome hacia ella con la evidente intención de besarla.

—La semana que viene voy a estar muy ocupada —dijo y me dejó desconcertado, pues no entendía a qué se refería.

—¿Perdón?

—¡Tengo que acostarme con toda la clase! —exclamó y, tras dejarme ojiplático, se echó a reír a carcajadas.

—Muy graciosa —mascullé y acorté distancias.

Que se burlara de mí no tenía gracia, por supuesto, pero todo quedó en un segundo plano cuando, obviando su broma, la besé, cuando noté sus labios, un poco resecos, abriéndose con cierta timidez.

Pasé una mano por detrás de su cintura para sentirla más cerca y ella no se resistió, todo lo contrario; sin dejar de besarme, me rodeó el cuello con los brazos.

Gimió bajito y eso me encantó. Timidez y deseo al mismo tiempo. Una combinación muy difícil de resistir y más en mi caso, que estaba loco por tocarla. Continué sujetándola con una mano y la otra la enredé en su melena, esa que había intentado plasmar en el papel y de la que desconocía su textura.

—Donatien —gimió, cuando mi boca comenzó a descender por encima de sus pechos.

Cuando por fin la tenía dispuesta, no iba a renunciar al placer de saborear cada

punto que yo considerase importante, y teniendo en cuenta que la había observado a conciencia, iba a tardar un buen rato.

Audrey tiró de mi camiseta y yo me deshice de ella con rapidez, igual que del resto de mi ropa, que acabó a saber dónde, pues la lancé sin preocuparme de nada más que de estar sobre ella, para empezar.

Cuando se recostó, me acomodé y volví a empezar mi recorrido de besos. Por lo general no me mostraba tan paciente, dado que mis amantes conocían muy bien la mecánica, pero con Audrey era distinto, ella me había vuelto loco durante más de una semana sin dar señales de querer ser seducida.

—Deja que te observe —susurré. La luz incidía sobre su cuerpo, destacando los matices e imperfecciones de su piel. Algo sin duda bello y excitante.

—Creo que ya me has mirado bastante —me provocó, poniéndome una mano sobre el pecho—. Ahora es mi turno.

Hizo amago de empujarme, pero yo negué con la cabeza e impuse mi superioridad física para que permaneciera quieta.

—Llevo demasiado tiempo pensando en esto —susurré, con los labios pegados a la piel de su cuello.

Alcé la mirada un instante para ver su expresión, desde luego, estaba pendiente de cada uno de mis movimientos.

—¿Ah, sí?

Continué besándola, desplazándome hacia abajo. Soplé sobre un pezón y lo rocé con la punta de la lengua. Audrey cogió aire, tensó el cuerpo y vi cómo cerraba los puños agarrándose a la sábana.

—Quiero comprobar lo duros que están, lo mucho que te excita —musité, disfrutando de la textura, algo que siempre me volvía loco, pues una cosa era reproducir un cuerpo y otra muy diferente sentirlo.

Estuve un buen rato lamiéndola, alternando sus dos pezones, a los que prodigaba variadas caricias. Suaves para oír sus suspiros de anhelo pidiendo más, o bien sus gemidos algo contenidos cuando utilizaba los dientes. En cualquier caso, yo me encontraba en la gloria.

Poco a poco, Audrey fue entendiendo que iba a dedicarle bastante tiempo a las caricias y que no merecía la pena intentar detenerme. Abandonó su postura tensa, abrió los brazos en cruz y separó las piernas, permitiéndome acomodarme entre ellas.

Sonreí y a ella la vi arquear una ceja.

Me sentí como hacía mucho tiempo que no me sentía, como un adolescente inexperto pero muy curioso. Dispuesto a todo para descubrir los secretos que un cuerpo femenino ocultaba y que sólo un hombre paciente lograba descubrir.

Mi boca continuó su exploración y a la altura del ombligo humedecí la zona con la punta de la lengua.

Audrey enredó una mano en mi pelo. Me sorprendió y una peligrosa advertencia pasó por mi cabeza.

—¿Por qué te detienes? —inquirió, cuando me incorporé frunciendo el cejo.

—Tengo que preguntártelo —dije en tono de disculpa—. No quiero ofenderte y tampoco quiero que te enfades, pero... —Nos miramos en silencio. Iba a jorobarlo todo, sin embargo, tenía que asegurarme—. Audrey... ¿eres virgen?

—¿Importa? —contestó sin abofetearme, como yo esperaba.

—Pues sí, joder, claro que importa.

—¿Por qué?

—Audrey, maldita sea, no te comportes con esa indiferencia, como si nada te importara, como si fuera un simple trámite. ¿Eres o no eres virgen?

—¿Y tú, lo eres?

Me aparté de ella enfadado por su actitud. Jugaba al despiste y yo no entendía por qué. Hasta donde sabía, para cualquier mujer el asunto de la virginidad siempre era relevante.

—¿No puedes simplemente responder? —exigí, despeinándome con los dedos debido a la frustración.

—Donatien, es una pregunta que invade mi intimidad —alegó y se puso en pie, dejándome allí solo. Caminó descalza y desnuda hacia el tocadiscos.

—Pensaba invadir mucho más que tu intimidad —respondí con acritud.

Ella empezó a examinar mi colección de discos, tranquila, como si nada, algo que me desconcertaba por completo. Al final encontró uno que pareció convencerla y lo puso.

No me apetecía escuchar a Mireille Mathieu, pero bueno, podía soportar la canción, *Milles fois bravo*^[4], con tal de que ella regresara a mi lado y respondiese de una maldita vez. Por fortuna lo hizo, caminando despacio, moviéndose con pereza mientras yo, excitado, me acariciaba la polla en un vano intento de calmarme un poco. Por supuesto, eso le llamó la atención.

—¿Puedo? —Señaló mi entrepierna y yo negué con la cabeza.

—Primero respóndeme.

Puso los ojos en blanco.

—No, no soy virgen. ¿Satisfecho? —dijo resoplando.

—Si te soy sincero... no lo sé.

Ella arqueó una ceja ante mi ambigua respuesta. ¿Cómo podía haber sido tan estúpido? ¿Por qué había dicho algo semejante? Pero antes de que pudiera reflexionar, su mano sustituyó a la mía y comenzó a masturbarme. Muy despacio, tanto que cerré los ojos. Podía resultar beneficioso que me calmase un poco.

Mientras una de sus manos subía y bajaba por mi erección, la otra comenzó a acariciarme, igual de despacio, las zonas adyacentes. Sutiles roces que me pusieron la piel de gallina. Permití que me recorriera la piel, que se familiarizara con mi cuerpo antes de asaltar yo el suyo.

—Humm —murmuré sin abrir los ojos, pensando en las palabras de Audrey. No era virgen, de acuerdo, pero ¿cuántos amantes había tenido?

No se la veía muy diestra, aunque sí animada. De hecho, siendo estrictamente sincero, su mano no estaba haciendo nada del otro mundo, pero me gustaba, me excitaba.

—¿Vas a dormirte? —preguntó.

—No, tranquila —susurré sonriendo—. Pero no he querido interrumpirte.

Abrí un ojo. Estaba arrodillada a mi lado. Aunque era la misma de siempre, ya no se trataba sólo de un cuerpo que retratar, sino de uno al que darle todo el placer que fuera capaz.

—¿En qué piensas?

—Los hombres no solemos pensar cuando nos tocan la polla —respondí mintiendo a medias, porque sí me pasaban ideas por la cabeza, pero no todas viables, al menos de momento.

—Nunca habías utilizado un lenguaje tan vulgar conmigo.

—La respuesta está en tus manos.

Audrey se echó a reír y presionó un poco más, haciendo que yo inspirase profundamente y tomara cartas en el asunto. Me incorporé, detuve sus movimientos y fui al encuentro de su boca, que devoré sin contemplaciones.

Ya se habían acabado los toques suaves, las manos curiosas y los suspiros, era el momento del sexo desenfrenado, de sudar, de gemir, de morder y de gritar incluso.

—Audrey... —susurré junto a sus labios.

Rodeé su trasero instándola a acercarse y metí una mano entre sus piernas. Me encantó encontrarla húmeda, aunque me di cuenta de que podía estarlo mucho más. Jugué con los dedos, mirándola en todo momento a la cara, encantado de su reacción, pues retenía el aire al mismo tiempo que se aferraba a mis hombros.

—Humm... Sí...

Oír a una mujer ronronear así siempre ha sido una de mis perdiciones. Cierto que muchas saben fingir, pero a pesar de darme cuenta, siempre prefiero aceptar el engaño y continuar. No obstante, me dio la impresión de que Audrey no exageraba, no fingía para complacerme o para animarme. Sus murmullos eran reales, de entrega y de placer.

—Colócate encima —le pedí, sujetándome la polla—. Y mírame.

Obedeció y se acomodó sobre mí, dejándose caer despacio, clavándome las uñas en los brazos hasta que por fin la sentí por completo. Nos quedamos así, sin dejar de mirarnos, mientras la música seguía sonando, aunque yo no tenía ni la más remota idea de qué canción era; todos mis sentidos estaban pendientes de Audrey, sólo de ella.

Comenzó a moverse con cierta cautela. Sujetándola de la cintura la empujé hacia atrás y así tuve acceso a sus pechos, a los que quería prestar la atención debida. Incliné la cabeza y chupé uno con fuerza. Ella se arqueó y de esa forma tensó sus músculos, comprimiendo mi polla.

Los jadeos de ambos subían de intensidad, lo mismo que nuestros movimientos.

Audrey disponía de casi todo el control al estar encima de mí, pero yo no me iba a quedar parado y embestí desde abajo, penetrándola todo cuanto me era posible.

—Donatien... —gimió, mordiéndose el labio y montándose cada vez con más brío.

Sin soltar el pezón que saboreaba sin descanso, yo la ayudaba a subir y bajar sobre mi erección.

—Eso es, Audrey, más fuerte —ordené jadeante.

—¿Más? —preguntó con retintín.

—Sí, más fuerte —le confirmé—. No se puede follar a medias.

Y al parecer ella pensaba igual que yo, pues aquello se descontroló. No supe qué fue lo más determinante, si la semana que habíamos pasado, su cuerpo en apariencia anodino, sus secretos, su forma de responder, saber que todo aquello era temporal...

Me traía sin cuidado, lo importante era lo que experimenté al sentirla tan unida a mí.

Yo estaba ya muy cerca de correrme y Audrey, a juzgar por sus movimientos cada vez más frenéticos y su respiración entrecortada, también. La besé y la abracé mientras le susurraba palabras subidas de tono y ella, sonrojada y despeinada por fin, me miraba sorprendida.

—Eres tan vulgar... —musitó—. ¡Me encanta!

—Córrete, Audrey... —gemí.

—¿Con tu polla bien clavada? —preguntó, repitiendo una de mis frases de ánimo.

—Exactamente.

Se tensó, gritó y echó la cabeza hacia atrás. Fue una de las imágenes más impactantes que hasta aquel momento yo había visto. Su cuerpo, rígido en mis brazos, me empujaba hacia el orgasmo, pero en el último segundo tuve una especie de arrebató de sentido común y la aparté.

Ella me miró algo confusa, pero al ver cómo me agarraba la polla y la apretaba dentro de mi puño para terminar eyaculando sobre sus muslos, creo que se dio cuenta de que por poco no habíamos cometido una temeridad.

—No era necesario —murmuró, mirándose las piernas y negando con la cabeza.

—¿Cómo dices? —pregunté, dejándome caer.

Miré alrededor por si tenía el tabaco cerca, pero no lo localicé y no quería levantarme, a pesar de que fumar tras follar como lo habíamos hecho me apetecía mucho.

—Puede que no tenga ni de lejos la misma experiencia que tú —comentó, recostándose a mi lado y, mira por dónde, sacando un cigarrillo que me ofreció—, pero no soy tan tonta. Hace un año que tomo pastillas.

Suspiré. Debería habérselo preguntado, pero ni siquiera se me había pasado por la cabeza. Dorine, por ejemplo, también las tomaba, y no era la única.

—Me alegro —dije agradecido, porque aquello entrañaba muchas posibilidades.

—Mi abuelo es médico y bueno... —Sonrió—. Lo medio engañé contándole que

una amiga... ya me entiendes. Aunque yo creo que se dio cuenta.

Era la primera vez que mencionaba algo personal y me sorprendió. No quise preguntar más, dejé que hablase con libertad. Además, mientras fumaba y la acariciaba prefería relajarme.

Me quitó el cigarrillo y dio una calada antes de devolvérmelo con un gesto un tanto teatral que me hizo esbozar media sonrisa.

—¿Qué miras? —pregunté, porque no me quitaba ojo.

—A ti —respondió y recorrió mi torso con un dedo—. ¿Puedo hacerte una pregunta sobre tus modelos?

Torcí el gesto, no era el tema más apropiado, pero asentí.

—Tú dirás.

—¿Alguna vez has pintado hombres desnudos? —inquirió y se echó a reír a carcajadas.

Negué con la cabeza.

Había que reconocerlo, Audrey tenía un sentido del humor de lo más retorcido.

En teoría, nuestra relación no debería haber cambiado tras follar sobre aquel colchón una mañana de sábado. Y así lo parecía visto desde fuera, ya que cada día acudíamos a la academia, ella se desnudaba ante los alumnos y yo me interesaba lo mínimo por ellos y por la modelo.

Sin embargo, la realidad fue otra. Era ridículo, pero me molestaba que mostrara su cuerpo y me las arreglé para que sus poses fueran un poco más pudorosas, colocando aquí y allá algún elemento decorativo. Una estupidez que sin embargo me consolaba.

Por supuesto, los alumnos eran respetuosos, todos excepto el rubio, que día tras día insistía en acercarse a Audrey. Yo me mordía la lengua y ella lo rechazaba con elegancia, aunque el tipo no se daba por vencido.

No podía permitirme una escena de celos delante de nadie, algo que, además de ridículo, supondría para mí el despido fulminante y necesitaba aquel empleo para vivir.

Al menos me quedaba el consuelo de que después, en privado, Audrey posaba sólo para mí.

Y me resultaba gratificante que tanto ella como yo nos comportáramos en público como dos personas que mantenían únicamente una relación profesional, para después perder la cabeza en privado.

Nuestros encuentros, aparte del lógico entusiasmo sexual y las casi infinitas posibilidades que ofrecían, también incluían momentos de conversación íntima, incluso trascendental. En esos momentos empecé a conocerla mejor, a descubrir su personalidad.

Audrey era un persona apasionada, entusiasta. En cambio, la imagen que daba era

de comedimiento, distante. Algo por desgracia bastante habitual, en especial en mujeres como ella.

No decía nada de su origen o familia, pero saltaba a la vista que era de buena cuna. Su forma de hablar, de comportarse, su leve acento británico, pese a que hablaba mi lengua a la perfección, eran señales inequívocas de ello.

A veces creía que por fin confiaría en mí, que hablaría de sí misma. Sin embargo, seguía con su reserva, lo que me inducía a callar a mí también, pues no tenía sentido hablarle de asuntos personales y no ser correspondido. Me daba la impresión de que ella prefería mantener las distancias en ese aspecto.

Podía entenderlo, ya que hasta no hacía mucho yo me comportaba de igual forma. Dorine, entre otras cosas, me recriminaba siempre mi hermetismo, mi, como solía decir, desapego a las cuestiones que no fueran estrictamente sexuales, pese a que ella me narraba sus idas y venidas con todo lujo de detalles.

De todas formas opté por no darle excesivas vueltas, ya que en el fondo sabía que Audrey se marcharía, no sabía si al final del verano o antes. Aunque a veces me daba la impresión de que no la iba a olvidar con tanta facilidad.

¿Por qué? No era capaz de entender hasta qué punto me había afectado. En apariencia todo era igual que con las demás mujeres, momentos de sexo increíble que, aparte de producirme gran satisfacción física, me procuraban inspiración.

¿Cuál era la diferencia?

Cierto que a medida que se sucedían nuestros encuentros, todo adquiría mayor relevancia. Ya no era sólo el deseo de tocarla de arriba abajo, era también la necesidad, por ejemplo, de escucharla decir mi nombre en los momentos de mayor frenesí, en los que ella se mostraba más desinhibida, cuando podía ver a la mujer real, no a la contenida y educada Audrey, a la que, por razones inexplicables, también deseaba.

Por todo eso, una mañana, cuando regresaba a la clase a buscarla después de haberme ocupado de unos asuntos administrativos y me la encontré junto a un tipo bien parecido al que yo no conocía de nada y con el que además parecía estar discutiendo, para mí fue como una prueba de fuego.

Saltaba a la vista que entre ambos existía una relación y la primera idea que se me cruzó por la cabeza era que se trataba de un examante. Y yo, que nunca había probado el que según decían era el licor más amargo, los celos, me di cuenta de que, en efecto, era un trago muy difícil de pasar.

—¿Cómo me has encontrado? —estaba diciendo ella cuando me detuve junto a la entrada, desde donde podía observar sin ser visto.

El hombre se dio media vuelta mientras ella se ponía la bata.

—No ha sido fácil, eso desde luego. Joder, Audrey, un mes entero sin tener noticias tuyas. ¡Un mes! —gruñó él.

—De eso se trataba, William —replicó ella, caminando hasta el biombo. Pero en vez de meterse detrás y vestirse, dijo con cierto aire burlón—: Ya puedes mirar.

—No puedes desaparecer sin más —le recriminó él, cada vez más enfadado—. ¿Tanto costaba poner una conferencia, mandar un telegrama?

—Estoy cansada de tener que rendir siempre cuentas de lo que hago. Quiero poder decidir sin que se me cuestione, maldita sea —se defendió, mostrando su frustración, levantando las manos y resoplando.

—Nadie te impide tomar decisiones, Audrey, nadie. Pero sin motivo y, lo que es peor, sin avisar, abandonas el hotel sin dejar rastro. ¿Cómo no vamos a preocuparnos?

—Tú no lo entiendes. Siempre haces lo que te viene en gana —le espetó ella con voz dura.

—No es así y lo sabes —la corrigió el hombre.

—Oh, perdón, se me olvidaba que siempre eres y serás el hijo perfecto, obediente y responsable —dijo Audrey y percibí el dolor de sus palabras—, mientras que yo soy un culo de mal asiento.

—Joder... ¿cómo quieres que lo interpretemos? Primero dices que quieres estudiar arte y después te encuentro desnuda en... —masculló el hombre, tenso.

—Te lo repito, William, es mi vida.

—Y, por si fuera poco, me entero de que vives con un don nadie.

—Quiero vivir por mi cuenta. Por eso he renunciado a mi herencia. No voy a tocar nada del dinero familiar.

—¡Esto es frustrante!

Esa conversación confirmó lo que yo sospechaba. Audrey era de buena cuna y, como muchas de su clase, podía permitirse cualquier capricho, entre ellos vivir a lo pobre, sabiendo que, cuando la novedad pasara, tendría donde regresar.

Me molestó bastante, aunque fue esclarecedor. Un buen motivo para mantener las distancias. Audrey quería jugar a la pobre niña rica, perfecto, a mí no me importaba, pero al menos conociendo las reglas podría estar preparado.

—Más frustrante es que tu hermano pequeño venga a organizarte la vida —replicó ella malhumorada.

Fruncí el cejo. ¿Había dicho hermano pequeño?

Decidí dar un paso al frente y entrar en la clase. La primera en percatarse fue ella, que cruzó los brazos y mudó su expresión enfurruñada a una más suave, sin duda, para disimular.

—Donatien, te presento a mi hermano —dijo con su tono más distinguido.

Me acerqué al tipo, si bien no aliviado, sí algo menos tenso, al saber que se trataba de un familiar y no de un amante.

—William Boston —dijo él estrechándome la mano que yo le tendía.

—Donatien Herriot, el don nadie —respondí a modo de presentación.

Nos evaluamos mutuamente, bajo la atenta mirada de Audrey.

—Mi hermano ya se iba, ¿verdad, William?

—No, no me voy —la corrigió él, fulminándola con la mirada—. Aún nos quedan

muchos asuntos pendientes de resolver.

—No estoy de humor, otro día —respondió ella acercándose a mí—. Me visto y nos vamos.

—¡Audrey! —exclamó su hermano, enfadado.

—Diles a papá y a mamá que estoy bien. Que no se preocupen y que los llamaré un día de estos —dijo Audrey dejándonos y yendo tras el biombo para vestirse.

Me preparé para una especie de amenaza. Sin embargo, el tal William dio media vuelta y se largó de allí sin siquiera despedirse. Eso sí, dando muestras de su disconformidad, ya que maldijo entre dientes antes de abandonar el aula.

Yo no sabía qué hacer o qué decir, pues tampoco disponía de todos los datos para juzgar la situación. Audrey era mayor de edad, y, por tanto, dueña de sí misma. Aunque por lo poco que deduje de la conversación, habían estado buscándola, y eso no era buena señal.

—Ya estoy lista —anunció acercándose a mí. Hizo una mueca al ver mi semblante serio—. Te lo explicaré más tarde.

—No sé si quiero escuchar una explicación —murmuré, saliendo tras ella no muy contento con todo aquello.

El camino a la buhardilla, que todos los días recorriamos comentando algún que otro pormenor o sencillamente disfrutando de nuestra mutua compañía, fue extraño, distante. Yo iba sumido en mis pensamientos, nada positivos, y supuse que Audrey se encontraba en un estado similar.

Ni siquiera nuestro paso por la pastelería consiguió levantarnos el ánimo.

Yo no me sentía con ganas de escucharla, así que cuando llegamos a la vieja buhardilla me fui a la zona de trabajo, dejando muy claro que sus explicaciones eran innecesarias. Si no había querido contarme nada hasta aquel momento, ya no merecía la pena el esfuerzo.

Para evitar la tentación de discutir o de acabar follando con ella rabioso en el suelo, agarré mi caballete portátil y mis utensilios de pintura y, sin decir nada, me largué de allí. Hacía mucho que no pintaba al aire libre, aunque con mi extraño estado de ánimo, dudaba que fuera a ser muy productivo.

Audrey no dijo nada. Se limitó a mirarme mientras yo cerraba la puerta.

A pesar de mis bajas expectativas, la tarde resultó más intensa de lo que esperaba y eso ayudó a que mi humor fuera menos taciturno. Además, regresé a casa con unos cuantos francos en el bolsillo.

No tenía muy claro qué iba a encontrarme, o, mejor dicho, no encontrarme al llegar a casa, pues Audrey podría haberse marchado sin decirme adiós y yo no podría culparla.

Asumiendo que mi comportamiento no había sido el más idóneo, subí la escalera cargado con mis cosas, con la vana esperanza de encontrármela y poder hablar.

Cuando alcancé el último rellano oí música, lo cual en principio era buena señal, aunque puede que, antes de abandonarme, ella hubiera desplegado una especie de escenografía para que me sintiera aún más gilipollas.

Al introducir la llave reconocí la canción, *Hymne à l'amour*^[5] de Edith Piaf. Desde luego, le había contagiado mi gusto musical. Entré no muy convencido y, tras dejar el caballete y demás utensilios, fui a la zona de estar, a su cama... Ni rastro de ella. Fruncí el cejo.

La casa estaba vacía y darme cuenta de ello no fue agradable. Sin embargo, tuve que aceptarlo. Fui de malas maneras hasta el tocadiscos y lo apagué. Seguramente no volvería a escuchar aquella canción.

Se acercaba la hora de cenar y ni me molesté en preparar nada, pese a que apenas había probado bocado en todo el día. En cambio, sentí unas enormes ganas de pintar, de trasladar de una maldita vez los bocetos que había hecho de Audrey a un lienzo. Una sensación que no supe interpretar, cuando la razón me dictaba que la odiara, pero mi lado visceral me instaba a lo contrario.

Busqué una de mis viejas camisetas y me puse manos a la obra, seleccionando los dibujos que más me gustaban. Con un cigarrillo en los labios y concentrado, rompí la promesa de no volver a escuchar aquella canción.

Empecé a trazar unas líneas despacio, con cierta cautela, pues no tenía muy claro qué enfoque dar. Sin embargo, a medida que pasaron los minutos ni siquiera tuve que fijarme en los bocetos que había hecho y que habían terminado esparcidos por el suelo.

Estaba anocheciendo y yo continué enfrascado en el cuadro. Cada vez que cerraba los ojos, en mi cabeza aparecía una imagen casi perfecta, como una fotografía, de Audrey, que me costaba muy poco plasmar en el lienzo.

Edith Piaf seguía cantando, daba igual el título de la canción, era su voz rota la que acompañaba cada pincelada. Mis manos estaban cubiertas de pintura, igual que mi ropa de faena, algo que hacía mucho que no me ocurría, pues en los últimos tiempos apenas mantenía la concentración. Me costaba demasiado acabar un trabajo.

Estaba repasando el perfil de una pierna, cuando un chasquido me sobresaltó, provocando que hiciera un horrible borrón en el lienzo. Giré la cabeza. Audrey acababa de llegar con una bolsa en la mano, probablemente de comida.

No miró en mi dirección, comportándose como si no existiera. Ese gesto me hizo despertar. Tiré de cualquier manera el pincel al suelo y me acerque a ella, limpiándome las manos en el bajo de la camiseta. Audrey me daba la espalda mientras colocaba las compras sobre la encimera.

¿Qué podía decirle?

Nada, no se me ocurrió nada, sencillamente reaccioné.

Coloqué las manos a ambos lados de su cintura y me pegué a ella hasta aprisionarla. Audrey inspiró y se inclinó hacia delante al tiempo que yo apartaba su pelo para besarla en el hombro. Quería ser suave, delicado, romántico, pero me fue

imposible, pues nada más sentir su piel perdí cualquier resto de cordura.

—Donatien... —gimió cuando mis manos, aún con restos de pintura, le subieron la falda hasta la cintura.

Le acaricié el trasero, no mucho, no me encontraba con ánimo de jugar, sólo pensaba en follármela, rápido, fuerte. Allí mismo, nada de colchones blandos y suaves sábanas.

—Voy a arrancarte las bragas —gruñí y noté que ella se sometía encantada cuando se las bajé de malos modos hasta los tobillos.

Audrey se encargó de que no fueran ninguna barrera al terminar de quitárselas.

—¿Estás enfadado? —murmuró, a tenor de mi ímpetu.

—Excitado más bien —la corregí, porque tampoco quería entrar en detalles.

Sin dejar de manosearle el culo, me desabroché los pantalones. Ella me miró por encima del hombro. Me dio la sensación de que estaba tan impaciente como yo. Cuando liberé mi polla, me apreté contra su trasero y ella gimió, inclinándose aún más hacia delante. Una muestra inequívoca de que podía continuar.

—Audrey... —gemí.

—¿A qué esperas? —preguntó tensa—. Hazlo ya.

Obedecí. ¿Cómo no hacerlo si aquella orden coincidía con mi mayor deseo?

La penetré de golpe, logrando encajarme en su interior y haciendo que ella jadeara.

Alcé las manos hasta sus pechos y se los apreté por encima de la ropa, quizá con excesiva fuerza, pero no parecía importarle. Le desabroché los botones de la blusa con rapidez, sin dejar de embestir como un poseso.

Por norma general, no era dado a arrebatos pasionales tan intensos. Puede que el motivo fuera bien sencillo: las mujeres con las que me acostaba no me importaban más allá de los minutos que pudiera disfrutar durante el sexo. De ahí que me sintiera extraño y a la vez encantado de dejarme llevar de aquella forma tan primitiva, consciente de que, tras el interludio amoroso, ella no se marcharía.

Cada vez que empujaba y golpeaba su culo, Audrey jadeaba y salía a mi encuentro, pidiéndome entre jadeos que fuera más brusco incluso y yo estaba en disposición de hacer cuanto exigiera. Notaba el sudor resbalando por la espalda y sentí un ligero escalofrío pese a la elevada temperatura. Temí que nos oyeran los vecinos, ya que ninguno de los dos podíamos sofocar nuestros gemidos. Aquello era demasiado intenso para contenernos.

Mis manos continuaban sosteniéndola, apretando sus senos. Ella me instó a ser más brusco y, tras abrirle la blusa de malas maneras y apartarle el sostén, comencé a tirar de sus pezones, al principio con cierto cuidado, hasta que me di cuenta de que Audrey necesitaba más rudeza y por tanto se la di.

Yo estaba muy cerca de correrme, sentía la tensión acumularse en todo mi cuerpo y más en concreto en mi entrepierna. No quería arriesgarme a que ella se quedara a medias, así que mantuve una mano en su pezón izquierdo, pinzándolo sin

miramientos, mientras deslizaba la otra mano hacia abajo hasta rozar su vello púbico. Busqué con la yema del dedo el clítoris y comencé a friccionarlo.

—Córrete, Audrey —gruñí—. Hazlo con mi polla bien adentro.

—Donatien... —jadeó con voz entrecortada.

—Venga... déjate llevar. Siente lo bueno que es... —añadí, penetrándola sin descanso—. Lo húmeda y caliente que estás. Cómo me aprietas... joder...

—Humm —gimoteó, echándose hacia atrás, tensa entre mis brazos.

—Audrey... Disfrútalo... Siéntelo...

Noté el momento exacto en que alcanzaba el clímax. Todo su cuerpo se quedó inmóvil durante unos segundos, oprimiéndome dentro de ella y creando así la situación perfecta para dejarme ir y eyacular en su interior.

Aún con la respiración acelerada, nos quedamos unidos, yo abrazándola desde atrás, relajándome sin dejar de sentir su calor. La estancia se encontraba a oscuras, apenas entraba algo de luz por las claraboyas y yo no quería apartarme de Audrey.

—¿Debo entender que me has perdonado por algo que desconozco haber hecho? —susurró sin moverse.

Inspiré y la besé en el hombro, aunque me pareció insuficiente, por lo que retrocedí y, pese a lamentar en el acto perder el contacto, le di la vuelta para enmarcar sus mejillas con las manos y mirarla a los ojos.

—Creo que aparte de injusto he sido un poco arrogante —musité, dándome cuenta que, por primera vez, estaba tentado de admitir un comportamiento erróneo en voz alta.

—Sí, creo que lo has sido —corroboró ella, esbozando una sonrisa.

—Y un poco bruto también —añadí, refiriéndome a lo que acababa de suceder contra la encimera.

—Eso último no podría censurarlo aunque quisiera.

—Me alegra oírlo...

Tras aquella especie de reconciliación, intenté no darle más vueltas al asunto. Audrey quería mantener fuera de nuestra relación sus orígenes y, aunque yo no estuviera de acuerdo, lo respetaba.

Los días iban pasando, y ninguno de los dos mencionaba el fin de la convivencia, algo que, visto de un modo práctico, nos ayudaba a aprovechar cada instante.

Las clases se acabarían pronto, con la llegada de las vacaciones, y entonces la tendría sólo para mí. A pesar de que intentaba verlo con frialdad, me costaba bastante observar a mis alumnos cuando Audrey posaba desnuda frente a ellos.

Convencido de que era un sentimiento absurdo, intentaba desecharlo, pero no era tan fácil. Aun así, la mayor parte de los días lograba olvidarlo cuando regresábamos a casa y procuraba que nuestra convivencia no se viera enturbiada por mis elucubraciones.

Una tarde, Audrey me dijo que debía ocuparse de unos asuntos y no me pidió que la acompañara. Eso me extrañó, ya que por lo general aprovechábamos cualquier circunstancia para salir a pasear y así poder enseñarle los rincones de París que no aparecían en las guías turísticas.

Además, ese día se había arreglado más que de costumbre, pero yo no podía hacer otra cosa que aceptarlo, aunque no podía evitar darle vueltas. Verla vestida de aquella manera tan elegante me produjo cierto resquemor al saber que yo no era la causa de su esmero.

Me quedé en la buhardilla, con humor taciturno, y aproveché para pintar, una actividad que había retomado con ganas en las últimas semanas, desde que no sólo eran mis viejos discos los que me acompañaban, sino Audrey, que, aparte de posar para mí, charlaba conmigo o me hacía compañía.

Algunas veces se quedaba recostada bajo la claraboya, leyendo, obviando por completo mi presencia y yo la suya. No nos hacía falta llenar el silencio con palabrería absurda. Audrey tenía la capacidad de observar sin molestar, y yo se lo agradecía, pues no había cosa que me resultara más desagradable que el hecho de que alguien opinara de mi trabajo cuando aún no estaba acabado o, lo que era peor, que me corrigiera.

Por eso, aquella tarde en que ella salió sin mí, me sentía fuera de lugar en mi propia casa. Cierto que el cuadro estaba bastante adelantado y que me satisfacía cómo iba quedando. Sin embargo, la necesitaba cerca. Una necesidad peligrosa, porque indicaba dependencia. Yo nunca había querido establecer ese tipo de lazos, tan típico de artistas, que sin su modelo eran incapaces de terminar una obra, pero empezaba a darme cuenta de que no sólo se trataba de que Audrey posara, sino de lo que había conseguido despertar en mí.

A medida que pasaba el rato y ella no regresaba, un millón de ideas, desde la más probable hasta la más estafalaria, se me pasaban por la cabeza. Incluso empecé a tener cierta sospecha, como que ya se había aburrido de vivir en una buhardilla mal acondicionada, con un pintor poco o nada afortunado. O que su hermano había logrado convencerla de que regresara al redil familiar.

Por supuesto, también imaginé que Víctor, el alumno rubio, había logrado sus objetivos y terminado por seducirla. En cualquier caso, ninguna hipótesis agradable, lo que me amargaba sin remedio.

Terminar como un artista atormentado por una mujer nunca había sido mi objetivo; demasiados hombres habían cometido locuras por una dama insensible y caprichosa y yo no estaba dispuesto a entrar en ese cuestionable club.

Pasé la jornada con ese convencimiento instalado en mi mente y cuando por fin ella regresó, fue tal el alivio que sentí que ni yo mismo me lo explicaba.

Por supuesto, no le pedí detalles y menos cuando ella, sonriendo de medio lado, se acercó hasta la zona de trabajo caminando con aire seductor, mientras iba despojándose de la ropa hasta quedar desnuda frente a mí y recorrer mis labios con un

dedo.

—¿No vas a besarme? —susurró provocativa.

Una actitud poco frecuente en ella.

—¿Debería? —respondí sin rechazarla de pleno.

—Yo creo que sí, es más, estás obligado a ello.

Ante mi pasividad, me quitó de las manos los útiles de pintura y, agarrándome de las muñecas, llevó mis manos a sus pechos, donde quedaron impresas mis huellas. Eso me encendió y, mandando al cuerno cualquier consideración, me levanté del taburete y la besé, no recuerdo si con rabia o con desesperación, o bien con una peligrosa mezcla de ambas.

Audrey se encargó de quitarme la ropa, mientras mis manos manchadas de pintura la acariciaban sin descanso. Me mordió el pecho, sonriendo de manera pícara antes de meter una mano dentro de mis pantalones y hacerme gemir de placer sólo acariciándome de forma superficial.

Volví a besarla y a jadear pegado a sus labios, al tiempo que la empujaba hacia el colchón del suelo. Pero ella tenía otros planes y me pidió que me sentara. Obedecí mirándola a los ojos y sintiéndome orgulloso de su determinación. Se subió a horcajadas sobre mí y empezó a besarme mientras yo la sujetaba por la cintura. Mi erección rozaba su vello púbico, produciéndome un tentador cosquilleo, pero ella se las arreglaba para que sólo fuera una provocación. Tras besarme a conciencia, comenzó a deslizarse hacia abajo por mi pecho, mordiendo aquí y allá; en tanto yo, sujetándome en los brazos, me reclinaba hacia atrás para darle total acceso a mi cuerpo.

—Donatien... —musitó, recorriéndome el torso con la mano—... deberías posar desnudo.

Arqueé una ceja.

—¿Para ti?

Negó con la cabeza.

—Para quien quisiera inmortalizarte —respondió, lamiéndose los labios.

—Me lo pensaré —dije, consciente de que esa posibilidad quedaba descartada.

Me hizo sonreír el hecho de que, estando ambos desnudos y muy excitados, ella planteara algo semejante.

Me agarré la polla y empecé a masturbarme en un claro acto de provocación y Audrey, atenta a todo, apartó mi mano reemplazándola por la suya. Eché la cabeza hacia atrás, cerré los ojos y me concentré sólo en disfrutar.

Permanecimos así unos minutos, ella arrodillada delante de mí, excitándome, y yo gozando en silencio de sus atenciones al más puro estilo hedonista. Sólo se oía algún que otro jadeo, en especial cuando Audrey presionaba la base de mi pene o me acariciaba los testículos.

—Utiliza la boca —le pedí en voz baja, confiando en que mi fantasía se hiciera realidad.

Recibí un mordisco un tanto violento en la cadera que me puso aún más cachondo y después noté su aliento acercándose a mi polla. Se detuvo ahí, dejándome en ascuas, sabiendo que estaba cerca pero no podía hacer nada para acelerar las cosas.

—Audrey...

—Humm —ronroneó, recorriendo con la punta de la lengua el contorno de mi erección.

Una leve y perversa caricia para un hombre excitado y ansioso por follarse aquella boca.

—No me hagas sufrir —le rogué, conteniendo el aliento.

—No estoy precisamente pensando en hacerte sufrir, Donatien —musitó ella. Pero a pesar de sus palabras, continuó tentándome, dejando un rastro húmedo con su lengua por toda mi polla con toda la parsimonia del mundo, sin permitir que entrara en su boca.

Levanté un poco las caderas a modo de incentivo y Audrey negó con la cabeza.

—Eres cruel... —jadeé, inspirando hondo un par de veces para soportar sus maldades.

—Merecerá la pena —dijo y bien sabía yo lo cierto de esas palabras.

Jugó conmigo, me llevó al borde del colapso con la punta de la lengua, presionando aquí y allá hasta que por fin, cuando más desesperado estaba, separó los labios y acogió por completo mi polla en su boca.

—Joder... —gruñí, tensando cada músculo de mi cuerpo y conteniéndome para no empezar a embestir como un poseso.

Audrey empezó a succionar despacio, controlando la profundidad y sin dejar de acariciarme con la mano entre las piernas, sosteniendo mis testículos y ejerciendo una leve presión. Cada vez que yo intentaba moverme para acelerar el proceso, ella me clavaba las uñas en el interior del muslo para después ronronear sin soltar mi erección, algo que me volvía aún más loco.

Ningún hombre podría soportar esa exquisita tortura mucho tiempo y yo no era una excepción. Para intentar contener un poco las ganas de correrme y no acabar en cinco minutos, moví una mano y comencé a acariciarle el cuero cabelludo. Un delicado masaje mientras ella me chupaba la polla. Un trato injusto, desde luego, pero más tarde equilibraría la balanza.

—Voy a correrme, Audrey, no puedo más —suspiré, porque ella había pasado de tenerme en la boca y jugar con la lengua, a succionar y apretar los labios alrededor de mi miembro, produciéndome una sensación imposible de soportar.

—No te contengas —musitó, apretando más fuerte los labios.

Ese extraño movimiento resultó definitivo: hasta le tiré del pelo al eyacular en su boca. Fue tal la sensación de euforia que no medí mi fuerza.

Luego me dejé caer hacia atrás sin preocuparme por ella. Una actitud egoísta, pero era incapaz de pensar en otra cosa. Cerré los ojos.

—Mi padre... trabaja en un banco —murmuró Audrey, sacándome del sopor postsexual en el que me hallaba.

Me di cuenta de que se había recostado sobre mí y, mientras yo me recuperaba, me acariciaba el pecho. Tardé unos segundos en procesar de qué me estaba hablando.

—Un trabajo seguro —murmuré distraído, pues en aquellos momentos no estaba precisamente muy despierto para atenderla.

—Y aburrido —añadió ella, haciendo una mueca.

—¿Por eso te has escapado de casa? —pregunté algo más espabilado, confiando en que se mostrara más proclive a hablar de su situación.

—No me he escapado —me corrigió, dándome un pellizco en la tetilla que me terminó de despertar—. Simplemente decidí que no quería seguir la tradición familiar.

—¿Tu padre ya te había buscado un trabajo? —pregunté, ya que era lo más común.

—Por desgracia sí, pero a mí nunca me ha interesado el mundo financiero.

—Te comprendo. Si de mis padres dependiera, ahora, en vez de malvivir en esta buhardilla, tendría un piso aceptable y, en vez de contar hasta el último franco, tendría un sueldo decente, ya que mi querido progenitor deseaba que ingresara en la gendarmería.

—¿Tú gendarme? —preguntó y se echó a reír, contagiándome.

—Sí, yo —dije y Audrey arqueó una ceja.

—Mira, podría hacer un esfuerzo e imaginarte en muchas situaciones, pero de uniforme... —Negó con la cabeza sin dejar de reír.

—La verdad es que lo intenté —le confesé—, pero me fue imposible. Sabía que o bien pasaba por el aro o mis padres me negaban su apoyo económico. ¿Y sabes qué elegí?

—¿Una vida bohemia llena de altibajos? —sugirió sin perder el buen humor.

Asentí.

—¿Y tú? ¿Por qué no has seguido el consejo paterno?

—Siempre he querido vivir aquí, en París. Desde que vine la primera vez, la ciudad me encandiló y he vuelto cada vez que he podido —dijo soñadora y rodó hasta quedar tumbada boca arriba. Giré la cabeza y la miré de reojo.

Joder, me estaba enredando más de lo prudente.

—¿Y por qué te apuntaste a clases de Pintura? —pregunté, pues no la había visto tocar un pincel.

—Siempre me ha gustado el arte. En casa... —hizo una pausa extraña, como si se avergonzara—, bueno siempre hemos sido bastante aficionados. Pensaba que si tomaba clases... no sé, sería una forma de tener algo con lo que sentirme identificada, algo que termine por anclarme definitivamente a esta ciudad.

Disimulé una mueca. Hubiera sido el momento perfecto para decir en voz alta que quizá había algo más intenso para quedarse en París.

—Pero ¿alguna vez has pintado?

—No, nunca, y creo que no seré capaz de hacerlo —aceptó resoplando y se levantó, regalándome un estupendo plano de su trasero mientras caminaba hasta la mesa y regresaba con el paquete de tabaco.

Tras encender un pitillo y dar una calada, me lo pasó y cerré los ojos disfrutando de aquel instante tan sencillo como especial que sin buscarlo habíamos creado.

—Pero no puedo evitar sentirme atraída por todo este mundo —prosiguió en voz baja—. Que yo no tenga capacidades artísticas no significa que no pueda vivirlo, sentirlo. No de la misma forma que tú, por supuesto.

Estuve a punto de preguntarle si aquello significaba acostarse con un pintor de mala muerte para que todo fuera más intenso. No obstante, opté por cerrar el pico, pues tampoco era cuestión de estropear con mi amargura su tímido intento de sincerarse.

—No sirvo para pasar el día encerrada entre cuatro paredes... —suspiró, birlándome el cigarrillo.

La entendía, porque a mí me ocurría lo mismo. Nunca había podido adaptarme a un empleo en el que todo estuviera organizado, con horario inflexible y donde no se pensara, sólo se aceptaran las normas.

—Siento ser portador de malas noticias, pero en esta vida, que desde fuera puede que te resulte atractiva, a veces te da ganas de mandarlo todo a paseo. Son muchos los que han tirado la toalla tras años intentando triunfar sin éxito y pasando penurias.

—Si quisiera seguridad volvería mañana mismo con mi familia —replicó ella, molesta quizá por la extrema sinceridad de mis palabras.

—Nadie te lo reprocharía, créeme.

—¿Y tú has pensado en volver con la tuya?

—Cientos de veces. Cuando regreso aquí, a esta cochambrosa buhardilla después de trabajar, con los francos justos para pagar el alquiler.

Audrey se incorporó y me miró frunciendo el cejo.

—¿No vendes tus cuadros? —preguntó.

—Ese no es el problema.

—No te entiendo, Donatien. Tienes talento, deberías ser reconocido.

Resoplé y apagué el pitillo.

—Puede que tú seas la única que opina de ese modo. Los marchantes no comparten tu criterio. Y los pocos cuadros que consigo vender es a turistas, generalmente americanos y sin un ápice de criterio artístico, pero con mucho dinero para gastar —expliqué, sacando todo el resquemor acumulado en tantos años de pintar paisajes típicos sin ningún atractivo para mí.

—¿Has llevado tu obra a alguna galería? —inquirió.

Me puse en pie, aquella conversación tocaba en mí una fibra muy sensible y no estaba dispuesto a aguantar el mismo discurso de siempre.

—Tengo hambre.

—¡Donatien! Haz el favor de responderme.

—Joder, ¡no quiero hablar de ello! —estallé, encendiéndome otro cigarrillo.

—Escucha, yo... podría ayudarte... —dijo en voz baja.

Me volví y la miré, advirtiéndole que no quería continuar.

—Deja de meter el dedo en la llaga, Audrey. Como quien dice, acabamos de conocernos. Hemos follado, sí, muy bien, pero eso no te da derecho a inmiscuirte en mis problemas.

—¿Por eso das clases? —insistió.

—¿Es que no eres capaz de entender lo que te digo? ¡Deja el jodido tema! —grité.

Ella también se levantó y se fue en busca de su ropa. Me di cuenta de que no había debido hablarle con esa aspereza, pues sólo intentaba echarme una mano, pero yo nunca le había pedido nada.

Me vestí y me acerqué con cautela hasta su cama, donde ella estaba terminando también de arreglarse.

—Doy clases para pagar mis gastos —murmuré en tono más calmado.

—Y lo odias —apostilló.

—Sí, lo odio con toda mi alma —le confirmé, pues con ella no merecía la pena disimular mis desgracias—. Aborrezco cada día que debo aguantar a esos pedantes de la academia, que no tienen ni puta idea de arte, pero engañan a gente sin talento sólo para sacarles el dinero. —Audrey dio un respingo ante mis palabras—. Es como prostituirse, exactamente igual. Lo hago para comer, nada más.

—¿Y tus cuadros?

—¿Es que no vas a ceder?

—No, Donatien. He estado observado tus cuadros, cada uno de sus detalles, cuando tú no me miras.

Se puso en pie dispuesta a enfrentarme. Yo me pasé la mano por el pelo, nervioso, pues rara vez, por no decir nunca, consentía que nadie se metiera en mis asuntos.

—Joder...

—Deja de quejarte, de compadecerte. De acuerdo, ahí fuera seguro que hay un montón de pintores con la misma calidad y destreza que tú, pero eso no significa que debas quedarte cruzado de brazos, sobreviviendo a duras penas —me regañó con vehemencia.

—Audrey, de verdad, no sabes de lo que estás hablando —respondí, sosegando mi enfado para no gritarle de nuevo.

—Te falta la visión comercial de todo esto. Posees el arte, pero no sabes venderte —me acusó y eso fue directo a mi orgullo.

—¡Vale ya! —exclamé y, dando media vuelta, fui hasta el aparador y me serví un buen vaso de vino.

—No, no vale, porque ¿cuánto llevas así?

—Audrey...

—¿Sabes dónde he estado hoy?

—Prefiero no saberlo —le espeté con rabia, pues bastante tenía ya con mis propios demonios como para que encima ella metiera más cizaña.

—He ido a ver una exposición que Victor me recomendó sobre nuevos talentos. Joder, el que faltaba para ya enfadarme del todo.

Tan mal me sentó que lo nombrara que estrellé el vaso medio lleno contra la pared. No quise darme cuenta de la barbaridad que acababa de hacer, así que busqué mi chaqueta, me puse los zapatos y me largué de allí, necesitaba estar solo.

Beber en antros de dudosa reputación hasta perder el sentido fue mi intención nada más salir de la buhardilla. Sin embargo, cuando cogí el primer vaso de aguardiente y vacié su contenido en mi estómago, sentí tal asco que casi acabo en el suelo. Un suelo lleno de restos y de porquería.

Abandoné aquella taberna maloliente y deambulé por las calles, sintiendo el frío de la noche. Me ayudó a despejarme y a calmar el ardor de estómago, que persistía.

Había sido injusto con Audrey, sí, pero ella no tenía derecho a restregarme por las narices mi fracaso. No era la primera que me lo hacía ver. No sé por qué, a las mujeres les parecía oportuno, tras desnudarse, decirme lo que yo bien sabía. Sin embargo, en esa ocasión lo que me escocía de verdad era que hubiese sido Audrey, a la que tenía especial cariño, la que mencionara mis fracasos. Me dolía especialmente que fuera ella quien contemplara la mísera vida que llevaba.

Sentado en un banco, solo, amargado y pasando frío al no haberme cogido más que la chaqueta, pensé si habría llegado el momento de claudicar. De volver a casa de mis padres y admitir que ellos tenían razón, que vivir del arte era una quimera y que ya lo había descubierto.

Me eché a llorar como cuando era un crío y me caí por primera vez de la bicicleta. Estaba allí, a la intemperie, comportándome como un estúpido incapaz de ver más allá. Me reí sin ganas de Audrey y su ingenuidad. Quería salvarme... No sería la primera ni la última, yo bien lo sabía. Las mujeres y su complejo de redentoras. Todas sin excepción trataban de solucionarme la vida, pero ninguna se daba cuenta de que sus empeños estaban abocados al fracaso incluso antes de empezar.

Con el convencimiento de que mi tiempo junto a Audrey debía regirse por los momentos inolvidables, esos que cuando pasaran los años me servirían para sonreír cuando todo fueran calamidades, y no por discusiones y palabras ofensivas, me encaminé hacia la buhardilla e intenté resguardarme del frío nocturno alzándome las solapas de la chaqueta y acelerando el paso para entrar en calor.

Confiaba en encontrar a Audrey con cierta predisposición a escucharme. Mi intención no era pedirle perdón, pero sí lograr que, al menos, se sintiese mejor.

Al llegar al último tramo de escalera, oí voces procedentes del interior de la

buhardilla y me extrañó. Yo rara vez recibía visitas, a excepción de la casera, la señora Vipond, que aprovechaba cualquier excusa para colarse en mi casa.

Abrí un poco la puerta y me detuve. Reconocí la voz y maldije entre dientes. ¿Qué narices hacía allí Dorine? Conociéndola, lo más seguro era que su inquina hacia mí impregnara sus palabras.

—¿Y por qué has querido prevenirme?

Era la voz siempre educada de Audrey.

—Querida niña —comenzó mi examante y exmodelo con cierto aire condescendiente—, porque Donatien es un pájaro al que se puede contemplar un rato, disfrutar de su compañía y de su colorido plumaje, pero no se puede pretender retenerlo —contestó Dorine en tono despectivo.

—Gracias por la advertencia —respondió seca ella.

Suspiré. Iba a tener que intervenir y parar aquello.

—No niego que el pájaro sea hermoso. Veo que te ha cautivado y no te culpo, yo también caí bajo su hechizo —prosiguió Dorine como si nada—. Por eso acéptame un consejo...

—No, gracias —la interrumpió Audrey.

—Te lo daré de todos modos: goza, disfruta de los placeres que Donatien puede ofrecerte, pero querida, protege tu corazón. Él es muy hábil manipulando a mujercitas impresionables con su aura de artista bohemio, pero no es más que una fachada para vivir de ellas.

—A mí me da la impresión de que a ti te gustaría seguir siendo manipulada —replicó Audrey y me hizo sonreír.

—No creas, me costó percatarme de que estaba siendo una estúpida confiada. Hasta puse en peligro mi matrimonio con un buen hombre por él.

—No me da la impresión de que estés arrepentida.

Bravo, Audrey, pensé en silencio.

—Haz lo que quieras. Tira tu vida por la borda. Sé que estás encandilada con Donatien, pero espero que no sea demasiado tarde y que abras los ojos —sentenció Dorine.

—¿Algo más?

Me quedé quieto junto a la puerta, mientras unos pasos se acercaban. Dorine, al verme, se llevó un buen susto.

—Donatien... —balbució, abriendo los ojos como platos.

—Hola, Dorine, ¿de visita? —le pregunté burlón.

—No sabía...

—Buenas noches —murmuré, dejándola sola en el rellano y cerrando la puerta. No merecía la pena recriminarle su penoso intento de meter cizaña entre Audrey y yo.

Al fin y al cabo, estaba en su derecho, ya que yo no me había comportado de forma muy elegante con ella. Aunque siempre fui claro, supuse que se habría hecho ilusiones que eché por tierra.

En cualquier caso, ella era el pasado y no iba a darle más vueltas.

Encontré a Audrey sentada en mi taburete de trabajo, delante de uno de los lienzos inacabados de ella, mirándolo con ojo crítico. A su alrededor había media docena más de cuadros míos, incluido el último, con la arpía que acababa de marcharse como modelo.

Me sentí un poco mezquino. No sabía hasta qué punto las palabras de Dorine la habrían afectado, porque en cierto sentido no eran del todo falsas. Reconocerlo no ayudaba, pero en el caso de Audrey me habría gustado que no las hubiera escuchado nunca.

Me acerqué a ella en silencio y me quedé a su lado, con las manos en los bolsillos, a la espera de su veredicto.

—Eres un desastre —musitó y yo ni me inmuté.

—Lo sé —convine en voz baja, sin tocarla, aunque me moría por hacerlo.

—Un desastre como comercial, porque me parece un crimen que todo esto —señaló los cuadros— siga aquí almacenado, acumulando polvo, en vez de estar expuesto en una galería.

—No empieces, Audrey, por favor —le pedí y, antes de que añadiera nada más, la abracé desde atrás y le dije al oído—: Olvídate de los cuadros, de las galerías, de los alumnos... de todo excepto de mí.

Ella inspiró y después negó con la cabeza.

—Me pides algo imposible.

—Vamos a la cama —dije, cogiéndola de la mano, con la confianza de que tras pasar un buen rato entre las sábanas (detalle del que me iba a ocupar a conciencia), desistiera de su empeño.

Accedió a regañadientes a acompañarme, por lo que tuve que emplearme a fondo con besos y caricias un tanto superficiales, hasta poder desnudarla por completo y acostarla en la cama.

—Donatien... ¿qué haces? —preguntó cuando le elevé los brazos por encima de la cabeza y me saqué el cinturón del pantalón.

—Impedir que me interrumpas.

—¿Cómo dices? —preguntó con un hilo de voz y yo sonreí un tanto perverso, mientras la amarraba al cabecero y comprobaba que no podía soltarse.

—Ahora abre las piernas, cierra los ojos y gime cuanto y como quieras.

—¡Donatien! —chilló cuando me incliné y comencé a besarle el interior del muslo, a la par que le bajaba las bragas. El resto de su ropa podía esperar.

Aunque aquel no era mi objetivo, sí me pareció un camino apropiado. Audrey comenzó a retorcerse y a protestar, pero cuando recorrí su sexo con la lengua, me di cuenta de cómo se había excitado y de que sus quejas sólo eran producto de la sorpresa.

Me concentré en proporcionarle todo el placer, lamiendo, acariciando y jugando con los dedos o con la lengua según creía necesario, hasta que estalló y gritó.

Cuando me incorporé y la miré a la cara, fruncía el cejo y eso me hizo sonreír. Me acerqué a besarla en los labios, compartiendo con ella su propio sabor, eso sí, sin soltarla, pues todavía no las tenía todas conmigo.

—¿Sigues viva? —pregunté medio en broma, acariciándole los labios.

—Creo que sí —suspiró y por fin esbozó una sonrisa.

—Voy a aprovecharme un poco más de ti...

Sin desatarla, me deshice de mi ropa y me acomodé entre sus piernas. Penetrarla fue una justa recompensa. Encontrarla tan húmeda un premio extra.

Era consciente de que, tras haberse corrido, su sexo estaba mucho más sensible, de ahí que cada envite se reflejara en su rostro, lo cual me encantó. Decidí jugar un poco más con ella, aprovechando que continuaba atada al cabecero, y dije:

—No sé qué clase de amantes has tenido, pero por cómo has gritado, me aventuro a pensar que bastante mediocres.

—Habla en singular.

—¿Perdón?

—Hasta estar contigo, sólo había tenido un amante —me aclaró elevando las caderas, ya que con sus palabras yo había dejado de embestir.

—Qué raro... —murmuré, no porque no la creyera.

—Ni se te ocurra decirme que los hombres deben de hacer cola a la puerta de mi casa —me advirtió y me eché a reír a carcajadas sin dejar de empujar—. Por eso recurrí a un amigo de mi hermano. Salimos juntos medio año, hasta que me confesó que le gustaban más los hombres.

—¡Joder!

—Ya ves, mi primer amante no me decepcionó en la cama, pero me dejó por otro —terminó diciendo en un tono melodramático muy divertido, lo que me indujo a pensar que ya lo había superado.

La besé, porque Audrey era, con diferencia, una de las mujeres más ingeniosas que había conocido, y porque tenía gracia que aquella conversación se desarrollara mientras follábamos.

—Ya me tienes a mí, a tus pies —susurré y ella arqueó una ceja.

Llegó el último día de clase, algo que yo esperaba con ansia, pues aparte de mi odio a la docencia, deseaba poder pasar más tiempo con Audrey, pese a que ella no había comentado nada sobre sus planes y yo no sabía si permanecería a mi lado, y, sobre todo, sí retomaría la pintura.

Con sus comentarios, ella me había animado bastante y contrarrestaba mi natural pesimismo. Y si bien era consciente de que exponer seguía siendo una quimera, al menos podía darme por satisfecho viéndola ilusionada.

Llegué a la buhardilla con el dinero de las clases, dispuesto a ponerme al corriente del pago del alquiler. Eso suponía hablar con la señora Vipond, pero al menos me

dejaría tranquilo durante un par de meses, lo cual ya era de por sí una buena noticia.

—Buenos días, *monsieur* Herriot, ¿qué se le ofrece?

El amable y desconcertante recibimiento de la portera fue para mí motivo de alarma, pues aquella mujer nunca me había tratado con semejante cortesía.

—Buenos días —respondí con la mosca tras la oreja, sacando el dinero de la chaqueta—. Venía a liquidar mi deuda y ponerme al día del alquiler... —La voz se me fue desvaneciendo a medida que ella negaba con la cabeza.

—Su joven y bonita acompañante ya se ha encargado de eso. Hasta final de año está todo pagado —me informó, dejándome desconcertado—. Ha tenido usted suerte, vaya que sí.

—¿Cómo dice? —farfullé, sin salir de mi asombro.

—Lo de ser patrocinado por gente importante —explicó la mujer, aumentando mi confusión—. Confieso que al principio yo también pensé que no era más que otra muerta de hambre, otra infeliz con la cabeza llena de pájaros, pero no, fíjese, me he equivocado. Pertenece a una destacada y adinerada familia —prosiguió, encantada de ponerme al día.

A la señora Vipond pronunciar la palabra «adinerada» la emocionaba como si el dinero fuera suyo.

—¿Destacada familia?

—¡Es hija de uno de los banqueros más importantes del Reino Unido! —exclamó entusiasmada y a mí se me cayó el alma a los pies.

Me quedé igual que si me hubieran dado una patada en los huevos. Incapaz de reaccionar. Fue tal mi estupefacción que la señora Vipond, poco dada a amabilidades conmigo, me ofreció un vaso de agua y hasta se preocupó y me preguntó si me ocurría algo.

—¿Hija de un banquero? —pregunté con un hilo de voz, tras beber.

—Sí. Mire... —Me mostró un ejemplar de *Paris Match* y pasó las hojas a toda prisa para enseñarme, encantada, un reportaje.

Casi le arranqué la revista de las manos y comencé a leer el reportaje sobre Eric Boston, en el que apenas se mencionaban datos familiares, pero sí una extensa descripción de sus cualidades como financiero, así como de la larga tradición de su banco. El entrevistado finalizaba con unas palabras de agradecimiento a su esposa e hijos y ahí estaba Audrey.

—Gracias —mascullé.

Le devolví la publicación a la casera sintiéndome rabioso y enfadado. No porque Audrey me hubiera ocultado su verdadero origen, sino por el mal trago de quedar como un sucio mantenido ante la señora Vipond.

Mi intención era subir a casa y encerrarme allí para digerir todo aquello y ver cómo afrontar la situación. Por supuesto que Audrey debía darme una explicación, pero aun así, el sentimiento de no haber sido más que el juguete de una niña rica no desaparecería.

—Espere, voy a ver quién es —me dijo la portera cuando llamaron a la puerta de su cubículo.

Estaba tan desconcertado que el cuerpo no me respondía.

Para mortificarme, o para asegurarme del todo, volví a buscar la entrevista en las páginas del *Paris Match*. No habían sido alucinaciones ni tampoco una confusión. Cuanto más miraba la foto de aquel hombre, más me recordaba a Audrey y, además, ahí estaba ella también.

Un jodido banquero... pensé con amargura.

—*Monsieur* Herriot, preguntan por usted —dijo la señora Vipond y yo fruncí el cejo.

—No espero visitas —murmuré, saliendo de la portería.

—¿Donatien Herriot? —me preguntó un tipo trajeado, mayor, de aspecto educado y pulcro, que, en comparación con mi aspecto un tanto desaliñado, lo hacía parecer todavía más importante.

—Sí, soy yo. ¿Qué desea? —pregunté de mala gana.

—Encantado de conocerle. —Me tendió la mano y se la estreché por educación, aunque sin mucho entusiasmo—. Me llamo Thierry Allard.

Nada más oír ese nombre di un respingo. Toda la comunidad artística sabía muy bien quién era Thierry Allard y lo que representaba.

—Igualmente —acerté a decir.

—He venido para hablar con usted...

—Acompáñeme, por favor —respondí, consciente de mi falta de cortesía.

La señora Vipond no perdía ripio de nuestra conversación y yo de ninguna manera deseaba continuar hablando con aquel hombre en su presencia. Así que, a pesar de que no me hacía gracia invitarlo a mi casa, no me quedó más remedio si quería evitar oídos y miradas indiscretas.

Una vez dentro de la buhardilla, él disimuló a la perfección la impresión que le producía aquel entorno casi desnudo. Audrey le había dado un toque femenino, lo cual le daba un aspecto un poco menos desangelado, aunque igual de pobre.

—¿Puedo ofrecerle algo de beber? —pregunté y él negó con la cabeza.

—No, gracias. Le seré franco. Esta visita obedece única y exclusivamente a la insistencia de la señorita Boston. Una y otra vez ha pasado por mi galería detallándome las virtudes de su obra.

—No sé qué decir... —murmuré avergonzado.

—También me ha explicado con vehemencia la clase de error que estaría cometiendo si no expusiera algunos de sus cuadros —añadió sin perder la calma—. Por su expresión deduzco que usted no estaba al corriente.

—No, no lo estaba —contesté.

—Eso imaginaba. En fin, no nos entretengamos con asuntos que no conducen a ninguna parte. Mi tiempo vale dinero y supongo que el suyo también.

No quise corregirlo. Mi tiempo no valía ni la centésima parte que el suyo.

—De acuerdo —convine—. Usted dirá.

—Muéstreme su obra, si es tan amable.

Le hice una señal para que me acompañara hasta la zona de trabajo. Miré de reojo el colchón con las sábanas revueltas, donde la noche anterior, mientras posaba para mí, Audrey se acariciaba de tal forma que acabé por tirar los pinceles y unirme a ella.

Dejé a un lado los paisajes parisinos típicos, con los que sacaba unos francos en las zonas turísticas, y le mostré el primer cuadro que pinté con Audrey como modelo. Ella posaba de espaldas, lo que confería al cuadro un aire misterioso, a la vez que protegía la identidad de ella. Algo que prefería no desvelarle a Thierry Allard para que su idea de mí no fuera aún peor.

Luego no me quedó más remedio que recurrir a un lienzo en el que Dorine, a medio vestir, mostraba sus piernas y sonreía encantada.

Thierry Allard los observaba sin decir nada. De su expresión poco podía deducirse, circunstancia que me inquietaba, ya que aquel silencio era peor que una mala crítica. Pero lo entendía. Como buen profesional del arte, jamás hincharía el ego de un pintor antes de tiempo, si es que era el caso.

Encendí un cigarrillo para soportar la espera y me quedé apoyado en la pared, incapaz de mirar mis propias obras.

—Tiene un estilo un tanto... peculiar —murmuró tras pasarse más de cinco minutos frente al cuadro inacabado de Audrey, en el que aún faltaban por perfilar sus rasgos faciales—. Un tanto realista... No está muy en consonancia con las tendencias actuales.

Me encogí de hombros ante su valoración. Al no esperar grandes alabanzas, sus palabras no me sorprendieron, es más, incluso esperaba algo parecido.

No sé por qué Audrey se había molestado en hablar con Allard, cuando lo más probable era que este acabara rechazándome, como tantos otros. Entonces me di cuenta de que el hombre habría accedido a ver mi obra no debido a la insistencia de ella, sino con toda probabilidad a su apellido.

Llegar a esa conclusión me escoció, ya que todo se reducía a lo mismo: las influencias; nada que ver con la creatividad u originalidad de mis cuadros. Y eso era algo que yo siempre había detestado. Ser consciente de ello hizo que empezara a sentirme traicionado, pues, por mucho que Audrey hubiera hecho cualquier gestión con intención de ayudarme, no dejaba de ser una intromisión en mis asuntos, para empezar, y también una forma de restregarme por las narices el poder de su apellido.

Thierry Allard se acercó a mí y me entregó una tarjeta.

—*Monsieur* Herriot, pase la semana que viene por mi despacho. Hablaremos.

Miré la tarjeta y, por educación, esboqué una sonrisa forzada, aunque mi estado de ánimo no era muy proclive al entusiasmo.

Que un galerista como Allard te invitara a su oficina era un primer gran paso. Sin embargo, cualquier emoción quedaba empañada por mi enfado por la intervención de Audrey en todo aquello.

—Gracias —murmuré.

No dije que iría y él tampoco insistió. Supuse que estaba acostumbrado a que su palabra fuera ley. Nadie lo rechazaba, no al menos un completo desconocido como yo.

Me quedé solo, rumiando la dañina sensación de que para Audrey yo había sido una especie de reto o, lo que era peor, una obra benéfica. Quizá fuera mi orgullo el que ensombrecía toda la situación, pero no podía apartarlo.

Muchas mujeres habían intentado cambiarme, ayudarme, psicoanalizarme, pero a ninguna le había permitido acercarse más de lo prudente.

Únicamente a Audrey.

Un error que no debería haber cometido y del que sin duda extraería una valiosa lección.

Estuve a punto de hacer jirones todos los cuadros. Y luego ir a buscar ginebra o cualquier otro licor fuerte para perder el sentido. No obstante, lo que en otras ocasiones de enfado o frustración había sido una especie de bálsamo, ya no me parecía tan buena idea, es más, se me antojaba incluso temeraria. Quizá me estaba haciendo mayor y a mi cuerpo ya no lo compensaba un día de resaca a cambio de unas horas de olvido.

Lo que sí hice fue fumar un cigarrillo tras otro. No tenía la menor idea de a qué hora llegaría Audrey, ya que ella, como siempre, no daba explicaciones. Hasta aquel momento nunca le había concedido mayor importancia a esa actitud por una razón bien sencilla: cuando una mujer se largaba a ocuparse de sus cosas, para mí era un respiro, una oportunidad única de quedarme solo.

Joder, me había enamorado. Era la única explicación. Y reconocerlo no me aliviaba nada en absoluto, más bien todo lo contrario, pues si ese era el motivo, y tenía todos los visos de serlo, las cosas sólo podían ir a peor. Pese a haber renegado durante años, haberme reído de quienes decían estar locos por una mujer y haber cometido cientos de estupideces, ahora veía que iba a caer en eso de lleno.

Cuando Audrey entró por la puerta, yo estaba tumbado en la cama deshecha, sin haber probado bocado y en un estado de ánimo poco o nada agradable. Así que opté por ignorarla y ella debió de darse cuenta, porque apenas murmuró un «Buenas noches» al que por supuesto yo no respondí.

Al día siguiente me desperté consciente de que mi humor no iba a mejorar. Audrey ya estaba en pie, junto a la cafetera. Me fastidió bastante que su expresión fuera amable, así que, refunfuñando, me fui al cuarto de baño sin confiar demasiado en las propiedades relajantes de una ducha.

Una vez afeitado y sin molestarme en vestirme, abandoné el aseo con una toalla enrollada en la cintura y vi que ella me había esperado para desayunar juntos.

—¿Dónde estuviste anoche? —pregunté en tono impertinente, dando por sentado

que debía rendir cuentas ante mí.

Eso no me había ocurrido nunca antes, ya que siempre me había parecido impropio controlar los movimientos de otra persona. Sin embargo, era tal mi resquemor que actué como un idiota.

—Buenos días —contestó, obviando mi pregunta—. ¿Café solo?

Murmuré un impropio entre dientes y me senté, porque ante aquel despliegue de amabilidad uno no podía resistirse. Y también porque, a pesar de sus terribles inicios con la cafetera, Audrey había logrado dominarla y cada mañana preparaba un café excelente.

—Buenos días —respondí en tono seco, antes de beber el primer sorbo—. Te he hecho una pregunta.

—A la que no estoy obligada a contestar —replicó sin perder la calma y dedicándome una sonrisa irónica.

—Cojonudo... —mascullé y busqué mi paquete de tabaco.

Con toda aquella mala leche y tanta nicotina iba a enfermar seguro, pero era incapaz de serenarme.

—¿Más café? —ofreció amable.

—No, gracias —respondí con sequedad.

—¿Algún plan para hoy?

—¿Y tú? —pregunté con sarcasmo y Audrey arqueó una ceja.

—Nada interesante —musitó y esa actitud tan serena me sentó como una patada en los huevos.

—Yo puedo sugerirte uno si quieres —dije.

—Te escucho.

—Dejar de inmiscuirte en mi vida.

—Vaya... ya salió el orgullo —murmuró, negando con la cabeza.

Estaba preciosa, con una de sus livianas batas, lo cual sin duda era el camino directo hacia el desastre.

—Hay que joderse... —mascullé tenso—. ¿Por qué las mujeres, en cuanto os echan un par de polvos, os creéis con derecho a organizar la vida de un hombre? ¡Maldita sea!

—Será mejor que dejemos esta conversación —sugirió con inteligencia, para que no acabáramos diciendo cosas de las que podríamos arrepentirnos. No obstante, mi estado de ofuscación me impidió aceptar su consejo.

—¡No me da la real gana! —grité.

—A mí tampoco me da la real gana de aguantar tus cambios de humor y tus salidas de tono —me espetó y vi que se contenía un poco para no gritarme.

Pero yo estaba demasiado obcecado y herido como para dejarlo en ese punto y di un paso más hacia el desastre.

—Pues haberlo pensado antes —repliqué sin bajar el tono—. Para empezar, no tenías ningún derecho a hacerme quedar como un estúpido delante de la señora

Vipond.

—¡Llevo viviendo aquí más de un mes! No veo tan raro que pague parte del alquiler —alegó en su defensa.

—Si querías colaborar —contesté—, haber hablado antes conmigo. En teoría no tenías un franco, pero claro, te has limitado a hacer una llamada y papá banquero te ha enviado dinero, ¿verdad?

—Pues no, Donatien —me contradijo, poniéndose en pie—. Pero por lo visto eres incapaz de razonar. No sé qué narices te pasa, por qué te molesta tanto.

—Dímelo tú —dije altanero—, señorita Boston.

—No tengo por qué aguantar esto... —murmuró y se dirigió hacia su cama.

—Audrey, es mi vida, mi puta vida. No hace falta que me restriegues por la cara tu origen —le grite, pero ella no respondió—. Y, por si fuera poco, te dedicas a ir por ahí mendigando una oportunidad en mi nombre. ¿Cómo esperas que me sienta?

Oí algo parecido a «Agradecido», pero no pude comprobarlo, porque hubo otro hecho que me llamó la atención. Audrey estaba haciendo la maleta.

Caminé rabioso hacia ella, sujetándome la toalla con la que me cubría, y le agarré la muñeca para detenerla. Se volvió para encararme y vi cómo contenía las ganas de llorar, pero aun así fui incapaz de dar mi brazo a torcer.

—Ya veo... —murmuré con cierto aire indolente—, en cuanto la niña ve problemas, huye a casa de papá.

—Vete a la mierda —musitó, tirando de su brazo para liberarse, aunque yo se lo impedí.

—¿Te has divertido jugando a ser mayor? ¿Les contarás tu experiencia parisina a tus amistades para impresionarlas? —pregunté con una carga de cinismo excepcional.

—Donatien, haz el favor de soltarme —dijo entre dientes.

—¡Pues da la cara, joder! —le grité, cada vez más rabioso.

—¿Sabes?, estoy segura de que esperas escuchar los tópicos de siempre para recrearte en tu miseria y en tu mala suerte. Pero yo veo más allá. Lo he visto, Donatien, sé lo que vales y no me ha importado mendigar e implorar atención para que por fin se reconozca tu talento —explicó paciente, mirándome a los ojos.

—¿Te lo había pedido yo acaso? —pregunté, sin bajarme del burro—. ¿No puedes entender que no necesitaba ayuda o que no la quería?

—Puedes porfiar cuanto quieras —replicó, apartándose de mí—, pero no intentes engañarme con tu actitud despreocupada. Sé lo mucho que deseas exponer, que tu trabajo se valore; no obstante, eres tan orgulloso y, sobre todo, tan obtuso, que no eres capaz de ver una oportunidad aunque te muerda el culo.

Acabó de guardar de mala manera todas sus pertenencias y después se vistió con rapidez. Yo me había quedado sin argumentos o sin ganas de seguir discutiendo. Audrey se marchaba. Había llegado la despedida y, si bien creía estar preparado para ello, nunca imaginé que se produjera de ese modo tan terrible.

Cuando se cerró la puerta, encendí un cigarrillo.

—¡Joder! —exclamé tras dar la primera calada—. Pero ¿qué clase de imbécil estoy hecho?

No había nadie alrededor para responder a mi pregunta, aunque lo cierto era que no hacía falta, pues bien sabía yo lo estúpido que había sido.

Apagué el cigarrillo de mala manera y busqué mi ropa. Tras vestirme a toda prisa, bajé la escalera frenéticamente, tanto, que temí tropezar y acabar rodando.

—¿Está usted bien, *monsieur* Herriot? —preguntó la portera nada más verme, con su nuevo tono amable.

—No, maldita sea. No lo estoy.

Ella me miró de arriba abajo. Mi deplorable aspecto hablaba por sí mismo.

—Eso parece...

—¿La ha visto? —pregunté, pasándome la mano por el pelo sin poder calmar mi inquietud.

—¿Se refiere a *mademoiselle* Boston?

Puse los ojos en blanco y asentí.

—¿A quién me iba a referir? —mascullé impaciente.

—Acaba de subirse a un taxi —me informó la mujer con tranquilidad a pesar de mi evidente nerviosismo.

Mascullé al menos cinco improperios seguidos y salí a la calle. Me quedé allí, en la acera, mirando el tráfico. Abatido, pues ya lo daba todo por perdido, busqué el tabaco en mi bolsillo y me di cuenta de que, con las prisas, ni siquiera había cogido las llaves.

—¿*Monsieur* Herriot?

Me volví al oír a la señora Vipond, que, como siempre, estaba al tanto de todo.

—¿Sí?

—Gare du Nord —dijo.

—¿Perdón?

—Es lo que le ha indicado al taxista.

No le di un beso porque no quería tener después pesadillas. Su información era muy valiosa, pero yo no estaba en disposición de llevar a cabo uno de esos grandilocuentes gestos románticos persiguiendo a la chica. No porque no quisiera, sino porque no llevaba ni un franco encima.

Le pedí a la señora Vipond que me prestara el otro juego de llaves y refunfuñé de lo lindo, ya que estaba perdiendo un tiempo precioso. Como siempre, cuanto más prisa tenía, más tardaba en encontrar mis cosas, incluida la cartera, pues la noche anterior, con el cabreo, había tirado la ropa de cualquier manera sin vaciar los bolsillos.

Hice un repaso general de mi persona y torcí el gesto. Llevaba el traje hecho un asco y ni siquiera me había puesto calcetines. Debía perder al menos cinco minutos más en arreglarme y eso hice. Bueno, lo intenté, ya que terminé saliendo de la

buhardilla apostándolo todo a una carta: mi encanto personal.

Al llegar a la portería, la señora Vipond, no sé si para facilitarme la tarea o para echármelo después en cara, tenía un taxi esperándome en la puerta.

En un día normal, el trayecto hasta la Gare du Nord podía hacerse en veinte minutos, aunque yo le pedí al conductor, previa negociación, que, si era posible, recorriera la distancia en la mitad de tiempo. A pesar de la predisposición del tipo, el tráfico se alió en nuestra contra y tardamos media hora. Le di las gracias, la propina prometida y salté del vehículo.

Por lógica, si Audrey quería volver a su casa, cogería el tren a Calais. Por supuesto, yo no conocía los horarios de los trenes, pero todo era cuestión de preguntar. Mientras me dirigía a la oficina de información, caí en la cuenta de un detalle, ¿y si ella había elegido otro destino? Porque igual que había recalado en París por motivos artísticos, ahora podía haber cambiado de idea y elegir otra ciudad al azar.

Como seguir elucubrando no solucionaba nada, decidí arriesgarme. Revisé los trenes con destino a Calais y suspiré. El próximo salía en media hora. Quizá al final sí fuera a tener suerte. Con esa idea en la cabeza, fui corriendo hasta el andén.

Consciente de que a aquellas horas la estación era un hervidero de gente, caminé mirando a derecha e izquierda, desesperado porque con tantos viajeros me iba a ser imposible localizarla. Pero por lo visto tuve un golpe de suerte, porque la vi. De pie, a unos veinte metros, miraba los vagones buscando el suyo. Inspiré un par de veces y aceleré el paso antes de que se subiera al tren. Tras esquivar a todo aquel que se me ponía por delante, llegué hasta a ella y la agarré de la muñeca.

—Audrey... —dije, resoplando tras el esfuerzo.

—¿Perdón?

La mujer se volvió y yo me quedé paralizado. No era ella. La confusión podía entenderse, ya que tenía el pelo castaño, una altura similar y llevaba uno de esos vestidos ligeros que tanto le gustaban a Audrey.

—Lo siento, me he confundido —me disculpé y esboqué una sonrisa, aunque lo más probable era que aquella mujer me tomara por un loco.

No iba muy descaminada, pues debía de tener unas pintas muy cuestionables.

Pero no podía perder el tiempo en esas minucias, mi prioridad no era otra que localizarla y a medida que deambulaba entre los viajeros mis esperanzas iban disminuyendo hasta llegar a la inevitable y dolorosa conclusión de que Audrey había elegido otro destino.

Cuando llegué al final del andén, negué con la cabeza. Estaba todo perdido. Me quedé allí parado, lamentándome, hasta que decidí regresar a casa. No tenía las ideas muy claras, pero encontraría la forma de recuperarla.

Despacio, volví sobre mis pasos, eso sí, con toda la tranquilidad del mundo, pues la posibilidad de seguir buscándola por la Gare du Nord, con la cantidad de trenes que a diario partían de allí, era peor que buscar una aguja en un pajar.

—¿*Monsieur* Herriot?

Me detuve al oír mi nombre y miré alrededor para localizar la voz. No me apetecía nada encontrarme con algún conocido. Sin embargo, tuve que hacerlo, y disimular mi total enfado cuando vi a Victor, el alumno rubio que había intentado seducir a Audrey.

Justo lo que necesitaba, pensé con ironía.

El tipo me sonrió y me tendió la mano. Se la estreché por cortesía, decidido a despacharlo a la mayor brevedad posible. Nunca había tenido especial predilección por entablar relaciones amistosas con mis alumnos, pero en el caso de Victor, por razones obvias, me resultaba además todo un conflicto.

—Hola, Victor —dije.

—¿Se va de viaje? —me preguntó y yo, que tenía pocas o ninguna ganas de hablar con nadie, negué con la cabeza, dispuesto a marcharme cuanto antes.

—Si me disculpas...

—Entonces viene a despedir a alguien, ¿verdad? —prosiguió, haciendo que mi paciencia se esfumara.

—No —respondí con sequedad, intentando avanzar.

—Ah, disculpe. Creía que había venido a despedir a Audrey. Como estaban tan unidos...

Eso me hizo prestar más atención.

No el hecho de que insinuara que entre ella y yo existía una relación más allá de la profesional, me traía sin cuidado su opinión, lo relevante era que él la había visto.

—¿La has visto? —pregunté con rapidez.

—Sí, claro —respondió, desconcertado ante mi vehemencia—. Me la he encontrado por casualidad a la entrada y...

—¿Dónde?! —exigí interrumpiéndolo, pues los detalles me importaban muy poco y no acabé zarandeándolo por poco.

—Acaba de subir al tren; a ese vagón.

Cuando me lo señaló, ni siquiera me despedí de él o le di las gracias. Sólo me marché y fui directo al vagón.

Una vez dentro, miré a derecha e izquierda buscándola y por fin la divisé. Estaba sentada al final, leyendo un periódico, sin prestar atención a nadie.

Respiré. Si la jodía en ese instante (y ya la había jorobado bastante) no habría nada que lo arreglase.

—Audrey... —susurré, de pie a su lado.

Antes de que ella levantara la vista, recibí dos empujones de otros pasajeros que querían acomodarse.

Dobló el diario con una parsimonia que casi me hizo gritar y lo dejó a un lado.

—Donatien... —musitó, como si me hubiera estado esperando.

—Vuelve conmigo —solté a bocajarro, sin preparar el terreno, sin una disculpa, sin un ramo de flores.

No me quedaba tiempo, pues acababa de oír el silbato que anunciaba la partida inmediata del tren. Otro nuevo empujón de un pasajero frenético por encontrar su sitio. Audrey mirándome.

—¡Billetes, por favor!

Me fijé en los viajeros, que nada más oír al revisor se apresuraron a sacar sus billetes, todos menos ella, que continuaba sin apartar la vista de mí.

El revisor empezó a realizar su trabajo, oía cómo se acercaba, mientras yo era consciente de que de un momento a otro el tren arrancaría y Audrey seguía sin decir nada.

—Vuelve conmigo —repetí, en esa ocasión en un tono mucho más lastimero.

—Caballero, ¿su billete? —preguntó el revisor a mi espalda.

Respiré y me volví.

—No tengo —murmuré abatido.

—Pues me temo que tendrá que apearse —contestó serio, señalando la puerta.

No me pasó desapercibida su mirada de desaprobación, no sólo por intentar viajar sin billete, sino también por mi aspecto. Aunque el hombre añadió:

—Por favor...

Estaba todo perdido, así que miré a Audrey por última vez antes de encaminarme hacia la salida. Oí el murmullo de los viajeros al verme abandonar el vagón, sin duda criticando lo que para ellos era algo tan cuestionable como intentar viajar gratis.

—Yo tampoco tengo billete —dijo Audrey de repente.

Yo, que ya estaba a punto de poner un pie en el andén, me detuve y subí de nuevo.

—¿Está segura, señorita? —preguntó el revisor, perplejo, mientras ella intentaba bajar la maleta del compartimento superior, pues, con toda seguridad, la imagen de Audrey, elegante, no cuadraba con el aspecto típico de alguien que quería ahorrarse unos francos viajando gratis.

—Muy segura —respondió en aquel tono suyo tan educado.

El hombre la ayudó a llevar la maleta hasta la puerta en donde yo esperaba, inquieto, ansioso, y, nada más tenerla a mi alcance, se la arrebaté al revisor, que me miró con reprobación por mi comportamiento, algo que me daba igual. Tendí la otra mano para ayudar a Audrey, que bajaba.

Sabía que era el momento definitivo cuando nos quedamos frente a frente en el andén, ajenos a los movimientos de las personas a nuestro alrededor, a los viajeros rezagados que corrían para subir en el último segundo. Lo sabía y aun así no fui capaz de articular palabra.

Dejé su maleta en el suelo y con las dos manos libres sólo se me ocurrió una forma de transmitirle todo lo que sentía y que aún era incapaz de decir con palabras. Acuné su rostro y la besé despacio, lamiendo sus labios para que no notara mi desesperación, pero mi contención se fue haciendo añicos a medida que sentía sus labios abrirse a mí y sus brazos rodearme la cintura.

Sabía que estábamos dando el espectáculo y que hasta podían llamarnos la atención, pues todavía quedaba mucha gente que no aceptaba las muestras de cariño en público y podían quejarse. Sin embargo, a nadie pareció importarle que yo continuara besándola como si no pudiera volver a hacerlo nunca. Y es que en el fondo, a pesar de tenerla junto a mí, no podía afirmar con rotundidad que Audrey fuera a quedarse.

—Será mejor que me lleves a casa —susurró ella, peinándome con los dedos.

Sonreí. A casa.

La cogí de la mano y llevé su equipaje hasta la parada de taxis. No la solté en ningún momento, ni durante el recorrido. Era incapaz de hacerlo, igual que de encontrar las palabras de disculpa, aunque no era tan tonto como para no saber que, una vez a solas, Audrey esperaría que al menos yo admitiera que, aparte de ser un desagradecido, ella tenía razón.

La fortuna pareció apiadarse de mí cuando, al llegar a casa, no nos topamos con la señora Vipond. Aquello me ahorró unas explicaciones de las que carecía. Comenzamos a subir la escalera, pero en el rellano del piso anterior al nuestro era tal mi desesperación por tocarla, que dejé caer su maleta, la empujé contra la pared desconchada y comencé a besarla y a meterle mano por todas partes.

—Donatien... —gimió y me di cuenta de que estaba encantada con mi arrebato pasional.

Continué metiendo la mano bajo su falda, acariciándole el trasero y conteniéndome un poco para no bajarle las bragas allí mismo. Audrey me tiró del pelo, sin duda empujándome a hacerlo, y yo estaba a punto de claudicar cuando oí el crujido de la madera, lo que significaba que algún vecino había comenzado a subir.

—Vamos —dije en tono impaciente, tirando de ella hacia arriba.

Casi derribo la puerta con tal de entrar en la buhardilla.

Cuando por fin estuvimos a salvo de miradas indiscretas, no perdí el tiempo. La empujé contra la pared del recibidor y fui directo a su boca. El momento de contención había pasado de largo. Sin dejar de besarla, la agarré del trasero de tal forma que pude encajar mi pelvis contra la suya y frotarme como un perro en celo.

Entonces me di cuenta que ella merecía algo mejor que un polvo apresurado a medio desvestir contra la pared. No era capaz de hablar, pero si de pensar medio minuto para darme cuenta de ello. Si de verdad quería conquistarla, qué menos que seducirla en condiciones menos apresuradas.

—Espera —dije entre jadeos, cuando Audrey llevó las manos a mi cinturón.

—¿Qué espere? —preguntó, humedeciéndose los labios y respirando de forma entrecortada.

—Vamos a la cama —conseguí decir, apartándome sólo un poco.

—Ni hablar —me contradijo, tirando de la cinturilla de mis pantalones.

—¿Perdón?

—Donatien, una de las razones por las que me gustas es porque me tratas como a

una mujer, no como a una figura de porcelana. Fóllame aquí mismo.

Gemí. ¿Cómo resistirse a una petición semejante?

—De acuerdo —convine sonriendo y ella fue quien me besó para terminar de vencer cualquier mínima resistencia.

Mientras devoraba mi boca, metí una mano bajo su falda y tiré de sus bragas hasta bajárselas. Ella misma se ocupó de quitárselas del todo. Después nos encargamos de mis pantalones y mis calzoncillos.

Quizá me había vuelto cómodo, porque hacía una eternidad que no echaba un polvo de pie, pero enseguida supe encajar las piezas. Le alcé una pierna, sujetándola por detrás de la rodilla para que me rodeara la cintura y me coloqué en posición.

—Donatien... —gimió, al sentir cómo la penetraba hasta el fondo.

Cerró los ojos un instante y sonrió. Me quedé quieto, disfrutando del contacto. Sabía que no le había hecho daño, pues estaba lo bastante húmeda como para poder penetrarla. Respiré profundamente.

—Mírame —le pedí y ella abrió los ojos despacio—. Nunca he sido un hombre muy proclive a explicar mis sentimientos... —susurré, al tiempo que comenzaba a moverme, despacio, en su interior—. No sé si algún día seré capaz de ello...

—Humm —ronroneó, a medida que yo cogía velocidad embistiéndola.

—Sé que no es el mejor momento para hablar de esto, pero...

Colocó un dedo sobre mis labios y yo se lo chupé encantado.

—No quiero explicaciones... —gimió.

—Audrey... —gruñí, desesperado por poder decirle lo que sin duda cualquier mujer quiere escuchar.

—Sé cómo eres... cómo piensas... No intentes regalarme los oídos —dijo entre respiraciones entrecortadas.

—¿No vas a permitir que pueda decirte «te quiero» si lo deseo? ¿Vas a silenciarme siempre?

—Sólo házmelo sentir, demuéstramelo. Decirlo es fácil. Esfuérzate —me pidió, antes de volver a besarme.

No iba a ponerme a discutir justo cuando estábamos follando contra la pared, en medio de una especie de reconciliación, y arriesgarme a que todo se estropeará. Así que cerré el pico y me concentré en empujar, en satisfacerla y en besarla sin descanso, hasta que Audrey cerró los ojos y se aferró a mis hombros mientras alcanzaba el clímax, dejándome a mí vía libre para correrme y abrazarla.

No sé cómo logramos acabar en mi cama, pero así fue. En el corto recorrido desde la entrada hasta la zona que hacía las veces de dormitorio, fuimos dejando un reguero de prendas por el suelo, debido a la impaciencia por desnudarnos y sentirnos sin ningún tipo de barrera. Una vez allí, tampoco nos lo tomamos con calma, como debería haber sido tras el interludio desenfrenado vivido nada más llegar.

De nuevo aquello se descontroló. Me quedé recostado mientras ella, a horcajadas, me montaba sin descanso, y yo encantado al dejar que hiciera cuanto quisiera

conmigo. No dejé de tocarla, recorriendo sus curvas, su trasero o pellizcándole los pezones para que todo fuera lo más intenso posible. Nuestros gemidos debieron de oírse por todo el edificio, pero me traía sin cuidado. Continuamos como locos, deshaciendo la cama hasta que caímos rendidos y Audrey recostada sobre mi pecho, tan sudorosa y satisfecha como yo.

Una melodía me hizo volver a ser consciente. *Plus bleu que tes yeux*^[6]. Abrí los ojos y vi a Audrey desnuda, canturreando sentada a los pies de la cama y fumando. Me incorporé sobre un costado y me aparté el pelo de la cara para no perderme aquella extraordinaria visión.

—Me encanta esta canción —murmuró, exhalando el humo.

—A mí también —contesté en el mismo tono.

Era una conversación inocente, desde luego, aunque éramos conscientes de que entre ambos todavía quedaba pendiente una en serio. Para empezar con buen pie lo que quiera que nos deparase nuestra relación, me arriesgué y dije:

—Audrey, ¿qué va a pasar ahora?

—Que vas a trabajar muy duro. Que no te voy a permitir ni una salida de tono. Y que vas a dejar a un lado tu orgullo y reconocer que tengo razón.

—Parece un buen plan —comenté, pero yo no me refería a eso y añadí—: ¿Y nosotros?

—Si obedeces, todo irá bien —sentenció y me hizo reír.

—No conocía esa faceta tuya tan dominante —dije provocador y ella, tras apagar el cigarrillo, gateó hacia mí hasta quedar frente a frente.

Me mordió el labio inferior y después abandonó la cama. Yo seguí su cuerpo desnudo con la mirada y me quedé perplejo cuando la vi acercarse a la zona de trabajo. Allí cogió una de las paletas y después media docena de tubos de pintura. Echó sin criterio aparente una buena cantidad de cada uno de ellos y tomó un pincel. Con todo eso regresó a la cama.

—¿Pretendes que empiece a trabajar justo ahora?

—No —me respondió—. Túmbate.

Me recosté frunciendo el cejo, alarmado cuando se situó encima de mí, untó el pincel de azul y lo dirigió hacia mi pecho.

—Pero ¿qué...?

Dibujó una línea irregular desde mi cuello hasta mi ombligo. Yo contuve el aliento y miré preocupado cómo continuaba pintando utilizándome como lienzo.

—Estate quieto —murmuró sin mirarme, mientras seguía marcando mi piel.

Del azul pasó al bermellón, trazando rayas sin un patrón determinado. Oblicuas, rectas... También diferentes espirales, mezclando colores... un desastre cromático, pero un gesto de lo más erótico, pues observarla desnuda, con cara de concentración, deslizando el pincel sobre mi piel me excitó y ella aprovechó para dibujar algo

parecido a una flor justo debajo de mi ombligo.

—Siento tener que ser yo quien te lo diga, pero no tienes futuro como pintora — comenté sonriendo.

Audrey hizo un puchero y se echó hacia atrás.

—Es culpa de mis profesores, han sido nefastos —se burló, sacándome la lengua.

Yo permanecí tumbado, con los brazos en cruz, escuchando a Aznavour cantar *Je m'voyais déjà* en tanto ella me dejaba, ironías del destino, hecho un cuadro.

—Sí, has tenido muy mala suerte con tus maestros —dije con sentido del humor.

—Pero apelaré a mi herencia artística. Mi madre cantaba en un *cabaret*.

—¿De verdad?

—Bueno, cantaba, bailaba y servía bebidas —me aclaró riéndose—. Mi padre siempre dice que tenía buenas piernas, pero poco futuro.

—Interesante... —comenté, pensando en cómo iba a quitarme después toda aquella pintura, pero contento, pues ella hablaba de su familia, a la que, si no se torcían las cosas, en algún momento tendría que conocer.

—Pero sin duda la artista de la familia es mi abuela.

—¿También cantaba en un *cabaret*? —pregunté interesado.

—¡No, por Dios! Es fotógrafa.

Callé mi opinión, pues lo más probable era que, como mucha gente adinerada, esa mujer buscara entretenimiento sin otro fin que pasar el rato. No obstante, sonreía, pues tampoco era plan de disgustarla.

—¿Ah, sí?

—Pues sí. Ahora ya está retirada. Hace más de tres años que no hace ninguna exposición. La última fue precisamente aquí, en París. Una retrospectiva de toda su obra —explicó orgullosa, mientras continuaba embadurnando mi cuerpo.

Fruncí el cejo antes de preguntar:

—¿Cómo se llama?

—Tina Velizy.

Abrí los ojos como platos al oír ese nombre.

—Aunque a mi abuelo todavía le escuece que utilice el apellido de su primer marido.

—¿Tu abuela es Tina Velizy? —exclamé incorporándome.

—Ajá. ¿Por qué? ¿La conoces?

—Cielo santo. ¡Todo el mundo la conoce! ¡Yo fui a su última exposición! —dije con verdadera admiración.

—Ah, pues se lo diré cuando la vea. Le gustará que la gente joven conozca su obra.

—¿Me tomas el pelo? Cualquiera que se precie de ser un entendido en arte conoce sus fotografías. La serie *Los amantes secretos* es... no tengo palabras...

A mi cabeza vinieron las imágenes de unas fotografías que, desde que las vi por primera vez, me dejaron impactado. Se trataba de composiciones de cuerpos

desnudos entrelazados en las que nunca se veían los rostros.

—Mi favorita es la de dos mujeres adormiladas, una recostada sobre la otra... —murmuré, recordándola perfectamente.

—A mí no me dejaron verlas hasta que cumplí veinte años —comentó divertida.

—Son una obra maestra...

—¿Ves? Tengo madera de artista —adujo orgullosa.

—Tienes madera de controladora, dominante y mujer de negocios —la contradije, negando con la cabeza y ella se encogió de hombros.

—Puede ser...

—Anda, deja al maestro —dije, arrebatándole el pincel, que en ese instante estaba impregnado de pintura roja.

Audrey se quedó de rodillas frente a mí y yo, aprovechando la pintura, comencé a dibujar, sin criterio alguno, sobre uno de sus pezones. Tras dar los primeros trazos, lo que había comenzado siendo algo confuso empezó a tomar forma y me vi dibujando unos pétalos de rosa. Mi intención no era otra que mostrarle cómo dibujar algo decente, pero a medida que manejaba el pincel fui concentrándome.

Ella permaneció quieta al darse cuenta y eso me permitió continuar y pasar al otro pecho. En vez de una rosa, dibujé un tulipán, aunque de un amarillo cuestionable, ya que Audrey había mezclado los colores sin ton ni son. Cuando acabé de perfilar las flores, seguí con los tallos, bajando por su cuerpo, realizando intrincadas líneas verdes que acababan justo encima de su sexo.

—Túmbate —le pedí sin mirarla.

Tras recostarse, separó las piernas y permitió que embadurnase su vello púbico con una mezcla de colores, para después difuminar el óleo sobre la piel de alrededor y crear un precioso sol radiante.

—Yo tenía razón... —murmuró y levanté un instante la vista.

—¿Humm?

—Eres bueno —añadió—. Muy bueno.

—Si tú lo dices...

—Y voy a ocuparme de que todo el mundo lo sepa —aseveró.

Me encogí de hombros y, ya que estaba inspirado, pensé que sus piernas también merecían un poco de creatividad. En el muslo derecho dibujé unas mariposas gigantes, que si bien debido al grosor del pincel elegido por ella no pude perfilar como hubiera querido, quedaron preciosas. En la otra pierna pinté un sinfín de estrellas de varios colores y tamaños, hasta que no quedó apenas piel sin cubrir. Cuando me aparté para admirarla, ella sonreía encantada, aunque yo no podía dejar de pensar en las posibilidades de todo aquello que por casualidad había hecho.

—No te muevas ni un milímetro —ordené, levantándome de la cama.

Fui corriendo a por el cuaderno de bocetos y mi taburete. Me senté sin preocuparme de tener todo el pecho embadurnado de pintura y comencé a copiar sobre el papel aquella maravilla. Lamenté no tener una cámara de fotos para

inmortalizar la estampa, pero me las apañé bastante bien con el carboncillo.

—Donatien... —susurró Audrey provocadora, pero si bien me excitaba desde un punto de vista sexual verla así, lo cierto era que la excitación que me producía poder retratarla era mayor, porque así, por una casualidad de lo más inocente, ella me había procurado una magnífica pose.

—Espera un minuto, ya acabo. No te toques o podría borrarse.

—¿Cómo vas a titular este cuadro? —preguntó, moviéndose ligeramente para ponerse cómoda, a pesar de que yo le había pedido lo contrario.

—Eso da igual —contesté distraído, pues mis manos parecían tener vida propia.

—Creo que deberías llamarlo...

—*Mujer recién follada y pintada* —sugerí riéndome y ella negó con la cabeza ante mi ocurrencia.

—No seas bruto; con semejante título sería imposible vender el cuadro —dijo, adoptando un aire profesional—. ¿Qué tal *Soñando despierta*?

Esas dos palabras hicieron que dejara de dibujar en el acto y la mirase fijamente. Respiré. Había dado en el clavo. Puede que no tuviera ni un ápice de talento como pintora, pero como mujer de negocios y visionaria saltaba a la vista que Audrey iba a dejar a más de uno (incluyéndome a mí) sin habla.

—¿No te gusta? —inquirió ante mi silencio.

Tiré mi cuaderno al suelo, me acerqué a la cama y, antes de que pudiera reaccionar, me acosté sobre ella, estropeando mi propia obra, para besarla apasionadamente.

—Audrey... —gemí, cuando me rodeó con los brazos, tirando de mí para que la besara de nuevo.

Al entrar en contacto, toda la pintura que decoraba ambos cuerpos comenzó a mezclarse hasta formar un solo y cuestionable color negruzco que nos hizo reír.

—¿Necesitas más inspiración? —ronroneó, separando sus muslos en una clara invitación.

Me eché a reír a carcajadas.

—Lo que vamos a necesitar es un jabón especial para quedar limpios —dije de buen humor, mientras la penetraba despacio, antes de añadir—: Pero sí, voy a inspirarme un poco... más.

El marido infiel

Miro por encima del hombro. Ella sigue dormida. Mejor, así no tendré que esforzarme en recordar su nombre ni en despedirme. Anoche, cuando le propuse subir a la habitación conmigo, le dejé muy claras las condiciones, pero nunca está de más ser precavido y evitar situaciones incómodas. La experiencia me ha enseñado que no todas piensan lo mismo por la mañana. Y no quiero ser desagradable. Aunque es cierto que son muy pocas las que cambian de opinión.

La que ahora descansa en la cama me dejó bien claro, cuando tomaba su segunda copa, que sólo buscaba lo mismo que yo: un buen polvo o, dicho de otro modo, follar sin inhibiciones. Justo lo que necesitaba, por lo que, tras tomar nuestras consumiciones, subimos a la habitación.

Todo se desarrolló según lo previsto, buen sexo, intenso, sin complicaciones y con ataduras sólo físicas, nada de emocionales. En una palabra: satisfactorio.

Son casi las ocho de la mañana y si me doy un poco de prisa puedo llegar a casa a la hora de comer. Así que, tras una ducha rápida, me visto en silencio y abandono la habitación sin despedirme. Sé que no es necesario.

Un desayuno frugal en la cafetería del hotel y enseguida arranco el coche.

Tengo ganas de llegar a casa. Me paso la mayor parte de la semana viajando. Como comercial de recambios para automóviles, mi trabajo consiste en visitar a multitud de clientes, realizar los pedidos y, por supuesto, aclarar dudas o buscar referencias extrañas.

Me gusta este trabajo, pero paso demasiados días fuera de casa, alejado de mi mujer. Sí, estoy casado, desde hace cinco años para ser exactos.

Cada vez que en uno de mis viajes, no siempre, acabo follándome a una desconocida, debería aparecer el sentimiento de culpabilidad. Sin embargo, hace ya mucho tiempo que no me ocurre, porque la relación con mi esposa es un tanto peculiar. La quiero, eso ante todo, pero Úrsula es una mujer demasiado convencional. Es perfecta en todos los aspectos. Tiene su propio negocio, una floristería que cuida y atiende con esmero. Como amiga es la mejor. Convivir con ella da gusto, pues nunca se queja de mis ausencias ni tampoco me atosiga a llamadas para saber dónde o con quién estoy. Se lleva bien con mi familia, incluso mejor que yo.

Pero como amante es tímida, insegura, clásica, poco imaginativa, en una palabra: decepcionante.

Al principio no le di mayor importancia, pues yo tampoco buscaba mucho más. Nos casamos, al menos por mi parte, muy ilusionados y con ganas de estar juntos, compartirlo todo y demás tópicos reinantes.

Y en cierta manera lo hemos conseguido. Sin embargo, yo, por casualidad, en uno de mis viajes conocí a una mujer y no sé si llevado por el cansancio, una mala semana laboral o estar fuera de casa, bebí más de la cuenta y acabé en la habitación con esa desconocida.

Me dejé llevar, pero no como cualquiera habría previsto. Aquella mujer era una especie de terremoto sexual. No sólo follamos, fue mucho más que insertar la ficha A en la ranura B. Cuando regresé a mi casa, sentí por un lado la culpabilidad de lo ocurrido, pero por otro fue tal la liberación que experimentaba, que desde ese instante empecé a buscar emociones cada vez más fuertes, eso sí, dejando de lado a mi esposa. No por gusto, sino por temor a que ella se enfadara por haberme acostado con otra y me juzgara por el tipo de sexualidad que empezaba a gustarme.

¿Podía habérselo planteado a ella? Pues sí, seguramente. Pero conociéndola, Úrsula, aparte de haber abierto los ojos como platos, se habría sonrojado y negado, pues, para ella, el sexo sí era, como para mucha gente, insertar la ficha A en la ranura B.

Así que opté por seguir explorando mis inquietudes, siempre al margen de mi esposa. Contacté con mujeres que podían ofrecerme no sólo experiencia, sino también la seguridad de que no habría consecuencias posteriores. Y, pese a todo, el sentimiento de culpa era mínimo, tan mínimo que ya ni se presentaba.

He descubierto muchos tipos de placeres, participado en encuentros múltiples en los que nada parecía vetado y experimentado el sexo en numerosas variantes. He disfrutado de tríos, ataduras... He jugado a ser sumiso o a ser dominante. Todo, he probado cualquier opción hasta definir muy bien mis preferencias.

Pero siempre he vuelto a casa, como ahora, junto a Úrsula, a la que sigo queriendo y a la que abrazo nada más llegar y con la que me gusta compartir momentos íntimos. Estoy convencido de que ella no necesita nada más.

Todo esto me va pasando por la cabeza mientras conduzco de camino a casa. Apenas me faltan cien kilómetros para llegar y aprovecho para llamarla.

—Hola, Marc —responde Úrsula y su voz se oye por los altavoces del coche—. Espero que me llames desde el manos libres.

—Sí, tranquila —murmuro y esbozo una sonrisa. Siempre tan respetuosa con las normas.

—¿Cuándo llegas?

—Con un poco de suerte, a la hora de comer estaré ahí —respondo.

—Vaya... Hoy no como en casa, tengo mucho lío en la floristería —dice con voz apenada.

—No pasa nada —murmuro—. Nos vemos esta noche.

—Te quiero, Marc —añade y sé que es sincera.

—Y yo a ti —contesto con una sonrisa.

Corto la comunicación y me concentro en la carretera.

Al entrar en casa, voy directo al dormitorio y dejo la pequeña maleta a un lado. El

primero en saludarme es *Tobías*, el gato más inquieto del mundo. Nada más verme, se pega a mí, restregándose contra mis piernas y ronroneando encantado. Como lo conozco, sé que me está haciendo la pelota para que le dé de comer y después le abra la ventana y así salir un rato a vagabundear por el patio de luces. No lo culpo, pues todo el día encerrado en casa el pobre se aburre; lo que no entiendo es cómo, tras haberlo esterilizado, sigue con el mismo ímpetu de siempre.

Me deshago del traje y, con ropa cómoda, deambulo por casa. Todo está ordenado, en su sitio. *Tobías* me sigue y maúlla para llamar mi atención, pero no cedo.

Tras comer algo ligero, aprovecho para echarme una siesta. Un privilegio que pocos días puedo permitirme. Justo cuando voy a tumbarme, oigo un pitido y veo que mi móvil se está quedando sin batería. Como no tengo ganas de abrir la maleta, busco un cargador en la mesilla de noche, porque seguro que *Úrsula* tiene uno a mano (a organizada no la gana nadie), meto la mano sin mirar y tanteo. Frunzo al cejo al tocar algo extraño, con forma de «Y», de textura rugosa. Me acerco y abro los ojos como platos al ver un consolador de doble cabeza, color azul intenso y de un tamaño preocupante.

No es la primera vez que veo uno, ni que lo utilizo, ya puestos, mi sorpresa viene porque lo he encontrado en el cajón de *Úrsula*. El último sitio donde lo habría imaginado.

Cierto que yo nunca registro sus cosas, ni ella las mías, cada uno tenemos nuestro espacio personal, de ahí que ella lo haya dejado con tranquilidad junto a la cama.

Sostengo el aparato entre mis manos y giro la base. *Tobías* levanta la cabeza al oír el zumbido, pero al ver que no se trata de nada peligroso, se queda tumbado a los pies de la cama.

—¿Tú sabías algo de esto? —le pregunto al gato, sintiéndome gilipollas, y *Tobías* mueve la cola.

No sé qué pensar. Puede que se trate de un regalo de alguna amiga... Pero no puede ser, de no haberlo querido, *Úrsula* en vez de guardarlo se habría deshecho de él.

Con el aparato en las manos, empiezo a darle vueltas al asunto y se me pasa por la cabeza una idea peligrosa: registrar sus cosas. Sé que está mal, mi mujer tiene derecho a sus secretos, pero ¿y si *Úrsula* no es lo que parece?

—Eso es imposible —me digo convencido.

Guardo el aparatito en su sitio, decidido a no hurgar entre sus cosas, pero al hacerlo veo un tubo de lubricante.

—¡Joder! —exclamo agarrándolo—. ¡Y encima está por la mitad!

Eso ya es una prueba definitiva, pues de haber encontrado el envase sin empezar, podría volver a considerar la teoría del regalo, pero no, está usado.

Respiro profundamente y mando a paseo la idea de echarme una siesta. Con un poco de suerte, *Úrsula* no regresará a casa antes de las ocho, eso quiere decir que

tengo tiempo de sobra para buscar.

De pie en medio del dormitorio, miro a mi alrededor intentado dilucidar qué sitio sería el más idóneo para comenzar. No quiero desordenar sus cosas y menos aún que termine sospechando.

Llevado por una especie de lógica basada sin duda en tópicos, voy directo al armario y abro el cajón de su ropa interior. Sus bragas (sencillas, nada de lencería picante) están ordenadas, igual que el resto, sujetadores y medias. Cada prenda en su compartimento.

Continúo mirando y nada de nada. Frunzo el cejo. ¿A ver si va a ser cierto eso de que las mujeres, cuando tienen una aventura o quieren ocultar algo son más inteligentes y cuidadosas que los hombres?

Mosqueado por la falta de éxito, me quedo sentado en el suelo, delante del armario, con las puertas abiertas. Lo examino todo con la mirada, tiene que haber algo que me dé una pista... *Tobías* no se separa de mí. Lo miro de reojo; de haber algo, seguro que él lo sabe.

—Qué pena que no puedas hablar —murmuro, cogiéndolo en brazos.

Me quedo disfrutando de la textura de su pelaje negro, sintiéndome como el malo de la película por invadir la intimidad de mi esposa y muy frustrado por no haber encontrado nada concluyente.

Entonces me fijo en la maleta del altillo. Está colocada a la perfección, pero hay algo que no cuadra... La profundidad del armario es mayor que la de la maleta, por lo que no tiene sentido que esta esté en el borde de la balda.

Tobías protesta cuando lo aparto de mi regazo de mala manera y me pongo en pie, emocionado, por si encuentro lo que tanto busco. Muevo la maleta y la bajo al suelo para abrirla ansioso.

—Mierda... —mascullo, pues está vacía.

Al dejarla de nuevo en su sitio, la empujo hacia atrás y noto que algo impide meterla.

Gruñendo, voy al aseo a por un taburete y así consigo llegar.

Y ahí está, en el fondo del armario, un pequeño maletín azul, un poco más grande que uno de ejecutivo. Tiene que ser eso, me digo animado.

Sentado de nuevo en el suelo, respiro y presiono los dos cierres. Sé que estoy solo en casa y aun así miro por encima del hombro como si fuera un ladrón. Levanto la tapa con cuidado, nervioso. Sé que estoy siendo ridículo.

—Joder... —silbo.

Lo que veo me deja atónito. Para empezar, una fusta pequeña de color rojo y un antifaz a juego. Lo saco y lo dejo a un lado con cuidado. Debajo, un sujetador con las copas recortadas y unos cubrepezones.

Me paso la mano por la cara, porque esto no tiene nombre.

Sigo fisgando. Encuentro más productos típicos y muy realistas. Un par de dildos anales de silicona, uno de tamaño aceptable, el otro, preocupante. Aceites para

masaje, un vibrador de tamaño un pelín desproporcionado, según mi parecer, y al fondo un estuche que tiene toda la pinta de contener cds.

En efecto, dentro veo media docena de dvds, cada uno con una fecha escrita a mano. El primero es de la semana pasada y coincide con los días en que yo estaba ausente. Además figura en él la palabra EXIT y sé de qué se trata.

El EXIT es un club, digamos que especial. Sólo se puede acceder de dos formas: siendo socio, la más obvia, o bien por invitación, pero no de cualquier socio, únicamente de la dirección.

Eso me deja pensativo. A mí me costó bastante en su momento que me invitaran, fue a través de un cliente. ¿Cómo ha logrado pues Úrsula contactar con esta gente? Porque dudo mucho que alguien le haya pasado grabaciones de lo que allí ocurre sin estar ella presente.

Con el dvd en la mano, me pregunto si estoy preparado para ver el contenido. Por supuesto, la curiosidad vence a la prudencia y, tras echar un vistazo al reloj y ver que aún falta bastante para el regreso de Úrsula, lo recojo todo procurando dejarlo como estaba y me voy al despacho con el dvd.

—No sé si tú deberías ver esto —le digo a *Tobías* cuando inserto el disco en el lector. Él me responde con un miau lastimero, porque no lo dejo sentarse en mi regazo, por lo que se sube a una de las sillas y se pone cómodo.

Los pocos segundos que tarda el reproductor en aparecer en pantalla me crispan los nervios. Por fin empieza a verse algo. Una imagen negra, con una música suave de fondo que reconozco, *Love Is a Losing Game*^[7]. El negro da paso a unos tacones rojos avanzando despacio. Todo muy sutil y, a medida que el plano se abre, aparecen unas piernas femeninas de esas que harían babear a cualquier mortal. Y tras las piernas viene un culo de lo más apetecible, y una espalda casi desnuda, hasta completar la visión de un cuerpo que me empieza a resultar familiar. Hay una pausa, como si quisieran buscar una posición para dejar la cámara fija, y entonces ya no me quedan dudas: es Úrsula que, tras volverse, sonrío bajo la máscara. Pero a diferencia de la mujer con la que estoy casado, esta no lleva el pelo castaño liso en un recogido formal, sino que lo tiene suelto, despeinado. Tampoco su lencería se parece a lo que he visto en el cajón del armario.

Se me seca la boca, ese culote rojo de imitación de piel es para caer de rodillas.

La secuencia avanza hasta ver cómo ella se sienta en un enorme sillón rococó. Uno de esos sillones que evocan decadencia por los cuatro costados. Parece que ha hecho una entrada triunfal, pues no deja de sonreír, de humedecerse los labios y de adoptar posturas a cada cuál más sugerente.

—Joder... —mascullo y me doy cuenta de que me he empalmado. Lógico, ¿quién es el valiente que aguanta semejante vídeo y permanece inmune?

Entran en escena dos hombres desnudos, uno de color, y ya listos para la acción.

Se sitúan uno a cada lado, de rodillas. Entonces desciende el volumen de la música. Ella los acaricia y ellos responden deslizando las manos por sus piernas y desde ahí van ascendiendo hasta llegar a su pecho. Cada uno se ocupa de acariciarle una teta. Se me seca la boca al verlo. Y mi polla no puede estar más dura.

—¿Quieres chupar? —le pregunta ella con la voz más erótica del mundo, una que por desgracia no le he oído nunca, al hombre de color, que asiente entusiasmado.

Ha sido el afortunado o el que mejor ha sabido tratar su pezón, pues ella, cual diva, se inclina hacia él y el otro tiene que conformarse con mirar.

El hombre succiona con ahínco y ella gime muy bajito. Se muerde el labio y acaricia al pobre infeliz que se ha quedado con las ganas. Por lo visto, el rubito no pillaba teta. No deja de mirar a su compañero y, cuando hace amago de tocarse, ella lo reprende.

Úrsula aparta al tipo con indolencia y se pone en pie, entonces cambia la música. Nada de una melodía suave, pasa a ser mucho más fuerte, más roquera. El rubio lleva las manos a la cremallera oculta en el costado del culote y se la baja con los dientes.

—Vaya habilidad... —murmuro y, sin poder evitarlo, meto la mano dentro de mis pantalones de gimnasia. Agarro mi erección y comienzo a masturbarme despacio.

No sé yo si el ritmo endiablado de *Psycho*^[8] es lo que necesito para seguir viendo el vídeo, pero soy incapaz de apagarlo. La cámara no se mueve, no hace falta, ahí está Úrsula, desnuda por completo ante mis ojos, con el vello púbico recortado, muy diferente del que muestra cuando está conmigo, balanceándose y dejando que sus dos admiradores babeen. Y no me extraña, pues yo me encuentro en una situación similar.

Ellos comienzan a besarla y a acariciarla entre las piernas, mientras ella les tira del pelo con verdadera saña.

—Eso tiene que doler —digo, haciendo una mueca.

Los dos parecen pelearse por acceder con la lengua entre sus piernas y yo, la verdad, lejos de sentir celos o enfado, lo que siento es una puta envidia que no me tengo.

Por lo visto, mi mujer es una dominatrix y yo sin saberlo, y, lo que es peor, sin disfrutarlo.

Mi mano va por libre, me estoy masturbando con todas las letras, mientras a mi mujer le comen el coño dos tipos. De locos, no tiene otra explicación.

—Aún no he decidido cuál de los dos me va a follar primero —susurra, apretándose ella misma los pezones y mirando a los dos tipos, que, aparte de estar cachondos, no le quitan la vista de encima y demuestran su absoluta devoción por ella.

Estoy a punto de correrme, lo noto y no debería, pues tendría que estar subiéndome por las paredes en vez de meneármela como un poseso. Me reclino en la silla de oficina y, sin dejar de mirar la pantalla, libero por completo mi polla y ya sé que no voy a poder parar.

El rubio se tumba a sus pies y Úrsula levanta un pie para desplazarlo despacio

hacia su entrepierna. Contengo la respiración cuando presiona con el tacón de aguja sobre los huevos del pobre hombre. El tipo gime y ella sonrío sin dejar de presionar.

—Más fuerte —pide el insensato.

Mi erección debería ser ya historia, pues nunca me han apasionado tales prácticas, sin embargo, ver a mi mujer dominar a un par de tíos me pone a mil por hora.

El tipo de color se masturba observando la escena. Úrsula lo priva de tan cuestionable placer, para colocarse de rodillas y chupársela, supongo que para compensarlo.

Definitivamente me muero de envidia. Ver su boca tragársela con verdadero estilo, poner morritos, cara placentera... Yo quiero ocupar, sin lugar a dudas, el puesto de ese hombre. Incluido el sufrimiento previo, con tal de obtener tan estupenda recompensa.

—¿Me vas a dejar así? —pregunta él cuando ella se aparta justo en lo mejor.

—Sí —contesta altiva en tono ronco y se pone en pie para dirigirse hacia el otro sumiso, que aguarda impaciente, como no podía ser de otro modo, a que le preste atención.

Úrsula lo conduce como si fuera un perro bien adiestrado hasta la silla y allí lo empuja para que se siente. Por supuesto, obedece, y ella le hace un gesto al rubio para que se acerque. Este lo hace gateando y se la chupa a su compañero, recibiendo como premio unos buenos azotes.

—Joder...

Ella se recrea observándolos o provocándolos. Besa al tipo de color, le tira del pelo, le pellizca una tetilla o se entretiene atizando al rubio, agarrándole la polla y masturbándolo con fuerza. Y ellos lo aceptan encantados.

Cuando parece aburrirse, aparta al chico rubio tirándole del pelo y le da un condón.

—Pónselo, quiero follármelo primero a él —le dice y el joven acata la orden.

Nada más hacerlo, ella se sube a horcajadas sobre el otro y se deja caer. Echa la cabeza hacia atrás, extasiada, y el hombre la agarra del culo. El contraste entre la piel pálida de Úrsula y sus manos oscuras es increíblemente morboso.

El rubio se coloca detrás. Muerde el hombro de ella, le acaricia la espalda y juega con un dedo en su ano mientras el otro se la folla.

—Joder... —mascullo, tensando la mandíbula.

—Ve preparándote —le dice ella, gimiendo.

Gime y grita mientras se va posicionando para dejar su trasero expuesto. El que se la está follando, le separa los glúteos y el rubio se pone un condón que unta de lubricante.

Espera quieto. Úrsula sigue montando al afortunado con movimientos eróticos, precisos, y se oyen los jadeos de ambos así como el gemido lastimero del que aún espera su turno. Y, por supuesto, me lamento sin poder parar de tocarme.

Entonces ella gira la cabeza, le sonrío al rubio y, sin decir una palabra, le indica

que ya puede penetrarla. Se posiciona y el hombre de color separa sus glúteos para que todo resulte más fácil. El rubio empuja sin titubeos, metiéndosela en el culo y logrando encajar a la perfección, tanto que el grito de éxtasis de Úrsula hace que mi mano se cierre en un puño y mis caderas se muevan hasta correrme delante del ordenador.

Me limpio con la camiseta y me quedo algo más relajado, pero no lo suficiente. Sigo sin apartar la mirada de la pantalla. No veo la cara de ella, pero por sus gemidos y movimientos intuyo que está al borde del orgasmo. Los dos tipos son implacables y sigo sintiendo una envidia difícil de manejar.

Úrsula grita, les pide que vayan más rápido y se mueve encantada; el que le está dando por detrás se aparta y eyacula en su espalda. El otro le clava las manos en la cintura y ella se deja caer hacia delante, sin duda satisfecha.

El rubio le da un beso en el hombro, para después acercarse caminando hasta la cámara y apagarla.

Me quedo como un tonto, mirando la pantalla negra.

Yo nunca me la he podido follar por detrás. Lo he pensado, joder, claro que sí, pero nunca me he atrevido ni siquiera a insinuarlo. Parpadeo sin salir de mi asombro. Se me ha puesto dura otra vez, no obstante, tendré que controlarme. Me subo el pantalón y no se me ocurre otra forma de liberar la tensión que ir al gimnasio y machacarme un buen rato.

He de devolver el dvd a su sitio, pero no sin antes hacer una copia en mi ordenador. Por supuesto, pienso visionar todos los demás discos que mi esposa oculta. Pues me pica la curiosidad por saber de qué ha sido capaz.

Antes de marcharme al gimnasio, le dejo una nota por si llega a casa antes que yo y le pongo comida a *Tobías*, que el pobre anda como loco.

Bueno, en eso andamos parejos los dos «machos» de la casa.

Espero que una buena sesión de ejercicio me ayude a calmarme, pues no sé cómo voy a poder conciliar el sueño esta noche, cuando vuelva a ver la imagen tímida y casi inocente de mi esposa y recuerde la que he tenido el placer de contemplar en vídeo.

Al parecer, cuarenta y cinco minutos de *kick boxing* han funcionado. Mi testosterona anda en niveles tolerables y, tras la ducha en el gimnasio, he aprovechado para tomar una cerveza con dos compañeros y olvidarme de mi mujer, o, mejor dicho, de lo que hace mi mujer cuando yo no estoy.

Sin embargo, de camino a casa he ido rumiando posibles explicaciones a toda esta extraña situación y no hay ninguna que me satisfaga. Me gustaría plantearle el tema de forma abierta. No obstante, siento cierto temor.

—Marc, ¿eres tú? —me pregunta nada más que entro en casa.

Oír su voz habitual, serena, bien modulada, no tendría por qué excitarme, pero a

la mierda el ejercicio. Dejo la bolsa de deporte en el suelo y me dirijo a la cocina. *Tobías* maúlla al verme. Me quedo apoyado en el marco de la puerta, observándola. El gato se frota contra mis piernas y yo no aparto la mirada de su trasero, el mismo que aún no he tenido la oportunidad de follarme, pero que aun cubierto por esos sencillos y anodinos pantalones azul marino, sabiendo lo que sé, me inquieta.

—¿Qué haces ahí parado? Échame una mano —me dice ella, sonriendo de medio lado.

Estoy a punto de decirle la verdad: que estoy imaginándola desnuda, encima de la mesa de la cocina, mientras le arranco esa blusa de chica formal y la inmovilizo con ella, para después abrirla las piernas, caer de rodillas y comerle el coño hasta que grite.

—Nada —murmuro acercándome.

Le doy un beso en la mejilla, como cada noche cuando estoy en casa, y ella me lo devuelve con una sonrisa.

—¿Qué tal te ha ido la semana? —inquire amable.

Todo es rutina, siempre hablamos. Al estar separados varios días, comentamos pormenores de nuestros respectivos trabajos. Lo cierto es que el mundo de los repuestos del automóvil no es un tema de conversación apasionante, pero Úrsula me escucha atenta, igual que yo a ella cuando me cuenta anécdotas de la floristería.

Esos momentos son los que hacen que yo, a pesar de mis aventuras, siempre regrese a casa con ella, pues estoy convencido de que es a la única a la que puedo querer. Y sé que además es recíproco. Ahora bien, el descubrimiento de esta tarde me tiene en un sinvivir.

Me ocupo de recoger la cocina mientras ella aprovecha para tender la ropa. Cuando todo está listo, me voy un rato a mi despacho para ocuparme de unos papeles, obligaciones de ser autónomo. Según mi agenda, no tengo que viajar hasta dentro de cuatro días, lo que me permitirá ponerme al día con los pedidos y dejar la facturación hecha. También aprovecharé para llevar el coche a revisión, pues a pesar de tener sólo año y medio, ha hecho más kilómetros que la maleta del fugitivo.

Consigo concentrarme, con bastante esfuerzo, todo sea dicho, pues la tentación de volver a visionar el vídeo es un canto de sirena. Con los deberes hechos, recojo mi mesa y respiro, no sé si aliviado, por no haber sucumbido a la tentación, eso sí, consciente de que ahora me enfrento a otra.

Úrsula está en la cama, leyendo. Como todas las noches. Con las gafas de lectura parece aún más seria. Sonríe levemente cuando me ve entrar y vuelve a fijar la vista en su libro (es una lectora empedernida, no como yo, que sólo leo por obligación). Por lo poco que veo, no se ha puesto nada provocador. Nunca lo hace, por lo general utiliza pijamas con motivos sencillos o incluso con estampados de dibujos animados. He de reconocer que a veces, seducir a «Hello Kitty» me supone cierto dilema moral. Pero ella intuye que, tras haber estado unos días separados, yo tengo ganas de mambo. Lo que no sabe es de qué tipo de mambo, porque ando revolucionado.

Me acuesto en mi lado y, en vez de dejarme los bóxers puestos, los lanzo a tomar por saco. Por supuesto, se ha dado cuenta de ello, pero se comporta como si nada. Úrsula nunca inicia un acercamiento, sólo lo hizo una vez. Nuestra primera vez. Soy yo quien da el primer paso. Que conste que no me importa, pero supongo que eso tiene que empezar a cambiar.

—¿Te queda mucho? —le pregunto, muy consciente de que eso es lo peor que le puedes decir a alguien que está sumergido en la lectura, pero mi impaciencia no me deja ser educado.

—Mañana tengo que madrugar —murmura y sé que es una excusa en toda regla.

—Por eso lo digo —añado servicial.

Úrsula busca el marcapáginas y deja el libro sobre la mesilla de noche. Me da un ligero beso en los labios, murmura un «Buenas noches» y apaga la luz.

Yo, como cabrón oportunista que soy, me arrimo a ella y me pego a su cuerpo. Úrsula y yo tenemos una especie de comunicación no verbal; cuando me da la espalda quiere decir que no está de humor para follar. Bueno, en mi presencia nunca utilizaría ese término, pero como he sido testigo de su verdadera personalidad, voy a intentar provocarla.

—Marc... —protesta, cuando le pongo una mano en el muslo e intento colarla por debajo de su pantalón corto.

Mientras, sin ceder a sus reticencias, voy buscando su cuello y mordisqueo aquí y allá. Emite un pequeño suspiro, yo creo que de resignación, y, aunque me cabrea bastante que ceda sólo por cumplir su obligación, esta vez lo pasaré por alto, pues tengo una misión que llevar a cabo.

Me las apaño para bajarle los pantaloncitos, junto con las bragas, y ella, consciente de que no voy a ceder, se da la vuelta y se coloca boca arriba. No me hace mucha gracia tanta sumisión, es más, me joden bastante actitudes como esta. Quedarse como si fueran muñecas hinchables, esperando que uno se desahogue sin más, es de otro tiempo, pero Úrsula, como muchas, lo hace y no sé por qué.

La acaricio de forma suave justo por encima del vello púbico. Vello que, por otro lado, ahora que sé bien a qué juega, entiendo que lleve tan corto. Bueno, me da igual, cuando esto avance, le pediré que se lo rasure por completo. Tiemblo al pensar en recorrer con la lengua cada centímetro de su sexo depilado. Incluso se me ocurre hacerlo yo mismo, ella abierta de piernas y yo, con sumo cuidado, despojándola de todo el vello.

Me coloco encima y Úrsula, que no está muy por la labor, separa las piernas, invitándome, no a follarla, sino más bien a que acabe pronto. Desesperante, pero no lo suficiente como para desistir.

—Marc, cariño... —musita con ternura.

Pues esta noche ternura más bien poca, me digo en silencio.

La beso, primero despacio, como es la costumbre. Sin embargo, poco a poco me vuelvo más agresivo. Tengo que despertar su lado más salvaje. Gime y se revuelve un

poco. Excelente. Doy mi siguiente paso, sujetándola de las muñecas y, con brusquedad, le elevo los brazos por encima de la cabeza mientras empujo con la pelvis, eso sí, sin penetrarla.

A pesar de estar en penumbra, me doy cuenta de que abre los ojos sorprendida, pero lejos de apartarme por mi inusual comportamiento, disimula sus ganas de tomar las riendas. Sé que estoy jugando una partida con las cartas marcadas y eso me encanta. Creo que voy a disfrutarlo como hace mucho tiempo que no lo hago.

Mi agresividad aumenta cuando le muerdo el labio inferior sin soltarle las muñecas. Úrsula arquea la pelvis y roza mi erección; ya no es tan indiferente. La miro serio.

—Me muero por follarte...

Da un respingo, como esperaba, pues nunca le digo cosas así. Por lo general, antes me mordía la lengua y optaba por fórmulas más moñas, tipo «Quiero hacerte el amor». Se acabó. Ella parpadea, no sólo por el tono tan marcadamente erótico, sino por el lenguaje explícito.

—Marc...

Gime mi nombre y vuelvo a besarla con el mismo ímpetu o incluso más. Qué coño, la deseo y no quiero contenerme. Vuelve a arquearse bajo mi peso. Sé lo que quiere, pero va a ser que no. Todavía tengo que hacer un par de comprobaciones más.

—Quédate así —exijo, haciendo fuerza sobre sus brazos.

Asiente no muy convencida. Sin duda en su interior se libra una batalla entre lo que viene siendo una costumbre a la hora de acostarse conmigo y mi actitud.

Le muerdo la barbilla a modo de adelanto. Jadea y me deslizo hacia abajo, a la altura de sus pechos. Le advierto con la mirada que no baje los brazos. Intuyo lo mucho que le está costando mantenerse de ese modo, habida cuenta de sus tendencias dominadoras. Casi sonrío al pensarlo.

Beso con delicadeza cada pezón. Una maniobra de confusión en toda regla, pues acto seguido presiono con los dedos y aprieto.

—¡Marc! —chilla.

—¿Sí? —murmuro con voz de no haber roto un plato.

—¿Qué... qué haces? —pregunta entre jadeos.

—Ponerte cachonda.

Da un respingo ante mi cruda respuesta y yo pinzo de nuevo.

Su reacción me encanta. Ha abandonado, aunque no del todo, su habitual moderación. Joder, la tengo tan dura que el roce de las sábanas está siendo una tortura, pero debo contenerme sólo un poquito más antes de penetrarla.

Sustituyo mis dedos por la boca y comienzo a succionar con verdadera fuerza sin detenerme a pensar en el dolor, aunque por cómo se retuerce me da la impresión de que está disfrutando como una loca.

Su respiración, pareja a la mía, es un síntoma de su excitación. Me encanta saberlo, pero deseo comprobarlo y, al tener las manos libres, meto una entre sus

muslos y es mi turno de gemir al encontrarla tan mojada.

—Estás empapada —susurro, antes de introducir un dedo en su sexo.

—Sí... —suspira agradecida.

Joder, ¿cómo he podido ser tan imbécil durante tanto tiempo?, me pregunto sin dejar de masturbarla. La he tratado como a una taza de porcelana y resulta que Úrsula buscaba otra cosa. Aunque, maldita sea, yo no soy el único culpable. ¿Por qué nunca me ha mencionado nada?

No tengo yo la cabeza como para responder a tales disquisiciones, así que añado un dedo más. Está tan mojada que se resbalan con mucha facilidad. Estoy tentado de deslizarme hacia atrás, con todos sus fluidos, no sería muy difícil tantear su culo, sin embargo, no quiero mostrar todas mis cartas esta noche.

—Marc... por favor...

Joder, su ruego me ha sonado más erótico que nunca.

—¿Sí?

—¿Podrías...? —titubea y añado un tercer dedo.

—¿Qué quieres? —inquiero, sabiéndolo a la perfección.

No sé si se atreverá, pero por si acaso le proporciono un motivo más para lanzarse. Le doy un golpecito justo encima del clítoris, al tiempo que tiro de un pezón con los dientes. Vuelve a gritar, se muerde el labio y baja los brazos para tirarme del pelo.

—Por favor... —insiste mimosa.

No tenía pensado llegar tan lejos, pero en vista de su comportamiento, creo necesario un poco más de presión. No lo dudo y me deslizo hacia abajo. Antes de que grite mi nombre, tengo la boca sobre su coño y comienzo a saborearla.

Úrsula nunca se muestra cómoda con el sexo oral, es más, cuando a veces, casi por obligación, me chupa el pene, lo hace de forma rápida y se limita a pequeños roces con la lengua o besitos en la punta. No niego que a veces me ha parecido gracioso, pero en otras ocasiones lo que deseaba era correrme en su boca como está mandado, algo que nunca ha sucedido, de ahí que ella tampoco quiera que yo le coma el coño. Piensa que de ese modo no se verá obligada a corresponderme. Pues va lista, no tiene por qué ser esta misma noche, pero mi querida esposa va a tener que hacerme una mamada en condiciones. Hasta el final.

Continúo entre sus muslos, lamiéndola encantado, aunque por los jadeos, más o menos contenidos, sé que es ella quien disfruta como una loca. No deja de repetir mi nombre, lo cual se agradece y, cómo no, anima a continuar, no obstante, necesito pasar al siguiente nivel.

En un ágil movimiento, me coloco frente a frente y, sin darle tiempo a nada, la beso, comparto con ella su propio sabor. Úrsula no me rechaza, como era de prever, más bien todo lo contrario y noto sus uñas en mis hombros.

Joder, qué pasada, estaba hasta la peineta de hacerlo con ella de forma anodina, casi nos habíamos convertido en compañeros de piso. Seguramente tendré que

replantearme mi rutina de follarme a otras cuando estoy de viaje, pero no quiero adelantar acontecimientos ni lanzar las campanas al vuelo.

—Marc... oh, Marc...

No lo va a decir, lo presiento. Me encantaría oírle gritar «¡Fóllame bien fuerte!». No obstante, por hoy puedo darme por satisfecho. Creo que ya he probado algunas de mis teorías, dejemos el resto para otro prometedor momento.

Me agarro la polla, alzo la vista para no perderme ni un detalle, y me froto contra su coño, presionando pero sin penetrarla. Úrsula me mira entrecerrando los ojos. Está sonrojada y respira de forma entrecortada. Percibo su tensión, cómo se controla para no gritarme y yo disimulo mi satisfacción.

—¿Esto es lo que quieres? —gruño.

La penetro sin pasos intermedios. Con brusquedad. Me retiro y vuelvo a empujar, imprimiendo en el movimiento toda la fuerza de la que soy capaz. Quiero oírle gritar y no dudo en besarla de forma dura, casi dolorosa, antes de volver a elevar sus brazos.

Ella cierra los puños, sin duda quiere rebelarse, pero se contiene. Aprieto sus muñecas y sigo follándomela a lo bruto. Mis embestidas son constantes, al igual que nuestros jadeos. La cama, pese a su consistencia, traquetea como nunca. Úrsula mantiene los ojos entrecerrados, su expresión de desconcierto ante mi actitud se mezcla con la de placer.

No voy a aguantar mucho más, lo siento. Como si por la tarde no me hubiera corrido en mi despacho, como si la noche anterior no hubiera follado con una desconocida.

—Úrsula... —jadeo, antes de embestir por última vez y ella me atenaza con los muslos, sin duda ha alcanzado el clímax.

Caigo sobre su cuerpo empapado de sudor e intento regularizar mi respiración. Ha sido un polvo antológico, de los que hacen historia, pero no pienso conformarme con esto. Ya veré la forma de que la intensidad aumente. Ruedo a un lado, no sin antes darle un beso en los labios, uno tan primitivo como cariñoso. Porque, maldita sea, la quiero y en ese momento se me ocurre una idea que puede ser definitiva.

—¿Por qué no te vienes de viaje conmigo la semana que viene?

—¿Humm? —suspira, sin hacerme mucho caso, la verdad.

La miro de reajo, aún permanece con los ojos cerrados, boca arriba. Supongo que procesando lo ocurrido.

—Tengo que ir a la costa —prosigo, dando forma a mi plan—. Serán cuatro días, incluso podríamos quedarnos algunos más, como una segunda luna de miel.

—No es posible —dice finalmente—. La floristería...

—Silvia puede quedarse sola —le digo, refiriéndome a su empleada.

—La tengo contratada a media jornada —alega y sé que está buscando excusas.

Eso significa dos cosas: una, que tiene programado algún encuentro, y dos, que yo me las voy a tener que apañar para regresar antes y ver si con un poco de suerte

consigo más información.

—Es una pena —murmuro, para que se quede tranquila.

—La próxima vez iré contigo —dice a modo de promesa.

Se cubre con la sábana, se acerca a mí, y tras murmurar un «Te quiero, Marc», me da un beso rápido y se dispone a dormir.

A ver qué pasa.

Hoy ha sido uno de esos días en los que todo parece salir mal, pero no pierdo la esperanza de que mejore. Y esa mejora tiene nombre de mujer: Mariola. Una amiga y/o amante medio fija. Nos vemos una vez al mes. Trabaja como administrativa en un concesionario multimarca que figura entre mis clientes. Está casada, como yo, y cuando nos conocimos, hace ya un par de años, conectamos, una cosa llevó a la otra y acabamos en mi hotel, follando toda la noche.

Su marido es camionero y lo ve una semana al mes. Ella dice que un día de estos pedirá el divorcio, pero intuyo que no tiene mucha prisa, pues su situación es bien cómoda. Tampoco voy a hacerle más preguntas, sólo me interesa lo que puede hacer esta noche por mí.

La he invitado a cenar y, tras charlar un buen rato, me ha acompañado a mi habitación. Y aquí estamos, tomando una copa. Ella se ha quitado los zapatos de tacón y yo la americana junto con la corbata.

—Me parece extraño que tu mano aún no se haya colado debajo de mi falta —comenta animada.

Mariola está bien buena. Se cuida, se maquilla con moderación y viste con el toque justo de provocación para no parecer chabacana. Muestra, insinúa, pero deja parte a la imaginación, lo cual, por supuesto, hace que esta se dispare. Es rubia (teñida), algo más alta que mi esposa y sé de primera mano que sus tetas son operadas.

—A mí también me extraña que aún no estés de rodillas chupándomela —replico con media sonrisa.

Yo continúo de pie, mientras que ella se ha recostado en la cama. La falda tubo que lleva se le ha subido lo justo para mostrarme el final de sus medias. Mariola sabe tentar y, si bien me ha excitado, aún prefiero mantenerme con la bragueta cerrada.

—Bueno, eso tiene fácil arreglo... —ronronea y se pone a cuatro patas en la cama.

Sigue vestida, pero adopta una postura tanto o más sugerente que si no llevara nada encima. Gatea hacia mí y me apunta con un dedo que después se lleva a la boca y se chupa.

Camino despacio hacia la cama, quizá con una actitud un tanto indolente dadas las circunstancias, pero mi ánimo no es el de otros encuentros.

Siento su atrevida mano sobre mi bragueta. Mariola puede ser muy expeditiva

cuando se lo propone, pero no así en esta ocasión. Puede que intuya que mi interés no es el de siempre y por ello busque caminos alternativos para excitarme. Bajo sus atenciones, se me pone dura. Permanezco de pie y ella se pone de rodillas. Me saca los faldones de la camisa del pantalón y comienza a desabotonármela despacio. Con la yema de los dedos, recorre mi cintura, justo por encima del pantalón.

—Intuyo que hoy voy a tener que hacerlo yo todo —ronronea.

Me encojo de hombros, puede que al final me anime. No lo sé.

Sustituye sus dedos por la boca y deja un rastro muy húmedo por mi abdomen, incluso me muerde. Un leve dolor que me ayuda a despertar de mi apatía. Enredo una mano en su cabello y empujo hacia abajo.

Mariola interpreta a la perfección mis deseos y, con pericia, cosa que agradezco, porque me ponen de mal humor las mujeres que creen que deben comportarse como ingenuas, incluida mi esposa, me baja la cremallera de la bragueta y deja caer mis pantalones de vestir. Yo me ocupo de la camisa, que acaba arrugada en el suelo.

—Humm... —musita, recorriendo con la lengua sólo la punta de mi erección.

—Tócate —ordeno y ella, encantada, se mete una mano entre las piernas para masturbarse.

Mariola siempre obedece, es más, disfruta acatando cualquier orden, cuanto más brusca y desagradable, mejor. Aunque de momento me limitaré a indicarle cosas sencillas, hoy no estoy para virguerías.

—¿No quieres comprobar lo mojada que estoy? —pregunta mimosa.

—Después —respondo, obligándola a tragarse mi polla hasta el fondo.

No me decepciona. Sabe muy bien cómo hacerlo sin que le vengan arcadas. Me la chupa con verdadero entusiasmo. No recuerdo cuántos condones tengo en la bolsa de viaje, pero supongo que al menos un par de ellos, pues se merece un buen polvo.

Cierro los ojos y, cómo no, imagino que es Úrsula quien disfruta de mi polla, quien la tiene entre sus labios, ronroneando de placer. He de mordirme la lengua para no gritar su nombre al sentir el primer aviso de que voy a correrme. Mariola es eficiente, no cabe la menor duda.

—Voy a correrme —gruño, embistiendo.

—Eso espero —replica ella, sugerente, y se vuelve más agresiva.

Da gusto follarse una boca como la de Mariola. No es como otras que, cuando estás a punto de eyacular, se apartan, jodiéndolo todo. Por muy bien que me la hayan chupado, si al final no puedo correrme, se pierde parte de la gracia.

Noto sus uñas clavándose en mis pelotas, también pasa la lengua, logrando que sisee de gusto. Juega un buen rato, sabiendo cómo tenerme expectante hasta que vuelve a acogerme en su fabulosa boca. Nada más sentirla sobre mi polla, embisto una última vez, al tiempo que la inmovilizo del pelo para que no se aparte. Soy bruto, lo sé, sin embargo a ella no parece importarle. Se traga el semen sin rechistar e incluso se relame.

—¿Mejor? —me pregunta, incorporándose sobre las rodillas sin dejar de

masturbarse y mirándome con ganas de más.

—Sí —contesto con sinceridad.

—No pareces muy contento —musita.

—Perfecto, como siempre —respondo, porque no se le puede poner ni una pega a su técnica.

Sonríe complacida por mis palabras, pero yo sé que busca algo más. Y por eso me voy en busca de los preservativos.

—Te veo impaciente —comenta, porque regreso junto a ella abriendo el envase mientras camino.

—Date la vuelta y muéstrame ese perfecto culo que tanto me gusta —le pido y ella misma se encarga de subirse la falda lo suficiente como para dejarme el campo libre—. No dejes de tocarte —añado y me coloco de rodillas detrás.

Aún se me tiene que poner dura de nuevo, pero con la panorámica que tengo delante, el tiempo de recarga será mínimo.

Mariola sigue frotándose el clítoris y yo la ayudo, metiéndole un par de dedos. Gime y se contonea encantada. Con la mano libre le doy un primer azote, sé que le encantan, incluso ha habido ocasiones en que me ha pedido que sea más violento. Sólo una vez accedí, pero yo no lo disfruté. Una ración de dolor puede estimular, pero la crueldad no funciona para mí, aunque a ella le encanta. A veces he visto signos muy desagradables en su piel: quemaduras, algún corte y, sobre todo, marcas de látigos con púas (siempre en lugares ocultos bajo la ropa); sin duda hay gente por el mundo sin tantos reparos.

—Deja de meterme los dedos y fóllame —jadea, moviendo el trasero, con lo que se gana otro par de azotes.

—Estoy indeciso... —murmuro, sacando los dedos empapados de sus fluidos.

—Marc, no me jodas... Te la he chupado —me recuerda en tono de advertencia.

Me inclino hacia delante para que mi voz resulte aún más sugerente y musito:

—No tengo claro si follarme tu culo o tu coño.

—No tienes por qué elegir —responde.

Sonrío, tanta disposición me encanta.

Me coloco el condón, pese a que nos conocemos desde hace tiempo, ni loco follo sin protección fuera de casa, y la penetro desde atrás, clavándole al mismo tiempo los dedos en las caderas.

—Sí...

—¿Esto es lo que buscabas? —la provoco, saliendo sólo para frotarme entre sus labios vaginales.

—Me encanta tu polla, ya lo sabes —gime y sé que es sincera.

Bueno, todo lo sincera que puede ser, pues yo sé que no soy el único que se la follo, pero ese detalle me trae sin cuidado.

Comienzo a embestirla y ella aprieta encantada sus músculos internos, sabe muy bien cómo hacerlo. No obstante, yo esta noche quiero sentir aún más presión sobre mi

polla y, ya que me ha dado carta blanca, no dudo en aprovecharme de ello.

Con la lubricación del condón y los fluidos de ella no es necesario utilizar nada más, así que coloco mi erección justo encima de su ano y empujo. Mariola grita encantada y echa el culo hacia atrás. Otro empuje, tan salvaje como el primero y entra por completo.

Ambos entramos en un camino de no retorno y apenas unas embestidas después, ella está al borde del clímax. Yo, tras la mamada, puedo aguantar unos minutos más y eso me permite jugar a sí pero no. A frenar cuando me apetece. A comprobar cómo se desespera...

—¡Marc! —exclama entre jadeos.

—Joder, Mariola, follarte el culo es una pasada —afirmo y sé lo mucho que disfruta cuando hablo de forma explícita, incluso si mis palabras son desagradables.

—Pues aprovecha.

—Estás caliente como una perra —añado, azotándola bien fuerte, tanto que le he dejado la marca en el culo.

—Como tu perra —dice entre jadeos.

Empujo a lo bestia, sin contemplaciones. Mariola grita y se retuerce. Me quedo clavado, echo la cabeza hacia atrás y aguanto unos segundos antes de retirarme. Le acaricio la espalda, ahora con un poco más de consideración, mientras nos relajamos. Como la seguridad manda, me retiro y dejo el condón usado en el suelo.

Mariola se da la vuelta y sonríe con los ojos cerrados.

—¿Sabes?, al principio me habías asustado —comenta.

—¿A qué te refieres?

—Has estado toda la cena bastante distraído y pensaba que quizá hoy no follábamos —añade.

—No te lo niego —murmuro y me encierro en el baño, dispuesto a darme una ducha.

Ella conoce el procedimiento y cuando salga ya estará arreglada. Nos despediremos y listo. No tengo muy claro si volveremos a quedar. Por si acaso le diré hasta pronto como si nada.

En efecto, Mariola no me defrauda, cuando salgo del baño, ya está lista para marcharse.

—Que conste que, si tú quieres, puedo quedarme un rato más —comenta, mirándome de arriba abajo.

Yo he salido del aseo nada más que con la toalla. Con ella no voy a ser remilgado. Niego con la cabeza ante su insinuación.

—Gracias pero no, mañana madrugo —le digo con amabilidad, recurriendo a una verdad a medias, porque esa circunstancia, en otros casos, nunca habría sido un impedimento.

Se encoge de hombros indiferente. Supongo que la he dejado satisfecha.

—Tú te lo pierdes —apostilla y me da un beso en la mejilla, junto con un azote en

el culo—. Me has follado muy bien. Gracias.

—De nada.

—Hasta la próxima, entonces —susurra sonriendo y mira hacia mi entrepierna, que no parece reaccionar, como en anteriores ocasiones, a sus estímulos.

Como un caballero, la acompaño hasta la puerta y le digo adiós con la mano. No dejo de admirar su trasero, el mismo que me he follado, bamboleándose a cada paso.

Una vez solo, saco mi ordenador portátil y busco el vídeo de Úrsula.

Tal como había planeado, he resuelto mis obligaciones laborales en dos días. Sé que la semana que viene tendré que apretar un poco más, pero el mes va bien en ventas. No como para tirar cohetes, pero sí para respirar tranquilo, lo que hace que todo lo que tengo en mente sea aún más excitante si cabe.

Al llegar a mi casa son poco más de las seis de la tarde. Ni rastro de mi mujer, tal como había previsto. Todo está ordenado y limpio. *Tobías* me saluda con su maullido. No tengo muy claro si es de bienvenida o que simplemente me hace la pelota, pero como me cuesta muy poco, lo acaricio un poco y después me ocupo de mis cosas.

Deshago la maleta y, tras ponerme cómodo, voy directo a por el perverso maletín. Siento un cosquilleo debido a la emoción. Ahí sigue, en su sitio. Con cuidado para no desordenar nada, elijo uno de los discos al azar y me voy con el botín a mi despacho. Por supuesto, pienso hacerme copia de todos. Lo único que me ha sorprendido es que no haya ninguno nuevo.

Me pongo cómodo en el sillón y espero.

La imagen muestra una habitación típica de hotel de extrarradio, funcional. Si lo sabré yo, que me paso el día durmiendo en ellos. Se oyen risas femeninas. Eso llama mi atención, que haya más de una mujer. La primera aparece de espaldas a la cámara. No es Úrsula. Una vez en la cama se da la vuelta.

—¡Joder! —exclamo al reconocerla.

Del susto, *Tobías* se ha bajado de la silla y se ha marchado corriendo.

Se trata de Silvia, la empleada de la floristería. Está desnuda, contoneándose encima de la cama, sin duda, esperando que alguien la acompañe.

Vale, admito que como cualquier hombre, cuando Úrsula me la presentó le di un buen repaso, pero llegué a la conclusión de que era demasiado joven para mí. Debe de rondar los veintidós, trabaja para pagarse la carrera y su estilo, neopunk o neo algo, no lo tengo claro, no me pone nada. Está bien buena, eso salta a la vista, sin embargo, no me atrae.

—Venga, no seas tímida —dice, animando a quienquiera que esté oculta—. ¿No quieres emociones fuertes? —De rodillas en medio de la cama, se agarra los pechos y los ofrece, moviéndolos con aire perverso.

Qué espabilada, pienso, y me remuevo en la silla inquieto y ansioso por ver más.

—Sí, pero...

—Mira, si quieres fingir, vuelve con tu maridito, de lo contrario, ánimo, mujer —insiste Silvia.

Frunzo el cejo. Mierda, yo debo de ser el maridito.

Entonces Úrsula aparece en la pantalla. Camina despacio, sólo lleva la ropa interior, sencilla, como la que yo le veo siempre. Se detiene y Silvia se acerca para acariciarle el escote y después besarle los pezones por encima del sujetador.

Mi mujer la peina con los dedos y observo muy atento y muy excitado, como no podía ser de otro modo, cómo entrecierra los ojos y se deja llevar. Tengo que inspirar un par de veces para no meterme la mano dentro del pantalón y empezar a masturbarme como un mandril.

Esta vez quiero que la sesión de vídeo dure un poco más. Eso no quita para que libere mi polla y la saque del confinamiento de los pantalones.

—¿Estáis listas? —pregunta con aire juguetón la voz de un hombre que no aparece en la pantalla.

Joder, joder, joder...

—Por supuesto, chico malo. Te vamos a dar tu merecido —contesta Silvia con seguridad, sin apenas apartarse del cuerpo de mi mujer.

—Sed buenas —dice él, tumbándose en la cama, mientras ellas continúan tocándose y provocándolo.

Parece muy joven, de la edad de Silvia, lo que me induce a pensar que quizá se trate de un colega de universidad. Da igual, lo importante es que ambas comienzan, tras darse un erótico beso con mucha lengua. Se colocan cada una a un lado, con evidente intención a amarrarlo a la cama y él se muestra encantado con ser el juguete de ambas.

Bueno, a mí también me gustaría estar en su lugar.

Respiro. Estoy nervioso, no puedo obviarlo, pero ni loco paro la reproducción.

Silvia, que parece tener el mando, le besa la punta de la polla, pero después se acerca a Úrsula y ambas comienzan a darse el lote otra vez delante del pobre infeliz. Bueno, delante de dos infelices, porque me incluyo.

Se besan, murmuran, se tocan los pechos. Mi mujer parece más tímida, pero poco a poco se va metiendo en el partido, en especial cuando la otra la acaricia entre las piernas. Úrsula gime y Silvia se agacha para besarla justo encima del vello púbico.

—Sois unas cabronas calentorras —protesta el tipo, estirando el pie para tocar algo.

No puedo estar más de acuerdo con él.

—Y no hemos hecho más que empezar... —lo provoca Silvia y mi mujer se ríe cómplice.

Pero ellas ni caso, comienzan a masturbarse mutuamente, hasta que Úrsula queda tumbada, con las piernas abiertas y Silvia, entre ellas, se inclina para comerle el coño.

El pobre hombre está a punto de sufrir una apoplejía, igual que yo.

La observo retorcerse, gemir más o menos bajito, en una palabra, disfrutar. Lo

que más me sorprende es que no aparece por ningún lado el sentimiento (ridículo por mi parte) de posesión. De acuerdo, es mi mujer, pero tiene derecho a experimentar con su cuerpo. La única pega de todo esto es que yo no soy partícipe. Pero lo voy a ser. No sé todavía cómo, aunque algo se me ocurrirá.

—Deja algo para mí —protesta el chico.

—Anda, chúpasela un poco para que se calle —dice Silvia relamiéndose y mi mujer obedece.

Yo no debería ver esto, pienso, mientras ya, incapaz de soportarlo más, me agarro la polla y aprieto el puño. Estoy empalmado y a este paso me van a salir callos de tanto masturbarme.

Silvia juega con el tipo, le muerde el labio, le mete la lengua, le pellizca las tetillas... mientras mi esposa sigue chupándosela. El pobre no deja de retorcerse y jadear por lo que esas dos pérfidas mujeres hacen con él.

—Ya ha tenido suficiente —indica Silvia y Úrsula obedece, para desesperación del joven.

La escena cambia, ahora es Úrsula quien juega entre las piernas de su empleada y esta besuquea al tipo mientras le pone un condón.

—¿A quién te apetece follar primero?

Joder, si me preguntaran a mí eso, también tendría serias dificultades para responder con rapidez.

—No sé... —titubea él, arqueando la pelvis buscando sin duda un poco de alivio.

Yo continúo acariciándome cada vez a mayor velocidad.

—Vale, pues como no te decides... —lo provoca Silvia y él señala a mi mujer.

No me extraña.

Úrsula se sube a horcajadas, pero dándole la espalda, y se deja caer sobre su pene. Gime bajito y comienza a moverse. Silvia se acerca al tipo y lo desata y él, nada más verse libre, mete la mano entre las piernas de la chica y comienza a masturbarla.

Los gemidos de los tres se entremezclan y yo me termino uniendo a ellos. Esto es de locos. Ver a mi mujer follando con otro me pone en el disparador y cada vez crece más el sentimiento de envidia. Úrsula continúa disfrutando, ella misma se aprieta los pezones, entrecierra los ojos, está a punto de correrse.

—Marc...

¡Un momento!

¿He oído bien? ¿Ha murmurado mi nombre?

Dejo de masturbarme y me pongo otra vez ese fragmento. Subo el volumen, me acerco a la pantalla.

—Marc...

No cabe duda, pronuncia mi nombre.

Se corre y se deja caer a un lado. Al parecer, el tipo tiene más aguante y ahora Silvia se sube encima, pero mirándolo. Comienzan a follar, pero ya no me interesa. Me quedo mirando a mi mujer, allí recostada.

Tengo que encontrar la manera de plantearle esto, me digo.

Pero mi idea de hacerlo se viene abajo, pues a la hora de la cena no aparece. Podría llamarla y preguntarle adónde ha ido, pero intuyo que no está sola. Dudo durante unos instantes y al final opto por no interrumpir lo que sea que esté haciendo, pues de ese modo tengo un motivo más para, en cuanto la vea, plantearle ciertas cosas.

Me voy a la cama con *Tobías*.

No me importa dormir con el gato, pues la imagen de Úrsula acariciando a otra mujer es tan nítida que no dejo de sonreír. Tiene que ser la hostia presenciarlo en vivo y en directo.

Cada vez me cuesta más conciliar esas dos facetas de mi esposa. Desde luego, nada que ver con aquella joven de diecisiete años que conocí cuando entré a trabajar en la empresa de su padre como administrativo, para sacarme un dinero extra durante el verano. Úrsula, que era hija única, se acercaba por allí y volvía loco a más de uno. Su familia poseía una planta de cementos y hormigones muy rentable, por lo que Úrsula era una niña sin preocupaciones. Por aquel entonces yo acababa de cumplir los veintidós, así que me pareció impensable acercarme a ella. De hecho, yo andaba medio liado con una vecina, por lo que, aparte de observarla no le di mayor importancia, máxime cuando al final del verano mi contrato finalizaba y por tanto no volvería a verla.

Pero pasé de tener un puesto temporal a uno casi fijo, ya que su padre, ahora mi suegro, apreció mis esfuerzos y me dio un voto de confianza. Así que continué viéndola y poco a poco fui testigo de su cambio. Fue madurando y cada vez me interesó más como mujer, pese a que liarse con la hija del jefe podía crearme problemas.

Esperé un año antes de atreverme a invitarla a bailar, pues apenas había cruzado dos palabras de cortesía con ella. Fue en una de esas típicas fiestas navideñas de empresa, a las que uno se ve obligado a asistir y, de paso, aprovecha para hacerle un poco la pelota al jefe.

Úrsula aceptó y yo me comporté como correspondía, pero al tenerla tan cerca fui consciente de sus curvas y, claro, mi imaginación hizo el resto.

Las siguientes semanas fueron un calvario, pues la razón me repetía que no me atreviera, que aquella chica era intocable, pero mi cuerpo no atendía a razones. Y, tras muchos titubeos, un día en que se acercó a las oficinas me atreví a dar el paso. Ella mostró su sorpresa, aunque aceptó mi invitación para ir al cine y esa fue la primera de muchas salidas juntos. Yo me contuve, claro, porque Úrsula seguía teniendo aquel aspecto aniñado que me frenaba, pese a que por dentro ardía por llevármela a la cama o al asiento trasero de mi coche de segunda mano.

Salí con ella y por primera vez supe lo que era la abstinencia, pues pasé un largo período sin follar con nadie. Sólo la besaba en la mejilla o en los labios, pero de forma muy fugaz cuando la acompañaba a casa. Me consumía por dentro, no tenía ni

la menor idea de cuánto lograría aguantar.

Úrsula daba señales de querer ir más lejos, pero yo le ponía freno. Sin embargo, una tarde lluviosa se presentó en mi apartamento diciéndome muy seria:

—Voy a cumplir diecinueve años y soy virgen. ¿Piensas que eso es normal?

Por supuesto se sonrojó y apartó la vista nada más declarar aquello. Yo me quedé de piedra; no pensaba que fuera una mujer con experiencia, pero creía que alguna tendría.

Si ya tenía reparos en ir más allá de los besos superficiales, con aquella declaración me era imposible avanzar.

—¿Es o no es normal? —insistió ella.

—Escucha... —No me dejó continuar y me tapó la boca con la mano.

Me miró con cara de pena, como si su virginidad fuera una losa. Pero ¿elegirme a mí? Joder, es que sólo veía impedimentos. Lo más probable era que Úrsula esperase a un tipo más romántico que yo, más delicado incluso, y en aquel momento no me veía muy inclinado a ser suave.

—He traído condones —añadió, dejándome más patidifuso todavía.

Me aparté y le di la espalda. Me lo estaba poniendo en bandeja, yo loco por follármela y ella dispuesta. ¿Qué podía salir mal? ¿Que su padre me echara de la empresa?

Pues nada, no salió mal nada. Aquella misma tarde nos acostamos por primera vez en una estrecha cama. Intenté ser delicado y creo que lo conseguí. Por suerte, Úrsula se dejó hacer y al final disfrutamos. Se mostró insegura, como era de esperar, pero sin traumas ni desgarros ni cuentos de viejas. Le prometí que con el tiempo mejoraría y nos pusimos a ello.

Creo que esa fue la única vez que se me insinuó, pues después no era necesario, ya me encargaba yo de echarme encima y desnudarla, con lo que ella poco o nada debía hacer.

Ahora me pregunto si no fui un poco gilipollas al no ver ese carácter fuerte y decidido que ocultaba bajo su aspecto dulce.

Yo me conformaba con acostarme con ella y eso me dio la oportunidad de conocerla. No era la niña mimada que yo creía, tenía planes y entre ellos no estaba seguir en la empresa familiar; Úrsula quería montar su propio negocio cuando acabara los estudios. Noticia que no había comentado con sus padres para no enfadarlos.

A mí las cosas me iban bien en la fábrica de cementos, al menos mientras mi lío con Úrsula no salía a la luz, porque estaba convencido de que en cuanto se supiera, su padre me pondría de patitas en la calle. No obstante, de nuevo o bien la fortuna me sonrió o a saber qué, pues ella les contó a sus padres que salíamos juntos y estos se alegraron.

Nuestro noviazgo se hizo oficial. Decidimos esperar a que Úrsula acabara su carrera y yo la mía antes de casarnos y no nos importó. Me di cuenta de algo muy

importante, la quería. Un sentimiento extraño, pero que se fue afianzando. Me sirvió además para controlar mis verdaderos impulsos, diciéndome que con el tiempo las cosas mejorarían en el terreno sexual.

Seguimos adelante y finalmente decidimos casarnos. Yo iba a cumplir los treinta y llevábamos suficiente tiempo de novios como para estar seguros de la decisión, además, pese a la oposición de su familia, ella decidió montar su propio negocio y yo, que ya estaba un poco cansado de llevar la contabilidad en un despacho y ser el «yerno» del jefe, decidí abandonar mi puesto fijo y acepté una oferta como comercial.

Reconozco que en parte me decidí porque me encontraba agobiado y viajar, aunque fuera por obligación, me pareció una excelente válvula de escape. Y vaya si lo fue.

Al principio, cuando llegaba a un hotel, me limitaba a quedarme solo y resistir la tentación. Nunca me resultó complicado buscar compañía femenina y, pese a estar desentrenado desde que conocí a Úrsula, me lo tomé como una especie de reto; ver si era capaz de seducir a una desconocida pasó de ser un pensamiento interesante a un juego.

Es increíble la cantidad de personas que, pese a estar rodeados de gente, sienten que les falta algo, que en su casa no pueden ser ellos mismos. Yo pertenecía a ese club y encontré mujeres y a veces también hombres en la misma situación.

Las primeras veces fueron algo torpes, ya que el sentimiento de culpabilidad me impedía disfrutar. Sin embargo, mis ganas de experimentar fueron venciendo cualquier reparo y no dudé en probar cuanto se ponía a mi alcance. De esa forma he logrado tener muy claro qué me gusta y qué no.

Pero siempre con una premisa muy clara, regresar al lado de Úrsula. Y, por supuesto, no arriesgarme. Nunca he follado sin preservativo, nunca. No he corrido ningún riesgo.

Mi esposa no aparece hasta el día siguiente, a la hora de la cena.

Se queda ojiplática cuando entra en la cocina y me ve delante de los fogones, cocinando. Lleva un pequeña bolsa de viaje, que deja a un lado.

—¿Por qué no me has avisado de tu llegada? —pregunta, sin ocultar su sorpresa.

—Al final acabé antes de lo previsto —murmuro en respuesta, encogiéndome de hombros, como si no lo hubiera planeado.

Sonrío y me acerco a ella. Sé que está buscando excusas, pero mientras lo hace, le rodeo la cintura, la atraigo hacia mí y devoro su boca, aplastándola contra el frigorífico.

—Marc... —gime, aún confusa por mi reacción.

Nada de besarla de manera cariñosa o como en otras ocasiones, que sólo lo hago a modo de saludo. Ni hablar. Me encuentro muy animado tras la sesión de porno casero y deseo llevar a la práctica algunas ideas que se me han ocurrido.

La cena puede esperar.

No le doy tregua. Comienzo a desabotonarle la blusa con rapidez y en cuanto tengo acceso a su sujetador, en vez de desabrocharlo, le bajo las copas sin importarme que se rompan, para pellizcarle los pezones.

—Pero ¡¿qué... haces?! —exclama, aunque no tan alarmada como quiere hacerme creer.

—Desnudarte —musito excitado, mientras mis manos van directas a sus pezones para tocarlos antes de chuparlos.

Me inclino hasta quedar a su altura y atrapo uno entre los dientes. Lo tanteo primero con la punta de la lengua para después presionar con los labios, hasta que oigo un gemido que va directo a mi polla, ya de por sí dura.

—Marc... —grita Úrsula, porque mientras le chupo un pezón, le aprieto el otro con los dedos, proporcionándole la dosis justa de dolor.

Me entretengo un buen rato jugando con sus pechos y notando cómo se sigue conteniendo, a pesar de que no deja de retorcerse. Podría pedirme que parase, sin embargo, no lo hace.

—Me encanta verte así... —le digo para provocarla cuando me aparto y quedamos frente a frente.

Úrsula jadea y me rodea el cuello con los brazos, arqueándose hacia mí. Busca el contacto. Excelente. Pero mis sentimientos, mezcla de excitación, curiosidad y envidia, hacen que me vuelva más salvaje.

La beso de nuevo y ella responde con intensidad. Me gusta, no obstante, prefiero ser todavía más bruto. Quiero ponerla a prueba, ver cuánto aguanta sin descontrolarse.

Con rapidez, tiro de ella apartándola del frigorífico y le doy la vuelta para empujarla contra el frío metal de la nevera de tal forma que sus pezones entren en contacto con esta.

—Así, frótate bien —ordeno y le pongo una mano en la espalda para aprisionarla —. Levanta los brazos —añado y ella gira la cabeza y me mira.

Respira con fuerza y, al ver mi determinación, acata mi orden, eso sí, despacio.

Le levanto la falda. Úrsula no sé si protesta o pide más contundencia, me da igual. No voy a ceder ni un milímetro.

—Me encanta tu culo —susurro y percibo cómo mis vulgares palabras hacen el efecto deseado: ponerla más cachonda si cabe.

—¿Marc? —pregunta excitada, cuando le bajo los dichosos pantis (los odio con toda mi alma) y las bragas, dejando su culo a mi entera disposición.

Me agacho para bajarle todo lo posible la ropa interior, pues no quiero barreras cuando decida penetrarla. Quiero libertad absoluta de movimientos.

—Tan tentador —siseo junto a su oído, mordisqueándole la oreja sin apartar mis manos de su trasero.

Úrsula respira cada vez con mayor agitación. Yo sigo tocándola a mi antojo y

controlando que sus pezones no pierdan el contacto con la chapa del frigorífico, aunque ella se encarga encantada de ello, pues disfruta, cada vez lo disimula menos, del contraste del frío sobre su cuerpo acalorado.

—¿Vamos a... vamos a hacerlo aquí? —pregunta con una nota de curiosidad en el tono.

Le muerdo en el hombro antes de responder.

—Sí, vamos a follar en la cocina —confirmo, masajeando su trasero—. Así que inclínate, saca el culo hacia fuera para que pueda clavártela.

—¡Marc! —grita, al ver que no es un juego.

Yo estoy bajándome los pantalones de deporte.

—Tranquila, te gustará —musito y ella niega con la cabeza.

—Es... es... indecente —jadea, mientras empiezo a presionar con mi polla.

Los jodidos pantis enrollados a la altura de las rodillas no le permiten abrir las piernas todo lo que debería, pero me las apañaré. Tendría que habérselos quitado del todo.

—Por supuesto que es indecente —afirmo divertido.

—Marc, por favor, vamos al dormitorio —me pide con un hilo de voz.

—Ni hablar.

—Por favor... —insiste.

—Follamos en la cocina y punto —sentencio y ella cierra los ojos.

Acepta la situación, por supuesto que la acepta. Pero nada de resignación, gime, eso sí, de forma controlada cuando voy entrando en ella.

El frío de la chapa metálica le ha puesto los pezones bien duros y podría apartarse. Sin embargo, se restriega con cuidado, como si fuera un accidente, pero yo sé que le encanta. Empiezo a embestirla con fuerza, golpeando contra su culo. Ella mantiene las manos apoyadas en la puerta de la nevera y la espalda arqueada, facilitándome la labor.

Gruño con cada embestida, con cada empujón. No sé si producto de la tensión acumulada o de la excitación de saber que mi esposa viene de a saber dónde. Eso de que me oculte cosas me pone muy cachondo, en especial cuando luego puedo tener la oportunidad de descubrirlo.

Sigo follándomela y me vienen a la cabeza las imágenes que he visto hoy. Otra actuación estelar de Úrsula, inmortalizada en dvd. Ella entre dos tipos a cuatro patas. Uno metiéndosela en la boca y otro penetrándola desde atrás.

Sigo sin encontrar el modo de poder organizar un encuentro de ese calibre estando yo presente, pero no dejo de darle vueltas. Como tampoco dejo de embestir. Noto cómo se tensa, cómo comprime sus músculos internos. Está a punto de correrse. Es ahora o nunca.

—¿Dónde has estado? —pregunto retirándome.

—Marc... —se queja jadeante, al privarla de lo que tanto ansía.

—Dímelo —exijo y meto una mano entre sus piernas para masturbarla. De

manera superficial, sólo para tenerla expectante.

Encajo mi polla entre sus nalgas. Qué tentación...

—Con una amiga...

Mierda, esa respuesta me pone muy cachondo, implica muchas opciones.

—¿Cómo se llama? —insisto y, aunque pueda parecer un cabrón manipulador, nada más alejado de la realidad.

Es morbo, porque por mí puede irse a dormir siempre que quiera a casa de sus amigas.

Para Úrsula, esta especie de interrogatorio debe de ser confuso, pues hasta la fecha nunca he sido un tipo de esos que quieren saber cada movimiento de sus mujeres. Comportamiento que ha sido recíproco, pues ella nunca me ha acribillado a preguntas sobre mis idas y venidas.

—Ya la conoces —dice tragando saliva.

—¿Con quién has pasado la noche? —insisto en tono más duro.

—He estado en casa de Silvia —musita, porque mis dedos no dejan de atormentarla.

—Joder... —gruño, y me hago una ligera idea de qué han podido estar haciendo.

Vuelvo a penetrarla. Úrsula gime bajito, aunque me encantaría oírla gritar, como hace cuando se encuentra libre de inhibiciones.

—No sé qué te pasa Marc, estás muy raro —comenta y vuelvo a coger ritmo, no el que ella quisiera, pero sí bastante aproximado.

—¿Y por qué no te quedaste en casa?

—Te echaba de menos... —confiesa sincera y la creo—. Hay días que se me hace muy cuesta arriba estar aquí sola, sin ti.

—Lo sé, cariño. Lo sé —murmuro y no la hago sufrir más.

Le doy cuanto necesita y en cuanto ella se corre, yo me dejo ir.

Nos quedamos unos segundos así, en la cocina, yo bien enterrado en su sexo y disfrutando de su calor. Pero la realidad se impone y Úrsula es la primera en moverse. Se vuelve y evita mirarme a la cara. Pero no se lo pienso permitir.

Acuno su rostro y la beso, ahora con delicadeza.

Noto su desconcierto y la entiendo, yo me siento igual.

Se disculpa y, tras subirse de mala manera las bragas, sale pitando de la cocina. Suspiro mientras me subo los pantalones. La quiero, joder, vaya que sí, pero tengo que encontrar la forma de conectar con ella, de que confíe en mí.

Cuando regresa, recién duchada y con ropa de estar por casa, sigue evitando mirarme. Yo me ocupo de servir la cena en silencio. No dejo de observarla y estoy tentado de escaquearme medio minuto para ir a su bolso y ver si ha traído en vídeo pruebas de su «noche de chicas».

Terminamos de cenar y ella se pone a recoger. Cualquier cosa con tal de darme la espalda. Hasta con unos sencillos pantalones de yoga me excita. Si ella supiera lo que me provoca...

No sé cuánto tiempo lleva con esos encuentros furtivos y en el fondo puedo entenderla, pues al fin y al cabo yo fui el primer tío con el que se acostó. No alcanzo a comprender qué importancia puede tener este hecho en la vida de una mujer, sólo sé que ella ha decidido explorar por su cuenta, como yo, y que no la culpo, eso, además de hipócrita sería injusto. Lo único que deseo es que también me incluya en sus experimentos. Joder, claro que sí.

—Me voy a la cama —anuncia en voz baja.

—¿Tan pronto? ¿No te apetece ver un rato la tele en el sofá, charlar un rato?

Frunce el cejo y niega con la cabeza.

—No sé qué te pasa, pero llevas unos días muy raro —dice en voz baja, intentando suavizar lo que es una crítica en toda regla—. Y yo estoy muy cansada, buenas noches.

Ni siquiera se despide con un beso, como suele hacer. Nada. Me ha dedicado una mirada de medio segundo y se ha marchado. Úrsula rara vez levanta la voz o se enfada. Siempre ha sido discreta hasta para enfadarse.

Me cabrea bastante, pues al menos podría hablar conmigo, pero no, sigue encerrándose en sí misma. No me rechaza, aunque tampoco se muestra entusiasmada.

¿Qué cojones hago yo con esta mujer?

No estoy seguro de que sea la mejor opción, sin embargo, no se me ocurre ninguna otra. Necesito hacer que reaccione y para ello debo contar con alguien más. Podría, lo he considerado, llamar a un tipo que conozco y que estaría encantado de unirse a nosotros, pero me he dado cuenta de que sería demasiado violento para Úrsula.

Así que, tras esperar unos minutos sentado en el coche a que mi mujer salga de la floristería, pues he revisado su agenda y sé que tiene una cita con una organizadora de bodas, me apeo del vehículo y entro en la tienda.

—¡Hola, Marc! —me saluda Silvia animada y con una sonrisa amable. Está montando un centro floral y no se le da nada mal.

No sé cómo consigue vender ramos de rosas con su atuendo tan peculiar, aunque lo cierto es que hoy ha suavizado un poco su estética punk. Sólo lleva unos vaqueros negros rotos y una camiseta con estampado discreto (creo que es una mancha de sangre). Ah, y el *piercing* de la lengua.

Prometedor.

—Hola, ¿cómo estás? —le respondo, sonriendo yo también amable.

—Bien. Úrsula acaba de marcharse —me informa.

Como si yo no lo supiera.

—No vengo a verla a ella —anuncio, cruzando los brazos delante del mostrador que nos separa.

—¿Perdona? —inquire sorprendida.

Me mira de arriba abajo. Intuyo que mi presencia un día laborable, a media

mañana y vestido con ropa informal, dista mucho de la imagen de mí a la que está acostumbrada, pues siempre que me acerco a recoger a mi mujer llevo traje y corbata.

Y si encima le digo que no vengo a ver a su jefa, Silvia tiene que mostrarse recelosa por fuerza. Veremos cómo la llevo a mi terreno.

Justo en ese instante entra un cliente y me aparto un poco para que lo atienda con comodidad. Me paseo por la tienda, admirando el buen gusto de mi mujer a la hora de organizar la exposición. No me extraña que el negocio marche tan bien. Decir que me siento orgulloso de ella es poco.

No puedo evitar escuchar la conversación de la dependienta con el cliente y cómo lo va ayudando a decidirse. Tiene una paciencia increíble. No me extraña que Úrsula confíe en ella.

Silvia termina de atender al cliente, le cobra y se despide de él con una enorme sonrisa y voz angelical. Toda una contradicción.

—Bien, vayamos al grano —intervengo decidido, una vez a solas—. Quiero hablar contigo, sobre Úrsula.

A su favor he de decir que ni se inmuta. Su comportamiento no delata lo que ambas han hecho en la intimidad.

—Te escucho —murmura con evidente cautela.

No la culpo.

—Quiero darle una sorpresa. —No miento y eso hace más fácil continuar sin que ella se alarme—. Y necesito tu colaboración.

—Ah, bueno, perfecto. Dime qué quieres que haga —dice toda ufana.

Entre ella y yo no existe lo que podría denominarse excesiva confianza, pero claro, soy el marido de su jefa y quiera o no se ve obligada a seguirme la corriente. Además, tal como se lo he expuesto, no parece peligroso.

—Quiero que sea una velada... especial. —Ella sonrío—. Aunque no lo que la gente entiende por especial.

Por mi tono ha debido intuir algo, pero Silvia es prudente.

—¿Cómo de especial? —inquire con cautela.

—Tú estarías invitada...

—¿Perdón?

—No hace falta que disimules —digo, acercándome y sacando el teléfono.

No he podido resistirme a llevar en él un «pedacito» de las habilidades de mi esposa y su empleada. Se lo muestro y ella traga saliva.

—¿Cómo has conseguido esto? —pregunta, apartando la mirada de la pantalla; su preocupación es evidente.

Sonrío, no quiero que se cierre en banda o que se sienta intimidada.

—Tranquila, es sólo para uso y disfrute personal —le aclaro. No obstante, sigue sin confiar—. Siempre y cuando colabores, por supuesto.

—Hijo de puta —masculla.

Entonces me doy cuenta de que, aparte de ayudarme, también puede darme

información. La palabra «maridito» que ella usó de forma despectiva para referirse a mí, todavía me duele.

—Cálmate, ¿de acuerdo?

—Vete a la mierda —me dice cabreada, levantando el dedo corazón.

Me replanteo la situación. Silvia (y está en su derecho) quiere seguir jugando con mi mujer y otros tipos sin incluirme. Sin embargo, he de convencerla para que yo pueda participar y para que confíe en mi discreción.

—Vas listo si piensas que quiero hacer algo contigo —añade, mirándome como si fuera un escarabajo pelotero—. No eres mi tipo.

Por supuesto, su comentario no me ofende.

—¿No tienes curiosidad? —la provoco—. ¿De tenerme a tu disposición?

Frunce el cejo. Creo que he dado en el blanco o al menos muy cerca.

—Tú no eres de esos —me espeta y arqueo una ceja.

—Ponme a prueba —sigo desafiándola y, para dar más énfasis, en vez de permanecer al otro lado del mostrador, me cuelo dentro, la arrincono y añado—: Lo de «maridito» me llegó al alma.

Silvia traga saliva. No rechaza la idea y eso es buena señal, aunque le costará dar su brazo a torcer. Tampoco lo niega ni busca excusas. Perfecto. Mi plan todavía es viable.

—Es que eres el «maridito» —se despacha a gusto—. Como todos...

—¿Como todos? —pregunto con ironía, porque a saber en qué categoría me ha incluido.

—No niego que así, con esta pinta, des el pega de tío bueno, pero como tú los hay a patadas —explica con cierto desdén—. Y yo ya estoy aburrída de tipos como tú, buena planta y poco más.

—Gracias por la parte de tío bueno —contesto sonriendo.

—De nada —dice con sarcasmo y me acerco más a ella.

Podría entrar cualquiera, pillarnos así y, por supuesto, malinterpretar la situación. O, ya puestos, alguien que se detenga en el escaparate o, para rizar el rizo, aparecer Úrsula.

—Para ser tan joven, parece ser que te han decepcionado bastante —murmuro, mandando al cuerno la precaución.

Silvia resopla.

—No lo sabes tú bien. Y lo que me queda —apostilla, arqueando una ceja, sin duda volcando en mí toda su frustración.

—Yo no tengo la culpa de que te hayas topado con tíos incompetentes —contesto.

Nos quedamos callados, ella ha mostrado sus cartas y yo las mías. ¿Cuál de los dos aguantará más? Como no tengo tiempo de averiguarlo, me lanzo a por todas, sin red.

—Tú veras lo que haces —le digo, señalando mi móvil—. Esto puede quedarse aquí o...

—¿Crees que me importa lo que piensen de mí? —me interrumpe altiva.

—Pero a tu jefa seguro que no le hace mucha gracia.

—Cabrón —escupe con desprecio—. No sólo eres malo en la cama, sino además un manipulador.

—A lo primero, tú misma, a lo segundo, estás juzgándome sin pruebas —alego sonriendo—, así que dejémonos de marear la perdiz. Quiero que organices un encuentro entre Úrsula y tú, por supuesto omitiendo mi presencia y guardando el secreto.

—¿Y tendré que chupártela? —pregunta con retintín toda descarada, como si fuera a hacerme un favor.

Me río entre dientes.

—Lo más probable es que te mueras por hacerlo —replico tan altanero como ella—. No te preocupes por los gastos, tú sólo organízalo todo y listo.

—¿Y si me chivo a la jefa?

Tengo el móvil en la mano y lo muevo delante de ella. Silvia me aparta de un empujón y se va al otro lado de la tienda. Parece reflexionar. Me mira cruzándose de brazos, está evaluándome. No me ha rechazado, supongo que le debe de producir cierto morbo tirarse al marido de la jefa. Por mí, perfecto, que se lo tome como prefiera siempre y cuando acceda.

—Sólo una vez. ¿De acuerdo?

Nervioso es un término muy pobre para describir mi estado actual. Hace menos de diez minutos que Silvia me ha enviado un último mensaje poniéndome al corriente de los detalles. La muy cabrona no ha reparado en gastos. Claro, como pago yo, está decidida a desangrarme. No obstante, el dinero me trae sin cuidado. Lo importante es que va a ocurrir. Por fin, debería añadir, ha llegado el momento.

Todo está listo.

Silvia ha pensado, con muy buen criterio, que nos veamos un sábado. Yo tengo que fingir estar fuera de viaje, algo que no me costará nada, y así Úrsula se sentirá más confiada. El otro motivo para elegir ese día es práctico: en caso de que la cosa se anime, y se va a animar, de eso me encargo yo, podremos prolongar la noche cuanto queramos (estoy convencido de que así será), sin preocuparnos, porque al día siguiente será domingo.

Ahora mismo estoy en un hotel, tras haber pasado todo el día en ruta. No he querido invitar a nadie a acompañarme. Ha sido una jornada intensa y muy productiva, pues he conseguido firmar un contrato importante para suministrar repuestos a un destacado concesionario de compraventa. Por supuesto, estoy eufórico, y en otras circunstancias estaría celebrándolo por todo lo alto. Sin embargo, he optado por quedarme solo en la habitación, con la única compañía de mi ordenador portátil.

Antes de salir de viaje me ocupé de grabar los vídeos restantes. Podría decirse que es mi tesoro particular y confío en poder ampliarlo. Estoy a punto de ver uno de los pendientes. Sólo tengo que hacer clic sobre el archivo. A pesar de intuir qué voy a ver, aún siento cierto cosquilleo. Me remuevo inquieto. Dejo primero a un lado el teléfono, en el que acabo de leer el mensaje de Silvia.

Pienso que el vídeo puede esperar y decido tentar a la suerte.

Úrsula me responde al tercer tono. Es buena señal.

—Hola, Marc. ¡Qué alegría hablar contigo!

—¿Dónde estás? —inquiero de manera casual.

—En casa —dice con un suspiro y añade—: sola.

—Yo también te echo de menos —murmuro y no puede hacerse una idea del alcance de mis palabras; lo ciertas que son, pues nada desearía más que tenerla a mi lado.

—¿Cómo te ha ido el día? —me pregunta.

Sigue estando algo distante, educada.

Respiro profundamente y cambio de postura en la cama.

—Muy bien —respondo y le cuento por encima qué negocios he cerrado.

Úrsula siempre me ha escuchado con paciencia y me ha apoyado en todo, incluso a veces me echa una mano con la odiosa tarea del papeleo cuando yo ando liado y eso que el contable soy yo, pero admito que me gusta demasiado corretear por ahí.

—Me alegra saber que has cerrado un buen negocio. ¿Cuándo regresas?

Una pregunta de lo más capciosa. Sonrío.

—¿Tanto me echas de menos? —tanteo el terreno con aire sugerente y, si bien podría tensar la cuerda e intentar mantener sexo telefónico con ella, me reservo.

—Ya sabes que sí —responde con demasiada rapidez—. Tengo ganas de verte.

—Pues debo darte malas noticias —contesto.

—¿Qué ocurre?

—El nuevo cliente, del que te he hablado, insiste en revisar algunas cláusulas. Me temo que este fin de semana no podré estar contigo.

—Ah, qué lástima... —susurra y mi sonrisa se hace cada vez más amplia. Me siento como el zorro a punto de entrar en el gallinero.

—Sí, yo también lo lamento. Me apetecía mucho estar contigo —comento y finjo estar apenado—. Necesitamos pasar más tiempo juntos.

—Lo sé, lo sé —admite—. En tu próximo viaje intentaré acompañarte.

—Me encantaría —respondo.

Nos quedamos los dos callados. Oigo su respiración, como seguramente ella oye la mía. Hemos mantenido una conversación demasiado formal para mi gusto, sin embargo, no puedo arriesgarme y mostrar mis cartas antes de tiempo.

—Marc... te quiero —añade, una forma muy sutil de cambiar de tema.

—Yo también. Un beso —digo a modo de despedida.

Corto la comunicación. Es lista, muy lista; acaba de demostrármelo.

Me levanto un instante para servirme algo de beber del minibar y, con la copa en la mano, me acomodo en la cama. Estoy desnudo y ligeramente excitado. Hablar con mi mujer, fingir, escuchar cómo finge me ha provocado este estado.

Sentado en la cama, saboreo el licor y alargo la mano para pulsar el *play* y ver con qué es capaz de sorprenderme mi querida esposa.

De nuevo la escena se sitúa en una de las salas privadas del EXIT. Música clásica de fondo, reconozco la pieza, la Sinfonía número 3 de Brahms, es de una intensidad que pone los pelos (y otras cosas) de punta. No me sorprende, a Úrsula le apasiona la música clásica, quizá debido a su formación, y me ha contagiado el gusto, aunque, ahora que lo pienso, nunca se nos ha ocurrido utilizarla de fondo para menesteres más terrenales, como follar.

Una pena y un descuido que pienso solventar.

Un joven aparece en escena, es el típico universitario. Un tanto desgarrado, pelo largo, va desnudo y lleva un collar de perro en el cuello. Úrsula lo lleva de la mano hacia una enorme cama. Una vez allí, le susurra algo al oído, él se ríe y asiente. Se pone a cuatro patas y, nada más hacerlo, recibe un buen azote con una fusta. Jadea y ella le acaricia el trasero justo donde lo ha marcado. Parece contento y pide más.

Ella no se lo niega y le sacude una sucesión de golpes rápidos, dejándolo jadeante.

Justo en ese instante aparece un segundo hombre, moreno, no tan joven, y mientras ella juega con el chico, tocándolo aquí o allá de manera bastante perversa, el recién llegado se coloca detrás de Úrsula y le masajea los pechos. Ver cómo unas enormes manos masculinas magrean las tetas de mi mujer me pone muy cachondo. No me hace falta mirar hacia abajo para saber que estoy empalmado; va a ser difícil, pero intentaré no masturbarme como un loco.

Aunque intuyo que mi voluntad va a flaquear de un momento a otro.

La acción sigue. A Úrsula le entregan un vibrador negro y comienza a jugar con él. Lo coloca entre las nalgas del joven, que parece retorcerse de gusto; mientras, el otro deja de magrear a mi mujer y se sitúa frente al chico, se agarra la polla y, sin muchos preámbulos, se la mete en la boca.

—Joder... —siseo y doy un respingo.

No porque sea algo nuevo para mí, es más bien la sensación que verlo me produce. Yo también me he acostado con hombres, y lo he disfrutado, aunque hace tiempo que reconsideraré mis preferencias y me decanté sólo por follar con mujeres. Pero si Úrsula quisiera, no opondría ninguna resistencia, me encantaría contemplar su cara al verme con otro.

—Humm —murmuro, imaginándome la escena.

¿Qué haría ella? ¿Mirar? ¿Masturbarse? ¿Participar?

Son tantas las posibilidades que gimo excitado.

El tipo sigue chupándosela al otro con bastante habilidad, mientras Úrsula le aprieta los huevos con saña. Se oyen los jadeos por encima de la música, así como las

órdenes de mi esposa diciéndole que se la coma entera sin rechistar.

Escucharla es sencillamente perverso, tanto que ahora mismo me cambiaba por ese hombre con tal de que hiciera conmigo cuanto quisiera.

Ella se aleja un instante de la cama, desnuda, subida a unos tacones de infarto, lo que hace que sus caderas oscilen mucho más. Regresa con algo en las manos y enseguida veo qué es. Lubricante.

Embadurna el dildo y pregunta.

—¿Quién va a follar tu precioso trasero mientras te comes una buena polla?

Cierro los ojos, respiro, quiero masturbarme, pero tengo que aguantar.

El tipo no responde, claro, se la está chupando al otro, pero asiente entusiasmado, así que ella tantea y poco a poco lo va penetrando.

No puedo más. Paro la reproducción porque ver a Úrsula follándose a un tipo es algo que jamás hubiera imaginado, aunque me produzca un cosquilleo general y unas ganas locas de someterme a ella. Pero la curiosidad vence y, tras acabar mi copa y relajarme (no mucho), reanudo la reproducción.

—¿Quieres que me corra en tu boca? —le pregunta el hombre al joven y este asiente.

—Muy bien, pero antes complace a la dama.

Úrsula sonríe pícara e indolente y deja de follarlo con el consolador. El chico se incorpora y se da media vuelta en su busca. Comienza a besarle las piernas, a acariciarla, mientras el otro se acerca a su boca y la besa, al tiempo que le pellizca los pezones.

Respiro cada vez de forma más agitada, estoy perdiendo la puta cabeza y las ganas de follarme a Úrsula o que ella me folle a mí me van a matar. No sé si aguantaré hasta el sábado.

El sumiso sonríe cuando ella le tira del pelo, aunque muestra un leve indicio de rebeldía al morderle el muslo. Se gana una reprimenda, pero ella permanece recostada y con las piernas abiertas.

—Haz que se corra —le ordena el otro tipo.

—Sí, y hazlo con la boca —lo secunda Úrsula, exigente y altiva.

El chico no duda. Se sumerge entre sus muslos y, a juzgar por la expresión de ella, debe de ser muy habilidoso. La posición de la cámara no me permite verla con detalle, pero por cómo le tiemblan las extremidades, intuyo que va a correrse de un momento a otro.

Y justo en ese instante dejo de prestar atención a todo lo demás para centrarme sólo en su cara. Jadea, entrecierra los ojos... ¿existe algo más hermoso? Y de nuevo pronuncia mi nombre al alcanzar el clímax. Ese detalle me llega hasta lo más hondo.

El resto del vídeo me importa muy poco. Me quedo observando a Úrsula, cómo se hace a un lado y se relaja mientras los tipos comienzan a acariciarse entre ellos y se masturban mutuamente. Ella los mira con una media sonrisa. Es preciosa, está preciosa ahí desnuda, desmadejada y satisfecha.

Por su expresión deduzco que disfruta mirando a los dos tipos follando; sigue ruborizada, pero no aparta la mirada. Sonrío, la de experiencias que nos quedan por vivir. La de momentos que podemos compartir, porque estoy dispuesto a todo por ella, por recuperarla. Porque la quiero y lo de callar, mirar para otro lado y follar en camas ajenas pasó a la historia. A partir de ahora, lo compartiré todo con ella, incluyéndome a mí.

Faltaría más.

Llego al bar del hotel a la hora convenida con Silvia. En concreto sesenta minutos antes de la cita oficial. Me he ocupado de dejar el coche oculto para que Úrsula, al llegar, no lo vea, pues de hacerlo todo se puede ir a pique. No sé por qué, pero confío en que Silvia haya cumplido con su palabra, aunque también intuyo que, cuando surja la oportunidad, me echará todo esto en cara.

Da igual, pagaré el precio.

Cuando entro, tardo bien poco en localizarla. A pesar de haber elegido un hotel de lujo, ella no ha variado su estilo. Se ha ataviado para la ocasión, como no podía ser de otro modo. Eso sí, se ha calzado unas botas que pueden hacer mucho daño. Permanece sentada en una de las mesas y ni siquiera sonrío cuando me acerco.

—Tenía la esperanza de que no aparecieras. —Es su saludo y, sin esperar a que me lo indique, yo me acomodo enfrente.

—Lo mismo digo —replico y en cuanto aparece un servicial camarero le pido una copa—. Bonitas botas —añado y ella mueve orgullosa las piernas.

—Si quieres, te las puedo dejar un rato... —sugiere.

—Te agradezco el detalle, pero con esos tacones se me cargan mucho los gemelos —contesto sonriendo de medio lado y ella disimula su diversión.

—Pues tú te lo pierdes, son unas New Rock auténticas.

Tomo nota, porque pienso comprarle unas a Úrsula; tiene que estar increíble desnuda y con sólo unas botas de esas puestas. Tengo que controlarme.

Estiro las piernas y me relajo, pues no quiero que esto acabe antes de empezar y, para ello, nada mejor que crear un clima de confianza con Silvia. Ambos debemos procurar dejar a un lado nuestros mutuos recelos.

—Hoy tampoco vienes con traje y corbata —comenta con un toque ácido.

—No sabía que te ponían tanto los hombres trajeados —murmuro sin perder la sonrisa.

Soy muy consciente de que está observándome y yo a ella. Entonces reparo en la pequeña mochila que ha traído. Silvia se percata de ello y esboza una sonrisa un tanto traviesa. Es un buen comienzo, desde luego.

—¿Quieres ver lo que contiene? —inquire en tono de desafío.

—No. —Hago una pausa calculada antes de seguir—. Prefiero que me sorprendas —afirmo sincero.

Arquea una ceja y asiente.

—Te sorprenderás —asevera.

—No lo dudo.

De nuevo se hace el silencio entre nosotros. Seguimos evaluándonos. Una especie de duelo de miradas.

—¿Hay algo que deba saber? ¿Problemas de salud? ¿Fobias? ¿Traumas infantiles? —inquire con aire indolente, como si yo fuera inexperto.

Desconozco si la razón es para ponerme nervioso o para que recule y así restregármelo por la cara.

Niego con la cabeza.

—Si los hubiera, jamás te los contaría. Podrías utilizarlos en mi contra —respondo sin perder la sonrisa.

—¿Seguro?

—Te llevo unos años —replico burlón.

—Eso no significa nada. Hay gente que no ha echado un polvo decente en su vida. Así que de jugar a tres bandas, ya ni hablamos.

—Me conmueve tu preocupación, ahora bien, si te sientes más tranquila...

Sonríe con picardía y se inclina hacia delante.

—Vaya, a lo mejor no eres tan convencional como aparentas —se guasea.

—Otro día te lo cuento, que no estoy seguro de que tengas edad para escuchar ciertas cosas —le suelto yo al más puro estilo perdonavidas.

—Ja, ja, ja —se ríe sin ganas.

—Pero si tú quieres contarme algo... que consideres oportuno... —Bajo la voz para añadir—: Soy todo oídos.

Ella se inclina hacia delante de nuevo. No hay gente alrededor que pueda escuchar nuestra conversación, pero entiendo que le quiera dar un carácter más íntimo.

—Me parece que no sabes dónde te has metido —susurra sugerente, aunque yo sé que finge.

Su intención es ponerme nervioso, salta a la vista. Pero no lo va a conseguir, pues deseo esto como ninguna otra cosa.

—Todavía no he metido nada —replico divertido.

Silvia se echa a reír y se humedece los labios. No sé si me muestra el *piercing* para ponerme cachondo, pero lo consigue. Disimulo el pequeño ramalazo que experimento y me concentro en disfrutar de mi bebida.

—Aquí tienes la tarjeta de la habitación. Procura pasar inadvertido y no delatar tu presencia antes de tiempo.

—No soy tonto.

Ella resopla.

—Mejor no respondo a eso.

Me pongo en pie con tranquilidad y miro el reloj; Úrsula está a punto de llegar.

Para no dejar pistas, cojo mi copa con la intención de llevarla hasta la barra.

—Una cosa más —me interrumpe Silvia, mirándome severa—. Si dice no, te largas de inmediato. No quiero dramas ni tampoco enemistarme con ella, ¿entendido?

Inspiro. Estoy tan ilusionado con esto que no se me ha pasado por la cabeza la idea del rechazo.

—De acuerdo.

Ella se queda allí, tranquila, y yo camino despacio hacia la zona de los ascensores. Es la primera vez que estoy en ese hotel y espero que resulte memorable.

Una vez en la habitación, la recorro de arriba abajo. Me gusta el ambiente, elegante sin ser recargado. Camino hasta la ventana y miro fuera. Faltan pocos minutos. Debo permanecer inmóvil como un mueble más, pese a que desearía arrancarme los vaqueros junto con el resto de la ropa, porque no dejo de sentir un hormigueo constante por todo el cuerpo.

No puedo evitar preguntarme qué llevará Silvia en esa mochila, aparte de cuerdas, claro está; reconozco que sabe jugar muy bien sus cartas. Para ser tan joven tiene un aplomo envidiable y me hubiera gustado reconocérselo en voz alta, sin embargo, he preferido cerrar el pico. Tampoco quiero que se venga arriba.

¿Debería tener dudas?

Es algo que me planteo, pero por más que me esfuerzo, no veo nada negativo en todo esto. Hace mucho que acepté mis necesidades y desterré cualquier condicionamiento de quienes organizan la vida de los demás. He buscado el placer fuera de mi matrimonio y lo he encontrado con más o menos intensidad.

Es verdad que en su momento pude haber actuado de otro modo, pues en cierto sentido elegí el camino fácil. Sin embargo, creo que todo eso me ha permitido llegar a este punto con las cosas muy claras. Y ahora, por fin, tengo la oportunidad de unir dos partes que considero esenciales en mi vida.

Cuando oigo pasos amortiguados, mi corazón se acelera. La *suite* es lo suficientemente grande como para permanecer oculto, mimetizado con el ambiente. Elijo la zona de estar, separada de la cama por una pared translúcida de cristal y me coloco de tal forma que no se proyecte mi sombra. Desde donde estoy no puedo ver la puerta. Una pena.

Oigo el suave clic de la cerradura.

—Vamos, pasa —dice Silvia en tono amistoso.

—Es una habitación preciosa. Con buen gusto y no como el hotel ese cutre al que fuimos el mes pasado.

—Es que aquel tipo era muy agarrado.

Ambas se ríen.

—¿A quién has traído hoy? —pregunta mi mujer con voz alegre.

—A un pobre incauto.

Joder con Silvia.

—No sé dónde conoces tú a tantos tíos —añade divertida.

—El mundo está lleno de hombres desesperados y sedientos de nuevas experiencias.

Me muerdo la lengua; qué cabrona.

—No sabría decirte...

—Estás casada con uno.

—Bueno, Marc no es de esos... —murmura mi mujer.

Quererla es poco.

—No te fíes de las apariencias —sentencia la otra, animada.

No sé si lo hace para tocarme a mí los cojones o para que Úrsula no sospeche. En cualquier caso, después, cuando tenga oportunidad de hablar, ya aclararé yo algunas de sus afirmaciones.

Silvia se pasea por la habitación y abre la puerta del baño, no sé si buscándome. Se detiene junto a la cama, abre la mochila y señala con un dedo a Úrsula.

—¿No te animas?

—Creía que teníamos que esperar al tipo —comenta acercándose.

Silvia se encoge de hombros.

—Una cosa no quita la otra —responde y se sitúa detrás de mi mujer. Le deshace el recogido.

Veo la silueta de las dos de espaldas, una lástima. Me muero de impaciencia.

—¿Qué has traído hoy en la bolsa? —pregunta Úrsula, sentándose en la cama mientras que la otra permanece de pie.

—Un poco de todo. Ya me conoces —responde Silvia manteniendo el misterio. Qué lista es.

—Yo me moriría de vergüenza si tuviera que ir a comprar estas cosas —confiesa mi mujer riéndose—. Pero ahora reconozco que no sabría vivir sin estos accesorios.

Un detalle más para anotar: llevarla «de compras» y probar los productos, por supuesto.

—A mí me han ayudado a superar muchas desilusiones —admite Silvia, orgullosa.

—Yo aún estoy empezando —contesta Úrsula con un deje de timidez—. Pero reconozco que tienen muchas posibilidades.

Infinitas, pienso yo.

—¿Hoy quieres grabarlo?

—Bueno... —titubea ella, para al final decir—: Sí, ¿por qué no?

Otra nota mental: comprar una cámara de vídeo de alta definición.

—Genial, así luego puedes volver a verlos en casa...

Debo reconocerlo, Silvia es lista como pocas. Cada palabra es una pulla, pero lejos de cabrearme, lo que consigue en realidad es tenerme expectante.

Camina por la estancia hasta encontrar una ubicación óptima para situar su móvil, que tiene ya colocado en un pequeño trípode.

Cuánta organización, pienso.

Una vez concluida la tarea de poner la cámara, Silvia se acerca y tira de Úrsula para ponerla en pie. En esta ocasión mi mujer queda de frente. El jodido cristal no me deja apreciar con claridad su expresión. Distingo que mueve el cuello a un lado y se deja querer.

—Cierra los ojos —le pide Silvia en voz baja.

—Ese amigo tuyo tarda un poco, ¿no?

—Olvídate ahora de él. Solas tú y yo. ¿No te apetece?

La respuesta me interesa y mucho.

—Claro que me apetece.

Joder...

Comienzan a tocarse y a moverse como si sonara una melodía. Voy a reventar de impaciencia. Ahí solo, mirándolas en baja definición debido al maldito cristal, se me ha puesto bien dura. No tengo idea de qué van a hacerme, pero el simple hecho de ofrecerme esta visión me vuelve loco y eso que el cristal no es todo lo nítido que desearía, porque si tuviera primeros planos terminaría gimiendo y delatando mi presencia.

Úrsula ronronea. Ambas permanecen vestidas. ¿A ver si va a ser verdad que ellas son más sutiles que nosotros? Porque yo ya habría empezado a quitar ropa y ellas no, sólo se tocan y punto. ¿Cómo algo tan delicado me pone tanto?

Ahora no tengo tiempo ni capacidad de pensarlo.

Las oigo cuchichear y después reírse. Me ponen en el disparador. No tengo ni la más remota idea de cuándo he de hacer mi aparición, supongo que Silvia me lo indicará, pero empiezo a sospechar que la muy ladina no va a mover un dedo por mí. ¿Quizá espera que yo lo jorobe todo?

—¿Quieres que te cuente un secreto? —pregunta Silvia en tono bajo y confidencial.

—Por supuesto —contesta Úrsula cómplice, suspirando.

—Nos están observando.

—¿Cómo dices? —pregunta curiosa.

Tira de mi mujer para abandonar la cama y, cogidas de la mano, caminan despacio hasta detenerse justo en esa línea invisible desde donde pueden verme de reojo. Trago saliva. Úrsula aún no se ha percatado de mi presencia.

Vuelven a tocarse... a besarse...

Voy a explotar de impaciencia, de excitación.

—Mira... —susurra Silvia con un tono sugerente que me provoca un escalofrío.

No tengo tiempo de reaccionar. Sostiene la cabeza de Úrsula para que sólo pueda mirar en una dirección.

¡Qué hija de la gran puta!

Úrsula intenta dar un paso atrás, en retirada, pero no puede. Silvia se lo impide. Está

disfrutando la muy cabrona. Sólo existe un camino.

Me mira con la boca abierta. Mientras, la otra, pegada a su espalda, le aparta el pelo para acariciarle la nuca. Mi mujer inspira ante el contacto.

Doy los cuatro pasos que nos separan y, sin perder ni medio segundo, acuno su rostro y la beso como siempre deseo hacerlo.

Se muestra algo reacia, lógico, pero estoy dispuesto a vencer cada una de sus reservas. Recorro sus labios con paciencia, tentándola, dejando que ella misma acepte la situación. La rodeo con mis brazos aunque modero un poco la fuerza, tampoco quiero forzarla.

—Marc... —gime, aún avergonzada, cuando me aparto unos instantes de su boca sólo para coger aire antes de volver a besarla.

—Bésale —indica Silvia en un ronroneo.

Jadeo cuando noto cómo va relajándose en mis brazos y sus labios van amoldándose a los míos. Rodeo su cintura, me pego a su cuerpo, devoro su boca. Poco a poco va abandonando la cautela.

Busco otros puntos sensibles por su cuello, apartando para ello su blusa con cuidado. Mi mujer alza las manos y comienza a tocarme, al tiempo que echa ligeramente la cabeza hacia atrás para darme mayor acceso. No desaprovecho el ofrecimiento.

De reojo, observo a la otra mujer moverse hasta colocarse detrás de mí. Noto unas manos en mi espalda y la presión de otro cuerpo femenino, no obstante, quiero dedicarle unos minutos sólo a Úrsula.

—¿Me dejas jugar con tu «maridito»? —Al parecer, Silvia tiene otros planes.

Úrsula me contempla con los ojos entrecerrados, pero no niega con la cabeza. Traga saliva, mira a su amiga y después a mí. Percibo lo mucho que la excita la propuesta. Entonces sonrío de medio lado, me acerco a su oído y, entonando aquella vieja canción de La Unión le digo:

—Deseo más y más... Sí... Vamos nena hasta el final^[9]...

Mi mujer casi se atraganta. Creo que nunca unas palabras susurradas han causado tanto efecto.

—Qué antiguo eres —se burla Silvia a mi espalda, sin dejar de tocarme.

No me queda otra opción que darle una respuesta contundente. El factor sorpresa juega a mi favor, me vuelvo y, agarrándola del pelo, le muerdo el labio inferior y tiro de él para después meterle la lengua. Y todo delante de mi esposa.

Esta me muerde en el hombro y me coloca una mano sobre la bragueta.

Silvia jadea, no sé si por la sorpresa o de excitación.

Joder, qué gusto.

Parece que la chica disfruta de mi atrevimiento, pero enseguida se rearma y es ella quien me tira del pelo. Ambos nos miramos jadeando. Úrsula me clava las uñas en el brazo y desearía no llevar la camisa puesta para que el contacto fuera directamente sobre mi piel.

—No sabes dónde te has metido —me desafía Silvia, obligándome a girar la cabeza.

Mi mujer se muerde el labio. Está preciosa y excitada, su fina blusa es una excelente chivata y marca sus apetecibles pezones.

—Espero averiguarlo pronto —murmuro y de nuevo beso a Úrsula, en esta ocasión, dejando a un lado la delicadeza, me muestro más expeditivo.

Con ello me gano un nuevo tirón de pelo, pero también un gemido que me encanta.

No me contengo y una de mis manos va directa a la suave piel de su escote, le desabrocho el primer botón y la acaricio por encima del sujetador.

Silvia me agarra de los huevos y presiona con saña, apartando las manos de mi mujer, mucho más contenidas.

Úrsula da un paso atrás, respira y me sostiene la mirada. Coloca una mano justo en el centro de mi pecho y la va deslizado hasta situarse encima de la de su amiga. Juntas presionan un poco más y yo contengo el aliento.

—Tu maridito promete...

Úrsula sonrío. Joder, qué ganas de follármela.

Manoseándome a su antojo, consiguen llevarme a la cama. Me empujan hasta dejarme sentado y mi mujer se sube tras de mí. Silvia se sitúa entre mis piernas, no se le borra la sonrisa altiva cuando se inclina para besarme. No piensa darme tregua, estupendo.

La agarro del culo para acercarla a mí, por suerte no se resiste. Le levanto la camiseta de dudoso gusto y no me sorprende encontrar un sujetador negro con relleno. Eso sí, nada que ver con el par de tetas de Úrsula, que se las está apañando para desabotonarme la camisa desde atrás sin dejar de enredar las manos en mi pelo.

Después de dejarme desnudo de cintura para arriba, van a por los pantalones. Me tumban y con rapidez lo hacen todo, yo me limito a tocar, besar, chupar aquí o allá.

—Prometedor —canturrea Silvia, acariciándome por encima de los bóxers sin perder su sonrisa un tanto maléfica.

—Humm —ronronea mi mujer, que de momento no toma la iniciativa.

—A lo mejor no te cabe en la boca —la provoco.

—Salgamos de dudas.

Antes de que pueda articular palabra, Úrsula se inclina hacia mí y me besa mientras la otra me termina de desnudar y, sin más preámbulos, se mete mi erección en la boca y hasta el fondo. Jadeo encantado y elevo las caderas para penetrarla hasta la garganta, pero la muy bruja, me agarra de los huevos, apretándomelos.

—Quieto —ordena Úrsula con su tono más dominante, logrando que me estremezca por completo.

Soy el único que está desnudo en la habitación, ellas empiezan a avasallarme y, que conste, yo encantado. Rodeo a Úrsula con el brazo y la atraigo con fuerza. Gemimos juntos. Nos miramos un instante, como si no diéramos crédito a lo que

sucede, pero nada de arrepentimientos, nada de culpabilidad.

Cierro los ojos, no porque no desee verla, sino porque Silvia me la está chupando de puta madre, joder con el *piercing*. He caído en sus redes, las dos van a hacer conmigo cuanto les apetezca, voy a ser su juguete y la sola idea me produce gran placer.

—Úrsula... —gimo cuando me araña el pecho.

Intento por todos los medios meterle mano, pero ella cierra las piernas y se aparta.

—Aprovecha ahora —le indica Silvia y no soy muy consciente de lo que dicen.

Entre las dos consiguen sumergirme en una especie de neblina, mi escasa capacidad de raciocinio sólo se percata de lo que experimento y, cuando quiero darme cuenta, es demasiado tarde. Tengo las muñecas atadas por encima de la cabeza y Silvia, con sonrisa triunfante, se sube a horcajadas sobre mi erección. Todavía lleva los vaqueros puestos y cuando se frota contra mi sexo me produce cierto desasosiego. Se restriega con cierta saña. Siseo por el contacto tan áspero y, como única respuesta, me limito a levantar las caderas.

—Vamos a tener que atarte las piernas... —me amenaza Silvia.

Mi mujer se baja de la cama y se coloca donde puedo verla bien. Comienza a desnudarse sin apartar sus ojos de los míos. Saben muy bien lo que se hacen. Yo también, pues las he visto en acción, pero aun así consiguen llevarme al límite. Cambia mucho todo cuando soy yo el protagonista de sus perversiones, y esto no ha hecho más que empezar.

Pero ni loco voy a protestar y menos cuando Úrsula se acerca gateando hasta Silvia, ofreciéndome una buena panorámica de su culo. Joder, cómo me gustaría follármelo ahora mismo. Luego las dos comienzan a besarse delante de mis narices.

—Mírale —se burla Silvia—, qué mono ahí tan quietecito.

Alzo las caderas con la intención de desestabilizarla, pero la muy perra se afianza con las rodillas y, para volverme aún más loco, le acaricia las tetas y le pellizca los pezones a Úrsula. Algo que yo me muero por hacer. Mi mujer gime y se arquea de gusto (no la culpo), para después ser ella quien toma la iniciativa. Le quita la camiseta a su amiga y se inclina para besarla en el escote.

—Hijas de puta... —gruño, pues Silvia, aún con el sujetador puesto, jadea y se humedece los labios. Ambas se acarician y excitan con una sutileza apabullante, algo que ningún tío, y menos con el rabo en posición de firmes, es capaz de hacer.

Mi protesta logra justo lo contrario, en vez de hacerme caso, las dos sonrían divertidas y me miran.

—Tranquilo, esto no ha hecho más que empezar —afirma la bruja número uno del planeta.

—Ay, pobre... —la secunda mi esposa, pero no percibo ni pizca de arrepentimiento en su voz.

Como me han amarrado al borde del somier, es inútil que intente liberarme, así que respiro. Nada de protestar o estas me tienen aquí hasta mañana.

—Me apetece tomar algo —dice de repente Úrsula y la otra asiente.

—¿Qué?! —exclamo con la garganta seca, cuando Silvia se levanta y va hasta su mochila, de donde regresa con una botella de ¿tequila? Sí, lo es, porque además saca todos los complementos.

Silvia me tira el sujetador a la cara y levanta una pierna para acercar ese temible tacón metálico a mi entepierna. Con una precisión que me hace contener el aliento, recorre mis muslos presionando lo justo para no provocarme una lesión, pero sí un ataque cardíaco a medida que se acerca a mis pelotas.

—Tranquilo —susurra con malicia.

—Voy a poner música... —dice mi mujer y camina desnuda, haciéndome gemir, hasta el equipo de audio de la *suite*. Introduce un dispositivo USB y comienza a sonar *Amour*^[10], de Rammstein.

—Me encanta esta canción —comenta Silvia animada, tarareándola, y no me sorprende que se la sepa al dedillo.

Úrsula regresa y su amiga deja de martirizarme para sentarse en un lado de la cama y comenzar, con una sensualidad extraña, mezcla de perversión y aspereza, a desnudarse. Se colocan una a cada lado de mí, frente a frente. Mi mujer coge un ¿tupper? (manda huevos) y deja unas rodajas de limón sobre mi abdomen, así como dos vasos de chupito y un salero. Me mira de reojo y yo trago saliva. Qué guapa está la condenada y cómo me pone. Silvia llena los dos vasitos, vierte más de la cuenta y me moja el cuerpo, y no porque le falle el pulso. Después, cada una coge el suyo.

—¡Salud! —exclaman a dúo.

De un trago se lo meten para dentro y con rapidez se inclinan para atrapar con los dientes una rodaja de limón y la sal que previamente han desperdigado por mi torso. Voy a acabar con granos de sal hasta en el culo como sigan así.

Mi mujer debe de tener menos experiencia, porque se le escapa la rodaja de limón por el costado, dejándome un rastro húmedo que la muy espabilada resigue con la lengua.

—¿Otro? —sugiere la neopunk.

—¿Y Marc?

Tiemblo. A saber qué se les ha ocurrido, pero lo averiguo en el acto. Úrsula se echa sal en una de sus preciosas tetas y coge limón, mientras la otra rellena el vaso y me lo acerca a los labios.

Como es predecible, al estar tumbado, la mitad se me escapa por los bordes, sin embargo, resulta increíble cuando tengo al alcance un pezón salado, que chupo con fruición y además muerdo.

—Ahora te toca a ti —dice Úrsula y repiten el proceso, aunque invirtiendo los papeles.

—No seas tan ansioso —me reprende Silvia, liberando su pezón.

—¿Y me vais a dejar así, hecho un asco? —pregunto, porque ni se molestan en limpiarme.

Úrsula se relame pero Silvia niega con la cabeza. Y de nuevo se apartan de mí para jugar solas. La madre que las parió. Pero el enfado es sólo un ligero nubarrón, pues cuando ambas se acomodan a mis pies y comienzan a tocarse...

—Joder... —silbo.

Ni caso me hacen. Las dos parecen sumergirse en un mundo privado, al margen de mi presencia; se besan, se tocan, se chupan, pero siempre con bastante sutileza. Gimen y se arquean. Entrecierran los ojos... me gustaría participar, pero me doy cuenta de algo increíble: puedo observarlas, ver detalles que cuando estoy imbuido en el frenesí del sexo me pierdo. Me jode no tocarlas, sin embargo, es alucinante la lección que me están ofreciendo.

Desde luego, mi esposa es una alumna aventajada...

Silvia lleva la iniciativa y es la que más miradas me dedica, pero son las de Úrsula las que me hacen revolucionarme. Está gozando, de eso no me cabe la menor duda.

—Sigo aquí —mascullo, cuando veo que pasan los minutos y me ignoran.

Creo que ya he aprendido suficiente.

—¿Y? —murmura Silvia, succionando con vehemencia un pezón.

—Pobrecito —jadea mi queridísima esposa.

—Son como niños, ¿no crees? —apostilla la bruja malvada y las dos se ríen—. Como no les des lo que quieren, se enfurruñan.

—No estoy enfurruñado, estoy cachondo —contesto y muevo la pelvis.

—Chúpasela un poco, anda.

Úrsula primero la besa a ella, ambas gimen y después (¡por fin!) gatea hacia mí. Todavía estoy pringoso tras haberme utilizado como barra de bar, pero eso parece complacerla y desliza su lengua por mi abdomen, mis tetillas y poco a poco se sube encima, hasta que mi polla queda encajada entre ese precioso par de tetas.

Cierro los ojos cuando se refrota, pero ya el *sumun* es sentir el primer contacto de su boca sobre mi glande. Noto la diferencia en el acto. No es como las anteriores veces, ahora juega con su lengua, la mueve. Con las manos amasa mis testículos, suelta y aprieta.

—Úrsula... —jadeo, elevando la pelvis.

Silvia se acerca también y se sitúa junto a ella. Definitivamente van a acabar conmigo cuando empiezan a mamármela a dúo. Vaya sincronización, dos lenguas sobre mi polla... No es la primera vez, pero como si lo fuera.

Mi respiración se torna agitada, muy agitada. Voy a correrme, lo noto. La tensión es insoportable. Esas dos bocas saben muy bien qué se hacen. Me retuerzo como un loco, encantado, excitado al máximo, consciente de que por fin llegará el alivio.

—¡Qué coño...! —exclamo, cuando un dedo, no sé de quién, se introduce en mi culo.

Ya no puedo más. Ese dedo hace maravillas. Miro de reojo a ambas. Úrsula es quien me la está chupando, y no se aparta, no pone cara de asco, todo lo contrario.

Jadeo, gruño, maldigo, pero ellas hacen lo que quieren de mí y saber que estoy en sus manos hace que alcance uno de esos clímax que podrían considerarse épicos.

Me quedo relajado, incluso adormilado. Debería pedir que me desatasen, pero ni me molesto. Estoy demasiado a gusto como para protestar.

—Mírale, ya se nos ha desinflado —comenta la neopunk con ironía.

Me trae sin cuidado, creo que ya no puede pincharme con su afilada lengua, porque me encuentro en un estado de relajación tal que mucho tiene que cabrearme para que replique de manera cortante.

—No seas mala. Ha aguantado bastante —me defiende Úrsula, acariciándome los brazos aún tensos, pues sigo amarrado—. Pero me parece que vamos a tener que apañarnos nosotras solas —añade altiva.

—Desátame y verás si te dejo satisfecha —la desafío.

Ambas miran mi polla, ya en vías de recuperación, pero no erecta por completo, por lo que aclaro:

—Tengo manos y boca.

—Muy bien, veamos qué sabes hacer —me provoca Silvia.

Se sube encima de mí, poniéndome las tetas en la cara. Úrsula se recuesta a mis pies y adopta una pose relajada, como si se dispusiera a contemplar un espectáculo. Mientras, su amiga, se inclina y me desata, pero lejos de dejarme libre, me sujeta de las muñecas y, ayudándose de su peso, me inmoviliza.

Ya le tengo ganas a esta zorra, que me lo ha puesto todo muy difícil, y valiéndome de mi superioridad física, me incorporo y ella se ríe con descaro, provocadora hasta el final. Miro a mi mujer, que no se pierde detalle. Me pongo de rodillas, empujo a Silvia y la agarro de los tobillos para separarle las piernas. Se resiste, claro, pero ahora es mi turno de sonreír y de jugar.

—Vamos a ver cuánto aguantas, chica mala —me burlo, mirándola a los ojos tras echar un vistazo a su sexo depilado.

Le muerdo el muslo, pero no me entretengo más de la cuenta y llego a su sexo. La encuentro excitada, como no podía ser de otro modo. Le meto dos dedos y levanto la mirada para observarla. Se contiene sólo por joder, como si no lo supiera. No obstante, cuando empiezo a jugar con la lengua entre sus labios vaginales a ella le resulta complicado disimular sus gemidos y se arquea buscando el máximo contacto.

—Humm... no... no vas mal —ronronea sugerente.

Qué cabrona, pienso, y me empleo más a fondo. Meto la lengua todo lo que puedo, incluso utilizo los dientes para arañarla, sin dejar de usar los dedos. Pero como esta viene pidiendo guerra, la va a tener. Uso el dedo meñique para presionar sobre su ano, ella da un respingo, pero consigo metérselo. Gime bien alto.

Justo en ese momento, noto una caricia en mi espalda, no me vuelvo, pues sé muy bien quién me toca. Mientras le como el coño a su amiga, Úrsula no se conforma con

tocarme, también me da suaves besos y mordisquitos en la espalda, en el trasero.

—Úrsula... —gimo, sin poder evitarlo.

Ya hace un buen rato que se me ha puesto dura y mi mujer me agarra y comienza a masturbarme, pero muy despacio, como si sólo quisiera sujetarme. Yo continúo arrodillado entre las piernas de Silvia, noto su tensión, como sus muslos se aprietan. Está a punto de correrse.

Esta es mi oportunidad.

—¿Qué coño haces? —pregunta irritada; lógico, la he dejado a medias.

Úrsula arquea una ceja, pero antes de que diga nada, estoy besándola. Ambos jadeamos. Mi atrevimiento es recompensado con un par de azotes en el trasero que me encienden aún más.

—Marc...

—Voy a follarte ahora —le respondo y ella me sonrío.

—Qué típico de los tíos, dejar las cosas a medias —resopla Silvia, pero intuyo que no está tan cabreada como aparenta, pues se muerde el labio antes de buscar la boca de Úrsula y besarla al tiempo que le pellizca los pezones.

Me siento con las piernas estiradas y la bruja malvada se pega a mi espalda. Noto sus pezones frotándose, está caliente como una perra, pero que se joda. Mi esposa se acomoda encima de mí y ella misma se encarga de agarrar mi erección. Me masturba de forma eficiente, un tanto brusca, aunque me gusta.

Echo la cabeza hacia atrás y entonces la boca de Silvia se une a la mía y gruño. Úrsula se deja caer hasta acoplarnos por completo.

—Fóllala bien —me dice Silvia, mordiéndome la oreja.

—Sé lo que tengo que hacer —replico gimiendo.

Mi mujer comienza a montarme, se balancea sobre mí de tal forma que su estupendo y apetecible par de tetas rebotan ante mi cara. No pierdo el tiempo y me meto un pezón en la boca. Lanza un jadeo lastimero que me anima a repetir con el otro.

Su amiga baja la mano por mi espalda y se las apaña para meter un dedo entre mis nalgas, lo cual me tensa y encanta al mismo tiempo. Presiona y yo embisto como un loco hacia arriba.

—Mucho mejor —musita provocadora.

Tira de mí hasta recostarme. Yo me muestro reacio, pues me encanta succionar los pechos de Úrsula, pero termino aceptando. En cuanto Silvia me tiene a tiro, comienza a besarme, a lamer mis labios, a morderme...

—Marc... —gime mi mujer al observarnos.

Se la estoy metiendo mientras su amiga me devora la boca y eso le gusta. Espero que también disfrute con mi siguiente movimiento. Muevo una mano hasta situarla entre sus muslos. Silvia me facilita la tarea y encuentro su coño empapado. Empiezo a masturbarla sin dejar de embestir hacia arriba y follarme a Úrsula.

No sé cuál de los tres jadea con mayor intensidad, pues todo es cada vez más

intenso, erótico, morboso... una puta locura. Silvia adelanta las caderas y me clava las uñas en el brazo para que sea aún más salvaje. Sin problema, le meto un tercer dedo. Observo a las dos con los ojos entrecerrados. Mi esposa echa la cabeza hacia atrás, arquea todo su cuerpo, susurra mi nombre, se pellizca ella misma los pezones hasta lanzar un último grito y contraer todos sus músculos internos. Me aprieta la polla, me clava las rodillas en los costados y yo respiro profundamente.

—No pares —ordena Silvia, tirándome del pelo—. Fóllame con los dedos.

Úrsula se inclina hacia delante y me muerde el labio, todo mientras permanezco dentro de ella. Estoy a punto de correrme y ella se contonea. Vuelve a besarme y entonces se echa un poco más hacia delante de tal forma que puede tocar a Silvia, y lo hace. Con la yema del índice comienza a frotarle el clítoris, mientras continúa penetrándola con tres dedos.

Yo no sé cómo soy capaz de esto, pero aprieto los dientes y contengo mi eyaculación. Quiero ser el último, no porque si me adelanto me lo vayan a echar en cara, sino por el placer de dejarlas a ambas satisfechas.

—Me corro, joder, me corro —grita Silvia y me tira del pelo con saña, lo que lejos de molestarme hace que yo también me abandone y alcance el orgasmo.

Silvia se inclina y busca la boca de mi mujer. Yo recupero mi brazo (no me pasan desapercibidas las marcas) y las observo besarse con cariño.

—¡Marc! —exclama Úrsula, montándome de forma salvaje, mientras su amiga le pellizca los pezones y yo embisto desde abajo, colocando las manos a ambos lados de sus caderas para que los embistes sean más certeros.

—¡Córrete, cariño! —exclamo con un gruñido.

—Sí... —suspira, quedándose inmóvil sobre mí.

A pesar de todo, mi polla sigue en pie de guerra cuando Úrsula se aparta. Silvia arquea una ceja y mira a mi mujer, que se encoge de hombros riéndose con disimulo.

Sonrío travieso y orgulloso y echo los brazos hacia atrás; que hagan lo que les venga en gana.

Joder, y lo hacen... porque en la dichosa mochila quedan muchas sorpresas...

Silvia es la primera en abandonar la cama, con un sarcástico «Ahora vuelvo, parejita» en su tono provocador de siempre. Se ha metido en el cuarto de baño. No quiero ser profeta, pero ahora, más relajados tras la euforia sexual, vendrá un incómodo silencio. Úrsula permanece recostada sobre mí. No me mira, sólo respira mientras su mano recorre de forma distraída mi torso.

Oímos el ruido del agua procedente del cuarto de baño. De reojo veo toda nuestra ropa tirada en el suelo de cualquier manera.

¿Qué ocurrirá ahora?

Yo también debería darme una ducha, porque sigo pringoso por el juegucito del tequila, pero se me antoja tan difícil levantarme y caminar hasta el cuarto de baño que

me aguanto. Por no mencionar que Úrsula sigue desnuda a mi lado.

La puerta del baño se abre y aparece Silvia peinándose con los dedos el cabello húmedo.

—Uy, qué bonito —dice, jodiendo el ambiente.

Camina por delante de nosotros envuelta en una toalla y se agacha para buscar su ropa. Parece otra sin maquillaje y con el pelo lacio.

—¿Te vas ya? —pregunta mi mujer, sentándose en la cama.

Cuando lo hace, no sé por qué, se cubre con la sábana, ese arranque de pudor me desconcierta.

—Tres son multitud —nos espeta Silvia toda chula tras soltar la toalla y comenzar a vestirse.

Mejor me callo, pienso, porque a pesar de todas sus pullas, tirones de pelo y dedos en el culo, me ha ayudado y mucho. Tardaré en reconocérselo, por supuesto. Quizá un día de estos le envíe un regalito sorpresa.

—Silvia... —murmura Úrsula con cautela—. Esto no es lo que habíamos hablado.

Intuyo que, en sus aventuras, lo más habitual debe de ser marcharse juntas, sin embargo, esta no es como las demás. Todos somos conscientes de ello.

—Tranquila, nos vemos el lunes.

—Pero...

—Escucha, creo que tu «maridito» —no deja el tonito de los cojones— y tú tenéis mucho de que hablar.

Para que Úrsula no se sienta avergonzada o incómoda, le acaricio la espalda y me incorporo para darle un beso en el hombro.

Cuando se cierra la puerta y por fin estamos a solas, ella se muestra retraída, lo cual me joroba y mucho. Sigue cubriéndose y yo suspiro molesto.

Tiro de la maldita sábana.

—Esto... sobra, ¿no crees?

Asiente, pero no muy convencida, y entonces hago lo único que se me ocurre. Me muevo para acunar su rostro y besarla, despacio, dejando que mi lengua vaya recorriendo primero las comisuras para después ir penetrando poco a poco en su boca.

—Estás hecho un asco —musita, al pasar la mano sobre mi abdomen.

—Creo que tú tienes mucho que ver —comento divertido.

Entonces nos miramos fijamente. Sentados en la cama, desnudos y en mi caso muy satisfecho, al menos en el plano sexual.

¿Cómo no voy a estarlo después de haber follado como un mandril con dos mujeres?

¿Después de haber sido el juguete de ambas para su uso y disfrute?

¿Después de haber comprobado las habilidades de mi mujer?

—Marc...

—Tenemos que hablar no es la mejor frase —murmuro, acariciándole los labios y sin dejar de mirarla.

Me sonrío con timidez y asiente.

—Entonces, ¿cómo lo hacemos? —susurra—. Porque no podemos volver a casa y fingir que esto no ha ocurrido.

—Ni tampoco fingir que todo iba bien —añado también en voz baja.

Nos dejamos caer en la cama y nos cubrimos con la sábana, no por pudor, claro está.

—No fue premeditado —dice al cabo de un rato—. Yo...

Le acaricio la espalda. No tiene por qué entrar en detalles, aunque ya que hemos dado un gran paso, me gustaría seguir avanzando.

—Pensarás que soy una cualquiera por...

Le pongo un dedo en los labios y niego con la cabeza.

—No pienso nada semejante —contesto.

—Supongo que querrás saber...

—No te estoy juzgando —añado para que se sienta cómoda.

—Pero tú me eras infiel hacía tiempo y... me sentía fatal —explica y me doy cuenta de que, me guste o no, debemos hablar sin tapujos.

—¿Desde cuándo lo sabes? —inquiero suspirando.

—Desde el principio —responde.

No hay enfado, sólo un poco de dolor, pues no es fácil aceptar situaciones como esa.

—No sé qué decir...

—La verdad, Marc, dime la verdad. Que yo era una mujer sin recursos en la cama, aburrida, incapaz de satisfacerte.

—Escucha, no es así.

—Entonces, ¿por qué te follabas a esas mujeres? ¿Por qué ibas a clubes de intercambio?

—Vaya, y yo que pensaba que estaba siendo discreto —comento con ironía.

—No te registré los bolsillos ni fisgoneé en tu móvil, simplemente fueron pequeños detalles. Casualidades. Un día fui a recoger tu coche al taller, donde además de la revisión, mandaste limpiarlo por dentro. Junto con las llaves me entregaron una bolsa con todo lo que encontraron, papeles, monedas... Antes de tirarlo a la basura, eché un vistazo por si había algo útil y vi los resguardos.

—Joder... —mascullo.

—No quise creerlo, pensé que a lo mejor eran de algún colega tuyo, pero no lo eran. Había más de uno. Demasiada casualidad —dice relajada.

Me paso la mano por el pelo, mientras la escucho. Siempre tenía cuidado con esas cosas, sin embargo, era inevitable que con las prisas se me escapara algo.

Da la impresión de que en su momento le causó un gran dolor, pero que ya lo ha superado.

—Y un día fui a tu hotel sin avisarte. Conduje durante dos horas, nerviosa, diciéndome que no podía ser, que tú no eras capaz de algo así... —Hace una pausa—. Fue un mazazo. Oí parte de la conversación, cómo concretabais los detalles y después te vi subir a la habitación con aquella pareja.

—Mierda... —mascullo.

—Me di cuenta de que no era la primera vez, que sabías muy bien lo que hacías.

—No sé qué decir...

—Quise gritarte, escupirte, abandonarte por haberme engañado —prosigue—, sin embargo, al día siguiente Silvia me vio tan hecha polvo que acabamos tomando unas copas.

—Tú no bebes —la interrumpo.

—Por eso acabé como una cuba, confesándoselo todo. Las mujeres solemos buscar apoyo moral, ¿sabes?

Miedo me da escuchar qué le recomendó esa zorra.

—¿Y?

—Para mi sorpresa, lejos de hacerte vudú, como yo esperaba —se ríe al decirlo, haciéndome sonreír a mí también—, hablamos mucho y me sinceré con ella. De las ideas que yo tenía, de qué debía hacer, pero al final, en vez de culparte sólo a ti, me di cuenta de que yo también tenía mi parte de responsabilidad.

—Úrsula, joder, eso no es así.

Se incorpora para mirarme a la cara. Está preciosa, despeinada, desnuda y con los labios hinchados. Tengo que volver a follármela.

—Pero antes debía devolverte el golpe —prosigue—. Aunque me costó horrores atreverme. Fue con un amigo de Silvia, un compañero de facultad. Me invitaron a una fiesta... Yo no estaba muy convencida, pero el tipo no se anduvo con florituras y me folló a lo bestia, como tú nunca lo habías hecho y... —Se muerde el labio, algo avergonzada. Sonríe animándola a continuar—. Nunca pensé que fuera así...

Enterarte de que tu mujer se acuesta con otro debería escocerme, eso como mínimo, no obstante, permanezco sereno, o no tanto, porque me excita, no puedo evitarlo.

—¿Salvaje? ¿Sudoroso? —sugiero, acariciándole las mejillas.

—Y sucio —añade, señalando mi pecho.

—Muy sucio —secundo animado.

—Volví a casa con la esperanza de atreverme a hablar contigo, pero nunca encontraba el momento. Nos acostábamos y todo seguía igual. Notaba cómo te contenías, cómo te frenabas y yo fui una cobarde, lo reconozco. Miraba hacia otro lado —admite tranquila.

—Hablar así contigo es algo que agradezco —musito con cariño.

—Nos hacía mucha falta.

—Lo sé.

La beso con delicadeza, pero no de la misma forma que antes, quiero ser tierno

porque puedo, no porque me vea obligado a ello. Gime bajito y mete la mano por debajo de la sábana para acariciar mi polla. Ahora soy yo el que jadea cuando presiona con el pulgar sobre la punta.

—Has aprendido mucho —comento encantado.

—Sí —dice sonrojándose.

—¿Y vas a compartirlo todo conmigo? —pregunto pícaro, conteniendo el aliento mientras su mano sigue haciendo travesuras.

—Creo que ya has visto bastante... —replica altiva y sé que se refiere a los vídeos.

—Pero prefiero en vivo y en directo —apostillo, metiéndole el pulgar en la boca para que lo chupe. Mientras ella lo hace, me doy cuenta de un detalle muy importante que he pasado por alto ya que sólo he sido capaz de pensar con la polla—. Los dejaste en el armario a propósito, ¿verdad?

Asiente haciendo una mueca.

—Sí. Me estaba volviendo loca. Te deseaba, quería hacer todo eso contigo, que me sometieras, atarte, de todo. No encontraba el modo de hacértelo saber —se disculpa.

Le acaricio la mejilla.

—Te quiero —digo, apartándole la mano de mi polla.

—Marc...

—Y creo que ahora quiero hacer algo muy especial contigo... —musito, acercándome de nuevo a su boca.

—Sabes que voy a decirte que sí sin rechistar —admite, jugando con mi lengua y gimiendo bajito—. Dime qué quieres hacer conmigo...

Inspiro, sonrío y la miro a los ojos.

—Abrazarte durante toda la noche.

—¿Estás seguro? —me pregunta Úrsula en un susurro, mientras caminamos por los pasillos de EXIT cogidos de la mano.

No hemos llegado hasta aquí por casualidad.

Asiento y levanto su mano para darle un beso en la muñeca.

—Sí, lo estoy —respondo convencido.

Ella inspira y me sonrío.

Han pasado tres meses desde que por fin ambos tuvimos el valor de reconocer en voz alta todo lo que habíamos hecho por separado. Por supuesto, no se resolvió en una sola conversación y desde entonces ha habido muchos momentos íntimos en los que la sinceridad ha estado presente.

Y en cierto modo nos ha liberado.

Tres meses en los que he tenido la oportunidad de follarme a mi mujer como un poseso, sin encontrar traba alguna, es más, hasta he tenido que ser yo quien haya

terminado pidiendo clemencia para reponer fuerzas.

Úrsula se burló cuando le dije que tenía el pene en carne viva, lo que derivó en una intensa sesión de cosquillas. A lo que yo respondí con mi boca, pues mientras dejaba descansar mi polla, podía recrearme con la lengua. Ella no opuso resistencia.

Decir que ha sido fantástico es quedarme corto. Porque hemos seguido manteniendo esa relación por la que siempre he estado enamorado de ella. Nuestras salidas a cenar con amigos, nuestros momentos tontorrones en el sofá de casa, yo medio amodorrado mientras intentaba seguir el argumento de una película infumable sólo porque a ella la apasionaba. No nos hemos aislado del mundo, claro que no, simplemente hemos logrado acoplarnos muchísimo mejor. Por decirlo de alguna forma, hemos completado el puzle de nuestra relación.

Sólo faltaban unas piezas y ya están casi todas en su sitio, pues mi intención es muy clara: no bajar la guardia, no acomodarme, no pensar que ya está todo hecho, pues entonces volveríamos a la rutina y eso sí que no me lo puedo permitir. Quiero seguir experimentando, descubriendo junto a ella diferentes posibilidades.

Durante estos tres meses, ni Úrsula ni yo hemos mantenido relaciones con otras personas. Yo he cumplido a rajatabla y sé que ella también. No ha sido fácil, pues cuando por cuestiones laborales he continuado viajando, la he echado de menos como nunca pensaba que lo haría. Eso sí, Úrsula se ha encargado de mantenerme «entretenido» con sus llamadas a medianoche, sugerentes, morbosas y escandalosas, que han logrado que yo pudiera conciliar el sueño, previo trabajo manual con su voz de fondo.

Nunca había sentido tantas ganas de volver a mi casa. Nunca.

Por supuesto, Úrsula también ha buscado la forma de sorprenderme, ya no sólo con sus palabras, sino presentándose, como hace quince días, en mi hotel sin avisar, y con una maleta en la mano en la que, como única prenda de vestir, llevaba unas bragas limpias. Abrí la puerta y la vi allí de pie, pintada como una vulgar ramera, con el pelo cardado y un abrigo bajo el cual me mostró un vestido de licra que dejaba claro que era imposible llevar ropa interior.

—Servicio a domicilio por horas —se insinuó, humedeciéndose los labios.

—Entonces no perdamos el tiempo —dije animado y, para mantener su fantasía, saqué la cartera y pregunté—: ¿La tarifa habitual?

—Depende... —susurró subiéndose el vestido hasta mostrarme su sexo rasurado por completo.

No me quedó más remedio que entregarle la cartera y que ella misma fijase la tarifa que le diera la gana. Me dejó sin respiración y con una sonrisa de oreja a oreja con sus habilidades. Desde luego, hacer negocios con Úrsula resulta infinitamente placentero.

Aparte de la diversión, el morbo, las fantasías y la sinceridad que ambos hemos demostrado en estos tres meses, han estado también presentes nuestras inseguridades y miedos, como por ejemplo que yo termine enamorándome de otra (algo poco

probable, pues si no lo hice cuando las cosas iban regular, ahora no voy a tirarlo todo por la borda), o que sea ella la que vea transformados sus sentimientos; porque en eso se basa todo, en volver a casa y dormir abrazados.

Caminamos de la mano por las instalaciones del club. Hemos estado allí por separado, de ahí la importancia de que ahora vayamos juntos.

—Es aquí —murmura Úrsula señalando una puerta.

De todo se ha encargado ella. Cuando me confesó que se había hecho socia, casi me caigo de culo de la impresión. No sólo por el dinero que cuesta la cuota (un huevo y la yema del otro), Úrsula pertenece a una familia adinerada y sé que tiene un buen colchón y que no necesitaría trabajar, sino por las influencias que hacen falta para ser aceptado. Por lo visto ha sabido mover los hilos.

Joder, si es que estoy casado con una puta máquina, pienso orgulloso.

Ella saca una tarjeta y desbloquea la puerta. *A priori* el club es igual que un hotel de lujo, con decoración sugerente e insonorizado. Accedemos a una *suite* pintada de azul y dorado en la que destaca, cómo no, una gran cama con cuatro postes muy bien pensados. Aunque llaman más la atención los dos amplios sillones elevados sobre una tarima y dispuestos frente al lecho. Como dos butacas en el palco del teatro.

Me percató de que la habitación no está vacía. Un hombre vestido de manera informal entra en nuestro campo de visión con una copa en la mano.

—Te presento a Fredy —murmura Úrsula a mi lado.

Reconozco al tipo rubio, lo vi en uno de los vídeos.

Nos saludamos con un formal apretón de manos. Él me sonrío y yo me noto un poco tenso. Ya he follado con tíos, pero no delante de Úrsula, de ahí que ella me haya preguntado si estoy seguro. También tendré que ver cómo él, si le apetece, se la tira delante de mis narices; la idea me apasiona, no lo niego, sin embargo, pasar de la teoría a la práctica es lo que me inquieta.

—Tu marido está bien bueno —comenta Fredy y acorta las distancias para, sin darme tiempo a más, besarme en la boca.

Me pilla por sorpresa. No lo aparto, pero sí me quedo inmóvil. Tardo en reaccionar más de la cuenta, aunque el rubio no se desanima e insiste hasta que poco a poco voy separando los labios para él.

—Bien bueno —jadea, rodeando mi cuello, ahora que parece que nos vamos entendiendo.

De reojo veo a Úrsula servirse una copa en la pequeña barra, sin quitarnos la vista de encima. Sonríe, pero de forma contenida. Se muestra expectante.

Fredy da un paso atrás, me mira de arriba abajo y asiente complacido por lo que ve. Sigo un poco tenso y más cuando se coloca a mi espalda. Hunde las manos en mi pelo y comienza a masajearme con intención de que me relaje, para terminar recostado sobre él. Cierro los ojos, respiro. Sus manos me rodean y bajan por mi pecho hasta llegar a la bragueta de los vaqueros. Aún no estoy empalmado, pero empiezo a sentir cierto cosquilleo.

—Déjate llevar —me dice con voz seductora.

Antes de cerrar los ojos, le dedico una mirada a Úrsula, que está atenta a cada movimiento. Me excita saber que está ahí y espero que a ella le produzca idéntica reacción.

Fredy me soba por encima del pantalón mientras se restriega contra mi culo. Gime junto a mi oreja. Ya está empalmado. Pongo mis manos sobre las suyas para que me apriete un poco más y lo hace sin vacilación.

Oigo los pasos de ella acercándose. Su respiración justo enfrente de mí. Me besa en la boca, suave, despacio. Me tantea, se insinúa, me deja olerla y notar su excitación, pues a través de la tela de su blusa se percibe con claridad lo duros que tiene los pezones. Lame mis labios una última vez para después alejarse dejándome a merced de Fredy.

Este, con sutileza, hace que me vuelva y, al quedar frente a él, empieza a desabrocharme la camisa. Es hábil y no se detiene ahí. Va directo a los botones del pantalón y, tras soltar un par de ellos, mete la mano dentro y me agarra la polla.

—Humm... Interesante.

Cojo aire cuando comienza a masturbarme. Me gusta y termino por empalmarme. Es lógico, mi cuerpo actúa por instinto y no distingue si es una mano femenina o masculina la que me acaricia.

—Joder... —siseo, porque el rubio sabe muy bien lo que se hace.

Se acabó permanecer inactivo, ahora soy yo quien toma la iniciativa besándolo con brusquedad, él, por supuesto, se muestra encantado y vuelve a meter la mano dentro de mis pantalones.

Úrsula se ha acomodado en uno de los sillones. Adopta una postura sofisticada, cruzando las piernas y bebiendo de su copa con elegancia. Va a tener sin duda una vista privilegiada.

Llegamos hasta la cama y es extraño eso de desnudar a un tipo mientras él hace lo propio. Me recuesto en una actitud un tanto indolente y Fredy se inclina hacia mí.

—¿Me dejas que se la chupe a tu marido? —le pregunta a mi esposa.

—Sólo si él quiere —murmura Úrsula y me mira a mí esperando que lo apruebe.

Agarro mi erección y me masturbo. Fredy se humedece los labios.

—¿A qué esperas? —pregunto y el tipo gatea hacia mí.

Doblo una rodilla y, colocando un brazo por debajo de mi cabeza, me pongo cómodo. Miro a mi esposa. Sigue vestida, atenta a todo. Cuando Fredy empieza a chupármela, inspiro profundamente, le acaricio el pelo y procuro no embestir.

Ella gime y empieza a acariciarse por encima de la blusa. Está cachonda y eso me pone mucho, casi tanto como la boca que ahora mismo está sobre mi polla. Fredy prosigue sus atenciones, y muy bien, por cierto.

—Joder... —gimo encantado.

Mantengo los ojos entrecerrados a duras penas, quiero verla a ella, sólo a ella. A él le acaricio el pelo, animándolo, diciéndole sin palabras que lo hace de puta madre.

Empieza también a meterme un dedo. Despacio, dejando que me acostumbre. Mis jadeos aumentan de intensidad. Ya no puedo mantenerme inmóvil y elevo la pelvis. Fredy gime sobre mi erección, parece encantado.

Entonces siento que alguien se acerca. Es Úrsula, que se recuesta a un lado, permitiendo que él pueda trabajar a gusto sobre mi pene erecto. Tiene la blusa desabrochada, los pezones tiesos. Me acaricia el cuello y comienza a besarme en los labios, tentándome, jugueteando con la lengua.

—Esto me pone muy cachonda —susurra jadeante en mi oído—. Estoy tan mojada...

Al oír semejante declaración, mi cuerpo reacciona igual que un motor de carreras cuando pisas el acelerador a fondo y, por si fuera poco, ella se desprende del tanga y me lo mete en la boca, amordazándome con él.

—Me encanta la polla de tu marido —ronronea Fredy, lamiéndome también las pelotas.

—No me des envidia —contesta Úrsula.

Escupo el tanga y estiro el brazo a ver si con un poco de suerte puedo meterle un dedo y comprobar por mí mismo lo mojada que está.

—¿Buscas esto? —inquiere provocadora, acariciándose y acercándose después el dedo a los labios, que yo chupo de inmediato.

—Voy a correrme —gruño, agitándome como un loco.

—Y yo quiero que lo hagas —musita ella lamiéndome el cuello.

Yo aprovecho la coyuntura para sobarle un poco las tetas con la mano libre.

Entre los dos me están matando poco a poco. Cada vez que estoy a punto de correrme, Fredy ralentiza sus atenciones y me aprieta la base de la polla, lamiéndome sólo la punta, y Úrsula no deja de ronronear junto a mí. No deja de repetir lo caliente que está, lo mucho que se excita observándome, lo mucho que me quiere y me desea...

Empiezo a creer que sus palabras son más efectivas sobre mi libido que la boca de Fredy, y ya es mucho decir, porque joder, qué boquita...

—Tu marido está a puntito —comenta sugerente.

—Lo sé —dice ella, avasallando mi boca.

—Úrsula... —gimo.

—Córrete, Marc...

Entonces Fredy atrapa toda mi erección, presiona con los labios y mueve el dedo dentro de mi trasero hasta hacerme explotar. Úrsula absorbe cada gemido, besándome sin descanso. Me aferro a ella y, jadeante, musito un «Te quiero» antes de cerrar los ojos.

—Delicioso —comenta Fredy y noto cómo se mueve por la cama. Ella se ríe y me lame el cuello—. No sé qué haces aún vestida... con lo cachonda que estás.

Trago saliva, no me hace falta mirar para saber qué va a ocurrir.

Pero no puedo perdmelo y hago un esfuerzo, pese a que me gustaría quedarme

así, adormilado, un buen rato.

Él se sitúa tras Úrsula. Le sube la falda y acaricia su trasero con devoción. Ella da un respingo cuando recibe un buen azote. Se muerde el labio y jadea justo encima de mí.

Nos miramos a los ojos, está muy excitada, respira de forma irregular. Veo de refilón cómo Fredy se coloca un condón. Úrsula cierra los ojos y gime cuando la penetra. Aparto la tela de su blusa y me vuelvo para chuparle un pezón.

Esto es de locos. La muerdo, succiono. Se retuerce porque sé que estoy siendo un poco bruto, pero también sé lo mucho que disfruta. Fredy tampoco está siendo amable ni delicado. La embiste con fuerza y ella se aferra a mí para mantener la postura.

—Marc... —gime mi nombre sin parar.

Le meto un dedo en la boca y ella lo recibe encantada.

—Me encanta follarte así, Úrsula... —gruñe el rubio, penetrándola sin parar—. Eso es, preciosa, disfruta...

Que otro tío, y delante de mis narices, se lo monte con mi esposa, debería cabrearme hasta límites insospechados, sin embargo, no es así. Disfruto de un modo inexplicable viéndola a ella, recogiendo cada jadeo, sabiendo muy bien a quién nombra, a quién tiene en su cabeza. Eso es lo más importante. Y es cien por cien recíproco.

—Marc —vuelve a gemir Úrsula y me besa, atrapa mis labios y los devora.

—Estás a punto... —dice Fredy y vuelve a azotarle el trasero.

Ella no deja de gemir, de gritar y yo de acariciarla. Cambio de postura en la cama para poder tocarla con más precisión. Le pellizco sin descanso ambos pezones mientras se contonea.

—Úrsula... —jadea Fredy.

Empuja hacia atrás, yo vuelvo a besarla, a absorber cada quejido, cada jadeo. Está muy cerca, sin embargo, tiene que aguantar un poco más.

Fredy, que está al tanto de todo, se aparta y se recuesta en la cama. Úrsula termina de desnudarse. Yo la ayudo encantado y aguardo nervioso a que se suba a horcajadas sobre él. Nos queda la parte más intensa a la par que complicada, pues hay que coordinarse muy bien.

—Te quiero —me dice con voz amortiguada.

—Joder, cómo me ponen vuestros mimitos —comenta Fredy, agarrándola del culo mientras vuelve a penetrarla.

Busco un condón con lubricación extra y me lo pongo con rapidez. Me acerco a ellos y beso a Úrsula en la parte baja de la espalda.

Me coloco en posición, Fredy la ayuda a situarse mejor, separando sus glúteos para que a mí me resulte más sencillo. Inspiro y empujo sólo un poco. Ella está tensa, pero sé que lo desea.

—Vamos, tío, no puedo aguantar más —me dice Fredy impaciente.

—Marc... —gime Úrsula—. Hazlo...

Cierro los ojos a medida que la voy penetrando por detrás. Está tan prieta que debo ir con sumo cuidado, sin embargo, es tal mi necesidad de hacerlo que me resulta imposible.

Ella grita cuando me introduzco por completo en su interior.

—Ahora disfruta —le indica él—. Nos tienes a los dos bien metidos y a tu disposición.

—Pienso hacerlo —susurra.

Entonces comienza el espectáculo. Nos cuesta apenas un minuto establecer el ritmo preciso para proporcionarle a mi mujer el mayor placer posible y, de paso, disfrutar todos.

Es tal la presión que siento sobre mi polla que me dejo ir sin más. Me quedo quieto sin apartarme hasta que Fredy gruñe y embiste, logrando que Úrsula grite mi nombre antes de correrse.

Soy el primero en retirarse con cuidado. Me quedo arrodillado en la cama, como si acabara de correr los cien metros lisos, y observo cómo él le da un beso rápido en los labios.

Demuestra cierto cariño, pero nada más. No siento celos de ningún tipo.

—Ha sido un placer —comenta Fredy, abandonando la cama.

—Eres un sol —replica ella con media sonrisa.

—Podéis contar conmigo cuando queráis —dice el rubio, mirándome a mí.

—Lo haremos —digo en voz baja.

—Aunque tampoco tendría ningún problema en follar sólo contigo —añade señalándome.

Úrsula se echa a reír y dice:

—Todo se andará.

Me hubiera gustado no salir de aquel cuarto y quedarme dormido tras nuestro intenso interludio a tres bandas, pero al final, y haciendo un enorme esfuerzo, acabamos vistiéndonos y regresando a casa.

Y ahora aquí estamos, en la cama del dormitorio, la misma que compartimos desde hace años. Úrsula dormida y acurrucada a mi lado. Yo también debería haber caído como un tronco nada más tocar el colchón, pero no ha sido así.

No he podido resistirme, cuando la he visto entrar en la ducha, me he unido a ella y la he tocado por todas partes hasta acabar apoyado en los azulejos dejando que me sometiera a su antojo. Joder, es realmente buena llevándome al límite.

Giro un poco la cabeza para mirarla. En la penumbra, sonrío, porque Úrsula sigue manteniendo ese aspecto dulce e inocente que todos ven y que yo adoro. Pero por fortuna, tiene un lado rebelde, atrevido, morboso y dominante que por fin ha salido a la luz y que comparte conmigo.

—Te quiero —susurro y ella, no sé si inconscientemente o no, se revuelve un poco y pone la mano sobre mi pecho.

Con eso está todo dicho.

El banquero

Cuando me desperté, gemí y me llevé las manos a la cabeza. El dolor me impedía abrir los ojos. Aun así, supe que ya había amanecido.

Me quedé acostado boca arriba, intentando relajarme y que el maldito dolor se atenuara lo suficiente como para ponerme en pie. No sabía la causa de ese malestar, aunque lo más probable era que la fiestecita a la que acudí la noche anterior tuviera mucho que ver.

Oí algún ruido procedente del exterior. El típico sonido del tráfico y de conversaciones. A medida que pasaban los minutos, iba encajando piezas acerca de lo que había ocurrido durante la velada.

Noté un movimiento a mi derecha y me obligué a abrir los ojos y, si bien no lo conseguí al cien por cien, sí pude distinguir una silueta femenina. Más en concreto la espalda de una mujer morena, desnuda, lo cual me hizo llegar a la conclusión de que con toda probabilidad yo también lo estaba. Así era, a nuestros pies se encontraba una sábana color beis, arrugada.

Por suerte hacía calor y no era necesario cubrirse.

Una pieza más del puzle que iba recomponiendo. Aunque me hubiera gustado levantarme, estaba claro que mi cuerpo aún necesitaba recuperar su ritmo.

No recordaba el nombre de la morena que dormía a mi lado, pero sí que la había conocido la tarde anterior. Ella iba acompañada de una amiga y yo de mi compañero de estudios, Vincent Guillory, con el que había entablado una buena amistad en la universidad.

Unos días antes, los dos habíamos llegado a Ibiza con la idea de pasar un verano diferente. En mi caso como resultado de dos factores. El primero, una conversación con mi padre.

Estaba previsto que yo me incorporase de forma definitiva al negocio familiar a principios de septiembre. Me había preparado para ello y mentalizado desde que tenía uso de razón. Haber nacido en una familia con tan larga tradición marcaba de alguna manera el camino a seguir.

De todas formas, mi padre, Eric Boston, el actual presidente del consejo de administración, me había recomendado que viviera otras experiencias fuera del círculo habitual de amistades y que de ese modo tomara una decisión mucho más consistente.

Mi padre aún no tenía pensado retirarse, ni mucho menos, pero sí, tal como él mismo había hecho, quería que yo empezara a trabajar ya, aprendiendo los entresijos del negocio desde diferentes puntos de vista hasta ser consciente de todo lo que

implicaba estar al frente de un banco con mucho prestigio y una larga tradición.

Lo cierto es que yo estaba convencido de cuál era mi destino. Sin embargo, entendí el propósito de mi padre y acepté su sugerencia de pasar un verano fuera de Londres y, sobre todo, alejado de mi círculo habitual.

Mi madre también se mostró conforme con la idea e incluso quiso apuntarse al viaje, pues ella a menudo buscaba la forma de provocar a su marido, con tal de que este fuera un poco menos responsable. Y es que tener por madre a una mujer que antes de casarse había sido cantante en un *cabaret* le daba un toque muy bohemio e interesante al matrimonio de mis padres. Por suerte para ella, su provocación surtió efecto, y mi padre acabó prometiéndole que ese año se tomaría al menos quince días de vacaciones.

En ese instante, el segundo factor entró en juego. Vincent me sugirió que pasáramos dos meses en Ibiza. Él ya conocía la isla y me convenció. Así pues, llegamos allí a principios de julio de 1979 y, para que todo fuera más convencional, no elegimos un hotel de lujo, sino un hostel ubicado en el centro histórico, desde donde podríamos dirigirnos a cualquier punto de la capital.

En el avión yo le había comentado, guía turística en mano, la cantidad de monumentos que había por visitar, lo cual nos mantendría entretenidos durante las vacaciones.

—Por mí, mientras esos monumentos tengan buenas y generosas curvas, podemos visitar los que quieras y repetidas veces —me respondió él sonriendo.

—Siempre pensando en lo mismo —repliqué, negando con la cabeza, aunque en el fondo también me interesara esa forma de ver las cosas.

—¡Como si tú fueras un santo! —me recordó riéndose.

De acuerdo, no lo era, pero si bien había tenido mis escarceos y hasta una novia más o menos formal, a mis veinticinco años me las había apañado para que todo fuera discreto y procuraba, al contrario de Vincent, no alardear de mis conquistas.

Con todo eso en la cabeza, fui espabilando y abrí los ojos por completo. El techo necesitaba no una, sino dos o más manos de pintura, pues estaba desconchado por varios sitios. Las paredes tampoco tenían un aspecto mejor, con un papel pintado geométrico imposible entre naranja y marrón, que hacía poco probable que el dolor de cabeza me abandonase.

No quise molestar a la morena, que continuaba dormida, y me volví hacia el otro lado, donde me encontré otro cuerpo femenino. Parpadeé e intenté seguir atando cabos.

De nuevo acudieron a mi cabeza detalles del día anterior...

Nuestra llegada a aquella casa acompañados de dos mujeres a las que habíamos conocido en la terraza de una cafetería cuando ellas se acercaron. La fiesta que se celebraba, y a la que nos unimos, en la que el alcohol corría sin ningún tipo de restricción. También recordé las risas algo estridentes de la gente y el humo...

Entonces entendí por qué me dolía tanto la cabeza, pues si bien no era muy

aficionado a beber alcohol, podía tolerarlo. Vincent fue el primero en animarse y yo supongo que por inercia o por estar animado y querer probar de todo, acabé fumando también sólo Dios sabe qué.

Los recuerdos seguían apareciendo... Cómo acabé en aquel dormitorio de cuestionable decoración acompañado de dos mujeres y muy animado. ¿Cómo no implicarse si cuando quise darme cuenta una de ellas ya tenía la mano dentro de mis pantalones y la otra me había puesto un pezón en la boca?

No me molesté en conocer sus nombres, creo que ni siquiera se los pregunté. En mi mente sólo aparecían las imágenes de lo ocurrido. Yo acostado de medio lado, acariciando y besando a una, mientras la otra me chupaba el pene con verdadera habilidad.

Me dejé llevar y disfruté de la experiencia, pues era la primera vez que me acostaba con dos mujeres. La noche se ponía cada vez más interesante y, ya que había llegado con la idea de tener nuevas sensaciones, ¿qué mejor forma de comenzar mi aventura mediterránea que follándome a dos?

Fue intenso, algo complicado logísticamente hablando, pero muy satisfactorio. Supuse que debido a las sustancias inhibidoras, todo discurrió de forma más natural.

Todo menos una cosa...

Gemí aún con la cabeza dolorida y acabé levantándome, procurando no molestar a ninguna de las dos. Abandoné la cama y busqué mi ropa, que no veía por ningún lado. Agarré de un tirón la sábana y me la coloqué alrededor de las caderas. Lo más caballeroso hubiera sido taparlas a ellas, pero no creo que ninguna de las dos bellas durmientes pasara frío.

Salí de aquel dormitorio apoyándome en la pared, pues todavía sentía cierto malestar y podía acabar mareándome o vomitando. Oí alguna conversación, pero no podía saber si las voces procedían del exterior o de la propia vivienda.

Salí a un largo y estrecho pasillo lleno de puertas, conté cinco, cada una pintada de un color diferente y bastante cuestionable. Me concentré en buscar a Vincent y mi ropa, no necesariamente por ese orden, así que, sin ningún tipo de pudor, llamé a la puerta que me pilló más a mano y, al no obtener respuesta, abrí. Encontré a una pareja abrazada y dormida. Me fijé bien por si se trataba de mi amigo, pues, conociéndolo, a buen seguro no había pasado la noche solo.

La pareja ni se percató de mi irrupción y me marché cerrando la puerta con cuidado.

Continué la búsqueda. En cada habitación se repetía más o menos la misma estampa. Decoración desfasada y en mal estado. Gente durmiendo desnuda y combinaciones de todo tipo, incluidas dos mujeres abrazadas. En ese cuarto me quedé más tiempo del prudencial mirando y no sólo porque necesitara estar quieto y así lograr que la cabeza dejara de darme vueltas.

No fue hasta abrir la cuarta puerta cuando lo encontré. Vincent no estaba solo en la cama, eso no fue ninguna sorpresa, lo que me dejó ojiplático fue algo que nunca

habría imaginado. Estaba besándose con otro hombre, mientras este lo masturbaba.

Me quedé inmóvil en el umbral, intentando racionalizar aquello, pues me preciaba de conocerle bien. Joder, yo mismo había sido testigo de su afición por las mujeres, en algunos casos desmedida, de ahí que verlo en brazos de otro hombre fuera inconcebible.

¿Tanto le había afectado lo que fuera que bebimos y fumamos la noche anterior? Cierto que una persona bajo los efectos de ciertas sustancias puede comportarse de manera extraña, pero ¿lo suficiente como para cambiar de gustos sexuales?

El amante de Vincent se dio cuenta de mi presencia y me sonrió. Lo cual me dejó estupefacto. En ese instante mi amigo también me vio.

—¡William!

Al oír mi nombre reaccioné y cerré la puerta de golpe. Agarrando la maldita sábana para no caerme, caminé sin mirar atrás. Ni rastro de mi ropa. Con el enfado que tenía, no me di cuenta y acabé entrando en una cocina. Allí había un tipo, vestido con unos pantalones cortos y una camisa arrugada, que desayunaba indiferente a mi presencia y a mi mal humor.

Yo sólo quería largarme de allí. Cuanto antes.

—¿Vives aquí?

—Ajá —murmuró con la boca llena.

—¿Has visto mi ropa? —le pregunté y él negó con la cabeza.

Inspiré para tranquilizarme.

Pensé en exigirle una respuesta satisfactoria, pues algo tendría que saber, pero cuando estaba a punto de pedírsela, se abrió la puerta, que supuse de servicio, y entró una joven cargada con una mesa plegable y unas bolsas de rayas, que dejó caer con un suspiro.

Iba vestida con una especie de túnica de estampado indescriptible. Muy delgada y de estatura media, aunque con aquel aspecto parecía una huerfanita abandonada, pues llevaba el pelo castaño recogido en dos trenzas. Ni rastro de maquillaje. Quizá no tuviera ni dieciocho años.

—¿Dónde has estado? —le preguntó el tipo de malos modos, levantándose, no para ayudarla, sino para coger su bolso y registrarlo.

—¡Intentando vender algo! —exclamó ella enfadada—. Y sola, porque ninguno me habéis ayudado.

—¿Sólo has sacado esto? —inquirió él con cara de desagrado, sosteniendo en su mano unos billetes arrugados y unas monedas.

—He pasado por la tienda de ultramarinos y he pagado parte de la cuenta que debemos —le explicó la joven, acercándose al grifo para servirse un vaso de agua.

—Joder, Marisa, ¿para qué le pagas a ese usurero? —refunfuñó el tipo y ella lo miró frunciendo el cejo.

—Porque, de no hacerlo, nos iba a denunciar y además se negaba a servirnos más comida. Tú dirás qué iba a hacer.

—Siempre terminas cediendo ante ese cerdo —la acusó.

—Oye, la próxima vez envías a otra y que se acueste con él, a ver si así nos fía provisiones —le espetó alzando la voz, logrando que el tipejo se callara.

—Perdón... —los interrumpí, pues me importaba una mierda que tuvieran problemas económicos, algo que, nada más ver el estado de la casa, saltaba a la vista.

Ella me miró, pero al segundo pasó de mí concentrándose de nuevo en el otro hombre.

—Jacobó, ¿este quién es? —preguntó.

—¡A mí qué me cuentas! —exclamó el tal Jacobo encogiéndose de hombros—. Ha aparecido aquí sin ropa. No sé qué quiere.

Yo seguía allí desnudo, con una sábana beis que sujetaba como si me fuera la vida en ello, esperando que alguien de aquella casa de locos me diera razón de mi ropa.

—Pues espero que no haya que darle también de comer, porque vamos muy justos —comentó enfadada.

—No creo —respondió él, mirándome—. Vino anoche con Mary Paz y Guadalupe...

Vaya, ya sabía el nombre de las dos morenas que me había follado.

—Ah, vale —murmuró ella y pareció más tranquila.

El tipo se levantó y le murmuró algo a la chica, marchándose y dejándonos allí a solas. Y a mí cada vez más enfadado. ¿En qué casa de locos me había metido?

—¿Podrías, por favor, decirme si has visto mi ropa? —pregunté con educación.

—Si viniste con esas dos... —negó ella con la cabeza.

—¿Qué quieres decir? —No me gustó nada el tono que utilizó, me hizo sentir estúpido.

—Ahora vuelvo...

Se largó sin darme más explicaciones, lo cual aumentó mi enfado y desconcierto. Vincent aún no había aparecido y, la verdad, no deseaba enfrentarme a él en aquel momento; para digerir lo que había visto necesitaba unos días.

La joven, Marisa, regresó unos minutos después con mi pantalón y mi camisa, pero ni rastro de mi chaqueta. Cuando me entregó la ropa y metí la mano en el bolsillo del pantalón, me di cuenta de que la cartera tampoco estaba.

—Esas dos se dedican a traerse turistas con dinero y limpiarlos. Por lo general los emborrachan y listos, pero como eres joven y guapo, se han acostado contigo. Deberías darte con un canto en los dientes y espabilar.

—Gracias —mascullé ofendido, pues me habían tomado el pelo.

—Tu ropa es de calidad y sólo he podido salvar eso —añadió en tono de disculpa, con una sonrisa que me sentó como una patada en los mismísimos, ya que daba a entender que era el enésimo tonto que picaba ante las argucias de esas dos.

—¿Tú te dedicas a lo mismo? —pregunté, aunque daba por hecho que así era.

Comencé a vestirme sin importarme que estuviera ella presente.

—No —respondió en voz baja y me miró fijamente antes de añadir con cierto

placer—: Aún no.

Me di cuenta de que necesitaba calzado y la chica se echó a reír. Buscó en las bolsas que había traído y sacó una especie de zapatillas cosidas a mano, de cuero o a saber de qué, y me las entregó.

Las acepté, pues no me quedaba más remedio.

Menos mal que en el hostel había guardado mi pasaporte y parte del dinero, de no ser así, hubiera tenido que ir al consulado con cara de imbécil y llamar a mi familia.

—¿Qué te debo por esto? —pregunté, señalando mis pies y disimulando mi desagrado por tener que usar algo semejante.

—Considéralo un regalo.

Cuando por fin estuve presentable, mi primera reacción fue recoger el equipaje y organizar el viaje de regreso. Sin embargo, pasada la ofuscación inicial, me quedé sentado en la habitación del hostel reflexionando.

Seguía sin conciliar la imagen que hasta ese momento tenía de mi mejor amigo con lo que yo mismo había visto. No me era desconocido que algunos optaban por acostarse con otros hombres (en la universidad se veía de todo). Me costaba comprenderlo, pero no le daba mayor importancia. Lo que me dejó confuso y dolido no fue que Vincent fuera uno de ellos, sino el hecho de que no confiara lo suficiente en mí como para decírmelo.

Quizá ese fue el motivo de que abandonase la idea de marcharme al día siguiente. Me pareció necesario aclarar las cosas con él, porque pensé que al menos tendría la decencia de aparecer y darme una explicación. Por decirlo de alguna forma, me la debía.

Sin embargo, pasaron tres días y Vincent seguía sin dar señales de vida. ¿Estaría avergonzado? No podía saberlo, así que como ya no tenía sentido seguir esperando a un tipo que lo más probable era que no apareciera, reflexioné sobre qué hacer.

Me di cuenta de que tampoco quería regresar a casa, no porque me sintiera fuera de lugar o por tener que reconocer que la idea de pasar un verano diferente había fracasado, fue más bien porque, después de todo, sí merecía la pena salir de la rutina. Entonces decidí que iría a visitar a mi hermana Audrey. Vivía en París y me podría sentar bien pasar unas semanas con ella, pues desde que se había casado apenas nos veíamos.

Convencido de que era una idea excelente, decidí que antes de presentarme le mandaría un telegrama para avisarla. Algo que haría al día siguiente.

Seguro de haber tomado una buena decisión, informé al dueño del hostel de que me marchaba, no me puso buena cara, pero cerré la cuenta y le dejé una buena propina por las molestias. Me informó de dónde estaba la estafeta de correos más cercana para enviarle un telegrama a mi hermana y otro a mis padres, ya que me gustaba tenerlos informados de lo que hacía.

Seguí las instrucciones que el hombre me había dado y caminé a un ritmo relajado. Me quedé sorprendido del barullo de las calles y de la cantidad de gente que pululaba por ellas. Hubo momentos en los que ni siquiera podía avanzar. Lo cierto es que, lejos de molestarme por no poder llegar a mi objetivo, disfruté observando y hasta decidí sentarme a desayunar en una de las terrazas.

Y allí me quedé un buen rato, sin mirar el reloj, sin nada que hacer. Algo extraño en mí, que, por lo general, en mi vida cotidiana, siempre procuraba ceñirme a una agenda. A medida que transcurría la mañana, me di cuenta de por qué mi padre había insistido en que viajara y cambiara de aires. Me sentí relajado y eso era de agradecer.

Continué observando a la gente, desde luego, uno no se aburría viendo pasar a transeúntes tan variados. Desde los típicos turistas, como yo, a los habitantes de la ciudad, que desarrollaban sus actividades cotidianas. Rara vez yo disponía de tiempo para observar situaciones así, de ahí mi sorpresa e interés. Vi de todo y hasta sonreía con algunas situaciones. Yo, que desde la cuna había vivido rodeado de personal de servicio, de lujos y demás, estaba asimilando que el día a día de muchos era muy diferente al mío.

Todo me llamaba la atención, por supuesto, pero no tanto como para dedicarle más de un minuto. Sin embargo, sí hubo algo que me hizo estar más atento. Una joven, o mejor dicho, dos trenzas de pelo castaño y un vestido de estampado floral. Caminaba con dificultad entre toda aquella gente y el motivo, supuse, era que iba cargada como una mula. Venía en mi dirección, por lo que en pocos segundos pasaría por delante de mí. A medida que se acercaba, me percaté de su extrema delgadez, ya no sólo porque el vestido fuera amplio, sino por sus brazos. Su expresión denotaba cansancio. Podía levantarme y saludarla, aunque opté por no hacerlo. Al menos esa era mi intención, sin embargo, me vi obligado a incorporarme ya que ella se desplomó allí en medio de la calle, a la vista de todos.

En cuatro zancadas estuve a su lado. Me arrodillé y vi lo pálida que estaba. Enseguida se hizo un corrillo a nuestro alrededor y oí todo tipo de exclamaciones, de preocupación, de sorpresa, pero también de acusación, pues algunos dieron por hecho que yo era el responsable.

La cogí en brazos, decidido a sacarla de allí. No pesaba nada. No presté atención a quienes me fulminaron con la mirada. Yo no era médico, pero recordé algunos consejos de mi abuelo Alfred, ya retirado, por lo que no perdí el tiempo. Comprobé que continuaba respirando y su pulso. Sin soltarla, fui en busca de un taxi y, en cuanto localicé uno, le pedí al conductor que nos llevara al médico más cercano.

No sé qué debió de pensar el taxista, pero nos condujo a una consulta privada, quizá imaginó que yo era un turista adinerado. Me daba igual, lo importante era ella.

—Mientras el doctor la reconoce, ¿podría ir dándome los datos para la ficha? — me preguntó una enfermera y yo resoplé.

—Se llama... Marisa —logré recordar y la mujer me dedicó una mirada severa—. Lo siento, no sé más.

—Entiendo... —murmuró, evidenciando su malestar—. Y quién se va a hacer cargo de la factura, ¿usted?

—Sí —afirmé y lo hice serio, pues no me gustaban nada sus insinuaciones.

—Muy bien.

La mujer, más preocupada por cobrar que por el estado de la paciente, me condujo a una pequeña oficina, donde se ocupó de rellenar un recibo y entregármelo. El dinero no era ningún problema para mí, pero sí quería dejarle muy claro algo que me pareció imprescindible.

—Por la factura no debe preocuparse —dije, y cuando abrí la cartera y comprobé que era cierto, varió ligeramente su semblante y yo añadí de forma severa—: Quiero que esté bien atendida, lo que sea preciso.

Por lo visto, determinados principios morales se compraban con suma facilidad.

Me hicieron pasar a una sala de espera donde hacía demasiado calor, ya que el ventilador del techo poco o nada hacía. Intenté distraerme con alguna revista, pero me resultó imposible, pues en lo único que podía pensar era en cómo me había involucrado en algo que no era de mi incumbencia. Mi sentido común me decía que lo dejara todo pagado y me largara de allí, que aquella chica no era mi responsabilidad.

Había hecho planes y quería que llevarlos a cabo.

—¿Es usted el acompañante de la señorita López?

Miré a la enfermera, se dirigía a mí. Asentí y me puse en pie. Deduje que por el tono empleado se refería a Marisa.

Me condujo hasta la consulta, donde me esperaba el médico. Era un hombre mayor, canoso, con gafas de pasta y un cigarrillo en la mano.

—Siéntese, por favor —me indicó sin pizca de amabilidad.

—¿Cómo está? —pregunté, pues era lo único que me importaba, para poderme marchar con la conciencia tranquila.

—Mire, me desagrada profundamente esta situación. No sé qué clase de relación tiene con esta señorita, pero salta a la vista que no es su esposa —comenzó, a mi parecer, con un tono que sonaba a acusación.

—No, no lo es —admití, pues no tenía por qué mentir.

—Puedo pasar por alto muchas cosas que por desgracia en los últimos tiempos he tenido que ver. Se han perdido las buenas costumbres y la decencia.

Aguanté el discurso del médico en silencio, consciente de que si contradecía cualquiera de sus opiniones, aquello se alargaría, y yo no pensaba en otra cosa que en marcharme.

—Pero me parece ya el colmo de la inmoralidad abusar de una pobre chica y encima no cuidarla —remató, dejándome con la boca abierta.

—¿Perdón?

—La señorita López se ha desmayado a causa del agotamiento —explicó y no me sorprendió el diagnóstico, teniendo en cuenta lo que había visto en aquella casa,

aunque lo que añadió sí—. Joven, es usted un imprudente. Lo menos que podía haber hecho es alimentarla correctamente en vez de hacerla trabajar para mantenerle.

Parpadeé ante la acusación.

—No sabe de lo que está hablando —mascullé muy molesto.

—Le he hecho un análisis. Mañana espero tener los resultados, pero me aventuraría a decir que, aparte de malnutrición, esa chica tiene anemia —dijo y me dio la impresión de que, con tal de mortificarme, aquel médico hasta se alegraba del estado de la paciente.

—No se preocupe, me ocuparé de ella —aseguré, poniéndome en pie y dando por finalizada la conversación. No necesitaba escuchar nada más.

—Señor...

Saqué una tarjeta de mi cartera y se la entregué. La miró y después a mí. Supuse que no conciliaba la idea de un hombre joven, con el comportamiento que a estos se les suponía, entregándole una tarjeta.

—William Boston —me presenté, ofreciéndole la mano con aplomo—. Y ahora, si me lo permite, me gustaría llevarme a la señorita López.

—No creo que sea lo más adecuado...

—Lo es —lo interrumpí, mostrándome inflexible. Nunca utilizaba ese tono tan duro, pero tal como le había visto hacer a mi padre mil veces cuando quería zanjar un tema, no me quedó otra alternativa—. ¿Puedo pasar y hablar con ella?

El médico más desagradable del planeta llamó a la enfermera y esta me condujo hasta una pequeña habitación. Le pedí que nos dejara a solas, pues ni loco iba a permitirle que estuviera presente y avergonzara aún más a Marisa. Aunque supuse que escucharía detrás de la puerta.

Cerré y esperé en silencio antes de acercarme a la chica. Estaba sentada, con la cabeza hacia la ventana. Se percató de mi presencia y se cubrió aún más con la sábana. La había pillado a punto de vestirse.

—¿Podrías darte la vuelta? —me pidió.

Fruncí el cejo, pero obedecí.

Con las manos en los bolsillos, aguardé a que ella acabara y, cuando lo consideré oportuno, me volví. Marisa ya se había puesto otra vez aquel horrendo vestido.

—Gracias por todo —murmuró, estirando las sábanas.

Cogió su bolso y se acercó a la puerta, justo a mi lado. Cuando agarró la manija, reaccioné.

—¿Adónde vas? —pregunté deteniéndola.

—He de regresar, seguro que están preocupados por mí —murmuró, sin atreverse a mirarme a la cara.

—Lo dudo —dije serio, pues no hacía falta ser muy listo para saber los motivos por los que ella había llegado a una situación semejante.

—Te pagaré todo esto en cuanto pueda —añadió y noté la vergüenza que sentía.

—Olvídate.

Me desperté a primera hora y abandoné la cama. Marisa seguía allí, arrebujaada entre las sábanas y dormida.

Me había costado convencerla de que descartara la idea de volver a aquel piso de locos donde vivía, pues no entendía qué poderoso motivo la empujaba a querer regresar. Su estado, y no era necesario ser médico para saberlo, era lamentable. No lo negó, pero intentó justificar a Jacobo, algo que me puso en el disparador. Que defendiera a ese imbécil hizo que mi lado más dominante apareciera y le ordenara acompañarme.

No podía consentirlo.

Así que terminó por aceptar. Cuando entramos en el hostel del que yo me había ido poco antes, escondió el rostro y entendí que se sintiera avergonzada, en especial cuando el dueño puso mala cara al indicarle que volvía y que ella se alojaba conmigo. Mala cara que olvidó en cuanto abrí la cartera.

También pedí que nos subieran la cena y tuve de nuevo que imponerme para que Marisa aceptara comer.

La dejé a solas en la habitación y fui en busca del desayuno y de un periódico local, pues no quería seguir en aquel hostel. No conocía la ciudad, pero estaba seguro de que encontraría un pequeño apartamento al que poder trasladarnos.

No sé por qué me involucré tanto, pero el caso es que a la hora de la cena ya lo tenía todo organizado, incluido un coche de alquiler para poder desplazarnos.

—¡No voy a ir contigo a ninguna parte! —exclamó ella, mitad ofendida, mitad sorprendida, cuando le expuse mis intenciones.

Resoplé.

—Escucha, estás débil. Necesitas reposo, comer bien y recuperarte —le recordé y, para dar más énfasis a mis palabras, le mostré los análisis que yo había ido a recoger.

—Lo sé, lo sé —admitió algo más sumisa—. Prometo cuidarme.

—De eso me encargo yo, tranquila —dije inflexible.

—¡No puedo desaparecer!

—No vas a volver a esa casa —aseveré, alzando la voz.

—¿Y a ti qué te importa lo que yo haga? —replicó frustrada ante mi actitud.

—De momento, si no te hubieras desplomado en plena calle, delante de mis narices, ahora podrías estar a saber con quién o cómo. Pero ya que me he tomado la molestia de llevarte al médico y de cuidarte, lo menos que podrías hacer es estar agradecida.

—Ya te he dado las gracias y respecto a lo del dinero...

—¡Olvídate del puto dinero! —le grité, porque me importaba un carajo ese asunto.

Nos quedamos en silencio. Ella junto a la ventana supuse que viendo pasar la gente, y yo cruzado de brazos, esperando a que entrara en razón.

En ese momento no me detuve a pensar si actuaba de forma correcta, de si me

estaba metiendo donde no me llamaban o de si debería retomar mi plan inicial de visitar a mi hermana. Sencillamente quería que Marisa entendiera lo que estaba en juego, nada más y nada menos que su salud.

—Te propongo un trato —dije al cabo de unos minutos.

—¿Un trato? —repitió en voz baja, mostrándose desconfiada.

—Exacto. Verás, yo tengo previsto quedarme aquí hasta final de julio —mentí, pues mis planes habían sufrido modificaciones debido a las circunstancias—. Tres semanas. Durante ese tiempo descansarás y no irás a casa de Jacobo.

—¿Tres semanas? ¿Contigo?

—No pienses mal —me apresuré a decir para que no se preocupara—. La casa que he encontrado es discreta, está alejada del bullicio.

No sólo la había alquilado por ese motivo, que ya de por sí era importante, sino también para evitar que ella se topara con ese desgraciado de Jacobo.

—Pero necesito trabajar...

Negué con la cabeza.

—No. Yo me ocuparé de todo —sentencié.

Al día siguiente y con Marisa al lado, sin hablarme, nos marchamos del hostal. Dejé recado por si Vincent decidía buscarme, eso sí, dando instrucciones de que sólo a él le facilitaran mi nueva dirección.

Marisa preguntó por sus cosas, pero tuvo que aceptar la realidad, se habían perdido, ya que con las prisas por llevarla a un médico no me molesté en recogerlas. Me abstuve de decirle que no eran otra cosa que baratijas para no enfadarla aún más.

Cuando llegamos al pequeño apartamento, ella continuó sin dirigirme la palabra. En la portería nos esperaba la casera, la señora Galíndez, que se mostró muy amable. No supe si por su forma de ser o porque no estaba acostumbrada a que le pagasen por adelantado el alojamiento y la comida.

Alquilar una buhardilla podía tener su encanto, no se podía negar. Sin embargo, subir cuatro tramos de escalera no lo tenía, aunque, como Marisa aún se encontraba débil, imaginé que así sería más difícil que se escabullera, de ahí mi elección.

—Aquí tiene las llaves —dijo la casera entregándomelas—. Todo está limpio y ordenado. Como le dije, subiré dos veces por semana para limpiar.

—Muy bien. Gracias.

Despedí a la señora Galíndez y nos dispusimos a instalarnos.

La buhardilla apenas superaba los cuarenta metros cuadrados. La parte central la ocupaba una mesa con cuatro sillas y una estantería que me pareció endeble y antigua. Al fondo, una puerta daba a un aseo y, tras un biombo, había la cama.

No tenía ventana, sólo dos tragaluces.

Era deprimente.

Desde luego, si quería vivir experiencias nuevas me estaba luciendo.

No me disculpé por aquella estancia, pues de haber alquilado una *suite* en un hotel de cinco estrellas Marisa se hubiera sentido aún más molesta. Daba igual,

estábamos allí para que se recuperase. Serían tres semanas. Nada más.

Se sentó en una de las sillas. Parecía estar en otro mundo. Daba igual, yo tomaba las decisiones por ambos.

Cogí mi maleta y la llevé hasta la parte que hacía las veces de dormitorio.

—Joder... —mascullé al ver la cama.

Me pellizqué el puente de la nariz intentando no soltar más improperios al ver aquello.

Un detalle que se me había pasado por alto. Nuestra casera, quizá pensando que éramos una pareja joven, debió de imaginar que nada mejor que una cama de matrimonio y allí la teníamos.

—Ahora vuelvo —le dije a Marisa para ir en busca de la casera.

Ella se encogió de hombros. Cojonudo.

Encontré a la señora Galíndez en su portería, metida en la cocina, y me sonrió al verme. Cuando le expliqué los motivos de mi visita, se le borró la sonrisa de la cara.

—Lo siento, de verdad, pero lo que me está pidiendo es imposible —se disculpó—. En el precio que acordamos no me especificó que quería dos camas en vez de una y, como comprenderá, es muy difícil subir mobiliario por la escalera.

Inspiré para calmarme. Aquello empezaba de forma catastrófica. A ver cómo le explicaba yo a Marisa que debíamos compartir lecho. Podía interpretarlo como una forma poco o nada sutil de acostarme con ella, cuando lo cierto era que en ningún momento había sentido el más mínimo deseo sexual.

Acepté a regañadientes, pues no tenía sentido darle vueltas cuando se trataba de algo temporal. Nos las apañaríamos.

Aproveché el viaje para subir la bandeja con la comida.

Cuando entré en la buhardilla no vi a Marisa y me preocupé. Dejé las viandas sobre la mesa y, sintiéndome ridículo, pues en cuarenta metros cuadrados difícilmente podría esconderse, la busqué.

Vi su vestido colgado en una de las sillas y me extrañó notarlo húmedo. Llamé a la puerta del baño, pero no obtuve respuesta. Y entonces la vi, acurrucada en la cama, tapada con la colcha y con los ojos cerrados. Se había dormido.

A pesar de que había subido la comida, me pareció una crueldad despertarla, por lo que comí solo, en silencio. Observando el biombo de madera que tapaba la cama y pensando en qué clase de locura me había metido. Negué con la cabeza, desde luego, aquello sí eran aventuras que contar.

Cuando acabé, lo recogí todo y eché un vistazo a Marisa. Ni se había movido. Sentí lástima por ella, pues no era mala persona. Lástima por su situación e intenté elaborar una teoría de cómo había podido acabar así. Debía de tener familia, supuse, pero no iba a preguntárselo.

Caí en la cuenta de por qué había lavado su ropa en el lavabo. No tenía nada más.

Suspiré. Otro detalle que se me había pasado por alto.

Como de ninguna manera iba a pasar por casa de ese desgraciado de Jacobo, cogí

mi cartera junto con las llaves.

Me detuve un instante en la portería para advertir a la señora Galíndez de mi salida y para que vigilara, ya que Marisa podía aprovechar mi ausencia para desaparecer. Y si bien lo que le ocurriera no tendría por qué preocuparme, ya que me había tomado tantas molestias, al menos esperaba por su parte que cumpliera el trato.

Tres semanas.

Dormir con una mujer al lado no era una novedad, pero en mi caso tampoco una costumbre.

Por increíble que pareciera, habíamos logrado establecer unas pequeñas normas que nos habían ayudado a convivir en un espacio tan reducido.

Marisa se pasaba la mayor parte del día acostada y durmiendo. Yo me encargaba de que comiera bien. Iba recuperando un poco el color, pero aún faltaba bastante. Empecé a pensar que tres semanas no serían suficientes, pero ya no podía hacer más por ella.

Lo de dormir juntos también se había resuelto de manera sencilla. Si por casualidad, durante la noche, alguno de los dos se movía más de lo recomendable y rozaba accidentalmente al otro, quien primero se despertaba se apartaba y listo. No había por qué mencionarlo.

Ahora bien, si al principio no sentía ningún tipo de interés por ella, más allá del de su bienestar, me fue imposible pasar por alto que en alguna ocasión, notarla cerca o muy cerca, avivaba mi interés sexual. Dicho de otro modo, que no supe si debido a su cercanía o a mi propio ritmo, me despertaba empalmado y sintiéndome el más cabrón del universo, ya que ella estaba aún convaleciente.

Pensé en salir por ahí. A buen seguro encontraría diversión y podría regresar a la buhardilla sin aquella tensión, pero por alguna razón me pareció una falta de respeto, pese a que no tenía por qué guardar ningún tipo de fidelidad. Encontré un modo de sobrellevarlo y, aunque pareciera estúpido, aprovechaba mi ducha diaria en aquel minúsculo aseo para masturbarme y aliviarme un poco.

Mientras Marisa descansaba, yo aprovechaba para salir de paseo, recorrer la ciudad o pasarme por el hostel con la esperanza de contactar con Vincent. Habían transcurrido unos cuantos días. Los suficientes como para estar preparado y escucharle, sin embargo, él continuaba sin dar señales de vida, lo cual me empezó a preocupar. No pensaba poner un pie en aquella casa. Dejando a un lado que me habían limpiado la cartera y se habían repartido mi ropa, no me parecía apropiado, por lo que decidí preguntarle a la única persona que podría saber algo al respecto.

Pero claro, mis conversaciones con Marisa se limitaban a «buenos días», «la señora Galíndez hoy nos ha preparado pollo» o «buenas noches».

Ella o bien seguía enfadada conmigo o avergonzada, no conseguí saberlo. Todos los días me ocupaba de llevarle prensa para que estuviera entretenida y, pese a que

me hubiera gustado invitarla a dar una vuelta o a cenar en algún restaurante, opté por no hacerlo, lo cual derivaba en una extraña situación. Dos personas en cuarenta metros cuadrados sin hablarse.

Pero yo estaba preocupado por Vincent, no ya por el hecho de haber descubierto su secreto, sino porque se encontraba en una casa donde lo más probable era que le sacaran el dinero, para empezar. Así pues, decidí preguntarle a Marisa.

—No le conozco —me respondió escueta cuando le describí a Vincent.

Resoplé frustrado.

—Pero algo debiste de oír, no sé, o verle de pasada.

—Si es tan guapo como dices, me habría fijado —me espetó.

Yo no había utilizado esa palabra para describir a mi amigo, pero ella debió de interpretar el «bien parecido» como mejor quiso.

—Y ese tipo que estaba con él... —seguí indagando sin perder la paciencia—, vivía con vosotros, ¿verdad?

—Sí, supongo —murmuró indiferente.

—De puta madre —mascullé.

Marisa me miró arqueando una ceja. Hasta ese momento yo había sido el paradigma de la corrección y escuchar de mi boca un impropio semejante debió de sorprenderla. Bueno, pensé, al menos reacciona, pues estaba cansado de su apatía, era como un mueble más. De no ser porque por las noches, en silencio, cuando me costaba conciliar el sueño, la notaba respirar, habría pensado que compartía cuarenta metros cuadrados con un fantasma.

Eso sí, un fantasma limpio y ordenado. Nunca encontraba ropa tirada, ni el aseo sucio ni los platos sin recoger. La chica podía ser distante e introvertida, pero al menos en los aspectos logísticos de la convivencia no se le podía recriminar nada.

Y pasó la primera semana. Sin noticias de mi amigo, pero por fortuna con mejoría de Marisa. Algunos días me la encontraba en la portería, charlando con la casera y de buen ánimo, lo cual me alegró y entristeció al mismo tiempo.

Por un lado no se comportaba de forma tan fría como lo hacía conmigo, aunque por otro estaba claro que a mí me la tenía jurada y, puesto que se había visto obligada a acatar mi decisión, me pagaba con el silencio.

Bien, las experiencias había que vivirlas en persona, me dije.

Me quedaban dos semanas.

Al despertarme por la mañana, no me sorprendió que Marisa estuviera pegada a mi costado derecho. La miré de soslayo y vi que dormía.

Era muy temprano, podía quedarme un rato más acostado hasta la hora del desayuno, o bien pasar ya por la diminuta ducha. Sin embargo, permanecí quieto, sin apartarla, pensando que no podía haber imaginado unas vacaciones más surrealistas.

Llevaba doce días en Ibiza, había follado con dos mujeres al mismo tiempo y me

había acostado con otra en la misma cama durante siete días consecutivos. ¿Era o no era motivo para reflexionar?

Marisa se movió y, en vez de apartarse, se pegó más a mi cuerpo. Y no sólo eso, también colocó una mano sobre mi abdomen. Torcí el gesto, pues no esperaba algo semejante. Sin embargo, no hice lo correcto, es decir, abandonar la cama o al menos marcar distancias. Por alguna razón que en aquel momento no quise evaluar, me quedé quieto, expectante por ver si aquello era un gesto inconsciente por su parte o no.

—Humm —murmuró recolocándose.

—Joder... —dije entre dientes.

Aquello podía derivar en cualquier cosa y lo más probable es que fuera desfavorable para mí, ya que, al despertarse, Marisa podía creer que yo era el responsable.

Maldita fuera, a pesar de tenerlo todo en contra, me sentí a gusto. Por primera vez en varios días en que la tónica reinante entre nosotros había sido la frialdad, ese pequeño gesto me pareció todo un adelanto y me limité a disfrutarlo. Podía ser ridículo, insignificante, pero como mi vida en aquellos días no se regía por la normalidad, tampoco iba a quejarme.

Aquella peligrosa mano comenzó a moverse despacio por mi torso. Debido al calor, yo dormía sólo con los calzoncillos y ella con un liviano, aunque decente, según palabras textuales de la vendedora, camisón de tirantes, así que el contacto era intenso. No tanto como para empalmarme pero sí lo suficiente como para mostrar interés.

No entendí el motivo de su repentino cambio de actitud. Puede que encontrarse mejor ayudara, sin embargo, yo seguía desconfiando.

Y su mano seguía descendiendo. Cuando la sentí a la altura del ombligo, tuve que inspirar hondo. Algo me decía que aquello no estaba bien, pero claro, cada vez mi capacidad de raciocinio iba disminuyendo. Pero lo que me alarmó por completo fue cuando metió la mano dentro de mis calzoncillos.

—¿Marisa? —Intenté apartarla porque era lo mejor, al menos para ella.

—¿Humm? ¿No quieres? —inquirió en un tono adormilado que me puso a cien.

—¿Estás despierta? —pregunté sintiéndome un poco estúpido, mientras su mano agarraba mi prometedor erección.

—Más o menos... —añadió con su voz más sensual, una que por cierto nunca imaginé que oiría.

—Joder... —mascullé, pues su mano se movía perversamente despacio sobre mi polla.

La detuve colocando mi mano sobre la suya. No podíamos seguir. Aquello estaba mal.

—¿Qué ocurre? —preguntó, mirándome extrañada.

Inspiré, porque necesitaba buscar las palabras exactas.

—Escucha, Marisa, esto no está...

—¿No está bien? —terminó la frase por mí—. ¿Por qué?

—Verás... —Me pellizqué el puente de la nariz. Un rechazo siempre es complicado y difícil de asumir y más aún de explicar—. Aún te encuentras débil y no creo que...

Me besó. No sé por qué, pero lo hizo. Me besó, sorprendiéndome, mientras se iba acomodando sobre mi cuerpo. Me di cuenta de lo poco que pesaba, aunque también de lo agradable que era sentirla de ese modo.

—No estoy tan débil como piensas —murmuró pegada a mis labios.

—Esto no es buena idea y lo sabes —respondí en voz baja.

—No finjas que no me deseas, algunos días tu... —miró hacia abajo— muestra bastante interés.

De acuerdo, ahí me había pillado. Sin embargo, eso no significaba que continuáramos.

—Tranquila, sé controlarme —dije y era una mentira a medias.

Joder, a mis veinticinco años controlarse era una ardua tarea y más teniendo en cuenta los días previos en los que su presencia, como ella había descubierto, no me era tan indiferente como hacía creer.

—No tienes por qué —susurró con sus labios pegados a los míos.

Me besó de nuevo y en esa ocasión mostré mucho más interés. Por supuesto, el hecho de tenerla encima hizo que se me pusiera dura, pues Marisa debajo del camisón no llevaba bragas y sentía el roce de su vello púbico sobre el estómago.

De los labios pasó a mi cuello, al tiempo que yo posaba una mano en su culo y la movía a placer. En ese instante me di cuenta de que habíamos llegado a un punto de no retorno, pero aun así me arriesgué a estropearlo todo.

—¿Por qué haces esto? —le pregunté jadeante.

—¿Por placer? —replicó, respirando acelerada al tiempo que sus manos acariciaban mis hombros.

Cerré los ojos un instante. El pensamiento que me vino a la mente era desde luego legítimo, aunque muy desagradable.

—¿Es una forma de devolverme el favor? ¿De hacerme saber lo agradecida que estás?

Marisa negó con la cabeza. Yo esperaba que tal vez me diese una bofetada y se separase de mí.

Cualquier otro, en mi lugar, hubiera mandado al cuerno cualquier impedimento con tal de follar, sin embargo, yo no era así.

—¿Eso piensas? —susurró triste.

—No sé cómo interpretar todo esto —dije con total sinceridad.

—¿No me deseas?

—Esa no es la cuestión.

—¿Crees que es mi forma de pagar tus atenciones?

Permanecí callado, que ella misma se respondiera a esa cuestión.

—No, no es ese el motivo —dijo.

—¿Entonces?

—Reconozco que has sido todo un caballero. Paciente, detallista. Cualquiera otro tipo, al día siguiente hubiera intentado acostarse conmigo.

—Me he acostado contigo —la corregí, en un intento de relajar el ambiente.

—A eso me refiero. Muy pocos habrían mostrado el respeto que tú me has dispensado.

Estaba siendo sincera, perfecto. Pero seguía sin estar seguro de sus motivos. Era absurdo cuestionarlo todo, no obstante, ya que habíamos llegado a ese punto, me pareció importante dejar las cosas claras.

—Marisa, no tienes que sentirte obligada a nada, ¿de acuerdo?

—No es por obligación, te lo aseguro... —replicó, acercándose a mi boca.

No sé si fue el tono, por mi excitación o por las ganas de echar un polvo, pero dejé de darle vueltas. Iba a tomar la iniciativa, pero ella se me adelantó.

Se irguió para después levantar los brazos y sacarse el camisón por la cabeza. Estaba desnuda, a horcajadas sobre mí y con el pelo suelto. Yo odiaba las trenzas que se hacía a diario, pues, aparte de que con ellas parecía más infantil, no le hacían justicia.

Pude observar sus pechos, pequeños, de hecho no usaba sujetador, apuntándome. También vi su delgadez. Aún se le marcaban las costillas y, por supuesto, tuve un excelente primer plano de su sexo.

Alce las manos hasta cubrir sus senos. Ella cerró los ojos mientras yo se los acariciaba con delicadeza. Gimió y echó la cabeza hacia atrás a medida que intensificaba la presión.

Me senté en la cama y así pude besarla de nuevo. Marisa me rodeó el cuello con los brazos y se aferró a mí, respondiendo a mis exigencias.

Nos ocupamos de mis calzoncillos, que acabaron a saber dónde. Entonces fue cuando la besé de verdad, dejando que mis manos explorasen su cuerpo mientras ella jadeaba y respondía con idéntico énfasis.

—William... —Fue la primera vez que oí mi nombre en sus labios, porque hasta aquel momento se había dirigido a mí de forma impersonal.

Me las ingení para meter una mano entre nuestros cuerpos y de ese modo comprobar lo excitada que estaba. Gemí al notar la humedad en mis dedos y el calor de su sexo, y ella también.

No sé por qué, pero en una de esas noches de insomnio, había imaginado que Marisa sería menos tímida, pues si bien todo aquello lo había iniciado ella, me tocaba con cierta cautela, como si en vez de sólo excitarme quisiera explorarme. Fuera cual fuese la razón, me encantó cómo deslizaba sus manos, despacio, sensibilizándome hasta llegar a mi erección y rodearla.

Dejé que continuara encima de mí, pese a que el instinto me empujaba a tumbarla

de espaldas y follármela sin contemplaciones. Su mano subía y bajaba por mi polla sin apretar. La miré a los ojos, que mantenía entrecerrados y, al darse cuenta, me sonrió.

Joder, si hasta me pareció guapa.

—¿Te gusta? —me preguntó en voz baja y asentí, aunque coloqué la mano sobre la suya, instándola a ir más rápido.

Marisa comprendió en el acto cuál era mi deseo y gemí en su boca cuando cambió el ritmo. Al mismo tiempo yo la penetré con un dedo, lo que incrementó su excitación, a juzgar por el jadeo entrecortado que emitió, así como por la fuerza que aplicó a mi pene.

Me besó y soltó mi polla, apartándose también, pero no para dejarme insatisfecho, sino todo lo contrario, pues se colocó de tal forma que, dejándose caer, pudiera entrar en ella.

—Sí... —suspiró y yo embestí hacia arriba.

—Joder... —siseé encantado.

Sus tetas se rozaban contra mi torso siguiendo el ritmo de sus movimientos oscilantes. Tenía una mano enredada en mi pelo y su boca me besaba en cualquier punto al que tuviera acceso. Por supuesto, cada vez que se acerca a mi boca, yo la retenía cuanto me era posible.

Intenté mantener el control todo el rato, a pesar de que mis instintos pedían a gritos ser más resolutivo. Me era cada vez más difícil ser tierno o considerado, en especial cuando ella se alzaba sobre las rodillas, perdiendo momentáneamente el contacto, para luego dejarse caer sobre mí.

Una locura o al menos así lo sentí. Puede que fuera el hecho de estar en otro entorno, los días extraños que había vivido, el clima, los cuarenta metros cuadrados, necesidades que hasta la fecha no sabía que tenía... Daba igual, a pesar de la simplicidad de todo, fue intenso.

—Marisa... —gruñí o supliqué; fue imposible distinguirlo.

Estaba a punto de correrme y ella me tiró del pelo, echando mi cabeza hacia atrás para morderme el cuello. No me clavó los dientes, pero la sensación fue muy similar cuando emitió un gemido, mitad lastimero, mitad placentero, antes de quedarse inmóvil y aferrada a mí. Tensé todos los músculos y la abracé bien fuerte justo en el momento de correrme.

Unos golpes en la puerta me despertaron. Gruñí, pues estaba la mar de a gusto, pero fueron tan insistentes que no me quedó más remedio que abrir los ojos. Marisa estaba dormida sobre mi brazo y con mucho cuidado lo liberé. Volví a gruñir cuando oí otra vez los golpes en la puerta y además no encontraba nada con lo que cubrirme.

—¿Señor Boston?

Reconocí la voz de la casera y busqué algo para taparme y abrirle la puerta, pero

decidí no hacerla esperar y agarré una sábana. Con ella en la cintura y sujetándomela en un costado, fui a abrir antes de que echara la puerta abajo con tanto golpe.

—¿Qué ocurre? —pregunté, disimulando el malestar porque me hubiera despertado.

La cara de la señora Galíndez era un poema. Fui consciente de su repaso visual. La mujer debía de andar por los cuarenta y aún se conservaba bien. Cuando la vi dirigir la mirada hacia mi entrepierna, di un paso atrás.

—Estaba preocupada por usted —murmuró y entonces me vino a la cabeza un inquietante pensamiento, ¿existía el señor Galíndez?

No porque estuviera interesado, por Dios, sino porque a lo mejor ella, sola y aún de buen ver, confundía las cosas.

Me fijé en la bandeja que sostenía, con la comida, y fruncí el cejo.

—¿Qué hora es?

—Pasan de las cuatro, de ahí que haya subido. Al no verle tampoco a la hora del desayuno me he extrañado y he subido a ver si se encontraba aquí —explicó y me di cuenta de que intentaba pasar al interior, no sólo para dejar la bandeja, sino más bien para cotillear.

Tampoco me pasó desapercibido que se preocupaba por mí en singular. A Marisa, por lo visto, que la partiera un rayo.

—¿Las cuatro de la tarde? —pregunté como un tonto.

—Sí, por eso me he tomado la libertad de subirle esto.

Confirmó que sólo yo la había preocupado. No quise darle más vueltas, pero me surgió un problema, pues no tenía intención de seguir hablando con ella ni de dejarla pasar, pero me era imposible coger la maldita bandeja sin soltar la sábana.

—Un momento, por favor —le pedí, pensando a toda prisa.

Le di con la puerta en las narices, una falta de educación considerable, pero no iba a mostrarle las joyas de la corona y menos después del manifiesto interés demostrado por ella.

Fui tras el biombo, los calzoncillos debían de estar tirados por ahí, junto con el camisón de Marisa.

—¿Qué haces? —preguntó ella, incorporándose en la cama con media sonrisa cautelosa, tímida incluso. Algo que me llamó la atención, pues después de lo que habíamos hecho, carecía de sentido mostrarse así.

Yo, que estaba de rodillas, me la quedé mirando como un tonto y también sonreí.

—Buscar mis calzoncillos —susurré, para que nuestra casera no me oyera, pues a buen seguro tenía la oreja pegada a la puerta.

—Creo que puedo ayudarte.

Se puso a cuatro patas en la cama (joder, qué visión más perturbadora) y estiró una mano hasta llegar a la parte de abajo y cogerlos.

—Gracias —murmuré y ya que ella me había ofrecido una buena instantánea, me puse en pie y dejé caer la sábana, pero terminé cubriéndome por necesidad más que

por otra cosa.

—De nada —susurró.

—Ahora vuelvo —dije apurado, antes de que nuestra casera se largara con la comida por tenerla demasiado tiempo esperando.

Con la camisa arrugada, sin abotonar pero cerrada, abrí la puerta. La mujer de nuevo me repasó con la mirada y yo me limité a sonreírle en agradecimiento cuando me entregó la bandeja.

—Hoy toca hacer la limpieza —me informó con retintín.

—No se preocupe por eso, nos encargaremos nosotros —contesté, aunque lo que menos me preocupaba en ese instante era pasar la bayeta.

La señora Galíndez se marchó no muy contenta. Supuse que al no haber podido entrar y ver ella misma qué ocurría. Cerré la puerta con el pie antes de que intentara de nuevo colarse en la buhardilla con otra excusa.

Marisa se levantó y caminó desnuda hasta el cuarto de baño, otra imagen erótica para almacenar, y yo aproveché para hacer la cama. Oí el sonido del agua y lamenté no poder acompañarla, pues nada me habría gustado más que meterme en la ducha con ella.

Mientras estiraba las sábanas y dejaba aquello en perfecto estado de revista, repasé el devenir de los acontecimientos, todos ellos bien diferentes de mi rutina habitual. Ni rastro de planificación ni de cordura.

¿Hasta dónde nos iba a llevar aquello?

¿Y si pasadas las dos semanas yo no regresaba a Londres?

Marisa escogió ese instante para reaparecer. Con el pelo mojado y envuelta en una toalla, (otra visión que recordar y ya iban unas cuantas en pocas horas) se acercó hasta la barra que hacía las veces de armario y descolgó su vestido.

—Date la vuelta —le pedí y ella me miró por encima del hombro. Añadí con suavidad—: Por favor.

Noté cómo inspiraba y agachaba levemente la cabeza. Yo estaba sentado en una esquina de la cama. No tenía muy claro por qué le había pedido algo así.

Al final obedeció. No me miraba a los ojos. ¿Había regresado la mujer distante y tímida?

—Mírame —murmuré.

Decir que estaba preciosa era quedarse muy corto.

—La comida se enfría —dijo sin mover un músculo y sonando a excusa.

—Quítate la toalla.

Se sorprendió. Quizá más por la brusquedad de mis palabras que por la orden en sí.

Creía que se negaría, pues pasaban los segundos y continuaba allí de pie, mirándome en silencio. Sin hacer nada.

Levantó una mano, inspiré. Se apartó el pelo mojado de la cara. Ya la había visto desnuda, aun así, y seguía sin saber por qué, deseaba contemplarla de nuevo. Tal vez

porque de aquella forma, sin aquella horripilante ropa deforme y sus trenzas, parecía una mujer muy atractiva.

Parpadeó un instante y dejó caer la toalla a sus pies, mostrándose sin nada, todavía con la piel húmeda.

—Me estás poniendo nerviosa —musitó.

—Y tú a mí cachondo —repliqué y extendí la mano en una clara invitación—. Ven aquí.

A pesar que sólo tenía que recorrer poco más de un metro para llegar a la cama, a mí se me hizo eterno. Cuando la tuve al alcance de mis manos, la sujeté de la cintura y le di un beso justo encima del ombligo. Miré hacia arriba, ella había cerrado los ojos.

Mis manos comenzaron a recorrer su piel, lamentando en silencio que no hubiera más curvas en las que perderse, aunque si continuaba descansando y comiendo adecuadamente, al final del verano Marisa tendría un cuerpo espectacular. Lástima que yo no lo vería.

Subí las manos hasta llegar a la curva inferior de sus pechos y separé los dedos. Con el pulgar le rocé cada pezón y presioné. Me encantó cómo contuvo la respiración y lo interpreté sólo de una manera: me estaba pidiendo más.

Tiré de ella hacia mí y comencé a besarla en el estómago, sin dejar de acariciarle los pechos. Marisa no dejaba de emitir suaves murmullos de placer. Permanecí así un buen rato, sin prisas, dejando que se acostumbrara, pues no quería que todo sucediera de modo convencional. Después de haberme liberado de la tensión acumulada de tantos días, prefería comportarme de manera más sutil. Disponía de tiempo y al parecer ella se mostraba proclive a mis avances.

—Me encantan tus manos... —musitó, enredando las suyas en mi pelo y tirando de él.

—¿No dices nada de mi boca? —pregunté, sin apenas apartar los labios.

—También me gusta —respondió en tono suave.

Sonreí contra su piel. Ese murmullo, aunque prometedor, había que mejorarlo.

Bajé una mano y le acaricié el trasero. Con un dedo recorrí la separación de sus nalgas, ella dio un respingo, lo cual me encantó.

—Separa las piernas —exigí.

—¿Otra vez vamos a...? —balbució.

—¿No quieres?

Opté por no esperar a que me respondiera, ya que al meter la mano entre sus piernas pude comprobar su grado de excitación. Recorrí cada pliegue de su sexo hasta que gimió como yo deseaba.

Me incorporé, abandonándola un instante, para quitarme las dos prendas que llevaba encima. Ella miró mi erección y sonrió.

—Puedes tocar...

—De acuerdo.

—Pero ahora no —añadí y puso cara extrañada.

Tiré de ella para que se recostara en la cama. Noté su confusión y más aún cuando me arrodillé y, cogiéndola de los tobillos, le separé las piernas.

Quedó expuesta ante mí y noté su lógico nerviosismo. Su respiración era cada vez más agitada y cuando me incliné hacia delante para besarla encima del vello púbico, dio un grito e intentó apartarme.

—¿No irás a...? —farfulló sonrojada.

Sonreí de medio lado y asentí.

—¡William! —chilló, cuando nada más separar sus labios vaginales deslicé la punta de la lengua y presioné sobre su clítoris.

Me encantó su grito, que por cierto debió de oírse hasta en la portería. Me concentré en lamerla, en saborearla y en mantenerla quieta para lograrlo, pues Marisa no dejaba de revolverse. Quizá en una mezcla de reacciones contradictorias; por un lado me dio la impresión de que se avergonzaba profundamente, pero por otro que disfrutaba.

Yo sólo esperaba que al final ganase el placer.

Me dediqué por completo a complacerla, a llevarla a lo más alto para frenar en el último segundo y volver a empezar, porque la experiencia me había enseñado que para hacerlo más intenso, y sobre todo inolvidable, nada mejor que dosificar las caricias de ese modo y así lograr acumular suficiente tensión para que el clímax fuera tan devastador como placentero.

Marisa se corrió en mi boca jadeando y yo tuve el enorme placer, no sólo de proporcionárselo, sino también de observarlo.

Como era de esperar, pasamos el resto del día encerrados en la buhardilla. Con las provisiones que se encargó de suministrarnos la señora Galíndez y las escasas ganas de ambos de abandonar la cama, hasta pasados dos días no pisamos de nuevo la calle.

No recordaba haber follado tanto y tan seguido en toda mi vida, pese a que en la universidad había creído batir un récord.

Nuestra primera salida «oficial» fue a cenar. Conseguí convencerla de que me acompañara y disfrutar de una velada algo típica. Además, en algún momento nos tenía que dar el aire. A ella, y no comprendía por qué, le costaba relajarse. Yo había elegido un restaurante sencillo para que todo fuera más fácil. Sin embargo, Marisa permaneció toda la velada intranquila. Hasta llegué a pensar que no quería que la vieran conmigo.

Regresamos al que considerábamos nuestro escondite ya de noche. Me hubiera gustado, no sé, cogerla de la mano o rodear su cintura mientras caminábamos o cualquier gesto de complicidad. No obstante, mantuvimos las distancias, como si después, una vez parapetados tras las paredes, no fuéramos a desnudarnos y a tocarnos por todas partes.

Había trascurrido otra semana, por lo tanto sólo restaban siete días para marcharme. Quería volver a mi rutina sabiendo que ella estaría bien, lo cual me mortificaba, pues a buen seguro Marisa se negaría en redondo a que me ocupara de ella desde la distancia.

Tenía que idear una forma de hacerlo sin que se sintiera ofendida. Como también debía encontrar de una maldita vez a Vincent, del que seguía sin tener noticias.

—Esta noche estás muy callado —susurró acercándose a la cama, donde yo estaba tumbado boca arriba, esperándola.

Me encogí de hombros.

Marisa se acostó a mi lado, tan desnuda como yo. Sólo ella podía darme alguna pista de Vincent para evitar tener que ir a buscarlo a casa del maldito Jacobo. No obstante, mencionarle cualquier cosa podía ponerla a la defensiva.

Como también me rondaba por la cabeza su situación, decidí averiguar un poco más sobre ella antes de dar forma definitiva a una idea que se me había ocurrido.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal? —dije, mirándola de reojo.

Estaba preciosa, con el pelo suelto, tumbada boca arriba, igual que yo. En la penumbra. Fue curioso que, si bien la deseaba, no sintiera la necesidad de follármela en ese mismo instante. Me gustaba hablar con ella, tal vez porque después sí podría tocarla a mi antojo.

—Preferiría que no —suspiró, aunque me dio la impresión de que entendía mi curiosidad.

—Marisa, ¿tienes familia?

—Como todo el mundo —respondió, queriendo zanjar el tema.

Me coloqué de medio lado para observarla. Como yo esperaba, rehuía mi mirada. Puse una mano sobre su abdomen y comencé a acariciarla despacio, no era un gesto necesariamente sexual, más bien una forma de conectar.

—Nunca los mencionas —comenté de forma suave.

—Desde que me escapé de casa, hace cuatro años, no he querido saber nada de ellos —dijo, dando muestras evidentes de que era un tema del que no hablaba con nadie.

Me quedé inmóvil, con la mano sobre su estómago, intentando racionalizar aquella información. No sonaba nada bien. Una duda peligrosa me vino a la cabeza.

—Marisa, ¿cuántos años tienes?

Esbozó una sonrisa. A mí se me aceleró el corazón.

—Tranquilo, soy mayor de edad —contestó, mirándome durante medio segundo—. Cumplí veintidós en enero.

Mi alivio fue instantáneo, como no podía ser de otro modo. Ahora entendía su aspecto casi añado.

—Dices que te escapaste de casa, ¿por qué? —proseguí indagando.

Cerró los ojos, como si le molestara recordar y hablar de ello. Nadie se escapa de casa sin motivo, pensé, pero nunca se podía estar seguro de ello.

—Tuve que hacerlo —dijo en voz baja.

—¿Por qué? —insistí, no por simple curiosidad, sino más bien porque me interesaba de verdad.

—¿Qué más da? —protestó.

—A mí me importa —susurré y me di cuenta de hasta qué punto era cierto.

—Nací en un pueblo pequeño, de esos que seguramente ni conoces. Dónde cualquier movimiento se sabe en pocos minutos. Donde los hombres van al club de carretera los sábados y a misa el domingo. Donde una chica nunca se pondría minifalda para que no la tildasen de indecente.

Tenía su lógica, pensé acariciándola. Marisa hablaba con cierta tristeza, por eso preferí no decir nada y esperar a que continuase.

—Yo me esforzaba por ser una chica «decente». Tenía novio formal, para casarme, ya había preparado parte del ajuar, sin embargo... —respiró antes de continuar—, cada vez se me hacía más cuesta arriba. Me resultaba asfixiante. Veía a otras mujeres y se me caía el alma a los pies. Me di cuenta de que tenía que salir del pueblo y un buen día se presentó la oportunidad.

—¿Te marchaste sin más?

—Ojalá hubiera podido coger el autobús de línea y largarme —suspiró, negando con la cabeza.

—Me tienes intrigado... —susurré, animándola a continuar.

—Vino al pueblo un viajante, un vendedor de enciclopedias. Era la única forma, pues si me subía en el autobús, mi padre se enteraría al instante, así que aquel tipo se ofreció a llevarme. —Hizo una pausa y la miré inquieto, pues la historia no tenía la pinta de acabar bien—. Como habrás imaginado, el viaje no era gratis.

—Joder... —mascullé, porque podía intuir el final de aquella historia.

—No me importó. Habría hecho cualquier cosa para salir de ese pueblo —dijo con desprecio—. Si era el único medio, no iba a poner reparos. Pero él no cumplió su parte del trato. No sólo se olvidó de venir a recogerme, sino que además se vanaglorió de haberme levantado la falda y eso llegó a oídos de mi padre.

—¿Y no lo negaste? —pregunté.

—Aunque hubiera sido mentira, jamás me habrían creído —afirmó y, aunque no podía ponerme en su pellejo, sí al menos podía comprender que, para muchos padres, ciertos temas seguían siendo tabú—. Mi prometido rompió el compromiso y mi padre descargó su ira sobre mí. Me había convertido de manera oficial en la «perdida» del pueblo. Los había deshonrado y por lo tanto debía esconderme en casa, evitar cualquier murmuración y esperar que algún chico quisiera casarse conmigo pasando por alto mi desliz.

—Yo pensaba que estas cosas ya no ocurrían en el siglo veinte.

—Tú vives en un mundo bien diferente —dijo resignada.

—Probablemente... —reflexioné, pensando en mi familia y en especial en mi hermana, que había «desafiado», por decirlo de alguna manera, las normas, pero a

pesar de todo mis padres nunca habían cortado los lazos con ella.

—Soporté unos meses aquello, incluidas las palizas con el cinturón por haberme descarriado, hasta que cumplí los dieciocho.

—¿Te pegaban? —pregunté alarmado.

—A zurriagazo limpio, como decía siempre mi padre, iba a quitarme esas manías y a sacarme los pájaros de la cabeza —respondió y vi cómo se contenía para no llorar—. Un día, harta de todo, me escapé de casa y fui a hablar con mi antiguo prometido. Era un buen hombre, pero lo engañé para que me llevara a la capital con la excusa de hacer unas compras. Una vez allí, le di esquinazo.

¿Qué podía decir yo al respecto? Nada, absolutamente nada, pues nunca me había visto en una situación ni de lejos parecida. Claro que había tenido mis más y mis menos con mis padres, pero nunca hasta ese extremo.

—Me escapé con lo poco que tenía ahorrado y mis sábanas bordadas, que vendí para pagarme una pensión. Busqué trabajo, pero tampoco me alcanzaba para vivir. Un día, por casualidad, conocí a Jacobo y me invitó a venir aquí, con él —añadió.

La pregunta de si de nuevo tuvo que pagar el viaje apareció en mi cabeza, no obstante, me mordí la lengua, pues planteárselo era ofenderla.

Pero lo que no iba a callar era mi opinión de ese tipejo.

—¿Has vivido con él todo este tiempo? —Ella asintió—. ¿Y trabajas para él? —Volvió a asentir.

Qué hijo de la gran puta, pensé.

—Ya sé que no es lo mejor, pero al menos tengo un techo —explicó como si no le quedara otra alternativa.

—Eso, por mucho que lo disimules, se parece mucho a la esclavitud. Trabajar únicamente por la casa y la comida —la corregí, molesto por el hecho de que no reaccionara.

—No tienes derecho a decirme algo así. Es mi vida —alegó ella a la defensiva.

Recordarle el lamentable estado en que la encontré no era oportuno. De nuevo me mordí la lengua y busqué el modo de redirigir la conversación.

—¿Nunca has querido... no sé, cambiar de aires? ¿Buscar un trabajo digno?

—Tú no lo entiendes. Eres un niño rico, apuesto lo que quieras a que nunca has pasado necesidad. Ni te has ido a la cama sin cenar o has tenido que usar ropa prestada.

—No, la verdad es que no —admití.

Marisa tenía parte de razón, yo jamás comprendería sus motivos. De ahí que de nuevo le agradeciera en silencio a mi padre la sugerencia de salir de mi entorno. Había otras realidades y merecía la pena conocerlas.

—He observado que te gusta leer, hablas con corrección... —dije.

—Fui a la escuela hasta los catorce años, después una se preocupa de su ajuar —me espetó con ironía.

Sin embargo, de sus palabras extraje una información muy valiosa.

No era el momento de mostrar mis cartas.
Opté por disfrutar con ella y perder un poco más la cabeza.

Cuando menos lo esperaba, apareció Vincent.

Yo estaba recogiendo mis cosas, pues en dos días me marchaba.

Vino a buscarme a la buhardilla y se quedó sorprendido, primero de que yo hubiera seguido en Ibiza. Segundo, del lugar donde me había alojado y, por último, de verme acompañado.

Reconoció a Marisa y lo cierto es que me sentó como una patada en los huevos cuando le comentó que en la casa de Jacobo todos estaban muy preocupados por ella.

Marisa nos dejó a solas y entonces fue el momento de aclarar las cosas con mi amigo.

—Ni se te ocurra volver a nombrar a ese malnacido delante de ella. ¿Entendido?

Vincent se quedó estupefacto ante la vehemencia de mi advertencia.

—La verdad es que nunca imaginé que llegaría el día en que William Boston se sintiera tan protector con una mujer.

Yo tampoco, pensé.

—No es lo que crees —repliqué—. ¿A qué has venido?

Mi brusco cambio de tema no lo pilló por sorpresa.

—A darte una explicación, aunque sea tarde.

—Demasiado tarde —lo corregí.

Vincent se sentó y se sirvió un vaso de agua. No lo vi desmejorado, pero sí avergonzado o quizá sobrepasado. Habíamos sido amigos desde el instituto, compartido noches de juerga e incluso mujeres.

—A saber lo que piensas de mí —musitó, agachando la cabeza.

—No pienso nada —dije no muy convencido—. Estoy esperando a que me des tu versión.

—Joder, William, siempre has sido un tipo demasiado cauto y prudente.

Me lo tomé como un cumplido, ya que esperaba seguir siéndolo.

—Te escucho.

—No es algo fácil de lo que hablar. Hubiera preferido que te enterases de otra forma, menos «evidente».

—Eso ya da igual.

—Llevo años ocultándolo. Follándome a mujeres a las que ni me apetecía tocar, porque siempre es mejor que te consideren un mujeriego empedernido que un desviado. Ir de flor en flor hasta se considera un motivo de celebración; desear a otro hombre es como cometer un asesinato.

Era bien cierto, no pude negarlo.

—Sin embargo... —prosiguió abatido—, llega un momento en que no puedes más. Todos estos años viviendo una doble vida, sonriendo cuando te palmeaban la

espalda al saberse de una nueva conquista... sólo ha hecho que me volviera más huraño, desconfiado y amargado. ¡Y ya no puedo más! —exclamó, dando un golpe en la mesa.

Comprenderlo no significaba lo mismo que entenderlo. De ahí que me mantuviera distante, que ni siquiera me acercara a la mesa para estar frente a frente. Permanecí apoyado en el pequeño aparador donde guardábamos los utensilios, a la espera de que Vincent continuara hablando.

—Mi familia se horrorizaría... —apostilló tenso—. ¿Te imaginas lo que pasaría?

—Sí, me lo imagino —dije en tono adusto e imaginé por un instante si algo así ocurriera en el seno de mi familia... Escándalos habíamos tenido, pero de ese tipo no.

—Pero tengo que buscar la forma de vivir con esto y en mi casa es imposible...

—¿Desde cuándo...?

—No lo sé exactamente. Sólo recuerdo que a veces miraba a los compañeros de clase de forma diferente. Me... excitaba —admitió y vi que lo avergonzaba decirlo.

Yo mantuve la compostura, pero me preocupó esa declaración.

—¿Tuviste algún...? —me detuve, pues no encontraba la palabra justa para expresarlo—. ¿En el colegio mayor?

—Sí —respondió sin titubear.

—Entiendo.

No tenía sentido seguir dando vueltas y que se torturara, pues por cómo lo expresaba comprendí que había intentado con todas sus fuerzas luchar contra ello, pero sin resultado.

Era bien cierto que, de saberse, el escándalo sería mayúsculo y quedaría apartado del exclusivo círculo social en que se movía su familia. De ahí que nadie, ni siquiera yo, que me consideraba su mejor amigo, hubiéramos descubierto nada.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—William, tú siempre tan práctico —resopló sarcástico, esbozando una media sonrisa—. No lo soportas, sin embargo, ahí estás, mirándome e intentando encontrar una razón para justificarlo. Todo con tal de que sea correcto y no haya escándalos.

—Puede que no comprenda tu proceder. ¡Joder, claro que no lo comprendo, nunca he visto ni el más mínimo indicio! —exclamé ofendido.

—Harías cualquier cosa con tal de que esto no te salpicase, ¿me equivoco?

—Sí —admití sin reparos—. Pero no por las razones que tú piensas.

—Sorpréndeme.

—No voy a negar que todavía intento digerirlo. Aun así, no voy a señalarte con el dedo ni a ir desvelando tus intimidades. Puedes estar tranquilo.

—Gracias.

—Pero eso no quita para que me preocupe, y no por tu... inclinación, sino por dónde te has metido. ¿Sigues en la casa de ese desgraciado?

—De momento sí.

—¿Hasta cuándo?

—No lo sé —admitió.

—A eso ya te respondo yo, hasta que se te acabe el dinero —dije y vi cómo Vincent fruncía el cejo.

—¿De qué hablas?

Le hice una descripción del lamentable estado en que encontré a Marisa, de lo que me ocurrió a mí el primer día, y noté que intentaba conciliar mis palabras con la más que probable idílica imagen que se había formado de aquella casa donde podía ser el mismo, pero a un precio desproporcionado.

Vincent se puso en pie y, algo vacilante, se acercó a mí.

—Supongo que es un consejo —murmuró.

—Lo es —corroboré.

En ese instante se abrió la puerta. Marisa entró y nos miró a ambos.

—Lo siento, creía que...

—No pasa nada —me apresuré a decir.

—Yo ya me iba —añadió Vincent y después se dirigió a ella—: Me alegra verte así de bien.

—Igualmente. Supongo que eres el buen amigo de William, él ha estado muy preocupado por ti —le indicó amable.

Él sonrió y me miró a mí.

—Sí, hemos sido buenos amigos —adujo en tono apagado.

—Y no tenemos por qué dejar de serlo —dije yo, convencido de que, pasado el tiempo, conseguiría verlo todo de forma más normalizada.

Vincent se despidió primero de Marisa con un educado beso en la mejilla y de mí con un apretón de manos que me dejó frío, confuso. Sin embargo, me pareció lógico, ya que cualquier otro contacto podría haber sido malinterpretado.

Decidí que mis dos últimos días con Marisa no podían estar teñidos de preocupación, debían ser alegres, emotivos, pero no tanto como para que no fuera capaz de olvidarla.

A la mañana siguiente, cuando me desperté con ella en brazos, me quedé observándola mientras dormía. Tuve una pequeña duda de si iba a hacer lo correcto, pero a medida que pasaban los minutos me di cuenta de que aquellas tres semanas a su lado me habían ayudado, y mucho, a comprender que, realmente, mi destino estaba en Londres. Estaba convencido de que incorporarme a trabajar codo a codo con mi padre era lo que deseaba hacer.

No sólo porque me hubiera preparado, estudiado para ello ni porque desde que tuve uso de razón me habían hablado de ello y de la tradición familiar (tradición familiar que por otro lado algunos se habían saltado, ya que por ejemplo mi abuelo Alfred renunció encantado a asumir todo el legado), sino porque estaba seguro de ello, de querer seguir.

Y todo gracias a Marisa.

De ahí mi convencimiento de que no podía marcharme sin antes hacer algo más.

Sin despertarla, me vestí con rapidez y bajé a la portería en busca de la señora Galíndez.

—¿Que has hecho qué? —chilló Marisa cuando le expuse mi decisión.

No me arrojó nada a la cabeza porque no tenía nada a mano, de haber dispuesto de una vajilla completa, no habría quedado ni la salsera.

—Reflexiona, por favor —le pedí en un intento de calmar el ambiente.

—¡No tienes ningún derecho a inmiscuirte en mi vida! —continuó gritando—. ¡Yo decido, no tú!

Esperé a que se le pasara el enfado. En silencio, pues nada de lo que dijera en aquel momento podría serenarla. Yo había movido ficha, pero al parecer Marisa se lo había tomado como una afrenta.

—Tres semanas, ese era el trato —continuó furiosa.

—Yo me marcho mañana, cumplo mi parte —le recordé.

—¡Y claro, el gran William Boston, el niño rico, el defensor de los desamparados, el buen samaritano, el caballero, no ha podido resistirse y ha desplegado su magia!

—No seas sarcástica, por favor —le pedí torciendo el gesto y sorprendido de que reaccionara de ese modo, cuando hasta la fecha no la había visto comportarse así.

—Y tú no intentes limpiar tu conciencia arreglando la vida de los demás —me espetó.

Su diatriba me estaba tocando la moral, pues me acusaba de algo injusto. Yo no quería acallar nada. Ni quería hacer obras de caridad, sencillamente deseaba que ella tuviera un futuro algo más despejado y sólo había actuado en consecuencia.

—Deberíamos meternos en la cama —dijo señalándola.

—¿A las tres de la tarde? —pregunté y esa vez fui yo el sarcástico.

—Te vas mañana, no tengo tiempo que perder si quiero devolverte el favor —me soltó—. Y aun así, creo que voy a ser incapaz de saldar la deuda.

Esas palabras fueron definitivas para hacerme estallar.

—No vuelvas a decir algo así —le advertí en tono serio, tanto que ella pareció recular.

—Escucha, sé lo que intentas hacer, pero... —Negó con la cabeza—. Deberías irte sin mirar atrás.

—Eso es lo que pretendo. Es sólo un año, maldita sea, un jodido año —dije enfadado.

—¿Y después?

—Después podrás decidir por ti misma. Yo no estaré aquí para verlo.

—No, no estarás...

—Piénsalo bien. Tampoco es ningún regalo, ni limosna, como piensas. He hablado con la señora Galíndez.

—Imagino lo que estará pensando de mí —refunfuñó.

No me gustaba verla abatida y que me diera la espalda. Me acerqué a ella, no sólo para calmarla, sino porque disfrutaba tocándola. Me pareció extraño que se dejara abrazar, teniendo en cuenta la discusión que manteníamos. Sin embargo, aproveché para explicarle de nuevo mi decisión de un modo más íntimo, esperando que funcionara.

—Marisa, no quiero que veas esto como una obra de caridad. No lo es —afirmé rotundo—. Es una oportunidad para que puedas vivir sola. El resto tendrás que hacerlo tú. Al disponer de la buhardilla con todos los gastos pagados durante un año, no tendrás que preocuparte.

—Sigue sin gustarme —musitó y se volvió despacio en mis brazos para mirarme a la cara. Acunó mi rostro y suspiró.

—Entonces, ¿por qué lo haces?

Sonreí de medio lado, pues yo tampoco conseguía explicarme mi forma de proceder. Así que recurrí a la verdad para justificarme.

—No quiero que te veas obligada a volver a casa de Jacobo —respondí, peinándola con los dedos (no me cansaba de hacerlo cuando llevaba el pelo suelto), para atenuar un poco mi declaración.

—Estoy segura de que aún piensas que, aparte de trabajar, me acuesto con él por gratitud —apuntó molesta.

Eso me dolió, no sólo porque había ocurrido en el pasado, sino por si acababa sucediendo de nuevo.

—No quiero que te veas obligada a ello —añadí con suavidad.

Creo que el tono empleado ayudó a que pensara con más claridad mi oferta.

—Siempre tan caballero... —musitó, sin dejar de acariciarme el rostro.

Ya estaba todo dicho. La maleta preparada. Había pensado incluso que aquella última noche, en vez de pasarla junto a ella, lo mejor era que me fuera a un hotel, pero deseché la idea, pues qué mejor despedida que poder dormir una última noche con Marisa en mis brazos.

—No siempre —comenté con una sonrisa pícaro, porque mis pensamientos no se acercaban ni remotamente a su descripción.

—Tengo una idea...

Se apartó de mí y se calzó sus zapatillas. Después cogió el bolso junto con las llaves.

—¿Vamos a salir?

Asintió y yo fruncí el cejo, no me apetecía nada abandonar la buhardilla. No me resistí y menos aun cuando me ofreció su mano. Sonreía como una niña traviesa. No sé qué se le estaba pasando por la cabeza pero esperaba averiguarlo en breve.

Miré por la ventanilla del coche que me había recogido en el aeropuerto. En menos de quince minutos de vuelta en casa.

No me esperaba nadie, pues desde que había abandonado el domicilio paterno, hacía tres años, sólo la mujer de la limpieza rondaba por allí. A buen seguro, tras recibir mi telegrama, lo habría dispuesto todo.

Tampoco me importaba.

—Bienvenido a casa, señor Boston —me dijo el chófer, siempre correcto, abriéndome la puerta.

—Gracias —murmuré distraído.

Le indiqué que no me llevara la maleta, podía encargarme yo solo.

Entré en el que consideraba mi refugio y llamé a casa de mis padres para decirles que había regresado. No pude contactar con ellos, pues según me indicó la asistenta, mi padre había cumplido la promesa de tomarse quince días de vacaciones. Sonreí y me alegré por ellos, se lo merecían.

Tras descansar unos días, decidí que ya era hora de retomar mis hábitos y para ello nada mejor que irme a la oficina. Al no estar mi padre, bien podía usar el despacho principal, pero siempre me había dado mucho respeto, así que elegí uno en la penúltima planta, cómodo y amplio, donde empezar a sentirme parte de la empresa. Fue inevitable que los empleados me mirasen como lo que era, el hijo de dueño, sin embargo, pronto conseguí integrarme en la rutina.

Mi padre, tras regresar de unas vacaciones que se habían prolongado casi un mes, se mostró encantado al verme allí.

Tuvimos una de nuestras largas charlas, en la que más que padre e hijo nos comportábamos como dos viejos amigos. A veces me sacaba de quicio, pues su carácter serio e incluso desconfiado chocaba de frente con mi espíritu más optimista.

—A tu edad todo se ve fácil, diáfano. No te das cuentas de los baches del camino —dijo, esbozando una sonrisa.

—Puede ser —convine.

Como no podía ser de otro modo, me preguntó por mi experiencia y rehusé hablarle de ella. No sé por qué, pues mi padre no se iba a llevar las manos a la cabeza al saber que había tenido una aventura. Sin embargo, preferí no hacerlo y guardar sólo para mí los recuerdos.

Recuerdos que por otra parte se desvanecerían según fueran pasando los días. Lamenté no haberle hecho ninguna fotografía a Marisa, aunque si lo analizaba de forma sensata, era lo mejor. Podría llegar un día en que cansado, desmoralizado, recurriese a esa imagen y dudase de si estaba haciendo lo correcto.

Yo había regresado a mi hogar, convencido, y era mejor no tener distracciones. No al menos distracciones que eran imposibles. Marisa seguiría adelante con su vida y sus sueños y yo con los míos.

Como ocurría siempre, un día dio paso a otro y dejé de pensar en ella, no tenía sentido seguir haciéndolo. Yo había cumplido mi parte del trato y hecho lo necesario para que siguiera su rumbo, por lo que no me sentí nada culpable cuando conocí a Evelyn.

Evelyn Dixon era hija de un magnate petrolero estadounidense, que en más de una ocasión había hecho negocios en Europa a través de nuestro banco. Por decirlo de alguna manera, era una mujer impresionante. La típica chica que ha crecido entre algodones, aunque intentaba (sin éxito) no hacer alarde de ello con aquel estilo de la «aristocracia» americana. Y llamó mi atención, como no podía ser de otro modo.

Mi interés por ella fue bien recibido y, tras un par de encuentros fortuitos, coincidimos en una gala benéfica organizada por la Fundación Boston, a la que yo debía asistir por razones obvias. Me di cuenta de que, sin esforzarme mucho, Evelyn se mostraba interesada en mí.

—Desde luego, hijo, la chica está de buen ver —me comentó en voz baja mi padre, siempre atento a cuanto lo rodeaba.

Lo cierto es que yo tampoco había disimulado mi interés por Evelyn.

—Papá, que nos conocemos. Estoy seguro de que conoces su estado financiero, o mejor dicho, el de su familia, al detalle —murmuré y él asintió.

—Sabes que no se me ocurriría recomendarte con quién mantener una relación, pues la experiencia me ha demostrado que es la mejor forma de que hagas lo contrario —añadió en su tono más cauto—. Ahora bien, aún eres joven, puedes permitirte el lujo de ir probando.

—¿Es una sugerencia? —pregunté divertido y asintió—. Vale, me parece un consejo estupendo. Pero ¿a Audrey le recomendaste lo mismo?

—Tuve que aceptar el matrimonio de tu hermana con ese pintor, así que de ti espero cualquier cosa —adujo sonriendo de medio lado, aunque yo bien sabía lo mucho que le había costado asumir que mi hermana eligiera una vida tirando a bohemia.

—Pues según las últimas noticias, sus cuadros cada vez se venden más caros —le recordé, porque aparte de ser cierto, a mi padre le seguía escociendo que al final aquel tipo con aire de artista se hubiera labrado un futuro, y muy prometedor por cierto. Aunque yo estaba del lado de mi padre, ya que aquella no era una profesión estable.

—Eso he oído... —comentó, aparentando indiferencia.

—Mira, por ahí viene mamá —dije señalándola.

—Hola, cariño —murmuró ella al llegar a mi lado—. Os he visto, ¿conspirando quizá?

—Papá me daba consejos sobre mujeres.

El aludido arqueó una ceja y mi madre se echó a reír.

—Tu padre nunca ha sido lo que se dice muy bueno en ese aspecto —dijo acercándose a él, que, acostumbrado a sus comentarios, se limitó a mantener la compostura—. Tranquilo, Eric, a mí me conquistaste.

—No estoy muy seguro de que fuera así —murmuró sin sentirse molesto.

Yo conocía algunos detalles, cómo ella, huérfana y sin familia, trabajaba de cantante/camarera/limpiadora o lo que hiciera falta, en un café teatro bastante cutre,

para poder sobrevivir en una posguerra que no ofrecía muchas oportunidades a la gente humilde. Cómo era que mi padre se había casado con ella y por qué siempre me resultó un misterio. También descubrí que, algo extraño dadas las circunstancias, contó con la aprobación de mis abuelos.

—De ahí que sea mejor para William que se las apañe por sí mismo —añadió mi madre sonriendo—. Ya le has echado el ojo a alguna, ¿me equivoco?

—No, no te equivocas —respondió mi padre por mí, encantado de ponerme en un aprieto.

Yo sonreí mientras mi madre murmuraba:

—Humm, por el tono diría que te ha gustado, Eric.

—No es a mí a quien tiene que gustarme —contestó, siempre tan correcto.

—Mamá, tranquila —intervine—. No es nada serio.

—Estás en edad de divertirte, cariño —me recordó ella—. Pero ten cuidado, que aquí hay muchas que te han echado el ojo. Aquella, por ejemplo —me señaló a una rubia impresionante, con un vestido azul que no entendí cómo se sostenía sobre su cuerpo—, lleva media noche acercándose a mí con la idea de que os presente.

—¿Y por qué no lo has hecho? —pregunté sorprendido, porque, de acuerdo, la rubia jamás sería la mujer de mi vida, pero podía serlo al menos durante un par de horas.

—Bah, esa busca marido, no amantes —afirmó ella.

—Margaret... —murmuró mi padre en tono de advertencia.

—Eric... —lo imitó—. No seas antiguo, ahora la gente no se casa para tener un *affaire*. —Mi padre resopló—. Así que búscate a otra y diviértete.

—Vaya consejos que le das...

—Como si tú no te hubieras divertido antes de casarte conmigo —le dijo animada, sin que sonara para nada a reproche.

—Por favor —le rogué para que no entraran en detalles.

—Así que olvídate de buscar posibles alianzas comerciales y deja que William pruebe de aquí y de allá antes de sentar la cabeza.

—Mamá... —protesté.

Mi padre acabó encogiéndose de hombros y sonriendo con disimulo, pues tampoco estaba en contra del consejo.

Los dejé a solas, antes de que mi madre acabara buscándome una mujer para pasar la noche.

Deambulé un rato por la sala, consciente en todo momento de la presencia de Evelyn y de cómo controlaba mis movimientos. Podía ser directo y acercarme a ella, al fin y al cabo, ya nos habían presentado, sin embargo, opté por esperar y ver qué hacía.

Se movía con gracia. Una mezcla de descaro y buenas formas para evitar críticas. Con aplomo y sabiendo que era objeto de admiración por parte de los hombres de la sala.

Aguardé en silencio a que ella se acercara. Lo hizo, pero no con la premura que yo habría deseado. Eso me permitió evaluar con más detenimiento la situación. Desde luego, mis instintos más agresivos se despertaron.

—Buenas noches —dijo al detenerse a mi lado, con un tono ronco ensayado, aunque efectivo, pues prometía algo más que conversación.

—¿Te diviertes?

—No —contestó y apreció su sinceridad—. ¿Y tú?

—Depende de cómo se mire...

Evelyn sonrió y a partir de ese momento no nos separamos en todo el evento. No pasé por alto las señales que sugerían que deseaba continuar la fiesta en privado. No me hice el tonto y abandonamos juntos el salón. Cuando me invitó a su apartamento, no encontré excusas.

Una vez a solas, no hubo necesidad de disimular.

Acabar en la cama con Evelyn fue un paso natural. Ella se mostró segura y yo no perdí el tiempo. Resultó satisfactorio, en especial porque no significaba nada, sólo sexo.

Los encuentros con Evelyn se repitieron. Pasamos juntos el fin de año. Muchos, incluido mi padre, pensaban que nuestra relación se iba consolidando y que a no mucho tardar anunciaríamos nuestro compromiso.

Lo cierto era que a mí tampoco me disgustaba la idea, pues, a pesar de ser una mujer que no trabajaba y con una cuenta corriente envidiable, Evelyn no era caprichosa en exceso. Por supuesto, su familia se mostraba entusiasmada con la idea de que nos casáramos.

La única que no entendía que siguiéramos juntos era mi madre, pues, según ella, esa mujer era una cabeza hueca sin sustancia. De acuerdo, Evelyn no mostraba interés más allá de sus cosas, pero tampoco me preocupaba. Nos iba bien en términos generales, respetaba mi espacio, no se ponía hecha una fiera cuando cancelaba una cita y en la cama lo pasábamos bien. ¿Qué más podía desear en una posible esposa? Porque, y era muy consciente de ello, no esperaba otra cosa del matrimonio, hacía tiempo que lo tenía asumido. Con tal de que mi futura mujer no me creara problemas, me conformaba.

—¿En qué piensas? —le pregunté una noche, tras habernos dado un par de buenos revolcones, ya que por lo general Evelyn siempre tenía cotilleos que contarme y me sorprendió que permaneciera callada.

Encendió otro cigarrillo (quizá el único vicio suyo que podía molestarme), se tumbó boca arriba a mi lado y exhaló el humo con parsimonia antes de responderme:

—En ti y en mí —murmuró y me dio la impresión de que quería crear cierta expectativa.

Mantuve el silencio, ya que me encontraba relajado y, la verdad, me daba un poco

igual.

Ella se percató de mi indiferencia y supuse que por ese motivo me miró, poniendo especial atención en resultar seductora.

—Pensaba... —hizo una pausa para deslizar una mano por mi pecho, arañarme sutilmente y así asegurarse de tener toda mi atención— que podríamos casarnos.

Arqueé una ceja, pues no esperaba que fuera tan directa.

—Casarnos... —reflexioné en voz alta.

—Seamos prácticos, William, porque... ¿no debe basarse en eso un buen matrimonio?

—No sabría decirte, la verdad. —No quería entrar en conversaciones demasiado profundas.

—Yo así lo creo, por eso he estado pensando en ti y en mí. La verdad es que a los dos nos gusta llevar una vida independiente. Nada de compromisos asfixiantes. —Apagó su cigarrillo y prosiguió—: Al casarnos eso no tiene por qué cambiar.

Me estaba ofreciendo, en una palabra, libertad.

Libertad en un sentido amplio del término. Algo que muchos apreciarían, incluido yo, desde luego. No era ningún secreto que al contraer matrimonio cambiaban las prioridades y no me sentía preparado para ello.

—¿Lo dices en serio? —pregunté no muy sorprendido ante su pragmatismo.

—William, tú, por mucho que te empeñes, nunca antepondrás una relación a tu trabajo. Siempre darás prioridad a tus obligaciones; por lo que necesitas una esposa que sepa estar en su sitio, que te acompañe cuando sea necesario, que no haga preguntas incómodas y que por supuesto tenga una vida propia para que no te preocupes por ella, pero a su vez esté a tu lado cuando haga falta.

—Visto así...

—Y no podemos obviar otra cuestión... alguien que sea de tu misma clase social y poder adquisitivo, para que no se sienta fuera de lugar. Que te proporcione contactos adecuados...

Según enumeraba las razones, me daba cuenta de que tenía toda la razón.

Evelyn acompañó sus palabras de gestos sensuales que era imposible obviar. Por supuesto, tenía que meditar el asunto, pues si bien *a priori* podía parecerme interesante, no deseaba precipitarme. Ella comenzó a besarme por todo el pecho, sin duda convencida de que al llegar a mi polla yo diría bien alto «Sí, quiero».

Sin embargo, pese a sus evidentes esfuerzos, esa noche no me comprometí, ni tampoco las siguientes en las que tratamos el tema. Evelyn, lista, supo dosificar su presencia, creyendo que si se hacía la interesante yo me mostraría más proclive a aceptar su propuesta. Por supuesto, cuando sacaba el asunto en medio de una conversación, lo hacía con sutileza.

Con esa cuestión rondándome la cabeza, pero sin obsesionarme, fui implicándome cada vez más en mis asuntos laborales, a los que, tal como Evelyn había dicho, daba prioridad absoluta. También empecé a viajar, sustituyendo a mi

padre, para hacerme cargo de negociaciones que, si bien no eran prioritarias, sí resultaban determinantes en alguna toma de decisiones, y además me ayudaban a seguir preparándome para en un futuro ocupar el sillón de director general.

Yo no tenía prisa por hacerlo, pero mi padre ya había dejado claro en más de una ocasión que no quería seguir trabajando indefinidamente, pues ya le había robado a su familia el suficiente tiempo como para sentirse culpable por ello (aunque delante de mi madre no lo mencionaba). Por ese motivo, deseaba retirarse a una edad en la que todavía pudiera disfrutar.

Eso significaba, entre otras cosas, pasarme a mí el testigo. No obstante, aún era demasiado joven, en abril cumpliría los veintiséis, y me quedaba un intenso aprendizaje por delante. Aprendizaje que por otro lado me entusiasmaba.

Pasaba incontables horas en mi despacho, revisando informes, preparando reuniones y lo que se terciase con tal de no dejar un cabo suelto. Al principio, cuando tenía que dar directrices a algún subordinado, me resultaba complicado y sentía cierta desazón, pero me di cuenta de que en determinadas cuestiones, como en casi todo, no me podía dejar llevar por los sentimientos, pues la toma de decisiones siempre era mejor cuando uno se distanciaba.

—Señor Boston, tiene una visita —me informó mi secretaria una mañana, a mediados de febrero de mil novecientos ochenta. Una fecha que nunca olvidaría.

Fruncí el cejo, dejé los documentos en los que estaba trabajando y respondí por el intercomunicador. No esperaba a nadie.

—¿De quién se trata?

—Ha venido a verle el señor Vincent Guillory —respondió ella con su tono más educado, ajena, por supuesto, a lo que eso podía significar.

Me tomé unos segundos en los que respiré profundamente, pues no entendía el motivo de su presencia, ya que habíamos cortado cualquier tipo de relación.

—Dígale que pase —le indiqué, negarme a verlo era ridículo.

Vincent no conocía mi entorno laboral y, cuando puso un pie dentro de mi despacho, miró a su alrededor. Su expresión no reflejaba sorpresa. Lógico, me conocía bastante bien y por ello verme tras un escritorio como aquel era lo que siempre imaginó que yo haría.

—Gracias por atenderme —murmuró con cautela, comportándose como si fuera una visita impersonal, de negocios, y no la de alguien a quien había llegado a considerar como un hermano.

—No tienes que darme las gracias, Vincent —contesté amable, invitándolo a tomar asiento—. ¿Llevas mucho tiempo en Londres?

—Llegué hace una semana. Sólo he venido por dos motivos —explicó con una sonrisa que me pareció triste—. Y si bien no entraba en mis planes iniciales venir a verte, he terminado haciéndolo, pues me parecía ridículo esconderme.

—No tienes por qué esconderte. Y aprecio el detalle —dije amable.

Lo observé, iba vestido de forma impecable, como el tipo que yo recordaba. Nada que ver con la imagen que muchos tenían de hombres con sus inclinaciones.

—¿No vas a preguntar por qué estoy aquí?

—Has dicho que tenías dos razones...

—Tú siempre tan correcto...

No me lo tomé como un insulto y esperé a que hablara, porque intuía que deseaba hacerlo. De no ser así, no creo que se hubiera molestado en venir a verme.

—Imaginarás que uno de los motivos es resolver cuestiones familiares.

—Entonces, ¿vas a establecer tu residencia en Ibiza?

—Sí, estoy convencido de ello. De ahí que necesite dejar solucionadas ciertas cosas para poder marcharme sin preocupaciones.

—¿Sigues viviendo en casa de aquel tipo? —pregunté, obviando su nombre.

—No, me mudé hace ya un par de meses. —Hizo una pausa. Inspiró y añadió—: Tenías razón.

—Hubiera preferido no tenerla —le indiqué con suavidad.

Vincent se encogió de hombros.

—He oído que vas a comprometerte —dijo él, cambiando de tema.

—Para llevar tanto tiempo fuera, qué pronto te has puesto al día —contesté y mi amigo sonrió.

—Las noticias vuelan —se defendió.

Me di cuenta de que la tensión inicial se iba disipando, ya que estábamos manteniendo una conversación en términos amistosos, que me recordaba bastante a antes de averiguar su inclinación.

—Eso parece —añadí, esbozando una sonrisa.

—¿Y es cierto?

—Depende de cómo se mire —respondí, pues era la verdad.

Una cosa eran las habladurías, basadas lógicamente en mis múltiples apariciones públicas con Evelyn, y otra muy distinta que fuera a concretarse su propuesta.

—Y con Evelyn Dixon ni más ni menos. ¡No esperaba menos de ti!

—¿Te parece mal?

—¿La quieres? —contraatacó él.

¿Merecía la pena ser sincero? ¿Había querido alguna vez a alguien?

—Si te soy sincero, no lo sé —admití y me di cuenta de que mi recelo hacia Vincent era absurdo. Su amistad, de tanto tiempo, no quería perderla. Con él podía ser yo mismo.

—¿Debo suponer que se trata más bien de una relación conveniente y que existe alguna otra mujer?

—No hay ninguna otra —afirmé sin vacilar—. Respecto a la conveniencia o no de mi posible matrimonio con Evelyn, desde luego nadie puede ponerlo en duda.

Vincent me miraba con una media sonrisa que me hizo recapacitar. No sé, me dio

la impresión de que quería decir algo más pero se mordía la lengua.

—¿Alguna vez te has enamorado?

—No, nunca —aseveré sin pensarlo con detalle.

Claro que había sentido cariño por alguna, pero no el suficiente como para llamarlo enamoramiento.

—Has contestado muy rápido.

—No he necesitado pensarlo —alegué.

—Entonces supongo que no sabes lo que es sufrir por querer a alguien —murmuró.

Nuestra charla se estaba tornando demasiado emocional e íntima. Pero a pesar de que me incomodase hablar de mis sentimientos, me di cuenta de que podía ser beneficioso, pues si daba el paso y me comprometía con Evelyn, al menos habría contemplado un aspecto más de aquella relación.

—No, no lo sé. ¿Y tú? —dije, poniéndome un poco a la defensiva.

—Sí, yo sí sé muy bien lo que es amar a alguien durante años sabiendo que nunca seré correspondido —admitió y se puso en pie.

Se alejó de mi escritorio y me dio la espalda, mientras se servía algo de beber del mueble bar.

Lo vi bebérselo de un trago y rellenarse el vaso.

Aguardé en silencio a que él hablara si lo deseaba.

—Siempre fuiste tú...

—¿Perdón?

—Tú, William, siempre he estado enamorado de ti.

Creo que si me hubieran echado un cubo de agua helada por la cabeza, hasta habría sonreído agradecido en comparación con la estupefacción que sentí al escuchar su revelación.

Vincent sonrió con tristeza y mucha resignación.

—Joder, hubo tantos momentos en los que pensé que terminarías dándote cuenta. He sido un ingenuo, no lo niego, pues creí que acabarías percatándote de mis sentimientos.

Respiré. Varias veces.

Me puse en pie y miré por la ventana. Necesitaba controlarme. No porque fuera a hacer alguna estupidez, sino porque era todo demasiado confuso para mí.

Nos habíamos conocido en plena adolescencia. Hormonas revolucionadas, sensación de libertad. Ganas de probarlo todo sin medir las consecuencias. Nos volvimos inseparables. Como si fuéramos hermanos. Tanta fraternidad...

—¿Cómo narices iba yo a pensar algo semejante de ti? —pregunté extrañado.

—Lo dices como si fuera algo terrible —contestó, sonando a acusación—. Pero no te sientas culpable, todo el mundo piensa igual que tú.

—Vincent, maldita sea. Yo jamás... —me detuve.

—No puedes decirlo en voz alta, ¿verdad? —Se acercó hasta donde yo estaba y

me obligó a mirarlo—. Ahora te sientes mal. Al fin y al cabo, lo compartíamos todo. Habitación en el colegio mayor, duchas en los vestuarios... Y te sientes amenazado. ¿Me equivoco?

No, no se equivocaba, pero me parecía ruin darle la razón.

—Eso ya no importa.

—Sí importa, y mucho, William, porque me pasé muchos años pensando en ti, en poder tocarte, besarte, sabiendo que me iba destrozando por dentro. Ocultándotelo para que no me rechazaras, porque al menos podía conformarme con la idea de ser amigos.

No di un paso atrás a pesar de tenerlo tan cerca. Rechazarlo con ese gesto supondría la ruptura definitiva entre ambos.

—Y fuimos amigos... —murmuré, negando con la cabeza.

—No te tortures. Ya lo he hecho yo demasiado tiempo por los dos. Y tampoco le des más vueltas al asunto. He aprendido a superarlo y, contra todo pronóstico, a olvidarte.

Nos miramos fijamente.

—¿Y por qué has escogido este momento para confesármelo? —pregunté con cierta suspicacia—. De tú haber querido, yo nunca lo habría sabido.

—Como te he dicho, uno de mis motivos para venir a Londres era dejar resueltos mis asuntos.

—Y eso me incluía a mí —dije, sosteniéndole la mirada.

—Sí, William —admitió sin parpadear.

—Entonces ya está todo dicho...

Vincent negó con la cabeza y en un movimiento que me pilló desprevenido, acortó distancias, sujetó mi rostro con suavidad y posó sus labios en los míos. No sé qué me ocurrió, o por qué no lo aparté de un empujón nada más sentir el contacto.

—Cabrón... —mascullé, cuando fui capaz de reaccionar y lo empujé.

—Necesitaba hacerlo —dijo, sin mostrar el más mínimo arrepentimiento.

—¿Este era el segundo motivo por el que has regresado? —pregunté tenso, limpiándome la boca con la manga de la camisa.

—No, esto ha sido una especie de ajuste de cuentas. Pero tranquilo, no volverá a suceder —me espetó sarcástico.

—Lárgate —le pedí, controlando mi furia.

—¿Sin decirte el segundo motivo?

Noté cierto regocijo en sus palabras y decidí cortar por lo sano.

—Viviré con la duda —repliqué tan irónico como él.

—¿Seguro?

—Está bien, maldita sea —dije, para acabar con aquella conversación—. ¿Por qué?

—He venido a traicionar a una amiga.

—Dirás a un amigo —lo corregí de inmediato.

—A ti no te traicionaría jamás, William.

—Lo dudo. —En ese momento era yo el que necesitaba tomarme una copa, así que caminé hasta la licorera—. Y te agradecería que dejaras el misterio. No estoy de humor.

—Marisa está embarazada —me soltó a bocajarro.

El vaso que sostenía en la mano se me cayó, chocando con violencia con la mesa y derramándose todo el líquido por la moqueta.

—¿Cómo has dicho?

—Vivimos en el mismo edificio. Ella, al ver mi situación desesperada, pues en casa de Jacobo ya no podía seguir, me ofreció compartir casa.

—¿Tú y ella...? —pregunté, cerrando los ojos con un nudo en el estómago.

—No, no nos hemos acostado —me respondió—. Quedó uno de los apartamentos vacíos. Eso sí, nos hemos hecho muy amigos. Al final, cuando ya no podía disimularlo, admitió que estaba en estado. No hizo falta preguntar quién era el padre.

—Joder...

—¿Eso es todo lo que vas a decir?

—Creo que esta situación te produce cierto regocijo —lo acusé.

—No, porque Marisa me hizo prometerle que no le diría nada a nadie, y menos a ti.

—¿Y por qué has roto tu promesa ahora? —pregunté, apretando los puños para no estamparle uno en medio de la cara.

—Si preguntas eso, es que eres un auténtico hijo de puta.

No di explicaciones de mi repentino viaje. Me limité a informar a la familia, pero no alegué ningún motivo. Incluso me ocupé yo mismo de hacer los preparativos para que nadie supiera nada.

Llegué a la isla dos días después de conocer la noticia.

Una noticia que me resultaba complicada de digerir. Se me había pasado por la cabeza la lógica suposición de que se tratara de un ardid de Vincent para castigarme o cualquier otra razón que no alcanzaba a comprender.

Desde luego, él había dejado patente su resentimiento hacia mí, por lo que cualquier cosa que me causara dolor la utilizaría sin dudarlo. Pero al margen de toda esa complicada revelación, no podía pasar por alto la parte que más me incumbía. De ser cierto que Marisa estaba embarazada, cualquier otra noticia quedaba reducida a la condición de anécdota.

¿Qué importaba si mi amigo de la adolescencia había estado enamorado de mí durante años, comparado con la noticia de que yo iba a ser padre?

No obstante, pese al estupor, y considerando que podía ser un burdo invento, decidí comprobar por mí mismo la veracidad de todo.

Así pues, llegué al edificio donde había alquilado la buhardilla durante el verano

anterior y me encontré, como no podía ser de otro modo, con la señora Galíndez, que, por cierto, no disimuló su entusiasmo al verme aparecer.

—¡Cielo santo, señor Boston, usted por aquí! —exclamó, limpiándose las manos en un delantal.

—Buenos días —murmuré con fría cortesía.

—¿Y en qué puedo ayudarle?

Se mostró tan solícita que tuve que dar un paso atrás para evitar el contacto. Desde luego, la mujer seguía manteniendo su atractivo y no hacía nada por ocultarlo.

Forcé una sonrisa y me concentré en el motivo por el que estaba allí.

—Me han informado de que la señorita López sigue viviendo aquí, ¿es cierto? —pregunté a modo de tanteo.

—Sí, así es —me confirmó y añadió—: Pero no está en casa.

¿Era yo que estaba demasiado susceptible o la señora Galíndez había dicho eso con malicia?

—¿A qué hora regresa?

Ella se encogió de hombros.

—Bastante tarde, prácticamente todos los días no vuelve hasta bien entrada la noche. Y en su estado... —Negó con la cabeza.

De nuevo aquel tono mordaz.

—¿Podría darme una llave? —pregunté, dispuesto a esperar el tiempo que hiciera falta, pero no allí, a la vista de la casera, que a buen seguro me haría un informe completo sobre las idas y venidas de Marisa.

—Señor Boston... no me parece apropiado, sin embargo...

Supongo que terminó de vencer sus reparos cuando abrí la cartera y le dejé sobre la mesa un generoso donativo. Buscó una llave de repuesto y me la entregó. También se ofreció a subirme algo de comer, ofrecimiento que acepté.

Cuando me quedé a solas en la buhardilla, tras despedir a la señora Galíndez, repasé con la vista todo aquello. Eran los mismos metros cuadrados, sin embargo, todo había cambiado. Marisa lo había acondicionado. Ni rastro del horrendo biombo que intentaba dar cierta privacidad a la cama. En su lugar, había unas elegantes cortinas, recogidas a los lados. También había colocado plantas y pintado las paredes de colores alegres, muy lejos del blanco aséptico que yo recordaba.

Había arreglado la zona de estar, por llamarla de alguna manera. La vieja mesa y las sillas ahora eran de un color azul intenso y ya no parecían tan endebles. Me sorprendió ver libros en la alacena que en principio usábamos para dejar los cuatro utensilios.

Caminé por el reducido espacio observando cada detalle, porque me alegré de que Marisa hubiera aceptado mi sugerencia de quedarse. Se notaba que había creado una especie de hogar.

No pude evitar sonreír, al menos era una buena señal.

Sin embargo, mi ánimo se fue tornando más sombrío a medida que avanzaba la

tarde y ella no aparecía. Pese a que la siempre «atenta» señora Galíndez me lo había comentado, seguía sin entender qué podía estar haciendo para no regresar. Cuando empezó a anochecer, mi paciencia se encontraba bajo mínimos.

Recordé las palabras de Vincent y sentí cierta inquietud, ya que él podía haber regresado, advertir a Marisa de mi llegada inminente e incluso ponerla en mi contra. Fueron tantos y tan disparatados los pensamientos que se me pasaron por la cabeza que me estaba desesperando. Me comporté como un tigre enjaulado, mirando el reloj infinidad de veces. Me era imposible permanecer sentado y por ello recorrí una y otra vez los escasos metros disponibles. Era para volverse loco.

Lo curioso fue que, pese a haber estado todo el tiempo pendiente de la maldita puerta, no oí el ruido de la cerradura cuando ella llegó, porque me encontraba en el cuarto de baño. Cuando salí de allí, la vi.

Marisa me daba la espalda y había encendido una pequeña luz. Llevaba el pelo recogido en una sola trenza, bastante despeinada. Un vestido hasta los pies, verde pálido, y una amorfa chaqueta de punto marrón.

Me quedé allí parado, incapaz de decir nada, pues nada coherente me venía a la cabeza. Sólo la miraba. Ella sacó unos libros de una bolsa de tela y se volvió con ellos en la mano para dejarlos en la alacena. Fue entonces cuando se percató de mi presencia y, a juzgar por su cara, saltaba a la vista que la casera no le había dicho nada.

—¡William! —chilló.

Y con rapidez se cerró la chaqueta para disimular, demasiado tarde, su abultado vientre.

—Al menos me recuerdas —murmuré con ironía, acercándome a ella.

—¿Qué haces aquí? —inquirió nerviosa.

—Y también veo que te alegras de verme —añadí en el mismo tono.

—¿Qué tal estás? —Su intento de sonar relajada no funcionó y menos cuando no dejaba de retorcerse las manos y de intentar disimular su embarazo.

—Sorprendido... contrariado... cansado... —enumeré, sintiéndome un poco cabrón por mi comportamiento—. Llevo aquí todo el maldito día esperándote. ¿Dónde has estado?

—No es de tu incumbencia —me replicó y parpadeé ante su descaro—. Hace tiempo que vivo sola, no le doy explicaciones a nadie.

Se volvió, dando por finalizada la conversación, algo que yo no estaba dispuesto a permitir. Fui tras ella y la sujeté de la muñeca. Como esperaba, se resistió.

—Creo que sí me incumbe —murmuré, mirando su vientre—. Y espero una explicación.

—¿Cómo lo has sabido? —farfulló, fulminándome con la mirada.

—Ese detalle carece de importancia —dije, porque tarde o temprano lo averiguaría por sí misma.

—No puedes presentarte aquí exigiendo explicaciones —repitió—. Ya no,

William.

—¿De cuánto estás? —pregunté, obviando sus palabras.

—Podría mentirte, ¿sabes? Decirte que sí, que en efecto, tú eres el padre y así atraparte.

Respiré, esa faceta tan arribista de Marisa no me la esperaba.

—O quizá —prosiguió—, te mentiría diciendo que tú no tienes nada que ver y así poder seguir con mi vida, como hasta ahora.

Cerré los ojos, sus palabras despejaron cualquier duda. Tiré de ella y la abracé. Noté su incomodidad, pero no cedí hasta que se relajó entre mis brazos.

Todavía quedaban muchas preguntas sin responder, empezando por qué regresaba tan tarde a casa, sin embargo, aquella noche era preferible que descansara. Cenamos en silencio y cuando llegó el momento de acostarnos, Marisa no se mostró muy proclive a permitir que me quedara allí, pero al final la convencí. Ella enseguida se durmió, lo que me permitió reflexionar mientras la observaba. Al día siguiente tomaría las medidas adecuadas.

Al despertarme, ella no estaba en la cama y fruncí el cejo, en especial teniendo en cuenta que apenas había amanecido. Aparté de malas maneras la sábana y me levanté enfadado, pues se suponía que una mujer en su estado debía descansar.

Cuando me estaba abrochando los pantalones, salió del aseo vestida y arreglada. Nada que ver con la mujer que yo conocía. Se había recogido el pelo en un moño bastante tirante y en vez de uno de sus típicos vestidos amplios y deformes, llevaba una bata azul marino que se le tensaba en la zona del vientre, y unos horribles zapatos negros.

—Buenos días —me dijo en voz baja y vi atónito cómo guardaba varias cosas en un bolso grande, sin duda, dispuesta a marcharse.

—Buenos días —refunfuñé, acercándome a ella—. ¿Adónde vas así vestida?

—A trabajar.

—¿Perdón?

—Mira, no tengo ganas de discutir. Voy justa de tiempo y no quiero perder el autobús.

—¡No puedes ir a trabajar! —exclamé horrorizado—. Si no me fallan las cuentas, estás de siete meses.

—Lo sé perfectamente. Pero necesito ahorrar —alegó en su defensa.

Frustrado, me pasé la mano por el pelo, pues las mujeres que yo conocía, en su estado apenas hacían otra cosa que cuidarse.

—No vas a ir —afirmé serio, dispuesto a hacer cualquier cosa para impedirselo.

—William, por favor. No puedo dejarlo. En un par de meses tendré que quedarme en casa y necesito cubrir mis gastos. Yo no me puedo permitir ese lujo —dijo y sonó a reproche.

—¿Y dónde trabajas, si puede saberse? —pregunté con la mosca tras la oreja.

—De asistenta. Sólo por la mañana.

—¿Cómo?! —grité estupefacto ante lo que estaba oyendo.

Aquello era desesperante. Si ya de por sí el hecho de trabajar me parecía una temeridad, resulta que encima hacía de chacha. Joder. Me sentí un cabrón, entre otras cosas porque ella estaba saliendo adelante prácticamente sola y yo, con una cuenta bancaria más que saneada, vivía ajeno a todo.

—Es lo único decente que pude encontrar. Y ahora, si me disculpas, me voy. Si llego tarde, se pasa la hora del desayuno y me toca esperar a la de la comida.

—¿Y por qué no desayunas aquí?

—Porque cualquier pequeño ahorro, se nota —respondió con cierto aire burlón.

—Ni hablar —dije cuando agarró la manija—. Ahora mismo me visto y te acompaño a tomar un desayuno adecuado.

—¡Me despedirán!

—Mejor, una gestión que me ahorras —contesté con sequedad.

—No puedes aparecer por aquí como si nada y cambiar mi vida. ¿Me oyes? Tú no eres nadie.

—Y tú no puedes estar embarazada, ocultármelo y ponerte en peligro. ¿Queda claro? —repliqué con mi tono más autoritario.

—Al menos deja que vaya a informar a los señores —me pidió y terminé aceptando, pero dejando muy claro que antes debía alimentarse.

Le exigí que se cambiara de ropa y, a ser posible, quemara aquel horrendo atuendo de asistenta antes de ir a una cafetería cercana. Marisa no me habló en ningún momento, sin duda enfadada con mi actitud de ordeno y mando. Sin embargo, ¿qué esperaba? ¿Que me quedase de brazos cruzados?

Por todos los santos, iba a tener un hijo mío y de ninguna manera podía consentir que se rebajara a tanto por un más que probable mísero sueldo.

Como era de esperar, ella no disfrutó del desayuno, más preocupada por llegar lo antes posible a la casa donde trabajaba, pero ya me ocupé yo de que dedicara el tiempo necesario.

Fulminándome con la mirada, se subió al taxi que yo paré, porque ni locos íbamos a desplazarnos en autobús, y le dio la dirección al conductor. Quince minutos más tarde llegábamos a una zona residencial y, tras abonar la carrera, me apresuré a ayudarla a bajar.

Me gané una nueva mirada furibunda.

—¿Qué haces? —le pregunté, cuando al pasar la verja se desvió del camino empedrado que conducía a la entrada.

—Yo siempre entro por la puerta de servicio —contestó.

—Ni hablar. Vamos.

La cogí de la mano y casi a rastras caminé con ella hasta la puerta. Tras llamar, abrieron enseguida y un hombrecillo nos miró de arriba abajo.

—Marisa, sabes perfectamente que no puedes entrar por aquí.

—¿Dónde están los señores de la casa? —interrumpí yo.

—Lo siento, Arcadio —se disculpó ella.

—¿Nos va a tener todo el día en la puerta? —intervine yo, pues me parecía una falta de educación inexplicable.

—Enseguida aviso a la señora.

El tipo, Arcadio, nos dio con la puerta en las narices, lo cual empeoró, y mucho, mi mal humor. Marisa, por enésima vez aquella mañana, se mostró rabiosa y me costó bastante que no se soltara de mi mano.

Nos tuvieron allí un buen rato, hasta que por fin apareció una mujer vestida con elegancia.

—Marisa, hija, ¿cómo es que aún no estás en tu puesto? —inquirió con esa falsa cordialidad que la gente con dinero utiliza para hacerse notar.

—Verá...

—Ha venido a despedirse, señora —me adelanté—. Así que si es tan amable de darle el finiquito, nos marcharemos enseguida.

—¿Cómo dice? —exclamó ella, haciendo aspavientos.

—Lo que ha oído, Marisa ya no va a trabajar más aquí —afirmé sin pestañear.

La mujer esbozó una sonrisa de superioridad y negó con la cabeza.

—Eres una desagradecida... Encima que te meto en mi casa, dejando que trabajes aquí para ocultar tu vergüenza, te comportas de este modo.

—Haga el favor de callarse —exigí tenso.

—Y usted debe de ser el degenerado que le ha hecho eso —señaló el vientre de Marisa—. Vaya par...

—Mire, señora, deje de insultarme porque no tiene ni la más remota idea de con quién está hablando. No me haga perder el tiempo. —Saqué una tarjeta de mi cartera—. Tome, aquí está mi dirección, envíe ahí lo que le debe a Marisa y deje de meterse donde no la llaman. ¿Queda claro?

La mujer cogió mi tarjeta y la leyó por encima, mostrando su sorpresa al ver lo que ponía.

—Yo, lo siento, señora... —empezó Marisa.

—No te disculpes, joder —intervine, molesto por aquella actitud suya tan servil.

—Nadie va a darle trabajo —prosiguió la mujer—. En ninguna casa decente.

—Quizá no necesite trabajar —repliqué y me di media vuelta sin soltar a Marisa de la mano—. Buenos días. Espero sus noticias o avisaré a mis abogados.

El recorrido en taxi fue tenso y silencioso, como era de esperar. Tampoco me apetecía discutir con ella delante del conductor.

—No tenías derecho —me acusó, una vez que regresamos a la buhardilla.

—Yo opino lo contrario, pero dejémoslo estar. Vayamos a lo importante.

—No tengo ganas de hablar. Estoy cansada.

—Sólo necesito saber una cosa. ¿Tienes los papeles en regla? —pregunté en voz baja, mientras ella se acostaba en la cama. Por supuesto, dándome la espalda.

—¿Los papeles? —farfulló sin mirarme.

—El pasaporte —expliqué, porque no existía otra opción.

—No, no tengo pasaporte. Nunca he salido del país —murmuró.

Aquello exigía reorganizar mi plan, así que, como yo tampoco tenía otra cosa mejor que hacer, me acosté, eso sí, quedándome con las ganas de abrazarla.

Cuando al día siguiente la informé de mis planes, se produjo una nueva discusión. Marisa se negaba en redondo a acompañarme a Londres y yo no podía permitir que se quedara sola en aquella buhardilla.

—Una cosa eres tú, que puedes hacer lo que te venga en gana, y otra muy diferente es arriesgar la vida de mi hijo —le advertí, perdiendo la paciencia.

—¿Y si no es hijo tuyo? —replicó, alzando la barbilla.

—Marisa... no me provoques. Vas a acompañarme, vas a cuidarte y no se hable más.

—No pienso ir contigo. Estoy aburrida de que seas sólo tú quien tome las decisiones.

Me pasé la mano por el pelo, exasperado ante tanta tozudez, pero tenía que haber una manera de convencerla, de que entrara en razón y comprendiera que aquello era lo mejor.

—Escucha, sé razonable. Aquí, cuando nazca el niño, no podrás vivir sola. No hay espacio, careces de lo más básico. ¡No puedes ser tan egoísta!

—¿Tú me llamas egoísta? Lo que hay que oír...

—Sí, Marisa, una egoísta que tan sólo piensa en sí misma. Vas a tener un hijo, mío para más señas, y no puedes ir dando tumbos por ahí.

—Yo no voy dando tumbos —replicó, picada en su orgullo.

—No quiero ni imaginarme cómo tenías pensado salir adelante una vez que dieras a luz...

—Lo tengo todo organizado.

—Ya —dije con escepticismo—. ¿Trabajando todo el día? ¿Quién cuidaría del bebé?

—La señora Galíndez se ha ofrecido a echarme una mano.

Resoplé, mis peores pesadillas confirmadas.

—Pues me temo que no va a ser posible. Soy el padre y por tanto también tengo algo que decir al respecto, ¿no crees?

Marisa no lo negó y se encerró en el cuarto de baño. La oí llorar y se me partió el alma, pero no podía ceder. Seguía sin comprender por qué era tan reacia a aceptar mi oferta. Estaba seguro de que muchas hubieran hecho ya la maleta y sonreído agradecidas.

Me di cuenta de que quizá estaba siendo muy autoritario y, además, en ningún momento le había dicho ni una palabra amable. Ciertamente para ella suponía un gran cambio, pero a mejor, por lo que entrar en cuestiones sentimentales era una total

pérdida de tiempo. Si ambos nos poníamos de acuerdo, la vida resultaría muy sencilla.

Dejé que estuviera a solas y bajé a la portería para hablar con la casera. Esta se mostró triste cuando le comuniqué que en unos días nos marchábamos, ya que Marisa había sido una inquilina ejemplar. Ni un solo escándalo. Sospeché que también el factor económico (yo había dejado pagado los gastos de un año por anticipado) tenía mucho que ver. Por supuesto, le dije a la mujer que no hacía falta que me devolviera nada, lo que pareció mitigar un poco su «pena».

Aproveché para hacer algunas compras y, de paso, poner una conferencia y hablar con mis padres. Mantuve el secreto, pues prefería explicárselo en persona. Me limité a decirles que todo iba bien y que en dos días, tres a lo sumo, estaría de regreso.

Cuando volví a la buhardilla, encontré a Marisa sentada en la cama, leyendo, lo que *a priori* no tenía por qué molestarme, pero lo hizo, ya que, según mi opinión, la luz era insuficiente. Una triste bombilla de no más de cuarenta vatios era la única iluminación. Dejé las compras sobre la mesa y encendí la otra bombilla.

—Apaga eso, por favor —murmuró.

—¿Perdón?

—No puedo permitirme tantos lujos —explicó, señalando la bombilla, y yo me quedé pasmado—. La casera es muy estricta con el consumo.

—Me lo figuraba... —gruñí sin obedecer; ya me encargaría yo de saldar cuentas con la señora Galíndez.

Pasamos de nuevo la noche juntos, pero como si fuéramos dos extraños, peor aún, pues dos extraños intentarían entablar conversación para pasar el rato. Tras cenar, Marisa se puso a estudiar, lo cual me alegró, ya que el hecho de retomar los estudios siempre era una buena noticia. Desde luego, cuando diera a luz, mi intención era apoyarla.

Yo no tenía otra cosa mejor que hacer que observarla en silencio. Me había llevado prensa para leer, pero no me concentraba, pues mi cabeza iba por otros derroteros.

Llevarla a vivir a mi apartamento no suponía ningún problema logístico, había espacio de sobra. También pensé en contratar los servicios de una niñera, algo de lo que me encargaría nada más regresar a Londres. No obstante, el tema que me rondaba era más bien de tipo emocional. Yo, poco dado a esos pensamientos, me sentí extraño. ¿Cómo se tomaría Evelyn la presencia de Marisa? ¿Y viceversa?

Con mi familia no tendría mayor problema, seguro que sabrían estar a la altura de las circunstancias y mantener la discreción, por ese lado no me inquietaba.

Y luego quedaba el asunto de cómo afectaría a mi vida social, a mi círculo de amistades, mi inminente e inesperada paternidad. A mí eso me traía sin cuidado, a Marisa le podían afectar los comentarios, malintencionados o no.

Iba a acabar con un dolor de cabeza espantoso, pero no me quedaba más remedio que afrontar los hechos. Marisa cambiaría mi vida de arriba abajo y yo necesitaba

organizar, en la medida de lo posible, todo a mi alrededor.

El primer muro insalvable con el que me topé a la mañana siguiente fue la burocracia española. Acompañé a Marisa a tramitar su pasaporte y nos informaron de que podía demorarse algo más de un mes, y eso siendo optimistas, lo que trastocaba todos mis planes. Yo no podía quedarme un mes en Ibiza y Marisa en treinta días ya no podría viajar.

—No es para tanto... —murmuró y como eran las primeras palabras que me dirigía en todo el día, hasta me las tomé con humor.

Supuse que, para ella, no obtener el pasaporte era una pequeña venganza. Sin embargo, esa derrota burocrática no iba a echar por tierra mis objetivos.

La acompañé hasta la buhardilla para que descansara, sin dejar de darle vueltas al asunto y justo en mitad de la comida me vino a la cabeza una forma de lograrlo. Intuí que a ella no le haría ninguna gracia, así que opté por no mencionárselo hasta atar todos los cabos.

Me marché sólo, a lo cual Marisa no puso ninguna objeción, y llamé por teléfono a mi secretaria para que me localizara una dirección. Esperé en una cafetería los diez minutos que me había pedido antes de volver a llamarla, sopesando los pros y los contras. Por supuesto, ganaban los contras, no obstante, era la única alternativa. La eficiencia de mi secretaria me arrancó una sonrisa y en cuanto tuve la dirección, pedí un taxi y me dirigí al consulado británico.

Una vez allí, tuve la gran suerte de encontrarme con un viejo amigo de la familia, que me ayudó a saltarme algunos pasos intermedios.

—¿Está usted seguro, señor Boston?

Mi respuesta más sincera hubiera sido «No» y con varios argumentos de peso, sin embargo, dije alto y claro:

—Sí, lo estoy. —Mi tono fue convincente.

El funcionario calló su opinión al respecto y continuó anotando en un formulario. Me hizo diferentes preguntas, que respondí con más o menos acierto. Me di cuenta de que, de haber sido otro, no habría obtenido una respuesta afirmativa, pero la influencia de mi apellido allanó el terreno.

Sólo tenía que presentarme al día siguiente con Marisa, sobre las diez de la mañana, y todo quedaría resuelto. El único inconveniente era ella, de ahí que optara por no decirle nada hasta que no quedase más remedio.

Una nueva noche, juntos y acostados en la misma cama, pero sin un solo contacto. Me hubiera gustado abrazarla, hablar con ella, que me contase los detalles de su embarazo... Lo cierto era que deseaba saber cómo había vivido esos meses. Aunque por dentro me reconcomiera la idea de que hubiera trabajado limpiando casas.

Suspiré y la miré de reojo. Marisa también permanecía acostada boca arriba, con

los ojos cerrados. No tuve muy claro si estaba dormida, pero al menos respiraba tranquila y en su estado era lo mejor.

Yo, por mi parte, intenté conciliar el sueño, pues al día siguiente tenía un compromiso que, para ser sincero, no me habría planteado al menos hasta pasados unos años.

Cuando me desperté, ella ya se había levantado. Yo no entendía mucho de embarazos, pero supuse que se sentía incómoda o que tenía que ir al aseo con mayor frecuencia. Algo había oído, pero andaba tan perdido que podía ser cualquier cosa. Otro propósito que me hice fue que, nada más llegar a mi apartamento e instalarla, hablaría con algún especialista para estar al tanto de cualquier pormenor.

Marisa salió del aseo despeinada y con una bata de lo más cuestionable. Bostezó y se acercó a la alacena, de dónde cogió algo de fruta. Yo me quedé como un tonto sentado en la cama. No estaba acostumbrado a tanta sencillez.

—Necesito que me acompañes a hacer una gestión. —Ella me miró arqueando una ceja y añadió—: Por favor.

—No sé en qué puedo ayudarte —dijo y continuó desayunando.

No podía dar más explicaciones, así que me metí en la minúscula ducha y de nuevo acabé enfadado, pues me pareció una temeridad que una mujer embarazada tuviera que apañárselas en tan poco espacio. Desde luego, su vida iba a dar un cambio radical, lo quisiera ella o no.

Renuente como yo ya esperaba, Marisa se vistió. Me habría gustado que lo hiciera con una ropa más formal, pero guardé silencio. Al igual que durante el trayecto al consulado. Ella se limitó a mirar por la ventanilla. Tanta indiferencia empezaba a cansarme. Quería estirar el brazo y cogerle la mano, sin embargo, me mantuve inmóvil.

—¿Para qué hemos venido aquí? —inquirió con lógica suspicacia, deteniéndose junto a la entrada.

—Acompáñame, por favor —le pedí y, con suavidad, le puse una mano en la espalda, instándola a entrar.

No muy convencida, aceptó, y, sin preámbulos, me dirigí al despacho del funcionario con el que había hablado el día anterior, que nos esperaba, eso sí, sin mostrar mucho entusiasmo. Nos saludó con cortesía y al mirar a Marisa supuse que ataba cabos y entendió mis prisas. A ella le indicó que tomara asiento mientras buscaba el expediente.

—¿Me permite su documentación, señorita López?

Ella me miró a mí sin comprender, esperando quizá una explicación, que de momento quedaba pendiente. Primero deseaba que se hicieran todos los trámites, después ya tendríamos tiempo de aclarar cuanto hiciera falta.

Al final, sacó su documentación no muy convencida. El funcionario tomó nota y después se ocupó de mi pasaporte. Ya estaba todo listo.

—Ahora, si me acompañan a la sala...

—¿De qué va todo esto? —me preguntó Marisa entre dientes, con cara de enfado.

—Vamos a casarnos, es la única forma que hay de que puedas viajar conmigo.

—¡¿Cómo dices?! —gritó, poniéndose en pie.

El funcionario nos miró impaciente por cumplir su cometido.

—¿Sería tan amable de dejarnos unos minutos a solas? —le pedí al hombre y este asintió, cerrando la puerta y concediéndonos privacidad.

—No voy a casarme contigo —me espetó Marisa y yo resoplé.

Qué difícil iba a ser todo aquello.

—Ya sé que no es un procedimiento muy ortodoxo, sin embargo, nos simplifica el camino.

—Pero ¿tú quién te has creído que eres? —preguntó, elevando el tono de voz—. Apareces por aquí y tomas decisiones que me afectan sin consultarme. Ni siquiera te has dignado a exponerme tu plan ¿y pretendes que yo te siga como un corderito manso?

—Marisa, por favor... sólo estoy pensando en tu bienestar —me defendí.

—¡A la porra mi bienestar! Soy mayor de edad, no tengo que responder ante nadie y menos ante ti. Apenas te conozco y, por lo poco que sé, eres autoritario, intransigente y un niño rico acostumbrado a hacer de su capa un sayo. Pues bien, conmigo no cuentas.

—Te estoy ofreciendo una vida muy por encima de lo que estás acostumbrada.

Achicó la mirada.

—Si hubiera querido una vida así, desde luego no me habría escapado del pueblo. Allí podría haberme casado y dispondría de medios suficientes para no dar un palo al agua —alegó, fulminándome con la mirada.

—Te aseguro que conmigo estarás muy bien atendida. Podrás tener cuanto quieras. Sin preocupaciones —añadí.

—¿Eso es todo lo que puedes ofrecerme? —inquirió con un evidente tono de desprecio.

—Te aseguro que no es palabrería —añadí por si sospechaba de mis intenciones.

—¿Y cuál sería el precio?

—No te entiendo.

—¿Vivir siempre bajo tus órdenes? ¿Esperar a que tú lo manejes todo a tu antojo? ¿Ser un títere sin voz ni voto?

—Estás confundiendo los términos —murmuré, harto de tanto retraso—. No pretendo enjaularte, ni encerrarte en casa, ¡maldita sea!

—¿Qué clase libertad es esa, cuando tendré que estar siempre supeditada a ti?

—Marisa, esta discusión podemos tenerla en otro momento. Nos esperan —le recordé, a punto de perder la paciencia.

—No, William, así no... —murmuró, sentándose de nuevo y mostrando su disgusto.

No dejaba de negar con la cabeza. Ya no gritaba, lo que quizá hasta era peor

señal.

Yo me debatía entre llevarla a la fuerza o seguir persuadiéndola. La primera era una opción relativamente sencilla, aunque escandalosa, pues a buen seguro ella protestaría con vehemencia.

La segunda... la segunda implicaba paciencia en cantidades ingentes, algo que cada vez se me antojaba más difícil, pues no estaba acostumbrado a tener que emplearla cuando planeaba una ruta a seguir.

Marisa continuaba en silencio, con la cabeza gacha y sin mirarme. Se lo estaba ofreciendo todo y lo rechazaba sin miramientos. ¿Por qué?

—Me gustaría volver a casa. Por favor —dijo en voz baja.

Me pellizqué el puente de la nariz, aquello me superaba.

—No, Marisa, no sin antes casarnos —insistí y me di cuenta de que ella contenía las lágrimas.

Me quedé confuso, pues en un primer instante no entendí el motivo de su reacción; sin embargo, me percaté de que había dejado de lado, como siempre, motivos menos prácticos pero importantes, porque, ¿quién se casaba por obligación?

Puede que mucha gente, yo conocía varios casos en los que primaba el interés económico y social, por encima de cualquier otro, incluida cualquier referencia a los sentimientos.

¿Era ese el motivo de la negativa?

De acuerdo, desde mi llegada sólo le había dado órdenes y hablado lo indispensable, creyendo que así respetaba su silencio, pero ¿le había preguntado cómo se encontraba? ¿Si acaso sentía molestias?

—Perdóname —dije, acercándome a ella.

Me agaché y le cogí una mano. La otra la coloqué sobre su vientre, algo que tenía que haber hecho nada más verla, pero que cegado por la sorpresa, el enfado y a saber qué más, ni me había molestado en pensar.

Marisa me miró un instante y sonrió con tristeza. Inspiré, porque al menos no me rechazaba y permitía que la tocara. Lo consideré como un avance.

—No tengo nada que perdonarte —susurró—. William, eres como eres, no puedes evitarlo.

Cerré los ojos un instante antes de hablar:

—Sólo intento hacer lo correcto —admití en voz baja—. Nada más.

—¿Y después? ¿Qué ocurrirá después? —inquirió, relajada aunque preocupada.

—¿A qué te refieres?

—Contigo y conmigo. ¿Qué planes tienes?

Noté cierto tono acusatorio al mencionar la palabra «planes», pero no podía sentirme molesto, pues era cierto que me gustaba dejar todos los cabos bien atados.

—No lo sé —admití y fui muy sincero—. No lo sé, Marisa.

—Apenas te conozco, no sé nada de tu familia. Me pides que me case contigo, pretendes llevarme a un país que me será extraño, y todo sin que yo rechiste —

expuso con toda lógica y asentí—. No soy tan ingenua, ¿sabes?

—Marisa...

—Tú tienes un camino marcado, ¿qué pinto yo en medio?

—Admito que hasta hace unos días no entraba en mis planes casarme. —Era una mentira a medias—. Pero tampoco sabía que iba a ser padre. No puedo hacerte promesas porque tienes razón, apenas nos conocemos, sin embargo, no puedo dejarte sola...

Marisa y yo nos casamos el veinticinco de febrero de mil novecientos ochenta. Nuestros testigos fueron dos empleados del consulado. No hubo celebraciones. Nos limitamos a regresar, con todos los documentos firmados, a la buhardilla, donde pasé mi noche de bodas despierto, pensando en la pregunta que ella me había formulado.

¿Qué ocurriría después?

Marisa apenas se llevó nada, casi no tenía pertenencias. Al llegar a mi apartamento, se abstuvo de hacer comentarios sobre la amplitud, decoración y comodidades de las que iba a disponer. Le presenté a mi asistenta, que, por supuesto, se mostró encantada de ayudar, algo a lo que mi esposa no estaba acostumbrada y rechazó con amabilidad su ofrecimiento.

Yo les había enviado a mis padres un telegrama avisando de mi llegada, pero no mencionando mi nuevo estado civil, pues me pareció imprescindible hacerlo en persona. Me hubiera gustado que Marisa me acompañara, pero estaba agotada del viaje, así que preferí dejarla descansar y enfrentarme yo solo a la situación.

—¿Qué has hecho qué? —fue la pregunta en voz baja, pero no por ello tranquila, que me hizo mi padre nada más conocer la noticia.

—Eric, por favor, no dramatices —intervino mi madre, acercándose a mí—. Por lo visto William sí tiene un lado rebelde.

—Parece que te alegras, Margaret.

—Sé que ha sido una decisión extraña —tercié yo en tono conciliador.

—Extraña y repentina —puntualizó mi padre.

—¿Y cuándo la conoceremos?

—Marisa... —me detuve, porque aún no sabía muy bien cómo enfocar la segunda parte de la noticia. Inspiré y me di cuenta de que sólo existía un modo de decirlo—: Marisa está embarazada.

Mi padre arqueó una ceja.

—En esta familia es imposible hacer bien las cosas —murmuró mirando a mi madre, que fruncía el cejo.

—Soy demasiado joven para ser abuela —se quejó, pero acto seguido se acercó a mí y me susurró, tras darme un abrazo—: Vaya pillín estás hecho.

—Por lo que veo, has decidido asumir tu responsabilidad —murmuró mi padre en tono calmado, aunque lo más probable era que la noticia le molestara—. ¿Y qué pasa con Evelyn Dixon?

—Por Dios, Eric, a esa mujer no la aguanto —intervino mi madre, negando con la cabeza—. Ya sé que los negocios son lo primero y que esa chica es de buena familia, pero es insufrible.

Bien sabía que en breve debería explicarle a Evelyn la situación. Intuía que no le haría ni pizca de gracia, sin embargo, tendría que aceptarlo.

—Vayamos al meollo de la cuestión. Te has casado y entiendo que sin tomar ninguna precaución...

—No, no tuve tiempo —respondí, sabiendo muy bien a qué se refería.

Mi padre sirvió unas copas y nos las entregó.

—Bien —dijo, adoptando su actitud más profesional, como si analizara un informe—. También deduzco que estás seguro de ser el padre.

—Tu hijo no es tonto —me defendió mi madre—. Aunque creo que no estaría de más asegurarse. William...

—Sí, lo estoy. Maldita sea, no iba a cometer una estupidez de semejante calibre sólo por una sospecha.

—Por lo visto te cundieron las vacaciones... —añadió él en tono sarcástico, pero por supuesto no se lo tuve en cuenta, ya que la preocupación de mi padre era sincera—. Conozcámosla entonces.

Al regresar a mi apartamento encontré a Marisa en la cocina, charlado con mi asistente. Vi la ropa que llevaba. Otro frente abierto, pues dudaba que aceptara ir de compras.

—Mis padres quieren conocerte —le dije cuando nos quedamos a solas.

Me acomodé junto a ella y, ya que estaba comiendo, bien podía acompañarla, pese a que rara vez lo hacía en la cocina.

—Muy bien —dijo, encogiéndose de hombros—. ¿Cuándo?

—Este fin de semana —respondí, extrañado de que no me discutiera nada, cuando por lo general siempre se mostraba disconforme con mis decisiones—. Marisa... no quiero que te enfades por lo que voy a decir...

—Presiento de qué quieres hablarme —contestó, inspirando hondo con aire triste—. No quieres que te avergüence y, para ello, nada mejor que disfrazarme de chica dócil, reservada y elegante. ¿Me equivoco?

—Joder... lo dices como si fuera un crimen.

—No te preocupes, lo entiendo. Tu asistente me ha puesto al corriente de quién eres y lo que representa tu familia.

—Escucha, no tienes que fingir lo que no eres. Sólo pretendo que te sientas cómoda, nada más. Ahora ya no tienes por qué vivir con sólo lo imprescindible. Me parece injusto no compartir contigo lo que poseo —le expuse con sinceridad.

—No nos engañemos, queda feo llevar del brazo a la chica pobre. Pero ya te he

dicho que no debes preocuparte. Sé cuál es mi sitio —musitó sin echarse a llorar.

Dejó parte de la comida en el plato y se puso en pie con dificultad. Yo la ayudé, consciente de que había herido sus sentimientos, pues a nadie le gusta que le recuerden su bajo nivel económico.

—Marisa... —Qué cuesta arriba se me iba a hacer aquello.

Al final, ella accedió a que yo me ocupara de proporcionarle prendas de vestir y otros complementos, eso sí, lo mínimo, y, pese a que mi cartera no se vio resentida, mi orgullo sí.

La presentación oficial discurrió de manera bastante más cordial y amena de lo que yo esperaba. Por supuesto, mis padres se quedaron estupefactos cuando vieron el avanzado estado de gestación de Marisa, pues habían creído que apenas se le notaría. A favor de mi esposa estaba el hecho de que no intentara fingir ni hacerse pasar por lo que no era. Fue sincera respondiendo, incluida la cuestión de por qué nos habíamos casado.

Superado el trance de conocer a mi familia, Marisa y yo establecimos una rutina en la que ella disponía de total libertad, aunque en su estado poco podía hacer. Mi asistenta la había tomado bajo su protección, con lo cual yo me iba cada mañana tranquilo a trabajar, sabiendo que estaba en buenas manos.

En cuanto a nuestra relación, no existía más allá de que éramos dos personas unidas por un motivo de conveniencia. Ella ocupaba una de las habitaciones de invitados y yo mi dormitorio. Apenas nos tocábamos. Sólo cuando parecía ser necesario.

Yo me había preocupado, sin decírselo para no agobiarla, de hablar con un especialista, el mismo que iba a atenderla llegado el momento del parto. El doctor Reaves era de confianza, de hecho había sido ayudante de mi abuelo Alfred hasta que este se jubiló, y tenía experiencia suficiente. Yo deseaba lo mejor y, por suerte, Marisa no se opuso a ser atendida por él.

Me hubiera gustado acompañarla a la consulta, pero mi madre se me adelantó, lo cual me dejaba fuera de juego respecto a los detalles. Un hecho que muchos hombres aceptaban de buen grado, pero yo estaba decidido a participar, ya que no lo había hecho desde el principio, en el embarazo de mi esposa.

Mi padre me recomendó que no me metiera en esos asuntos, con una frase que lo resumía todo a la perfección:

—Si ellas no quieren, apártate de su camino, porque a lo mejor molestas más que ayudas.

Ya sólo me quedaba otro frente, Evelyn, por lo que la cité en un restaurante discreto para exponerle mi nueva situación. No podíamos seguir siendo amantes, a pesar de que ya había descartado hacía mucho que Marisa y yo pudiéramos ser un matrimonio con todas las implicaciones. Pero ella cambió el lugar de la cita, por lo que acudí a verla a su coqueto apartamento, no muy distante del mío. Consciente de que era muy mala idea, pero también sabiendo que de un modo u otro debía

explicárselo todo.

Me recibió con una sonrisa sarcástica y me ofreció una copa mientras balanceaba las caderas, no sé si con intención de provocarme o de dejar claro a qué renunciaba.

—Supongo que felicitarte por tu reciente matrimonio sería un acto de hipocresía —dijo y encendió un cigarrillo con su habitual elegancia.

Torcí el gesto.

—Las noticias vuelan...

—¿Y qué esperabas?

—Evelyn, no fue premeditado —me excusé—. Sencillamente tuve que hacerlo.

—Tú siempre tan responsable... —se burló—. No esperaba menos de ti.

—Gracias, me lo tomaré como un cumplido.

Ya no había nada que decir, pues quedaba implícito que nuestra relación ya no era posible, pues, a pesar de que mi matrimonio no era convencional, tampoco me parecía apropiado mantener una doble vida, no sólo por mis convicciones, sino porque se me antojaba agotador.

Evelyn se acercó a mí y jugó con mi corbata.

—Bien... supongo que ha llegado el momento de la despedida —susurró en un tono demasiado sugerente.

Quise dar un paso atrás cuando su mano empezó a bajar por mi torso hasta detenerse sobre mi bragueta, pero Evelyn resultaba demasiado tentadora como para que se impusiera mi fuerza de voluntad. Si a ello le sumaba la ausencia de sexo por mi parte y el período que se avecinaba...

Tomé las riendas y, como conocía la distribución del apartamento, no tardé en llevarla al dormitorio, en donde no hubo pasos intermedios. Fue rápido, furioso. Un buen polvo de despedida.

—Que seas feliz, William —fue su lapidaria frase cuando me abrochaba los pantalones.

No merecía la pena decir nada más y regresé a mi casa.

No fue culpabilidad lo que sentí, algo que no era lógico, ya que visto desde un punto de vista práctico, no le había sido infiel a Marisa. Sin embargo, cuando me acerqué al cuarto de invitados para ver cómo estaba, la encontré dormida aún con la pequeña lamparita de noche encendida. Me acerqué y permanecí allí unos minutos, observándola.

Todo era demasiado extraño.

Al final apagué la luz y me fui a mi dormitorio.

Había sido una mañana complicada en el despacho y, aparte de soportar una reunión de inversores junto a mi padre, aún nos quedaba pendiente una comida de trabajo. Las odiaba, pues aunque eran necesarias, me impedían relajarme.

Estaba guardando los documentos en el maletín, cuando mi secretaria irrumpió en

mi despacho alterada, algo raro, ya que era la moderación en persona.

—Señor Boston, acaban de llamar de su casa. —Hizo una pausa y yo me tensé—. A su esposa se la han llevado al hospital.

Me quedé mudo, pues aquello no podía ser buena señal. A Marisa aún le quedaban dos semanas para salir de cuentas, o eso me había dicho, porque como apenas me comentaba nada, todo eran suposiciones.

—¿No han dicho nada más?

—No, señor. Sólo que no se preocupe, que avisarán si sucede algo —añadió algo más tranquila.

¿Y pretendían que me quedara en el despacho tan tranquilo?

—Avisé a mi padre, por favor. Anule mis compromisos de hoy —le indiqué tras reaccionar—. También los de mañana, por si acaso.

—Muy bien. Así lo haré —dijo ella tomando nota.

Salí de las oficinas como alma que lleva el diablo. Le pedí al chófer que se saltara cuantas normas de tráfico fueran necesarias para llegar a la mayor brevedad posible al hospital y, una vez allí, entré a la carrera y fui directo a maternidad, más en concreto a la consulta del doctor Reaves. Me atendió una enfermera, que me condujo a una sala de espera, diciéndome que en cuanto el médico pudiera me informaría.

No me hizo ninguna gracia y le expresé mi deseo de estar junto a mi esposa. Sin embargo, se negó en redondo y no me quedó más remedio que aguardar a que dieran noticias. Allí en la sala coincidí con otro tipo que, por su cara, deduje que se encontraba en la misma situación de incertidumbre. Nos saludamos con un gesto y nada más.

Mi madre llegó casi una hora después, cuando más desesperado estaba, pues nadie me ponía al corriente de nada.

—Ni se te ocurra decir que me tranquilice —le advertí.

—William, respira. Va todo bien, es normal que una primeriza tarde más rato —murmuró, sentándose e instándome a hacer lo mismo.

Obedecí por no dar un espectáculo.

—¿Y por qué narices no me dejan entrar y así poder acompañarla? —protesté irritado.

—Por Dios, hijo, ¡no digas bobadas! —exclamó ella, negando con la cabeza—. Tu mujer está de parto, lo que menos necesita es a un tipo observando.

—Podría ayudar...

—Lo dudo.

Esperamos en silencio, pues la tensión y la falta de noticias aumentaba mi nerviosismo. De no ser por mi madre, habría acabado gritándoles a las enfermeras o a quien se me pusiera por delante.

—¿Señor Boston?

Me puse en pie al oír a la enfermera llamarme. Estaba tan desesperado que fui incapaz de articular palabra. La vi con un recién nacido en brazos y me acerqué. No

venía sola, tras ella iba otra compañera con otro bebé en brazos y miré al tipo que aguardaba en la sala, con los mismos nervios que yo.

Por lo visto, nuestra espera había tocado a su fin.

Yo no había sostenido en mi vida un bebé, así que cuando la enfermera lo colocó en mis brazos, tuve miedo de hacerlo mal.

—Es un niño —murmuró mi madre sonriendo. Vi cómo se secaba una lágrima, sin duda emocionada.

—Sí, eso parece...

—No, señor Boston —me corrigió la enfermera.

—¿Cómo dice? —pregunté confuso, porque yo no sabía mucho de bebés, pero sí sabía distinguir qué eran.

—Son dos niños —explicó con amabilidad.

La segunda enfermera esperaba sonriente y fue mi madre, tan estupefacta como yo, la que lo cogió en brazos.

—¿Dos?

—Sí, señor Boston. Es usted padre de gemelos —me confirmó la enfermera.

No podía dar crédito a la noticia, pues nunca hubiera imaginado tal posibilidad. Que yo recordara, en nuestra familia no había casos de gemelos, por lo que debía de venir por la parte de Marisa.

—¿Y mi esposa? —pregunté preocupado, pues un parto siempre era complicado y de gemelos aún más.

—No se preocupe, la están atendiendo. Enseguida podrá pasar a verla.

—Gracias —logré murmurar.

Intenté sostener a los dos en brazos, pero me fue imposible. Los miraba incrédulo. ¡Gemelos! Nunca se me había pasado algo así por la cabeza.

Las enfermeras cogieron a mis hijos explicándome que debían llevarlos junto a la madre. Poco después pude entrar en la habitación de Marisa, acompañado de mi madre. Ella estaba sentada en la cama y, nada más vernos, alzó la vista y sonrió con timidez. Se me hizo un nudo en la garganta al verla sostener a uno de mis hijos, mientras el otro descansaba en una cuna.

—Marisa, hija, no te pregunto cómo estás porque me lo imagino —comentó mi madre, acercándose para darle un cariñoso apretón en la mano—. Y encima dos de golpe...

—Yo tampoco daba crédito —murmuró ella, mirando al recién nacido que sostenía en brazos—. Cuando la comadrona me lo ha dicho...

Era un momento precioso y yo no reaccionaba. Quería acercarme, abrazarla, lo que fuera con tal de establecer contacto, pero no sé por qué me resultaba imposible.

Mi madre continuaba charlando con ella, mientras yo la miraba embobado. Seguía sin saber qué decir. Estaban cada una con uno de los recién nacidos en brazos, comentando detalles a los que no presté atención. Lo único que podía hacer era mirar a Marisa.

Cuando oí unos golpes en la puerta, imaginé de quién se trataba y, en efecto, mi padre hizo acto de presencia. Cuando vio a mis dos hijos, arqueó una ceja divertido y yo me encogí de hombros, pues no sabía qué decir.

—¿Ya habéis elegido nombre? —preguntó mi padre, acunando a uno de sus nietos con toda naturalidad.

—No, la verdad es que no habíamos pensado en ello —respondí, sintiéndome gilipollas, pues ante mi inminente paternidad debía haber reflexionado sobre ello.

—Este me recuerda a alguien... —murmuró mi madre sonriendo—. Creo que debería llamarse Owen, como mi primer amante. —Mi padre se aclaró la voz—. No seas bobo, sabes perfectamente que así se llamaba mi hermano mayor.

Había oído la historia, pero no llegué a conocerlo; fue uno de los muchos soldados ingleses que cayeron en Normadía.

Miré a Marisa en busca de su aprobación.

—Sí, me parece un nombre adecuado —dijo ella, aceptando la sugerencia de la feliz abuela.

—¿Y a este otro renacuajo? —inquirió mi madre, acercándose a mi esposa—. Un renacuajo dormilón, por lo que veo.

Marisa me miró. Me pareció triste que nunca hubiéramos hablado de ello. En realidad llevábamos viviendo juntos casi dos meses y sin comunicación alguna.

Excelente y prometedor comienzo sin duda.

—Ponle el nombre de tu primer novio —sugirió mi madre medio en broma.

—Margaret...

Justo en ese instante, Owen se puso a berrear, llamando la atención de todos, mientras que el otro continuaba tranquilo.

—Me gustaría llamarlo Patrick —dijo Marisa con timidez, por si me disgustaba su elección.

—Me parece perfecto —le dije.

—Bueno, pues ahora ya tienes herederos —bromeó mi madre y vi a mi padre sonreír con disimulo—. Y este tiene pinta de ser un trasto, os va a dar mucha guerra.

Se refería a Owen, que no dejaba de llorar. Lo cogí en brazos y pareció calmarse, mientras que su hermano Patrick ni se inmutaba.

Un año después...

Llegué a casa tras un largo viaje que me había tenido diez días alejado de mi familia. Bueno, éramos una bien atípica. Sí, vista desde fuera, yo era el cabeza de familia con mujer y dos hijos, pero mi matrimonio no había mejorado. Seguía en el mismo punto muerto. O quizá ni eso, pues, siendo objetivo, nunca había sido un matrimonio.

La convivencia no suponía ningún problema, sólo pequeños roces que no merecían mayor mención. Yo podía seguir dedicando el tiempo que estimara conveniente al trabajo que Marisa nunca se enfadaba. Ella tomaba las decisiones domésticas sin esperar mi aprobación, incluida la de renunciar a una niñera, y no por ello me molestaba, aunque me sorprendía, y mucho, que optara por criar ella sola a los dos niños. Marisa se ocupaba de todo sólo con la ayuda de la asistenta, lo que implicaba renunciar a muchas cosas, entre ellas, tiempo para sí misma.

Todo funcionaba a la perfección, pero la indiferencia me estaba matando. Durante mis viajes, docenas de veces había estado tentado de acostarme con otras mujeres, no sólo por una evidente necesidad física, sino por sentirme vivo. Incluso había tanteado el terreno, sin embargo, me detenía en el último instante.

Hubo noches en que la idea de seducir a mi esposa tomaba fuerza, algo que podía considerarse una broma de mal gusto. Deseaba recuperar a la chica que conocí en Ibiza, libre, natural, antes de que las obligaciones la apagaran, porque esa era la única explicación posible para su comportamiento.

Pasé por el pequeño despacho que tenía en casa para dejar el maletín y después me dirigí a la cocina, donde oí que mi esposa estaba charlando con la asistenta como si de dos amigas se tratase. Marisa le dio las buenas noches diciéndole que ya podía retirarse. No quise interrumpir y esperé a que la mujer se marchara antes de entrar.

—Buenas noches... —murmuré.

—No te he oído llegar. Te prepararé algo de comer.

Antes de que pudiera replicar, ella se ocupó de servirme. Como siempre que yo estaba en casa, con total naturalidad. Algo que me seguía sorprendiendo, pues en ningún momento le había mencionado nada de que se ocupase de las labores domésticas.

—Gracias.

—¿Ha ido todo bien?

—Sí, muy bien —respondí, pensando una vez más en lo cordial, y al mismo tiempo extraña, que resultaba nuestra relación.

Podía hablar con ella del trabajo, comentarle detalles, desahogarme incluso cuando algunos días las cosas no salían bien. Marisa era una buena amiga, sin embargo, yo quería que fuese algo más.

—Me alegro —dijo con una sonrisa sincera, disimulando un bostezo.

—¿Cómo están los niños? —pregunté con cierta tristeza, ya que al regresar tan tarde me era imposible pasar tiempo con ellos y debía conformarme con verlos dormidos.

—No parecen hermanos —respondió, animada al hablar de ellos. Yo, por supuesto, siempre la escuchaba encantado, pues Marisa podía ver día a día los progresos de ambos, no como yo, que debía conformarme con mucho menos—. Owen es muy revoltoso, inquieto, tira los juguetes, le cuesta dormirse. Va a ser un diablillo.

—¿Y Patrick?

—Es un santo. —No se le borraba la sonrisa de la cara—. No llora, juega tranquilo. Se duerme él solo al poco de acostarlo en su cuna. En cambio Owen... hay que mecerlo, cantarle...

Sonreí, yo también, si pudiera, haría lo mismo para llamar su atención.

—Mañana quiero pasar con ellos toda la tarde —aseveré, dispuesto a hacer cuanto fuera necesario para ello.

—Muy bien —convino ella y bostezó—. Voy a darme una ducha y meterme en la cama, hoy ha sido un día muy largo. Buenas noches.

Me dejó a solas en la cocina y, la verdad, perdí el poco apetito que tenía. Me levanté y me dirigí a mi dormitorio, no sin antes hacer una parada en la habitación de mis hijos. Permanecí allí, observándolos en la penumbra, un buen rato. Me di cuenta de que, si no reconsideraba mis prioridades, me perdería muchos momentos importantes, así que me prometí en silencio pasar más tiempo con ellos.

Al pasar por delante del dormitorio que en su día fue de invitados y que se había convertido en el de Marisa, me detuve e inspiré, mientras apoyaba la frente en la puerta. Deseaba entrar, deseaba a mi esposa.

¿Qué debía hacer?

En medio de mis tribulaciones, la puerta se abrió.

—William, ¿estás bien? —inquirió ella preocupada al verme allí.

Me quedé sin palabras al verla envuelta sólo en una toalla y con el pelo húmedo, igual que su piel.

—No, no lo estoy —logré decir.

—Iba a echarles un vistazo a los niños antes de acostarme, pero si te encuentras mal, me ocuparé de llamar a un médico.

Inspiré un par de veces y negué con la cabeza.

—Tenemos que hablar.

Marisa dio un paso atrás, sin duda el tono que empleé debió de alertarla.

—William, es tarde, mejor hablamos mañana —musitó, sujetándose bien la toalla.

—¡No, maldita sea! —estallé, cansado de posponer día tras día una conversación que debimos haber tenido hacía ya tiempo.

Estiré de su brazo y le acaricié el hombro desnudo con la yema del dedo. Nunca la tocaba, pese a desearlo, más allá de lo que se podían considerar meras atenciones.

Ni de lejos con carácter sexual, como tanto ansiaba hacer.

—No me toques —dijo ella, evidenciando su rechazo.

—Quiero hacerlo. —Me abstuve de decir que tenía derecho, pues tampoco quería que se lo tomara como una obligación—. Deseo hacerlo.

—¿Por qué ahora? —inquirió y vi cómo inspiraba nerviosa.

—¿Tengo que responder a eso?

—Sé que tus viajes no son sólo por negocios y, créeme, no es un reproche. Lo acepté desde el primer momento. Sé cuál es mi sitio.

—Marisa, yo no he tenido amantes —le aclaré, aunque no fuera del todo cierto, pero mi despedida de Evelyn ya formaba parte del olvido.

Ella resopló.

—Por favor, no me tomes por tonta. Cuando te acompaño a alguno de esos actos, me he fijado en cómo te miran, cómo muchas mujeres se te acercan. Y cómo tú les correspondes. ¡No te culpo!

Me pellizqué el puente de la nariz, porque Marisa estaba malinterpretando la situación. Cierto que yo atendía a muchas de las invitadas, porque en la mayoría de los casos se trataba de hijas, esposas, hermanas de inversores, hombres de negocios... al fin y al cabo, personas con las que me convenía mantener buenas relaciones, por mucho que a veces me resultaran insufribles.

—No hay nada más que verlas —prosiguió ella—. Elegantes, cultas, guapas y de buena familia... No como yo.

—Muchas de esas mujeres no son cultas ni elegantes. Simplemente tienen dinero a espuestas para esconder sus miserias. Algunas ni siquiera terminaron la secundaria. No te confundas, no son más que apariencias.

—Pero las apariencias cuentan y mucho —me rebatió, alzando la voz—. ¿Crees que no lo sé? Todos piensan que no estoy a tu altura y que tarde o temprano te divorciarás de mí. Pero ¿sabes qué? No me importa, puedes ir y venir a tu antojo, yo puedo mirar hacia otro lado. Cualquiera cosa por el bien de mis hijos.

—¡Marisa! —exclamé, para que no continuara con aquella diatriba—. ¡No tienes por qué hacer sacrificios, joder!

Di un golpe en la pared y ella se sobresaltó.

—Ya te lo he dicho, no me importa —se obstinó.

—Escucha, estamos casados, pero no como a mí me gustaría.

—Sé cuál es mi estado civil —murmuró y de nuevo se sujetó la toalla bajo las axilas, a pesar de que me hubiera gustado que se le cayese—. Lo que no entiendo es por qué, ahora, de repente, te acuerdas tú. No me has tocado en más de un año, ni mostrado el más mínimo interés en hacerlo. Pero repito, no te culpo.

Por su tono llegué a la conclusión de que no me reprochaba nada, sólo me exponía una circunstancia a la que parecía haberse resignado. Algo que me molestó sobremanera.

—¿Quieres saber el motivo de que no me haya acercado a ti? —pregunté en tono

duro, algo quizá desaconsejable, pero como ya habíamos iniciado las revelaciones, no tenía sentido callarse.

—No hace falta que lo menciones —respondió en voz baja.

—Porque cuando llego a casa siempre te encuentro cansada, con falta de sueño. Abatida. Apenas me diriges la palabra. No has querido contratar una niñera, haces todo el trabajo tú sola —le expliqué, procurando que no sonara a reproche.

—¿Te parece mal que quiera ocuparme de mis hijos? —preguntó molesta y yo negué con la cabeza mientras me acercaba un poco más a ella.

—No, no me parece mal, sin embargo, tienes que entender que no puedes con todo.

—¿Y eso qué tiene que ver? ¡Me encanta cuidar de ellos, atenderlos! No entiendo adónde quieres ir a parar.

Suspiré, qué difícil estaba siendo todo.

—Lo que intento decirte es que, si quieres, puedes hacer algo más. Salir, estudiar... no todo se reduce a permanecer en casa encerrada.

Ella seguía mirándome como si no diese crédito a lo que escuchaba.

—¿Sugieres que retome los estudios porque te preocupas por mí o porque no quieres que te avergüence?

—Joder, Marisa, ¿cómo puedes decir semejante estupidez? —mascullé, a punto de perder la calma ante sus estafalarias ocurrencias—. ¿Cuándo te he prohibido algo?

—Nunca —balbució—. Pero... es extraño que ahora, después de tanto tiempo, te acerques. No lo niegues.

—En eso tienes razón, debería haber tomado cartas en el asunto mucho antes —convine y, sin miramientos, le rodeé la cintura para atraerla hacia mí.

Marisa alzó las manos, sorprendida, y las colocó sobre mi pecho, no para apartarme, por suerte.

—Sigo sin entenderte...

—Te has empeñado en usar este dormitorio. ¿Cómo querías que lo interpretase? —le expuse mi razonamiento y ella parpadeó.

—¿Me deseas? —inquirió en voz muy baja, como si no diera crédito a mis palabras.

—Sí —afirmé con convicción, aunque añadí, por si acaso—: Pero no porque te considere una sustituta, ni porque estés a mano.

Inspiró profundamente y me miró a los ojos.

—William...

—Me preocupo por ti y no quiero que terminemos siendo dos extraños.

Parpadeó, sin duda confusa por mis palabras. ¿Qué otra cosa podía hacer para convencerla?

No perdí el tiempo y la besé.

—¿Me deseas de verdad? —insistió con voz titubeante.

—Nunca lo dudes —afirmé con convicción.

Me di cuenta en aquel mismo instante del alcance de mi deseo por ella, algo que creía haber manejado, negando la evidencia, dejándola hacer y masturbándome en silencio en mi dormitorio. Sentí sus manos enredándose en mi pelo y tirando de mí al tiempo que me deshacía de la maldita toalla, observando por fin su cuerpo desnudo.

—Estás muy delgada —musité, recorriendo con las manos sus costados.

—Lo siento...

—No pasa nada —añadí para que no se enfadara, aunque también me ocuparía de que comiera en condiciones, descansara y recuperase la sonrisa.

Volví a besarla con más fuerza y la cogí en brazos. Marisa se enroscó en mi cuerpo y fue mi turno de gemir encantado con su entusiasta respuesta.

—Estamos en medio del pasillo —susurró junto a mis labios.

—Joder... —gruñí, al darme cuenta de que con tanta conversación se me había pasado por alto ese detalle. Como siempre, las prisas no eran buenas consejeras.

Marisa se echó a reír. Cuánto había echado de menos esa risa.

—¿Adónde vamos? —preguntó, cuando comencé a caminar con ella en brazos.

—A mi dormitorio —respondí, encantado e impaciente, y añadí por si acaso—: A partir de ahora, también será el tuyo.

Con paso firme, llegué a la alcoba que esperaba compartir con ella a partir de aquel instante cada noche y, nada más cerrar la puerta, fui directo a sus labios. Marisa gimió y me tiró del pelo, mientras intentaba desabrocharme la camisa. La solté para ser yo mismo quien se encargara de ello. Tras más de un año de sequía, por fin íbamos a follar. Se me atascó el puño de la camisa, inmovilizándome un brazo, lo que hizo que ella se echara a reír a carcajadas, eso sí, al menos me ayudó a soltarme.

—Te vas a enterar... —murmuré en tono amenazante.

—A ver si es verdad —me provocó y colocó una mano en el centro de mi pecho para ir deslizándola hacia abajo.

Siempre me había gustado la faceta pícara y juguetona de Marisa, algo que llevaba demasiado tiempo sin ver.

—Un poco más abajo, por favor —le indiqué y ella, con un gesto entre ingenuo y provocador, obedeció.

Cerré los ojos. Podía parecer exagerado que con un roce por encima del pantalón yo me excitara tanto, pero cualquier pequeño contacto me hacía saltar. Marisa se encargó de que no fuera un simple tocamiento. Se deshizo de toda mi ropa y por fin pude sentir sus manos sobre mi polla. Comenzó a acariciarme con cierta parsimonia hasta que le di un buen azote en el culo. Apreté los dientes y le permití que me manoseara a su antojo, pues yo tenía intención de hacer lo mismo a no mucho tardar.

—Marisa... —gemí y busqué sus labios, pues no me cansaba de besarla.

Nos dejamos caer en la cama y rodé hasta quedar debajo y así poderla contemplar a gusto. Ella se colocó a horcajadas, erguida, y creo que ese fue el momento exacto en que me di cuenta de la suerte que había tenido conociéndola y, si bien aún no

podía afirmar plenamente que la quería, no tardaría demasiado en hacerlo.

Ella volvió a agarrar mi erección y a masturbarme, mientras yo inspiraba hondo; mi objetivo era follármela, pero no quería que fuera algo rápido. Deseaba prolongarlo en la medida de lo posible.

—Una vez oí comentar a unas chicas que a los hombres les gusta que... —Se detuvo y se sonrojó, lo que aumentó mi curiosidad.

—No te andes por las ramas —dije entre jadeos, porque no dejaba de acariciar mi polla.

—... les gusta que... —prosiguió con titubeos, algo que me encendía mucho más —... se utilice la boca para... ya sabes...

Inspiré un par de veces. De acuerdo, la respuesta era bien simple: sí, joder, claro que nos vuelve locos. No obstante, tampoco quería que se viera obligada a hacerlo sólo por complacerme.

—Haz lo que prefieras —dije con suavidad.

Ella se echó hacia atrás y a mí casi me dio un infarto al observar cómo se inclinaba luego hacia delante y separaba los labios. El primer contacto hizo que diera un respingo. Jamás hubiera esperado algo semejante de Marisa, y más si teníamos en cuenta nuestro desencuentro, de ahí que me pareciera estar en la gloria mientras ella me la chupaba.

Siendo objetivo, era un desastre. Me arañaba con los dientes, notaba sus arcadas y me apretaba la base con la mano, imprimiendo demasiada fuerza. Sin embargo, lo disfruté y me volvió aún más loco de lo que ya estaba.

—Marisa... —gruñí y tensé la mandíbula cuando sus dientes me hicieron daño.

Ella se irguió y yo le sonreí, ya tendríamos tiempo de perfeccionar su técnica. Iba a necesitar mucho tiempo, pero eso no suponía ningún problema.

—¿Sí? —murmuró obediente.

—Túmbate, ahora me toca a mí.

Se acostó a mi lado y en cuando lo hizo me coloqué encima para besarla como un poseso, al mismo tiempo que le metía una mano entre los muslos y comprobaba lo excitada que estaba.

—William... —suspiró, cuando sin perder un segundo la penetré.

Apoyándome sobre los brazos, me elevé y pude observar su cara ruborizada y sus ojos entreabiertos. Una delicia. No habíamos disfrutado de unos preliminares que pudieran denominarse increíbles desde el punto de vista técnico, pero fue tal la intensidad que experimentamos, que suplía con creces cualquier carencia. Dado el estado en que ambos nos encontrábamos, iba a ser difícil contenernos. Comencé a embestir sin descanso, con furia incluso, sin dejar de jadear y de sentirme por fin a gusto en mi cama, con mi esposa.

—William...

Cada vez que ella gemía mi nombre, yo experimentaba una nueva sacudida. Temí ser demasiado impetuoso y asustarla debido a la brusquedad de las embestidas, no

obstante, continué penetrándola sin descanso y, por cómo reaccionaba, supe sin lugar a dudas que se encontraba en un estado similar al mío.

La besé una última vez justo en el instante en el que Marisa me clavaba las uñas en los hombros y yo alcanzaba el clímax.

Rodé a un lado, no porque quisiera apartarme de ella, sino para no aplastarla.

—Ven aquí —le pedí en un susurro, para que se recostara sobre mí.

Marisa lo hizo encantada y me besó antes en el centro del pecho.

Nos quedamos así, desnudos, en silencio. No sé qué se le estaría pasando a ella por la cabeza, pero por la mía, desde luego eran todos pensamientos positivos.

Quedaban muchas palabras que decir y sentimientos que expresar, sin embargo, habíamos dado un gran paso acercándonos.

De repente, esa quietud se vio interrumpida por un llanto y Marisa se levantó sin perder un segundo.

—Descansa, ya voy yo —murmuré, besándola en los labios.

Me puse algo de ropa encima y fui con rapidez al cuarto de los niños. Encendí la pequeña luz y me acerqué a la cuna de Patrick, que dormía como un bendito, por lo que no me quedó más remedio que coger en brazos a Owen para calmarlo.

—Estás hecho todo un tunante... —le susurré a mi hijo—. ¿No sabes que tu madre y yo estamos arreglando las cosas?

Él bostezó al sentirse a gusto en brazos, dejando de llorar, pero no cerró los ojos, lo que significaba que iba a tener que acunarlo. Me senté junto a la cuna de Patrick y lo observé. ¿Cómo podían ser tan diferentes? Sonreí sin dejar de mecer al más rebelde de los dos.

—Vamos a tener nuestra primera charla seria de padre a hijo —proseguí—. Tienes a mamá todo el día, ¿no puedes dejármela un ratito por la noche? Hay que compartir, hijo. Mira a tu hermano, no dice ni pío.

Conseguí que Owen se durmiera, pese a ello, no lo dejé inmediatamente en su cuna, sino que permanecí allí sentado unos minutos más en la penumbra, observándolos dormir a los dos. Me sentí afortunado en muchos aspectos, empezando por la curiosa forma de reactivar un matrimonio que parecía abocado al fracaso y siguiendo por la inmensa fortuna de tener a mis hijos.

Cuando regresé al dormitorio, encontré a mi esposa dormida como un tronco, pero no me importó lo más mínimo. La abracé y cerré los ojos. No me hacía falta nada más.



No me gusta hablar de mi misma, me da un poco de corte, pero allá voy.

Nací en Burgos, donde sigo residiendo y donde trabajo en la empresa familiar; haciendo de casi todo pero donde tengo un pelín de libertad para mis cosas.

Algún día descubriré que es eso de conciliar la vida familiar y la vida laboral.

Me aficioné a la lectura en cuanto acabé el instituto y dejaron de obligarme a leer. Recuerdo que *El perfume* fue el último libro que me mandaron leer y que me aburrió sobremanera.

Empecé con la novela histórica y un día de esos tontos me dejaron un libro de romántica y de ahí, por casualidad, me enganché.

Y de qué manera.

Todavía conservo muchos de los primeros libros que compré, aunque ahora, con los años, muchos de ellos me resulten chocantes. Con el tiempo, inevitablemente, una se vuelve más selectiva.

Vivía en mi mundo particular hasta que internet y los foros de novela obraron el milagro de poder hablar de lo que me gusta con más gente, compartir opiniones y así, a lo tonto, pues aquí estamos.

Me encantaba escribir reseñas y así empecé a contactar con otras foreras, a conocernos y a hablar de todo.

Durante mucho tiempo escribía cosas sueltas, relatos, que siguen por ahí a la espera

de darles el último retoque. Hasta que alguien muy especial me animó a ponerme a escribir en serio y a presentarlo a las editoriales. Y he aquí el resultado.

He escrito varias novelas, ambientadas en diferentes épocas. La primera fue *Divorcio* (2011), que pertenece a la serie «Boston» y en la que se incluye también *A contracorriente* (ganadora del VII Premio Terciopelo de Novela). Entre las de ambientación contemporánea cabe mencionar *Treinta noches con Olivia* (2012), que forma parte de una serie divertida y desenfadada compuesta por seis títulos más. También me he aventurado con novelas de temática histórica como *No te pertenezco* (2015) y *No te he olvidado* (2016). Otras de corte más intimista, como *Sin reservas* (2015) y su desenlace, *Sin palabras* (2016). Asimismo he publicado títulos independientes como *Tal vez igual que ayer* (2016), varias novelas en formato digital, entre las que destaca *No se lo cuentes a nadie* (2017) y, por supuesto, no hay que olvidar la serie «más gamberra» de las que hasta la fecha he publicado: *Quiero lo mismo que tú* (2014), *Dímelo al oído* y *Edición limitada* (2017). Y no podía faltar una de investigación: *Inútil ilusión traicionera* (2018).

Notas

[1] *Vino tinto*, Ariola, interpretada por Estopa. (N. de la E.) <<

[2] *Quand on n'a que l'amour*, 2014 Productions Jacques Canetti, interpretada por Jacques Brel. (N. de la E.) <<

[3] *Une belle histoire*, XIII Bis Records, interpretada por Michel Fugain. (N. de la E.)

<<

[4] *Milles fois bravo*, Polydor, interpretada por Mireille Mathieu. (N. de la E.) <<

[5] *Hymne à l'amour*, © 2012 Mgrp Catalogues, interpretada por Edith Piaf. (N. de la E.) <<

[6] *Plus bleu que tes yeux*, Musique De France, interpretada por Charles Aznavour.
(N. de la E.) <<

[7] *Love Is a Lossing Game*, © 2006 Universal Island Records Ltd. A Universal Music Company, interpretada por Amy Winehouse. (N. de la E.) <<

[8] *Psycho*, Warner Bros, interpretada por Muse. (N. de la E.) <<

[9] *Más y más*, © 2013 Nut Music - Krik Music, interpretada por La Unión. (*N. de la E.*) <<

[10] *Amour*, © 2004 Universal Music Domestic Division, a division of Universal Music GmbH, interpretada por Rammstein. (*N. de la E.*) <<